

CONCHI ARAGÓN

Oculto tras el cuadro



«Un asesino que contacta con sus víctimas a través de internet. Una psicóloga que hará todo lo que esté en su mano para averiguar quién acabó con la vida de su mejor amiga. Un inspector asignado al caso más complicado de su carrera. Un thriller cuyas claves se encuentran en míticas y polémicas obras de arte».

Cristina del Saz, una frustrada psicóloga criminal, encuentra el cuerpo sin vida de su mejor amiga en su casa del centro de Madrid. El principal sospechoso del asesinato es su cita de esa fatídica noche, a quien conoció en una página de contactos de internet. Cristina comenzará, entonces, la búsqueda del asesino, citándose con hombres con los que contactará por medio de la web.

El inspector Suárez de la Policía Judicial será el encargado de dirigir la investigación, cuyo escenario del crimen representa un conocido cuadro de un afamado pintor. Poco podía imaginar cuando se le asignó el caso, que ese sería el comienzo de una serie de muertes que aterrorizarán a las jóvenes madrileñas.

Una novela absorbente que se mueve entre famosos lienzos de grandes pintores, secretos de familia y la psicología criminal.

OCULTO TRAS EL CUADRO



Conchi Aragón

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el consentimiento expreso del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Copyright © 2017 Conchi Aragón
All rights reserved.

Título: Oculto tras el cuadro
Autor: Conchi Aragón
Ilustración y diseño de cubierta: Conchi Aragón
Fecha de publicación: Diciembre de 2017
ASIN: B0771SP86H

A mis padres, a Conchi y a Marta,
mi familia, mis fans.

OCULTO TRAS EL CUADRO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

Nota de la autora

Codiciamos lo que vemos cada día.

Dr. Hannibal Lecter, *El silencio de los corderos*

Domingo, 26 de febrero

—Buenos días, ha llamado al teléfono de emergencias. ¿En qué puedo ayudarle?

—La joven que habló lo hizo con desgana, su turno estaba a punto de finalizar, estaba deseando irse a casa y meterse en la cama. Las noches de sábado solían ser agotadoras, demasiadas llamadas por comas etílicos o por peleas en bares.

—Está muerta... —La voz al otro lado habló en un susurro.

—Perdone, puede repetir, no le he entendido. —Cristina ni se había dado cuenta del tono apagado de su voz, apenas le salían las palabras, aún no podía creérselo. Así que, antes de repetir lo que acababa de decir, se secó las lágrimas que le rodaban por las mejillas con la palma de la mano y carraspeó.

—Está muerta, está muerta. —Esta vez, su tono resultó demasiado agudo, histérico, pero no había podido evitarlo.

Se encontraba sentada en el suelo, apoyada en el mueble de la televisión, contemplando, enfrente de ella, el cuerpo de su amiga, desnuda, tumbada en el sofá. Por más que lo intentaba, no podía evitar su mirada, sus ojos sin vida que suplicaban ayuda.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí sentada. Nada más entrar en la casa, según la vio en esa postura antinatural, lo supo. Casi no se había atrevido a tocarla, le había buscado el pulso en el cuello, pero al notar lo fría que estaba y no encontrarle pulsaciones, sus sospechas habían sido confirmadas.

Entonces, se había desplomado en el suelo y había llorado, incrédula e impotente por lo que se había encontrado. Cuando, por fin, había dejado de llorar, había sacado su teléfono del bolsillo del pantalón y había marcado el 112.

—Me puede decir quién llama y la dirección dónde se encuentra. —La joven parecía haber despertado de su letargo.

Cristina le dio los datos de forma mecánica—. Cuarto B. No, perdone, A, ella vive en el A, yo en el B. —No estaba segura de haberle dado toda la información solicitada, hasta que volvió a oír la voz de la chica.

—Cristina, he enviado una ambulancia al domicilio indicado, llegarán en diez minutos. —Sabía que ahora le tocaba tranquilizarla, y tutearla era uno de los primeros pasos para el acercamiento.

—Está muerta. Alguien la ha matado. —La operadora se tensó en la vieja silla, nunca había recibido una llamada de homicidio.

—Cristina, ¿me puedes decir si estás sola en la casa? —Tuvo que repetir varias veces la pregunta, hasta recibir contestación.

—He llegado y no había nadie. Solo ella. Muerta. —Su voz sonó entrecortada, no entendía a dónde quería llegar la operadora del servicio de emergencias, aunque notó cómo se le erizaba el vello mientras miraba preocupada tanto a izquierda como a derecha, comprobando que en el salón estaban únicamente ellas dos.

—Te aconsejo que salgas de la casa, quizás el intruso aún se encuentre en el interior. —Al comprender lo que le acababan de sugerir, Cristina se levantó, mareándose por la brusquedad del movimiento. Tuvo que apoyarse en el mueble unos segundos para recomponerse, y entonces, salió a toda prisa del piso de su amiga, dejando el teléfono tirado en el suelo, justo en el lugar en el que se encontraba sentada unos segundos antes.

—Cristina, ¿sigues ahí? —La voz de la teleoperadora siguió intentando comunicarse, hasta que comprendió que al otro lado de la línea, ya no había nadie.

Había entrado en su casa, aterrada, y había dado cuatro vueltas a la llave, el máximo que le permitía la cerradura. Mientras miraba por la mirilla, temblando por lo que pudiera encontrarse, o peor, por a quién pudiera encontrarse, sintió unas fuertes náuseas, así que fue corriendo al baño, donde echó la cena del día anterior. Cuando estuvo segura de que ya no le quedaba nada más en el estómago, se lavó la cara con el agua helada que salía del grifo, levantó la cabeza y se miró en el espejo. No se reconocía, estaba pálida y demacrada, y sus ojos reflejaban todo el miedo que sentía. Se secó con la toalla, frotándose con fuerza, intentando borrar la imagen de Vicky, tumbada en el sillón, desnuda, muerta, y esos ojos, esos ojos suplicantes que la perseguirían en sus pesadillas durante mucho tiempo.

Aún recordaba la última conversación que habían mantenido la pasada noche, antes de que Vicky saliera de casa para dirigirse a su cita con un desconocido al que había conocido en internet. Justo antes de irse, había llamado a su puerta para decirle que ya se marchaba.

—No olvides avisarme en cuanto llegues, estaré despierta en el sillón, esperándote. —Era su protocolo habitual cuando alguna de ellas salía con alguien en una primera cita. Vicky siempre se había reído de ella por su preocupación, pero aun así, nunca había eludido esa ceremonia. Luego, se pasaban horas hablando de la velada y escuchando las opiniones de la otra.

—Por supuesto, no te preocupes, en cuanto llegue paso por tu casa.

—Pásalo bien.

—Eso, seguro. —Vicky le había guiñado un ojo a la par que entraba en el

ascensor.

Esa había sido la última vez que la había visto con vida. Intentó guardar ese momento en su memoria, quería recordarla con una gran sonrisa, confiada y llena de energía, tal y como era. No como se la había encontrado, aunque esa imagen no parecía querer irse de su cabeza. Cristina sintió cómo las lágrimas le resbalaban de nuevo por las mejillas, ya no volverían a tener esa conversación nunca más, ni ninguna otra.

Volvió al salón y se derrumbó en el sofá, en el mismo sitio en el que unas horas antes se había quedado dormida esperando noticias. Se encogió en una esquina, tapándose con una manta, ya que estaba tiritando. Se dio cuenta de que había dejado a su amiga, desnuda, en el sofá de su casa, y por un momento se le pasó por la cabeza ir a taparla, pensando que debía de estar helada, pero desechó la idea en cuanto se impuso la realidad, ya no volvería a tener frío.

De repente, llamaron a su puerta, sacándola de su estupor. Desconocía el tiempo que había pasado ahí tirada mirando al infinito, mientras en su cabeza aparecía una y otra vez el cuerpo de Vicky. Supuso que no habría sido mucho, puesto que la chica del servicio de emergencias le había dicho que en diez minutos llegaría una ambulancia. Se figuró que serían ellos. Se levantó pesadamente, se sentía como si le hubieran dado una paliza, y se dirigió, arrastrando los pies, a la entrada para abrirles.

Al otro lado de la puerta, los inspectores Suárez y de la Vega esperaban. Acababan de salir de la escena del crimen en el piso de al lado, donde la Policía Científica se encontraba ejerciendo su labor.

—Verónica, haz tú el interrogatorio. —Ella asintió agradecida por esa oportunidad.

El inspector Suárez confiaba plenamente en ella. No llevaban mucho tiempo trabajando juntos, pero sabía que era despierta y muy inteligente. Cuando hacía dos años le habían asignado a la subinspectora de la Vega, debido a la jubilación de su compañero, en aquel momento no le había hecho mucha gracia, por la poca experiencia de ella en casos de homicidio, pero le había demostrado con creces su buen hacer.

Cuando Cristina abrió, se encontró a un hombre y una mujer trajeados, ambos más altos que ella, si él le sacaba la cabeza, ella no le quedaba a la zaga. Se sintió algo intimidada ante su presencia.

—Señorita Cristina del Saz, ¿verdad? —La que habló fue la mujer. Pero Cristina estaba prestando más atención a lo que ocurría en el piso de al lado que a ellos. Al ver tanto movimiento, se preguntó cómo habrían entrado, y entonces se fijó en que había dejado las llaves puestas en la puerta, había salido tan de prisa que no se había dado cuenta de cogerlas. La mujer repitió su nombre y

ella volvió la mirada para concentrarse en la persona que se dirigía a ella. Asintió en silencio—. Somos la subinspectora de la Vega y el inspector Suárez —dijo señalando a su compañero—. ¿Podemos pasar? Nos gustaría hacerle unas preguntas.

Cristina se apartó para dejarles entrar. Se encontraba un poco ida, como si lo que pasaba a su alrededor, en realidad no estuviera ocurriendo, que no fuera más que una pesadilla de la que de un momento a otro fuera a despertar.

Guió a ambos policías al salón, donde se sentó en una de las sillas colocadas alrededor de la enorme mesa de comedor. La mujer se sentó frente a ella y el hombre quedó aparte, de pie, a un lado, observando.

Daniel estudiaba el salón en el que se encontraban. Era amplio, debía de ser casi tan grande como su propia casa, similar al que había al otro lado de la pared, donde sus compañeros trabajaban en ese momento para encontrar evidencias de lo ocurrido. Todo estaba muy ordenado y muy limpio, como si hubiera sido sacado de una revista de decoración. Lo único que indicaba que ahí vivía alguien eran un par de fotografías encima de una estantería. En una, aparecían la mujer que se encontraba hablando ahora con su compañera y un señor mayor, supuso que sería su padre. Y en la otra, ella con la víctima del homicidio, mostrando una gran sonrisa, apoyadas en lo que parecía la borda de un barco, se imaginó que disfrutando de unas vacaciones. Lo único que estaba fuera de lugar en la meticulosa habitación, era una manta tirada a un lado del sofá y la forma descuidada del asiento, que indicaba que alguien había estado allí tumbado. Si su mujer lo hubiera visto, le habría dicho que era un salón moderno con un toque rústico. A ella le encantaba la decoración y a él le divertía escucharla mientras le mostraba imágenes de diferentes publicaciones.

Como Verónica ya había empezado el interrogatorio, se centró en la conversación que mantenían. La mujer estaba lívida y decaída, se mostraba muy afectada, presumiblemente era la primera vez que se había topado con un cadáver. A lo largo de su vida laboral, se había encontrado a muchas personas con ese mismo gesto, una mezcla de dolor, miedo y sorpresa. Se fijó en ella, era guapa, llevaba el pelo moreno recogido en un moño medio deshecho, el brillo de sus ojos marrones y el color rosado a su alrededor, le indicaban que había estado llorando.

—Tranquila, cuéntenos lo que ha sucedido. —La voz de Verónica sonaba suave, con un tono que daba confianza. Vio cómo acercaba su mano a la de ella para reconfortarla.

—Anoche, Vicky había quedado con un hombre que conoció en internet. Antes de irse, me avisó, como hacíamos siempre. Y cuando regresara, tenía que venir a mi casa para que yo supiera que estaba bien, y de paso, contarme cómo

había ido. —Hablaba con apatía mientras miraba a un punto imaginario, como si lo que ocurría a su alrededor realmente no estuviera pasando. El inspector sabía que estaba en la primera etapa del duelo, la negación, lo había visto demasiadas veces.

—Pero no apareció. —Cristina negó con la cabeza—. ¿Y qué sucedió entonces? —continuó preguntándole la subinspectora.

—Yo, como siempre, estuve esperándola viendo la televisión. Pero en algún momento, me debí de quedar dormida en el sofá. —Miró al lugar donde se encontraba la manta—. Cuando me desperté esta mañana, me resultó raro que Vicky no hubiera pasado por aquí, así que me preocupé. Nunca había llegado tan tarde a casa, eran más de las siete de la mañana.

—¿No pensó que quizás le hubiera ido bien la noche? —La sonrisa de la subinspectora dejó claro a qué se refería.

—No. Otro motivo por el que manteníamos nuestro ritual era para no acostarnos con un tío en la primera cita, era una máxima de ambas. —Cristina se encogió de hombros, quizás fuera una estupidez, pero ambas pensaban que ese modo de actuar mantenía el interés del hombre.

—De acuerdo, continúe por favor. Entonces, al despertar y no saber nada de su amiga, ¿qué hizo?

—Salí de mi casa y llamé al timbre de la suya, pero como no me abrió, incluso después de mi insistencia, volví para coger las llaves —yo tengo una copia de sus llaves, y ella tiene una copia de las mías—, y me acerqué a ver por qué no sabía nada de ella a esas horas. Pensaba que quizás no la había oído llamar, o que no había pasado por mi casa por algún motivo, cansancio o porque la cita había sido un desastre, en ningún momento me imaginé... —Verónica hizo un ademán con la cabeza instándola a que continuara con la historia—. Cuando entré, la vi tumbada en el sofá. Recuerdo que pensé que debía de estar viendo la televisión, pero la tenía apagada, y estaba desnuda, cosa que me resultó chocante. Me acerqué a ella, llamándola por su nombre, pero no me contestó. Cuando me situé a su altura, vi que su mirada estaba apagada, miraba al infinito. Entonces lo supe. Estaba muerta. Le toqué el cuello buscándole el pulso, pero no había. Di unos pasos hacia atrás, hasta que choqué con un mueble, y me derrumbé, caí al suelo y lloré. Cuando me encontré con las suficientes fuerzas, cogí el teléfono y llamé al servicio de emergencias. El resto, ya lo conocen. —En ese momento cayó en la cuenta—. Creo que me dejé el teléfono allí. —Cristina miró la base vacía de su inalámbrico. Cuando iba a casa de Vicky era el que solía llevarse, siempre lo tenía más a mano que el móvil, que solía dejarlo en el bolso. Lo cogía de forma automática, pasaba mucho tiempo allí y quería estar comunicada por si su padre la llamaba.

Al inspector no se le pasó por alto la frialdad de su actuación. Cuando un amigo de la víctima encuentra su cadáver, lo habitual es que intente espabilarlo con movimientos bruscos, quieren convencerse de que aún vive, o por el contrario, lo abrazan mientras lloran desconsolados, muy poca gente se permite no tocar apenas el cuerpo, tal y como había hecho la señorita del Saz.

—¿Sabe con quién había quedado anoche? —Continuó preguntando Verónica.

—No recuerdo su nombre. No creo ni que me lo dijera. He estado pensando en ello, repasando nuestras últimas conversaciones en este rato, mientras les esperaba, y no he llegado a nada. Si me lo dijo, no lo recuerdo. —Cristina se sentía impotente e inútil, no podía creerse que no supiera nada del tipo con el que había quedado Vicky la noche anterior.

—¿Cuál era la relación que le unía a la víctima? —En cuanto pronunció la última palabra, Verónica se dio cuenta de su error—. Perdona, ¿cuál era su relación con la señorita Alonso?

—Nos conocíamos desde niñas. —Cristina se internó en sus recuerdos—. Vivíamos en el mismo barrio, ambas crecimos en el barrio de Salamanca. Fuimos al mismo colegio, Nuestra Señora de Loreto, en O'Donnell. Incluso nacimos en el mismo hospital, en Santa Cristina, lo que es ahora la maternidad. Fuimos inseparables hasta llegar a la Facultad. De pequeñas nos llamaban Zipi y Zape, ella rubia y yo morena, aunque más que por el físico, era por las trastadas que se nos ocurrían. —Sonrió al recordar—. Cada una eligió una carrera diferente, ella era de ciencias y yo de letras, pero nunca perdimos el contacto. Y después, cuando terminamos los estudios y empezamos a trabajar, decidimos comprarnos un piso, juntas, cerca, para cuidarnos la una a la otra. —Cristina despertó de sus ensoñaciones con un resoplido, advirtiendo la ironía de la situación.

—¿Era habitual que su amiga tuviera citas con hombres que conocía en internet? —Cristina la miró un poco incómoda, le daba la impresión de que la subinspectora estaba insinuando que se lo había buscado, que había sido la que había forzado esta situación por su comportamiento impúdico. Respiró hondo, y decidió no dejarse llevar, solo estaba haciendo su trabajo.

—De vez en cuando. Ella es informática, se dedica a hacer aplicaciones para móviles y trabaja mucho en casa, casi no sale, ni se relaciona con nadie, aparte de mí, claro. Así que utiliza a menudo páginas de citas para conocer gente nueva. —Cuando terminó de hablar se percató de que había utilizado el presente, ella ya no podría volver a hacer nada de eso.

—¿Quiere un vaso de agua? —El que habló fue el hombre. Cristina se sobresaltó, aún no había abierto la boca y le sorprendió la fuerza que desprendía

su voz. Asintió, así que el inspector se acercó a la cocina, situada al lado de la entrada principal.

Como en el salón, todo estaba muy pulcro y ordenado. Se imaginó que tendría a alguien que le limpiara la casa de forma regular. A ambas la vida les había tratado bien en cuanto a economía se refería, se habían criado en uno de los mejores barrios de Madrid y también se habían asentado en él. Por lo que conocía de la zona, los pisos eran amplios y el precio del metro cuadrado elevado. Tuvo que abrir un par de armarios hasta que encontró un vaso que llenó con agua del grifo. Cuando volvió al salón, se lo entregó a la testigo y observó cómo se lo bebía de un trago.

—Beba despacio. —Daniel hizo un suave movimiento de cabeza, sabía lo que vendría a continuación.

Cristina tenía la boca seca, por lo que en cuanto recibió la bebida, no pudo evitar tomarla de forma apresurada. Cuando dejó el vaso vacío encima de la mesa, se dio cuenta de su error. Se levantó y corrió de nuevo al baño, donde volvió a vomitar. Cuando hubo terminado, se lavó la boca con enjuague bucal para quitarse el mal sabor.

—Discúlpenme —dijo al entrar en la estancia en la que los inspectores la esperaban en el mismo lugar donde los había dejado. Se acercó a un cajón de la cómoda y cogió un caramelo de eucalipto, de esos que guardaba para los catarros, para que le suavizaran la garganta en sus habituales ataques de tos, pero esta vez, lo utilizó para evitar la sequedad.

—Si recuerda algo más, por favor, no dude en ponerse en contacto con nosotros. —El inspector volvió a hablar mientras le entregaba su tarjeta, ella asintió en silencio dejándola sobre la mesa de modo instintivo.

Ambos policías se despidieron y salieron del piso, pensando en que necesitaba asumir lo acontecido en las últimas horas, para serles de ayuda.

En cuanto se marcharon, Cristina se dejó caer en el sofá e intentó recordar algo útil de las conversaciones con su amiga. Su intuición le decía que lo más probable era que el cabrón que le había hecho eso a Vicky, fuera el mismo con el que había salido a cenar.

Los inspectores salieron del edificio, todavía intentando entender la escena del crimen que acababan de visitar, ambos estaban bastante desconcertados. Ya en el coche, el inspector Suárez se sentó en el asiento del conductor y su compañera a su lado. Acababa de arrancar, cuando le preguntó por su parecer.

—¿Qué opinas?

—No sé qué decirte. Me ha sorprendido mucho la limpieza del lugar, no

había sangre por ningún sitio, apuesto a que la víctima fue asfixiada.

—Es una posibilidad. ¿Qué más? —convino el inspector.

—No había hematomas vaginales. Si la autopsia confirma que hubo penetración, esto revelaría que el sexo fue consentido, por lo que conocía a la víctima. Quizás la cita *online* que nos comentaba su vecina.

—Parece plausible. ¿Qué más? —Verónica miró a su jefe, sabía que la estaba forzando para sacar lo máximo de ella, pero a veces, se sentía demasiado presionada. De todas formas, siguió con sus intuiciones.

—Es una persona rigurosa en extremo, muy organizada. —Hizo una breve pausa para aclarar sus ideas—. Tiene gran dominio de sí mismo, ha sido capaz de asesinar a alguien a sangre fría y luego ha dejado un escenario del crimen especial. La puesta en escena es impresionante. —Daniel asintió, estaba totalmente de acuerdo con ella. Le hizo un gesto con la cabeza alentándola a proseguir—. Eso me lleva a pensar que es cauto, preciso y no es para nada impulsivo.

—Por lo que veo asumes que es un hombre. —Verónica lo miró pensativa.

—¿Tú no?

—Es lo más probable, pero todavía no podemos cerrar las puertas a la posibilidad de que se trate de una mujer. ¿Qué más?

—Creo que ni la Científica ni la autopsia van a encontrar huellas, como decía, lo ha organizado de forma perfecta. Por ello entiendo, que lleva observándola algún tiempo.

—No está mal. —Le sonrió el inspector, se sentía orgulloso de su compañera, lo rápido que aprendía le seguía sorprendiendo—. Veremos qué nos depara la autopsia.

Se quedaron ambos en silencio, pensando en lo extraño de la escena del crimen que habían presenciado. A Daniel, la postura en que el asesino había dejado el cuerpo le daba mucho en qué pensar, en cuanto la vio, se dio cuenta de las similitudes con *La maja desnuda*, el conocido cuadro de Goya. Su compañera sabía que había algo singular en la colocación del cuerpo, pero no había mencionado el cuadro. Tendría que comparar las fotografías que habían realizado sus compañeros con la pintura, aunque conocía la obra de tantas visitas al Museo del Prado. Y sabía por tanto, que la posición era la misma que la de la maja, los brazos doblados y las manos detrás de la cabeza, apoyada sobre un costado, no sobre la espalda. Pero tenía que asegurarse que el resto de la escenografía que había preparado el asesino, coincidía con la existente en el lienzo. Eso le preocupaba, y si era así, ¿por qué lo habría hecho?, ¿querría decirles algo?

—¿Por qué sigues llevando la alianza? —Verónica rompió el silencio que

se había formado en el interior del vehículo, y como de costumbre, con una pregunta de lo más inapropiada. Daniel se miró el dedo anular de la mano izquierda, donde exhibía el anillo de oro blanco. Se había divorciado hacía tres meses, si bien, llevaban vidas separadas desde hacía más de un año.

—No es por lo que crees. —Verónica resopló, sabía que era exactamente por lo que ella creía—. Se liga más con él puesto.

—¿En serio? —Verónica intuía que estaba improvisando sobre la marcha, pero tenía curiosidad por esa afirmación, muchos de sus amigos opinaban lo mismo.

—Sí. Las cosas han cambiado. Dios, cómo han cambiado desde que empecé a salir con Cruz. —Recordó cuando conoció a su exmujer en un bar de Huertas, en el centro de Madrid. Ella estaba con sus amigas celebrando el fin de exámenes de la Universidad, y él estaba con unos amigos en una despedida de soltero. En cuanto la vio, supo que esa mujer era para él, aunque el tiempo le había demostrado cuán equivocado estaba—. Ahora lleváis vosotras la batuta, antes también, pero ahora es diferente. Sois vosotras las que no queréis ataros a nadie, disfrutáis de la libertad y no queréis ningún compromiso. Por lo que si quiero echar un polvo, es más fácil llevando alianza, así dejo claras mis intenciones.

—¿Y si alguna de ellas te gusta y quieres más? —Se encogió de hombros.

—De eso ya me ocuparé cuando llegue el momento. —Sonrió, porque en la actualidad no se imaginaba con ninguna persona.

—De todos modos, creo que deberías quitarte la alianza y olvidarte de Cruz. Ella lo ha hecho. —No dijo nada. Daniel sabía que su compañera tenía razón. Su gesto tenso, dejaba entrever lo que le dolía esa afirmación.

Lunes, 27 de febrero

Los inspectores Suárez y de la Vega se encontraban delante de una pizarra en comisaría, analizando las semejanzas entre el escenario del crimen y el cuadro de Goya.

—Son sorprendentes las coincidencias. —Verónica miraba las fotografías colocadas en la pizarra—. ¿Crees que el asesino nos quiere decir algo? —Daniel se encogió de hombros. Estaba seguro de que el asesino había creado esa escena por algún motivo, pero no podía imaginarse por qué.

—La pared del salón de la víctima, en el que se apoya el sofá, es de un marrón chocolate muy similar al fondo de la pintura. Al igual que el sofá verde, además, utilizó una colcha y unos cojines que pertenecían a la cama de la señorita Alonso, y que eran de un tono muy parecido al de la obra, incluso en el detalle de los encajes.

—¿Crees que escogió el cuadro al ver la decoración del salón y del dormitorio?

—Dudo que lo decidiera en el momento del asesinato. Como tú dijiste, pienso que es alguien organizado y muy riguroso, no creo que se arriesgara a tomar decisiones de última hora.

—Así que asumimos que el asesino conocía a la víctima.

—O por lo menos conocía el piso de la víctima, quizás por fotografías o porque ya había estado en él —sentenció Daniel—. Su posición representa el atrevimiento que plasmó Goya en su óleo. —Verónica se lo quedó mirando, no comprendía lo que quería decir. A Daniel no le pasó desapercibida la cara de su compañera—. Me refiero al erotismo que demuestra la víctima en esa posición, es una postura sin ningún tipo de decoro o recato, parece que te está mirando directamente, mientras te muestra su sonrisa más sensual. Los brazos bajo la nuca, entregándose sin ningún pudor, el cuerpo pálido, dando luminosidad al conjunto y sensación de calor corporal, y las piernas sin cruzar.

—¿Las piernas sin cruzar? —le interrumpió Verónica.

—Antes de *La maja desnuda*, las venus que se pintaban, mantenían sus piernas cruzadas, de forma que no mostraban el vello púbico. Esta obra fue dotada de un alto carácter erótico para su época, de hecho, fue requisada por la Inquisición y Goya fue llevado a juicio. Afortunadamente, ni Francisco de Goya fue condenado, ni el cuadro destruido. —Daniel hizo una pausa, estaba impresionado por el trabajo del asesino, no podía dejar de contemplar las

similitudes. Verónica lo observaba, atónita por sus conocimientos de arte—. Desde luego, el asesino se tomó su tiempo.

—Sabes mucho sobre este cuadro. —Daniel la miró, dejando a un lado el análisis que estaba realizando.

—Bueno, es una de mis pasiones. La pintura. De todas formas, hay algo que no me cuadra. —Verónica le prestó toda su atención—. La maja desnuda es morena y tiene los ojos oscuros, pero nuestra víctima es rubia con ojos azules. Es apenas la única diferencia con el lienzo, pero creo que es importante, tiene que significar algo. —Daniel apartó la mirada de las fotografías realizadas en el escenario del crimen al oír a Huertas y Candelas llegar.

—Jefe, hemos revisado la grabación de la cámara de seguridad que había a la entrada del edificio. —Huertas estaba al otro lado de la mesa de su jefe junto a Candelas, quien llevaba una memoria USB en la mano—. El portero nos ha hecho una copia. Se mostraba bastante afectado, la chica lo trataba con cariño, según nos ha contado, muchas veces le regalaba galletas o bollos caseros. Por lo visto, cuando estaba estresada le daba por cocinar para relajarse.

—La grabación, ¿habéis encontrado algo? —Daniel lo interrumpió viendo que se desviaba del tema que les ocupaba.

—Se ve a la señorita Alonso entrar con alguien. —el inspector Candelas tomó el relevo de la explicación, mientras conectaba el *pendrive* al ordenador de su jefe, y les mostraba el momento al que estaba haciendo referencia—. Lleva un abrigo largo, bufanda y gorro, no se puede distinguir siquiera si es hombre o mujer. Camina a su lado con la cabeza gacha, por lo que la grabación no recoge nada que nos pueda ayudar. Lo único que podemos asegurar es que es bastante más alto que la víctima. —Daniel estaba de acuerdo, no se apreciaba ningún detalle que les diera una pista de quién podía ser el sujeto que accedía al portal con la víctima.

—¿Se le ve salir? —Por la hora podrían determinar si era el asesino, o este llegó después, pensó Daniel.

—No, jefe. El equipo de grabación que tienen les está dando muchos problemas. El conserje nos ha dicho que a veces deja de grabar sin venir a cuento. Lo han reportado a la empresa de vigilancia del edificio, pero hasta ahora no habían hecho mucho caso. Cuando nos íbamos, ha llegado un representante de la compañía pidiendo disculpas por la incidencia producida en sus equipos. Creo que estaba más interesado en saber si se les iba a interponer una demanda, que en el asesinato.

—Mierda. —Seguían sin tener nada.

En ese momento, sonó el teléfono en la mesa de Suárez, así que dejó sus suposiciones para atender la llamada. Los inspectores lo observaban, mientras él

asentía a la persona que estaba al otro lado de la línea.

—De acuerdo, vamos para allá. —Después de colgar, miró a Verónica—. El doctor Mena tiene algo que enseñarnos.

—Inspectores, qué rapidez. —En cuanto Daniel colgó el teléfono, se habían dirigido al Instituto Anatómico Forense sin demora. Acababan de atravesar la puerta de la sala de autopsias, sabiendo que el doctor Mena se encontraría allí trabajando.

—Tiene algo para nosotros, ¿verdad?

—Como siempre directo al grano, Suárez. —Era algo que al doctor le gustaba del inspector, no se andaba por las ramas.

—No hay tiempo que perder. —Tanto Suárez como de la Vega se dirigieron hacia el forense con paso decidido. Cuando llegaron a su altura, comprobaron que el cuerpo encima de la mesa era el de la señorita Alonso, la víctima, cubierta con una sábana hasta la altura del cuello.

—Ya conocemos la causa de la muerte. Murió de un infarto. —Los dos inspectores lo miraron asombrados, eso no se lo esperaban—. Debido al paso de gas por la arteria subclavia izquierda, se produjo un incremento de presión en el ventrículo, y la consecuencia, fue un infarto de miocardio tras la embolización de un volumen de gas significativo, lo que permitió invertir el gradiente de presión entre los ventrículos.

—Y eso en cristiano significa... —Daniel le demandó una explicación para desconocedores de la materia.

—Lo que quiero decir, es que sufrió un infarto debido a un émbolo de aire introducido en la arteria.

—¿Y cómo fue introducido el aire? —preguntó Verónica con curiosidad. El doctor bajó la sábana para que pudieran ver lo que había encontrado, dejando visible parte de la costura realizada sobre el pecho. Levantó el brazo izquierdo de la joven, y a continuación, les acercó la lupa, para que vieran lo que les quería mostrar.

—¿Veis ese pequeño punto en la axila? —Ambos inspectores se acercaron a la lente, encontrándose con un ínfimo punto donde les señalaba. Se asombraron de que no se le hubiera pasado por alto al médico, parecía casi indetectable—. El asesino le inyectó el aire en la arteria por ahí.

—Entiendo que esto solo lo puede hacer alguien con considerables conocimientos de anatomía.

—Efectivamente, Suárez. Quien introdujo la jeringa, sabía a dónde debía dirigirse. Lo hizo a la primera y sin producir ningún desgarró, ni interno ni

externo.

—Pero no hay contusiones en el cuerpo ni signos de violencia, ¿cómo lo realizó la punción sin que la víctima consintiera?

—Inspector, creo que su trabajo es averiguarlo —indicó el doctor con una sonrisa en la cara.

—*Touché* —reconoció Daniel. El doctor Mena soltó una fuerte carcajada y el inspector se dio cuenta de que le estaba tomando el pelo, por lo que le rio la gracia—. Cuéntenos qué ha encontrado.

—He encontrado restos de escopolamina en la vejiga.

Daniel conocía ese tóxico, su consumo en discotecas se había visto acrecentado en los últimos tiempos. Muchos hombres se lo echan en la copa a las mujeres para doblegar su voluntad. Por este motivo, se habían incrementado las agresiones sexuales, e incluso los robos. Además, en apariencia las personas que lo han tomado se encuentran en un estado normal, por lo que ni ellas mismas se dan cuenta de que necesitan ayuda por haber sido drogadas. Su uso estaba aumentando también, por la facilidad con que se adquiría en internet a bajo precio.

—¿Eso es burundanga, verdad? —intervino Verónica.

—Exacto, subinspectora de la Vega. Y hemos tenido suerte, porque este fármaco desaparece de la sangre en un lapso de tiempo muy breve, pero se mantiene en la orina unas doce horas.

—Si no me equivoco, con una sobredosis de esta droga, podía haber matado a la víctima. ¿Por qué no utilizarla entonces? —preguntó Verónica.

—Supongo que porque lo que le interesaba no era matarla antes de tiempo. Esta droga produce un estado de sumisión química, la víctima hace todo lo que se le pide. Por lo tanto, esto explica cómo llegó a su casa sin que opusiera ninguna resistencia —dedujo el inspector.

—Y ya en su casa, montó su decorado particular —concluyó Verónica.

—¿Mantuvo relaciones sexuales con ella? —Daniel continuó con la siguiente pregunta lógica.

—No hay hematomas vaginales ni presencia de semen. Tampoco se han detectado restos de espermicidas. Por lo que no hay nada que indique que las hubiera. —El doctor les pasó una copia del informe que su equipo había redactado para la investigación.

—¿Restos de ADN?

—Nada. La víctima está limpia.

—¿La hora en que se produjo el homicidio?

—Calculo que entre las dos y las tres de la madrugada del domingo.

—La grabación muestra que la víctima llegó a casa sobre las doce de la

noche, pudo ser el acompañante o alguien que llegara *a posteriori*. —Fue un pensamiento dicho en voz alta. Daniel sabía que les hubiera sido de gran ayuda que la toma de imágenes en el portal hubiera sido completa—. ¿Algo más?

—No tengo nada más que contarles, los detalles están reflejados en el informe. Y recuerden, los muertos no mienten —les dijo a modo de despedida.

—Gracias, doctor Mena.

Los dos inspectores salieron del edificio, callados. Daniel intentaba ordenar en su cabeza toda la información que acababan de recibir, intentando encontrarle algún sentido.

—¿Quizás un médico?, ¿un veterinario? —Verónica interrumpió sus cavilaciones.

—Practicantes, profesionales de enfermería, ATS, no sé, ¿cuánta gente crees que puede realizar un pinchazo directo a una arteria sin que le tiemble el pulso? —Se encogió de hombros.

—La verdad es que es un buen método si no quieres que nada enturbie tu puesta en escena. —Daniel miró a su compañera, acababa de hacer una interesante observación.

Miércoles, 1 de marzo

Esa mañana había amanecido muy fría aunque soleada, «muy adecuada para un entierro», pensó Daniel no sin cierta ironía, mientras conducía por la M-30. Se dirigía a buscar a Verónica, iban a asistir al sepelio de Victoria Alonso. A veces, los asesinos se presentan en este tipo de actos, se sienten con la suficiente confianza y seguridad para asistir sin ser descubiertos, por lo que ellos no podían perderselo.

Verónica vivía en las conocidas colmenas, escenario habitual de anuncios y películas. Unos bloques de pisos de construcción abominable, según la mayoría de madrileños, en el barrio de La Concepción. Al principio, fueron construidos como pisos de realojo, sin embargo, ahora el metro cuadrado estaba por las nubes. A Daniel siempre le había fascinado ese complejo residencial en el que había ocho mil viviendas colocadas de forma que recordaban panales, de ahí su nombre. No tenía claro si lo odiaba o le encantaba. En ese momento, estaba pasando por delante de la Mezquita de la M-30, un impresionante edificio de mármol blanco inspirado en la Alhambra de Granada.

Cuando se acercaba al portal de su compañera, se fijó que Verónica ya lo estaba esperando apoyada en un banco, tras los espesos setos, abrazada a David, su actual pareja. Al inspector le chocó encontrárselo allí, no hacía ni una semana que Verónica había aparecido en su casa llorando porque habían vuelto a tener una pelea que había provocado su ruptura. Ambos tenían unos horarios imposibles, por lo que casi no se veían, y eso estaba minando la relación. Él trabajaba como jefe de seguridad en una importante empresa de *software*. Si no lo conociera, hubiera presentado que trabajaba en el sector, puesto que era un hombre alto, ancho de espaldas, muy corpulento, con cabeza afeitada, que intimidaba con su sola presencia, y con una mirada que imponía respeto. El típico segurata de las películas americanas.

Tocó el claxon para llamar su atención. En cuanto la subinspectora se dio cuenta de su presencia, se despidió con un dulce beso de David y se alejó en dirección al coche. Daniel la observaba mientras se acercaba medio corriendo, con su espesa cabellera pelirroja agitada por el frío viento que soplaba, sus ojos verdes brillantes y las mejillas pecosas más sonrosadas de lo habitual, era una joven muy atractiva. Aunque no guardaba sentimientos románticos hacia ella, la apreciaba como si se tratara de una hermana pequeña, y sabía que ese sentimiento era mutuo, no podía obviar que era un bellezón, a quien le había

costado ganarse el respeto de sus compañeros por ese mismo motivo.

—Buenos días. Hace un frío de pelotas —dijo mientras se acomodaba en el asiento del copiloto.

—Buenos días. Sube la calefacción si quieres. —Verónica movió la rueda de selección de temperatura del climatizador, de forma que empezó a salir con fuerza el aire caliente. Al darle en la cara de forma directa, poco a poco empezó a entrar en calor.

Se pusieron en marcha en silencio. Daniel salió del barrio de la Concepción, cruzó la calle Alcalá, para coger a continuación la Avenida de Daroca, que les llevaría directos al cementerio de la Almudena, donde iba a ser enterrada la víctima.

—¿No me vas a preguntar por David? —Soltó a bocajarro la subinspectora.

—¿Por qué? ¿porque habéis vuelto? —Daniel no pudo evitar mostrar una mueca irónica que reflejaba la gracia que le causaba la pregunta.

—Claro.

—La verdad, Vero, es que no me sorprende ni lo más mínimo. —Se estaba divirtiendo.

—Anoche se presentó en casa y hablamos. Creo que a partir de ahora todo irá mejor —explicó.

—Me alegro. —Daniel presentía que dentro de unos días volvería a aparecer llorando en su casa por alguna otra discusión.

—¿Crees que el asesino asistirá? —Cambió de tema, puesto que su compañero no parecía interesado por su vida personal.

—Nunca se sabe, suelen tener el ego tan alto que creen que no van a ser pillados, y les suele gustar mirar. Además, tenemos que empezar por lo más evidente, los amigos de la víctima. Lo más probable es que el asesino la conociera, incluso que la viera asiduamente.

—Pues según la amiga, no salía casi de casa, así que va a ser fácil. —Verónica se rio de su chiste. Daniel la miró de reojo, a veces, sus comentarios no eran los más acertados, pensó.

Dejaron el coche aparcado delante de la puerta principal.

El cementerio de la Almudena impresiona por su tamaño. Se ha convertido en el más grande de la ciudad y uno de los más grandes de Europa, aunque había sido creado de forma provisional a causa de una epidemia de cólera que se produjo en la ciudad.

Se dirigieron hacia la capilla ardiente, cruzando el imponente pórtico de entrada, formado por columnas y arcos. Atravesaron el arco principal, sobre el que se encuentra representada la figura de Dios Padre. Cuando llegaron, ya había algunas personas fuera, esperando la aparición del coche fúnebre.

Daniel se quedó observando la cúpula de la capilla, coronada por el ángel de la muerte, al que llaman Fausto. Entonces, recordó una historia que siempre le contaba su abuelo cuando iban juntos a visitar la tumba de su abuela. Una leyenda que decía que si alguien escuchaba el sonido de la trompeta del ángel, significaba que la muerte lo acechaba. Su abuelo también le había contado, que originalmente, la escultura tenía la trompeta en la boca, pero que debido a esa superstición, se trasladó a su posición actual, en el regazo del ángel. Sonrió por sus recuerdos, echaba de menos a su abuelo, que ahora descansaba con su abuela en ese mismo cementerio.

Al notar un suave codazo de su compañera, salió de sus ensoñaciones, y se fijó en que el coche con el féretro se estaba acercando muy despacio a la puerta de la capilla. Cuando se detuvo, Daniel dirigió toda su atención hacia el coche de detrás, del que se bajaron una mujer mayor, la madre de Victoria Alonso, Carmen Gutiérrez, acompañada por Cristina del Saz y por un hombre mayor. Como sabían que la madre de la víctima había enviudado hacía varios años, su marido había muerto por un cáncer fulminante, se imaginó que sería el hermano de la señora Gutiérrez.

Ellos se encontraban algo apartados, dejándoles intimidad para despedirse de la señorita Alonso. Después de que todo el mundo hubo entrado en la capilla siguiendo al ataúd, hicieron lo propio. Se colocaron al fondo, en un punto desde donde podían observar perfectamente a todas las personas allí congregadas.

En lo primero que Daniel reparó, fue en la poca afluencia de gente. Había un grupo de mujeres jóvenes, que debían de ser amigas de la víctima, todas ellas sentadas en el mismo banco, y unas pocas personas más, desperdigadas en los diferentes asientos de la capilla. Su amiga, la señorita del Saz, no había exagerado, no se relacionaba mucho. Se imaginó que para ella, las citas *online* habían sido un salvavidas, un camino fácil para conocer gente nueva, quizás un gran amor, y desconectar de un solitario día a día.

Al finalizar el funeral, todos cogieron sus vehículos para seguir al coche fúnebre hasta la tumba asignada. Los inspectores salieron a paso rápido a por el suyo, puesto que lo habían dejado al otro lado del pórtico, y a continuación, se unieron a la pequeña hilera.

Toda la comitiva rodeó la tumba, excepto ellos que se habían posicionado un poco retirados del resto, observando todo lo que acontecía, sin inmiscuirse. Los operarios del cementerio comenzaron con su labor, introduciendo con cuidado la caja en el interior del sepulcro.

Daniel observó a la señorita del Saz, tal y como les había dicho, era prácticamente de la familia. Las únicas personas que aferraban a la madre de la víctima, eran ella, por un lado, y el que suponía era su hermano, por el otro. El

grupo de amigas, se apoyaban las unas a las otras, pero permanecían al margen de los demás. Y el resto, que no parecían conocerse entre sí, se mantenían en silencio, abrumados por la situación. Tendrían que hablar con todos ellos, pero no en ese momento.

Cuando volvió a notar un suave codazo de Verónica, el inspector dejó a un lado su análisis, para observar el lugar a donde su compañera lo había guiado con la mirada. Detrás de un mausoleo, alguien, con su móvil, estaba grabándolo todo. De inmediato, pensó que debía de ser la prensa, aun cuando la familia había intentado que la ceremonia fuera privada. Sin embargo, parecía que se había producido alguna filtración.

En cuanto los operarios hubieron puesto la piedra sobre la tumba, a falta de sellarla, todos comenzaron a marcharse, dando por finalizado el acontecimiento. En ese momento, la señora Gutiérrez empezó a gritar y llorar desconsoladamente, se abalanzó sobre la piedra quedando medio tumbada sobre ella—. ¿Por qué se te han llevado? ¿Por qué? Te quedaba tanto por vivir.

Al ver la escena, la señorita del Saz, aunque aparentaba sentirse tan abatida como la madre, la abrazó e intentó tranquilizarla. Daniel se preguntó que le estaría diciendo para que asintiera y dejara de gritar.

—Vámonos, aquí ya no pintamos nada. Es mejor que les dejemos intimidad. —Verónica asintió, estaba de acuerdo con él.

Había sido una mañana desoladora. Después de dejar a la madre de Vicky en casa con su hermano, con la esperanza de que se quedara algo más relajada tras prepararle una tila bien fuerte, se había ido a la suya a ver si lograba calmarse. Desde entonces, había estado sentada en el sofá cambiando de canal cada dos por tres, sin concentrarse en nada de lo que allí se emitía. No había sido capaz de probar bocado, de hecho, no había podido introducir ningún alimento en su cuerpo desde que encontrara el cadáver de su amiga. Lo máximo que había llegado a ingerir, eran caldos que compraba en el supermercado en tetrabrik, y aunque había intentado comer algo sólido, poco después, iba corriendo al baño donde lo echaba.

En ese momento, estaban retransmitiendo el telediario de la noche, ella lo seguía con apatía, no le estaba prestando ni la más mínima atención, hasta que de repente, la presentadora citó el nombre de Victoria Alonso. Suficiente para que alguno de sus resortes saltara y se concentrara en lo que allí se decía. Subió el volumen y observó las imágenes que aparecían, todas ellas del entierro de esa misma mañana. Se mencionaron los pocos avances de la policía para descubrir al agresor que había acabado con la vida de la joven. Pudo comprobar que ella

aparecía bastante a menudo en los fotogramas, cada vez que mostraban un primer plano de Carmen, evidenciando su dolor. Incluso emitieron la bochornosa actuación de una madre que estaba sufriendo lo indecible.

—¡Qué cabrones! Consiguiendo audiencia con el dolor ajeno —dijo en voz alta aun sabiendo que nadie lo oiría. Apagó la televisión algo alterada y se tumbó.

Observando el techo de la habitación, meditaba en silencio. En el cementerio no había visto ninguna cámara grabando, aunque tampoco es que prestara demasiada atención a lo que ocurría a su alrededor. Ya tenía bastante con aguantar el peso de Carmen para que no cayera al suelo, y lograr mantenerse a la vez ella misma en pie, porque las piernas le flojearon en más de una ocasión, además, había sentido leves vahídos.

Pero aun así, supuso que se habría dado cuenta si la televisión hubiera estado grabando todo lo que allí acontecía. Había sido un entierro muy íntimo, como Carmen y ella sabían que hubiera querido Vicky, solo los amigos y familiares más allegados. Aparte de su madre, su tío y ella, como familia más cercana, puesto que siempre la habían considerado como una más, algunas amigas del colegio, y compañeros de trabajo, con los que a menudo trataba por correo electrónico y excepcionalmente en persona, allí no había habido nadie más. Entonces, le vino a la cabeza la imagen de dos sombras apartadas, contemplando todo lo que sucedía, pero imaginó que se trataba de los inspectores que estaban llevando el caso.

Así que, o la grabación la había realizado alguien que estaba oculto, para luego venderla al mejor postor, o alguno de los que estaban presentes. Ahora, con los avances tecnológicos, era muy sencillo obtener imágenes con muy buena calidad, utilizando un simple móvil.

Cristina dejó sus pensamientos a un lado, al oír el sonido del teléfono. Lo que menos le apetecía en esos momentos era atender la llamada. Todavía tumbada, sin haberse movido un ápice, se preguntó quién sería, porque ya había hablado con su padre, que había llamado para ver cómo se encontraba, después de no haberle permitido ir al entierro. Prefería estar sola y sabía que no se lo hubiera podido quitar de encima. Aunque lo hacía con la mejor de sus intenciones, ella necesitaba mantenerse alejada de todo y de todos, además, su padre ya tenía una edad. Y Javi tampoco podía ser, porque no le había contado nada, si lo hubiera hecho, no la hubiera dejado ni a sol ni a sombra a pesar de sus quejas. Quizás la hubiera visto en las noticias. También se le pasó por la cabeza que fuera alguna teleoperadora, ofreciéndole los servicios de su empresa, y por esta razón, estuvo a punto de ignorar la llamada. Pero al notar la insistencia, se decidió a, por lo menos, molestarse en comprobar quién era. Cuando miró la

pantalla del inalámbrico que le indicaba el número que llamaba, el fastidio que sentía quedó reflejado en su rostro, pero aun así, contestó.

—Hola, madre. —Su saludo resultó tan frío como venía siendo habitual. Su madre lo ignoró.

—Hola, hija. Hace mucho que no sé nada de ti.

—Sí. Y hoy has decidido ponerte en contacto conmigo porque... —Desde luego, su madre no había podido elegir peor día para llamarla. En cuanto cogió el teléfono, se arrepintió de haberlo hecho, con su estado de ánimo, no le apetecía ni lo más mínimo lidiar con ella.

—¡Ay, hija!, cómo eres a veces. —Su madre hizo una pausa, no sabía cómo continuar, así que fue directa al grano—. Te acabo de ver por televisión, en el entierro de esa amiga tuya. —Aunque su madre hizo una pausa para que su hija le recordara su nombre, Cristina no abrió la boca, por lo que continuó—. El caso es, que sé que erais muy buenas amigas, y supongo que lo estarás pasando fatal. Quería ver qué tal te encontrabas.

—Bien, madre. Gracias por tu preocupación. —Cristina había hecho el comentario en un tono sarcástico. Su madre no se había preocupado en la vida por lo que a ella le ocurriera, por lo que resultaba absurdo que empezara a hacerlo ahora. Estaba convencida de que su interés era por conocer detalles morbosos de lo ocurrido, para después poder contárselos a sus amigas y ser el centro de atención durante unos días.

—Bueno, cariño, parece que hoy no estás dispuesta a abrirte conmigo y a dar tu brazo a torcer, pero si en algún momento quieres hablar, o algo de consuelo, ya sabes dónde me tienes. —Como Cristina no dijo nada, su madre colgó, abatida.

Todavía, con el teléfono en la mano, Cristina empezó a llorar angustiada. Volvió a tumbarse en el sofá, encogida y abrazándose las piernas. Sabía que el comportamiento con su madre no era el que debería ser, pero por más que lo intentaba, lo único que sentía hacia ella era rechazo. Le hubiera gustado volver a llamarla y desahogarse, o mejor aún, estar con ella y que la abrazara mientras se tomaban un chocolate caliente, como hacían cuando era pequeña y tenía algún problema. Pero todo aquello se había perdido, no podía volver a ser como antes después de lo que había ocurrido. Aún no la había perdonado. Quizás algún día lo hiciera, pero todavía no estaba preparada.

Viernes, 3 de marzo

Después de solicitar unos días para el entierro de Vicky y para llorarla en la soledad de su hogar, había vuelto a la Universidad. Pensó que sería mejor mantener la mente ocupada que seguir deprimida en casa.

Acababa de terminar de impartir una de sus clases. Había notado que la lección había resultado de lo más aburrida —los bostezos de los alumnos se habían visto multiplicados con respecto a los que ya iban siendo habituales—. Había mostrado una indiferencia que no era normal en ella, solía exponer sus disertaciones con gran pasión y hacerlas participativas, cosa que hoy no había conseguido. No le cabía ninguna duda de que sus alumnos habían reparado en su estado apático.

—¡Cristina! —Se detuvo al escuchar su nombre. Una joven la estaba llamando y se acercaba corriendo por el pasillo. Siempre le había dicho a los estudiantes que la tutearan, era absurdo que la llamaran por el apellido o de usted, le hacía sentirse muy mayor.

—Hola, María. —La saludó. María era una alumna brillante que solía sentarse en su clase en primera fila. Siempre atenta a todo lo que decía y haciendo unas preguntas muy inteligentes que daban lugar a interesantes debates. Era muy avispada.

—Me estaba preguntando si te encuentras bien. Hoy te he notado rara en clase. —Hizo una pausa, no sabía cómo continuar—. Me refiero, a lo de tu amiga. El otro día en el telediario...

—No, no me encuentro bien. Encontrar a tu mejor amiga asesinada en su casa, no se lo deseo a nadie. —María se había quedado estupefacta, no se esperaba esa contestación—. Perdona, no quería decir eso. —Cristina se había dado cuenta de su brusquedad, aún no estaba preparada para hablar del tema, y la había pillado por sorpresa—. Me tengo que ir. —Prefirió alejarse, a seguir soltando necedades.

Aceleró el paso para refugiarse en su despacho, empezaba a notar cómo las lágrimas se acumulaban en sus ojos, dispuestas a derramarse.

Se encontraba en su escritorio, comiendo, a la vez que corregía algunos de los parciales que sus alumnos habían hecho unos días antes. Llevaba mucho retraso, ya llegaba tarde a la fecha en la que tenía que publicar las notas, tendría que

pasarse todo el fin de semana trabajando.

Aunque sus compañeros la habían avisado para ir a comer, no le había apetecido pasar ese rato de esparcimiento con el profesorado. No se encontraba con fuerzas para relacionarse con otras personas. Por lo que había preferido quedarse sola, ingiriendo un penoso sándwich de pavo repleto de mahonesa que había sacado de la máquina, el que le había parecido menos malo. Además, en su despacho se sentía en calma, siempre lo había considerado como un segundo hogar. Lo había decorado a su gusto, era verdad que la mesa y las estanterías eran modelos típicos de oficina, el mismo que tenían el resto de profesores, pero le había dado un toque personal colocando algunas láminas de cuadros famosos. La pintura era uno de sus *hobbies*. También había colocado algunos recuerdos que había traído de sus múltiples viajes, esos que hacía con Vicky como compañera de aventuras y de los que disfrutaban ambas como niñas pequeñas. Se pasaba mucho tiempo encerrada entre esas cuatro paredes, como para que el lugar se mostrara frío e impersonal, ya fuera revisando exámenes, haciendo tutorías con sus alumnos o investigando para algunos artículos que había publicado. A su edad, acababa de cumplir treinta, no era habitual contar con publicaciones en revistas especializadas, por lo que se sentía muy orgullosa de ello, y la Universidad se lo tenía en cuenta. Era la niña mimada del departamento.

Alguien llamó a la puerta, por lo que dejó a un lado el examen que en ese momento estaba corrigiendo. Levantó la cabeza para ver quién era, a esas horas y un viernes, pocos estudiantes vendrían a visitarla, sobre todo teniendo en cuenta que no era día de tutorías.

—Adelante. —Cuando se abrió la puerta, el que apareció fue Javi, uno de los profesores. Ambos se conocían desde los tiempos de la Universidad, habían estudiado Psicología juntos, y luego, habían seguido el mismo camino, el de la enseñanza. Eran buenos amigos, conectaron desde un primer momento, quizás por su pasión por la Psicología o por algunas aficiones comunes, como los museos y el cine.

—Hola, ¿qué tal te encuentras? —Javi la miraba con preocupación.

—Mal. Estoy mal.

—¿Cómo es que no me dijiste nada? Hubiera estado contigo, apoyándote. —Conocía a Cristina y sabía que prefería pasar el duelo sola, se sentía incómoda abriéndose a los demás. Sin embargo, él era justo lo opuesto a ella en ese sentido, por lo que le costaba comprender por qué escogía la soledad.

—Lo sé, pero necesitaba mi espacio. —Javi se apoyó en la mesa, a su lado, y le acarició el brazo en un intento de consuelo. Al sentir esa muestra de cariño, a las que no estaba acostumbrada, no pudo aguantar más y se echó a llorar. Él se

agachó y la abrazó mientras se desahogaba. Sabía que Vicky era una persona muy importante para ella, y no se podía imaginar lo que era saber que había sido asesinada, y menos aún, encontrar su cuerpo—. Perdona, es que aún no me he hecho a la idea. —Se intentó recomponer, secándose con la palma de la mano las lágrimas que le corrían por la mejilla.

—¿Por qué no te coges unos días? —Javi se volvió a apoyar en el borde de la mesa, notaba la incomodidad de Cristina por haber perdido los papeles.

—Ahora no puedo. Y además, tampoco quiero. Es peor estar en casa dándole vueltas una y otra vez a lo mismo. Prefiero estar trabajando, así hay ratos en los que no pienso en... ella. —Javi se fijó en el sándwich que tenía encima de la mesa, al que apenas había dado un bocado, lo que no le extrañó, porque la pinta que tenía no era para nada apetitosa.

—Te propongo algo. Deja esto —señaló todos los papeles que tenía encima de su mesa—, y vamos a comer algo rico. —Ella lo miró, y a continuación miró el sándwich que se estaba comiendo, todavía continuaba con el estómago cerrado, seguía sin probar bocado.

—Javi, agradezco tu propuesta, pero tengo mucho que corregir. Como estos días no he venido, se me han acumulado los exámenes.

—Estoy seguro de que puedes hacerlo en otro momento. Hoy es viernes, así que te invito a comer y si te portas bien te llevo al cine. —Le guiñó un ojo—. Seguro que así también desconectas un rato de todo. —Cristina analizó la sugerencia que le acababa de hacer, y aunque su primer impulso fue rechazar la invitación, después de pensárselo unos segundos, no le pareció mala idea, seguro que le venía bien airearse un poco. Una de las grandes cualidades de Javi era hacerte olvidar los problemas y hacerte reír, otra de las razones por la que siempre le había agradado su compañía.

—De acuerdo, ¿y qué película sugieres? —Ella no tenía ni la más remota idea de lo que había en la cartelera en ese momento.

—Me han hablado de una película que está fenomenal, tiene buena crítica tanto del público como de los expertos, y ya sabes que eso no es habitual. Pero primero tienes que portarte bien. —Le sonrió. La alegría de él empezaba a resultarle contagiosa, lo cual agradeció enormemente.

—¿Cómo se llama? ¿De qué va?

—No me acuerdo del título, y no te voy a contar de qué va para no estropeártela. Es una sorpresa. —Cristina supuso que él tampoco tenía ni idea de lo que estaban proyectando en los cines. Se imaginó que cuando llegaran, decidirían la película.

Domingo, 5 de marzo

Esa mañana, Cristina se había levantado con la moral por los suelos, se cumplía una semana desde que encontrara el cuerpo de Vicky en su piso. Seguía sin poder borrar de su memoria esa mirada de socorro que no hacía más que aparecerse en sus sueños.

Después de pasearse por su casa aturdida y mareada, sin saber qué hacer, durante toda la mañana, decidió que lo mejor era darse una larga ducha caliente para despejarse y salir del estado de atontamiento y desidia en el que se encontraba. Tenía que poner punto final a esta situación, no podía pasar así más tiempo. Su amiga había sido de armas tomar, si hubiera ocurrido a la inversa, no estaría hundida y llorando por todos los rincones como estaba haciendo ella, hubiera tomado cartas en el asunto, se dijo tratando de levantar el ánimo. Todavía no comprendía cómo había logrado salir el viernes de casa e ir a trabajar, aunque se reconocía a sí misma, que ese rato había podido desconectar y pensar en otra cosa que no fuera en su amiga muerta.

Así que, después de haberse relajado debajo de un potente chorro de agua y haberse vestido con ropa cómoda, consiguiendo no ponerse de nuevo el pijama, que hasta entonces se había convertido en su segunda piel, comenzó a tener las ideas más claras. Aun cuando lo que se le estaba ocurriendo, no era lo más razonable, eso no la frenó.

No había podido ayudar a Vicky la noche en la que fue asesinada, pero lo haría ahora, y la única forma que se le ocurría de hacerlo, era descubriendo a la persona que le había quitado la vida cuando todavía le quedaba tanto por hacer.

Se puso manos a la obra, comenzando por investigar a los tipos que chateaban con ella en internet. Su primera suposición, la cual no estaba segura de si era o no acertada, era que el asesino había sido su cita de esa noche. Dentro de las hipótesis, era verosímil que hubiera sido alguien que se encontrara en el camino de vuelta a casa, pero esa alternativa, no entraba en su cabeza, abriría demasiadas vías de investigación que ella no podía abarcar.

Ese hombre había logrado acceder a la casa de su amiga, y ella no dejaba entrar a cualquiera, y menos en la primera cita. Se preguntaba cómo lo habría hecho, quizás con alguna droga en la copa como se oía tan a menudo en la televisión, o de forma más simple, convenciéndola, tal vez con engaños sutiles. A la fuerza no creía posible que hubiera sido, tenía la imagen de su amiga grabada en la cabeza, desnuda y tumbada en el sofá, y no recordaba ningún

rastros de violencia. A no ser que alguien te apunte con una pistola, que entonces haces lo que te dice, pensó. Borró todas esas opciones de la cabeza, cualquiera de ellas era viable, pero ahora se iba a centrar en la búsqueda del individuo que había quedado a cenar con Vicky esa noche. Comenzar por el principio, para, a continuación, seguir sus pasos.

Vicky tenía perfil personal en varias páginas de contactos, así que entraría en todas ellas. Lo más lógico era suponer que habrían quedado por el chat de la página, también cabía la posibilidad de que se hubieran comunicado por medio del móvil. En la actualidad, el número de teléfono era un dato que se divulgaba con mucha facilidad. El problema que le surgía en ese caso, es que a este no podía acceder, se lo había llevado la policía como prueba, así que no le quedaba otra opción que investigar en la web.

Ella conocía todas las páginas a las que solía acceder su amiga, esperaba que fuera suficiente, de hecho, tampoco eran muchas, estaba dada de alta en tres, dos de ellas de pago. Cuántas veces le había dicho que era harto difícil el seguimiento de las tres, y por ello, sobre todo utilizaba una, conecta.com, su favorita. Decía que el nivel cultural de los usuarios era alto, además de ser muy fácil de utilizar. Se decantó por comenzar con ella.

Para acceder, era necesario un usuario, el cual se correspondía con el *email* y una clave de acceso que conocía, ya que en más de una ocasión, Vicky le había suplicado que cotilleara sus conversaciones para que le diera su opinión. Cristina siempre se había sentido conmovida por su actitud, era tan independiente y competente en el terreno laboral, que le impresionaba su ineptitud con respecto a las relaciones humanas. También le había insistido en que diera de alta un perfil, pero a ella no le llamaba la atención conocer hombres por internet. Además de resultarle muy frío, le daba la impresión de que únicamente iban a lo que iban, a echar un polvo y punto. Vicky, aparte de por su opinión, le permitía acceder a sus perfiles para que comprobara el funcionamiento, estaba convencida de que la mayoría de clientes que frecuentaban este tipo de webs no eran como pensaba Cristina, sobre todo en las de pago. Pero la realidad era que nunca se había decidido a crear un perfil en ninguna de ellas. Resultaba irónico que tuviera que comenzar ahora.

Introdujo como *password* el nombre de la mascota que había tenido Vicky cuando era una cría, una preciosa gatita de angora llamada Blanquita, a la que siempre tuvo mucho cariño y que aún mantenía en su memoria como un grato recuerdo de su niñez. Se paró un segundo para recordar la fotografía que tenía del minino en sus brazos, encima de la cómoda de su habitación. «Seguro que Carmen se la habrá llevado».

Lo primero que revisó, fue el perfil de su amiga, buscando algo que pudiera

llamarle la atención, pero lo que había detallado ahí le resultó de lo más corriente. Como se imaginaba, había pocos comentarios sobre su formación, ni sobre la cantidad de títulos que colgaban de la pared de su despacho, nada que diera a entender el alto coeficiente intelectual que poseía. Había obviado por completo ese tema. Toda la vida le había dicho que a los hombres les daba miedo su inteligencia, les asustaba y les intimidaba a partes iguales. Comprobó los datos personales rellenos, por lo que pudo apreciar, ninguno era falso, no había mentido ni en la fecha de nacimiento. Había incluido varias fotografías, primeros planos en los que aparecía muy sonriente, algunas de esas imágenes las reconocía, puesto que se las había hecho ella. Había una que le llamó la atención, en ella se encontraba sentada en el sofá de su casa, con el portátil sobre sus piernas, muy concentrada, mostrando un halo de misterio, más de uno se preguntaría en qué estaría pensando. Sus aficiones eran las habituales, las que todo el mundo solía escribir cuando desvelaban a qué dedicaban su tiempo libre, tomar copas con amigos, salir a cenar, teatro, cine, arte, etcétera.

Un comentario le erizó el vello del brazo, le dio la impresión de encontrarse sentada a su lado, mientras le decía esas mismas palabras de nuevo, como en tantas otras ocasiones. La página preguntaba por el tipo de hombre en el que estaría interesada, y ella había escrito: «Busco un hombre que me haga reír, ni más, ni menos», como era ella, natural y sencilla. Sin embargo, lo que encontró, fue a alguien que disfrutó quitándole la vida. Ese pensamiento pasó fugazmente por la cabeza de Cristina.

Cuando concluyó con la revisión de su perfil, dirigió el ratón a una pestaña que mostraba los contactos. Esa página contenía un listado de los hombres con los que se había relacionado en algún momento. Se encontraban ordenados por popularidad, es decir, los primeros eran con los que había mantenido mayor número de conversaciones. Pudo comprobar que el listado no era muy largo, no había tratado con muchos hombres, cosa que no le extrañó. Vicky era una mujer muy exigente con el sexo opuesto.

Un sujeto llamó su atención, había sido bloqueado la misma semana en la que Vicky había muerto. Entró en el chat, donde estaba guardado todo el diálogo, para ver si encontraba el motivo del bloqueo. El comienzo de la charla era de lo más normal, los típicos halagos y las típicas frases, cómo una chica tan guapa como ella estaba en una página como esta, a qué se dedicaba, qué hacía para divertirse y cosas del estilo, no había nada insólito. Cristina se preguntaba por qué lo habría bloqueado. Siguió leyendo con interés, hasta que en un momento dado, el chico le sugería quedar a cenar esa misma noche para conocerse, sin embargo, Vicky había rechazado su proposición porque tenía otros planes. A partir de ahí, la educación que había mostrado, había

desaparecido, el vocabulario se había tornado grosero y soez, él no se lo había creído, y por ese motivo empezó a insultarla sin venir a cuento. Cristina se había quedado boquiabierta analizando el comportamiento adoptado, había sufrido un cambio tan radical y de forma tan inesperada, que hasta ella estaba anonadada. Ahora entendía, por qué su amiga había bloqueado a ese energúmeno

Se imaginó que él no habría sido su cita, estaba convencida de que Vicky no había vuelto a querer saber nada de él. Pero no dejaba de ser un sospechoso. Quizás la había estado esperando en el portal para disfrutar de un resarcimiento por haber sido rechazado, era una posibilidad, aunque ínfima, porque ese comportamiento era de un individuo pasional, y lo que había visto en casa de su amiga, había sido algo premeditado y estudiado, no motivado por el calentón de un momento.

Haciendo memoria del día mencionado, recordó, que esa noche habían quedado a cenar las dos con Sandra, una compañera del colegio, celebraban su cumpleaños. Era una velada que llevaban planeando tiempo atrás, y todas tenían muchas ganas de ese reencuentro, ya que cada vez eran menos habituales. Así que, después de todo, no le había mentido, y si lo hubiera hecho, ese comportamiento no había sido racional. Solo esperaba que ese no fuera el motivo de su muerte.

Imprimió la conversación y el perfil del fulano, para llevárselo al inspector Suárez. Aún guardaba la tarjeta que le había dado la semana anterior. Esperaba que le fuera de alguna utilidad en la investigación que estaba llevando a cabo.

Se sintió orgullosa de su labor. No creía que hubiera encontrado al asesino, aunque tampoco podía estar segura, no contaba con suficiente información del caso como para descartarlo. Pero después de llevar una semana llorando, y sin hacer otra cosa que estar deprimida, se sentía mucho mejor al poder hacer algo de provecho.

El inspector Suárez y la subinspectora de la Vega acababan de llegar a un nuevo escenario del crimen. Les habían llamado hacía menos de media hora para comunicarles que habían encontrado el cuerpo sin vida de una mujer.

En cuanto entraron en el piso de la víctima, comprendieron que tanto este homicidio como el que se encontraban investigando estaban conectados. Como en el anterior, todo estaba impoluto y la víctima formaba parte de un decorado en el que era la protagonista, un decorado creado especialmente para ella. Daniel creyó reconocer también un cuadro en la escenografía que había creado el asesino, pero esta vez no recordaba cuál era, a pesar de estar seguro de haberlo visto en alguna parte. La víctima era muy parecida, en cuanto a físico se refería,

a Victoria Alonso, altura similar, algo por debajo del metro sesenta, rubia, ojos azules y tez clara, con la diferencia que esta chica tenía algo de sobrepeso.

A su alrededor, la gente se movía de un lado a otro, realizando su labor sin entorpecerse. Los de la Científica, con sus monos blancos y escarpines verdes cubriendo sus zapatos, recogían muestras y hacían fotografías. El juez instructor se encontraba apartado en una esquina de la habitación hablando por teléfono, les saludó con un leve movimiento de cabeza al verlos. El doctor Mena se acercó a ellos.

—Buenas tardes, inspectores —les saludó.

—Doctor. ¿Piensa que el asesino es el mismo que ha asesinado a Victoria Alonso?

—Sí, Suárez, creo que ha sido la misma persona. Tengo que analizar el cuerpo con detenimiento, ahora poco puedo hacer puesto que no quiero inmiscuirme en el trabajo de la Científica, pero creo haber visto un pequeño punto en la axila izquierda, lo que sugiere el mismo *modus operandi* que el utilizado en el asesinato de la señorita Alonso. —Hizo una breve pausa—. Pero no quiero adelantarme a los hechos. Cuando realice la autopsia, podré confirmarlo.

El doctor cogió su maletín y salió del piso sin mirar atrás, quitándose los escarpines que se había calzado para no contaminar el lugar. Su cara mostraba lo que pasaba por su cabeza, se sentía asqueado por los asesinatos. Era una pena tener que realizar autopsias a gente joven, a las que aún les quedaban tantas cosas por disfrutar, se decía en silencio, maldiciendo al indeseable que les había arrebatado la vida.

El inspector Huertas se acercó a ellos, se le notaba cansado y conmovido por el hallazgo de una nueva víctima. Les puso en antecedentes.

—Su nombre era Amaia Pardo, 25 años. La han encontrado sus padres. La estaban esperando para comer, como todos los domingos, pero no ha aparecido. Intentaron contactar con ella, llamándola al teléfono fijo y al móvil, pero al no contestar, empezaron a preocuparse, por lo que vinieron a buscarla a su casa —tienen una copia de las llaves—, y en cuanto han abierto la puerta se han encontrado con esto. —El inspector negaba con la cabeza, mientras miraba a la chica que se encontraba desnuda, sentada en una silla, en una postura de lo más vulgar—. Según han declarado, anoche había quedado con alguien que había conocido por internet. Desconocen con quién, su hija no les hablaba mucho de su vida sentimental, pero lo que si aseguran es que no era la primera vez, utilizaba este método para conocer hombres de forma regular.

—¿Los padres? ¿Siguen aquí?

—No, se han ido. Estaban en estado de *shock*. Pero antes han hablado

conmigo y con Candelas. Lo que te acabo de contar es todo lo que nos han dicho ellos. —Huertas continuó—. No hay indicios de que forzaran la entrada. Y a primera vista, no parece que falte nada.

—¿Hay alguna cámara en el edificio? —Se había fijado al entrar y no había visto ninguna, pero a veces las ocultaban, sobre todo para que nadie las robara.

—No, no hay. Pero justo al lado del portal hay una peletería que tiene una cámara en el escaparate. Creemos que en la posición que está colocada, habrá podido recoger parte del trasiego del portal. Si no es una cámara de pega, claro.

—Muchas tiendas ponían cámaras falsas como advertencia a los ladrones, en algunos casos era evidente que eran de mentira, pero otras veces estaban muy logradas.

—Gracias, Huertas.

Suárez se quedó contemplando todo lo que había a su alrededor. Como en la otra ocasión, el cuerpo había sido encontrado en el salón de la vivienda, estaba limpio y ordenado, no había rastro de sangre, y lo más seguro es que no se encontraran ni pelos ni restos de fibras. El asesino estaba resultando ser muy cuidadoso. Pero por lo que pudieron comprobar, dando una vuelta por la casa, la víctima no era tan ordenada, así que, eso daba a entender que si el asesino limpiaba a conciencia los lugares por los que pasaba, no se había movido de la sala principal. Se preguntó, si tanta pulcritud se debía a que el escenario tenía que quedar como su mente enferma pretendía o solo quería eliminar los rastros que él mismo pudiera dejar, «seguramente es un poco de ambos», se dijo.

La víctima se encontraba sentada en una silla, completamente desnuda, ambas manos en su regazo y los codos apoyados en los brazos de la silla. La postura le recordaba a algunos dibujos que había visto de mujeres que trabajaban en burdeles, entonces cayó en la cuenta, acababa de reconocer el cuadro.

Justo en aquel instante, notó cómo el móvil vibraba en el bolsillo de su pantalón. El número que aparecía en la pantalla no le era conocido.

—Inspector Suárez.

—Buenas tardes, espero no haberle interrumpido. Soy Cristina del Saz. —A Daniel la llamada le cogió por sorpresa.

—Señorita del Saz, me alegra saber de usted. ¿Ha recordado algo nuevo? —Esperaba que así fuera.

—No, inspector, no tengo información nueva de lo ocurrido aquella noche. —Daniel se desilusionó al oír sus palabras, había esperado buenas noticias. Cristina carraspeó para recomponerse, la mera mención de lo ocurrido le afectaba sobremanera, y no era momento de ponerse a llorar—. Pero he estado indagando en una de las páginas de contactos en las que participaba Vicky, y he encontrado una conversación que quizás le pueda ser de utilidad.

—Soy todo oídos. —Tal vez, después de todo, tuviera algo interesante que contar, pensó el inspector.

—Al principio, el diálogo que mantienen es amistoso, dos personas que se están conociendo por internet, pero en un momento dado y sin venir a cuento, el hombre pierde los papeles y comienza a insultar a Vicky.

—Parece interesante. ¿Puede conseguirme una copia de ese chat?

—Claro, la tengo impresa. Además, tengo el perfil, datos y alguna fotografía, quizás con ello puedan dar con él. Aunque al haber sido obtenido de una web de citas, puede ser todo una invención.

—Es algo por dónde empezar. ¿Se encuentra ahora en casa?

—Sí.

—Pues si no le importa, me paso por ahí a recoger esa información ahora mismo. No me encuentro lejos —mintió, puesto que se encontraba en Carabanchel, donde residía la segunda víctima.

—Perfecto. Aquí lo espero. —Cristina se quedó muy agradecida por la actitud del inspector. Durante la breve charla, había notado que sonaba insegura, además, había temido ser ignorada, o peor, tomada por una cotilla meticona. Menos mal que no había sido así, porque en tal caso, se hubiera sentido muy abochornada.

En cuanto Daniel colgó, se dirigió a su compañera.

—Era la amiga de Victoria Alonso. Es posible que haya encontrado algo en el perfil de la víctima de una página de contactos. Voy para allá. —Verónica asintió—. Quiero que vayas a comisaría e investigues sobre un cuadro de Toulouse-Lautrec, *La gorda María*. Si no me equivoco, ese es el cuadro con el que nos acaba de obsequiar el asesino en esta escena del crimen.

Daniel cogió el coche sabiendo que Candelas y Huertas llevarían a Verónica de regreso a comisaría. Sacó el móvil e inició la aplicación de *google maps*, que lo guiaría para llegar a casa de la señorita del Saz.

Cuando conducía por la Avenida de los Poblados, pasó por delante del descampado en el que unos años atrás había estado ubicada la cárcel de Carabanchel. Aún recordaba a los vecinos manifestándose, reclamando el solar para que construyeran un hospital y servicios sociales para el barrio, además de conservar algunos elementos del edificio como memoria histórica. Sin embargo, al final, el edificio había sido derribado debido al abandono, al vandalismo, los ocupas y demás, que habían generado un foco de problemas en la seguridad de la zona.

—¡Qué pena! —dijo al pasar por delante, mirando de reojo el tétrico lugar.

Continuó por el Paseo de Extremadura, donde volvió a sus elucubraciones sobre el caso. Se preguntaba por qué el asesino sería tan delicado y detallista con el escenario del crimen, ¿qué querría decirles? Mientras sopesaba esa cuestión, sin llegar a ningún resultado, se percató de que había llegado a Claudio Coello, la calle donde vivía la señorita del Saz. Por suerte, no había encontrado tráfico denso, por lo que había tardado menos de lo que esperaba.

Subió por las antiguas escaleras, que se encontraban en un magnífico estado de conservación, aunque todavía crujían a su paso. Poco después, se encontraba delante de la puerta de Cristina, esperando a que ella le abriera. Miró el reloj, confiando en que la visita fuera rápida, le quedaba mucho por hacer antes de llegar a casa.

—¿Inspector Suárez? —Cristina parecía extrañada al verlo, por lo que Daniel se quedó algo desconcertado.

—Me ha llamado hace un rato.

—Perdone. —Cristina hizo un ademán con la cabeza, como tratando de disimular su asombro—. Es que no le había reconocido. Discúlpeme, pero el otro día estaba un poco ida.

—No se preocupe, es normal en esas circunstancias. —Daniel reconocía ese estado distraído, por desgracia lo había visto en demasiadas ocasiones.

—Pase. —Se apartó de la puerta de entrada para dejar pasar al inspector. Después del *lapsus* inicial, se fijó en el hombre que tenía delante, el único recuerdo que guardaba de él, era una sombra borrosa de gran altura, pero ahora se daba cuenta de lo atractivo que era, con su pelo revuelto negro y sus ojos color miel—. ¿Quiere tomar algo?

—No, muchas gracias. Me gustaría ver lo que tenía preparado para mí. —Daniel esperaba que este trámite no le llevara mucho tiempo, estaba deseando volver a comisaría para ver qué había encontrado Verónica.

—Oh, claro. Lo tengo aquí. —El inspector siguió a Cristina al salón. Encima de la mesa del comedor, había una fina carpeta azul, que ella cogió y le entregó de inmediato—. Esta es la información que he obtenido en internet y que le comentaba por teléfono. Espero les sea de utilidad.

Daniel echó un vistazo al contenido. El final del chat se convertía en un monólogo de insultos destinados a la señorita Alonso. Tal y como le había contado, la conversación se había transformado, había tomado un tono demasiado ofensivo como para dejarlo correr y no tenerlo en cuenta en la investigación.

—Muchas gracias, señorita del Saz. Creo que esta información nos resultará muy valiosa.

—Me alegro, espero que les ayude a encontrar a ese cabrón. —Cristina se

impresionó al escucharse, su voz había resultado dura y llena de rencor, del mismo modo que se sentía, cabreada con el mundo en general y con el asesino en particular.

—¿Tiene la clave para entrar en las páginas de contactos que frecuentaba la señorita Alonso?

—Sí, tengo una clave y creo que sirve para todas esas páginas.

—Sería de gran ayuda si pudiéramos acceder a sus conversaciones.

—Blanquita. La b en mayúscula. —El inspector asintió y tomó nota en una esquina de los papeles que le acababa de entregar—. ¿Han descubierto algo?

—Estamos siguiendo varias pistas. —La frase era de uso habitual cuando no se tenía nada, pero solía tranquilizar a los allegados—. Tengo que irme.

El inspector se dio la vuelta y salió de la vivienda, dejando a Cristina con la palabra en la boca. No había podido contarle sus planes. Se encogió de hombros, pensando que quizás fuera lo mejor.

Suárez se dirigió a toda velocidad a la comisaría, se sentía ansioso por saber si su compañera había averiguado algo interesante sobre el cuadro representado en la escena del crimen. Además, sentía curiosidad por la documentación aportada por la señorita del Saz. Lo más probable es que el sujeto en cuestión no fuera el asesino, no cumplía el perfil. De todas formas, se preguntó si conocería a ambas víctimas, cosa que no le parecía descabellada teniendo en cuenta que el vínculo entre ambas era internet. ¿Habría chateado también con la segunda víctima?, y de ser así, una persona tan impetuosa, capaz de perder con tanta facilidad los nervios, ¿sería capaz de perpetrar un crimen tan organizado? Reconocía que era poco probable, pero cosas más raras se habían visto.

Dejó sus cavilaciones para centrarse en Cristina del Saz, la mente le jugó una mala pasada, abstrayéndolo del caso. La vez anterior, le había resultado una joven bonita, y eso que estaba pálida y demacrada por los acontecimientos. Pero hoy, aunque vestía con ropa cómoda de estar por casa, ese tipo de indumentaria que para los hombres representa el antimorbo, el inspector había reparado en el color natural de sus mejillas y el brillo de sus ojos, que esta vez no era producido por el llanto. Tenía que reconocer que se había sentido atraído por ella, algo que no le ocurría desde hacía mucho tiempo, y desde luego, no podía ser en un momento más inoportuno, se reprendió. Cuando se dio cuenta de la dirección que estaban tomando sus pensamientos, recuperó el control, y retomó de nuevo el hilo de la investigación.

Ya en comisaría, subió a grandes zancadas las escaleras hasta llegar a su departamento, situado en la cuarta planta del edificio. Prefería ir andando que

utilizar el ascensor, así hacía ejercicio, si bien la verdadera razón, era que tardaba menos.

Cuando llegó, se encontró a Verónica contemplando la pizarra, en la que ya había colocadas imágenes del cuadro de Toulouse-Lautrec y de la segunda víctima.

—¡Qué rapidez! ¿La Científica ya ha enviado fotografías del escenario del crimen?

—No —le dijo Verónica con una sonrisa de complicidad—. Las saqué yo con mi móvil.

—Perfecto. ¿Algo del cuadro? —Daniel tenía bastante conocimiento de arte, pero la pintura de Toulouse-Lautrec no la dominaba. Aparte de los conocidos carteles del *Moulin Rouge* o del *Folies Bergère*, el resto de su obra le resultaba desconocida. Recordaba haber visionado, cuando era un crío, una película basada en su vida, que lo marcó, puesto que no había sido precisamente un jardín de rosas. Debido a una enfermedad que afectaba al crecimiento, se había quedado en una estatura bastante por debajo de la media. Asimismo, había mostrado una importante fascinación por los locales nocturnos, que lo convirtieron en un alcohólico sifilítico. Aún recordaba una escena de la cinta en la que sufría de *delirium tremens*, y comenzaba a disparar a las paredes de su casa creyendo que estaban repletas de arañas. A causa de este filme, se había comprado un par de libros que versaban sobre algunos de sus trabajos y sobre su difícil existencia.

—Toulouse-Lautrec tenía como fuente de inspiración a prostitutas, bailarines, actores, es decir, personajes con los que convivía en los bajos fondos de París. —Empezó Verónica con su exposición—. En *La gorda María*, su modelo es una prostituta. Por lo visto, era una modelo habitual entre los jóvenes artistas que vivían en el barrio parisino de *Montmartre*. Como en *La maja desnuda*, la forma de presentar a la mujer es novedosa. Se encuentra mirando al frente y con las piernas hacia el espectador, de forma que su vello púbico se sitúa en un punto de atención preferente, como en el cuadro de Goya, como si estuviera ofreciendo sus servicios, mirándonos con descaro e insolencia. La luz del cuerpo de la mujer respecto al contraste del fondo oscuro, es exactamente igual a lo que vimos en la otra escena del crimen. —Daniel estaba muy satisfecho con el trabajo de Verónica, le había demostrado que en ese rato se había empapado de la obra—. Pero eso no es todo. Fíjate, en el cuadro aparecen dos máscaras, una a cada lado de la mujer. Según he leído, el significado no se puede confirmar. Se cree que una máscara se identifica con Cupido, el dios del amor o del deseo, que con sus flechas se dispone a «cazar» a algún cliente para la prostituta. El cliente está representado en la otra máscara. —Verónica hizo una

pausa y miró a su jefe—. Ahora, observa la foto que está tomada de frente en el escenario del crimen.

—Increíble. —Fue lo único que pudo decir Daniel. En la instantánea, detrás de la víctima, colgados a su espalda, aparecían dos pequeños cuadros, uno quedaba a la derecha de la mujer y otro a la izquierda. Uno reproducía un angelito con sus alas, con un arco y una flecha, es decir, una posible representación de Cupido. Y en el otro, aparecía un hombre paseando por una calle oscura, que podría ser el cliente al que se hace referencia en el cuadro de Toulouse-Lautrec—. Tal vez los cuadros no estuvieran en la casa, hay que preguntarles a los padres, quizás los colocó ahí el asesino para completar su obra. Llama a la Científica, que muestren especial cuidado al analizar esas láminas. —Mientras ella hacía la llamada, Suárez comparaba la pintura y la fotografía.

—¿Qué opinas? ¿Crees que la chica era prostituta? ¿O quizás una chica fácil? —Verónica lanzó esa pregunta a su jefe en cuanto hubo colgado, remarcando la palabra fácil al mencionarla.

—No creo que fuera prostituta, creo que ve a todas las mujeres como putas. Imagino que por algún trauma de la infancia.

—¿Y sobre el motivo?

—Con una víctima hay que buscar un motivo, pero con dos, tenemos que investigar la relación que las unía a ambas, quizás ahí encontremos el motivo y al asesino. Aunque tampoco podemos descartar la posibilidad de que el objetivo del asesino fuera una de ellas, y esté utilizando a la otra para tapar el móvil real del asesinato. Una forma de despistarnos.

—¿Piensas que podamos estar delante de un asesino en serie?

—Verónica, si te soy sincero, espero que no. Los asesinos en serie no necesitan una razón para asesinar, disfrutan con ello.

Lunes, 6 de marzo

El inspector Suárez estaba esperando a la subinspectora. Se encontraba apoyado en el muro de una de las dos escalinatas de entrada al Instituto Anatómico Forense, comprobando de vez en cuando el reloj.

Después de dar varias vueltas, no había encontrado sitio donde aparcar, se daba cuenta de que los universitarios ya no se movían en transporte público, sino que se trasladaban en coche desde sus casas al campus. Por este motivo, había tenido que dejar el suyo en el aparcamiento de la Ciudad Universitaria, al otro lado de la Facultad de Medicina. Se imaginaba que Verónica estaría teniendo el mismo problema que él, esperaba que estuviera buscando un lugar donde estacionar, aunque por experiencia propia, sabía que ella siempre se retrasaba, era una persona incapaz de llegar puntual.

Mientras esperaba, leía desde su móvil los periódicos del día. Revisaba todas las noticias que hacían referencia al cuerpo de la joven encontrada el día anterior en su casa. Todos ellos conocían la identidad de la víctima, Amaia Pardo, también mostraban fotografías en las que aparecía sonriendo, obtenidas de las redes sociales, hablaban de su vida, y daban detalles que se podían encontrar en su perfil. Apenas mencionaban cómo había muerto, aún no tenían información, desconocían cómo se había encontrado el cuerpo y todavía no habían relacionado este homicidio con el de Victoria Alonso. Lo cual era de agradecer, ya que si se conocieran esos datos, podría causar alarma social, o lo que era peor, la aparición de imitadores. Dos víctimas, chicas jóvenes, rubias y con ojos azules, lo más probable es que ambas fueran asesinadas en la madrugada del domingo con el mismo *modus operandi* —esto último se lo confirmaría ahora mismo el doctor Mena—. ¿Cuánto tardarían en asociar ambos crímenes?, seguramente muy poco, se dijo.

—Perdona por llegar tarde, me ha costado un huevo aparcar. —Daniel abandonó sus reflexiones al escuchar la voz de su compañera.

—A veces sueñas tan vulgar —le dijo para pincharla. A ella no le hacían mucha gracia ese tipo de comentarios, y como esperaba, emitió un bufido a modo de contestación, mientras comenzaba a bajar los siete escalones que les separaban de la entrada, ignorándolo.

Al llegar a la sala de autopsias, se dirigieron al doctor Mena, que en ese momento se encontraba muy concentrado pesando un hígado y registrando los datos obtenidos. En cuanto les oyó, dejó lo que estaba haciendo para atenderlos.

En la camilla de aluminio que habían dejado a su derecha, se hallaba el cuerpo de un hombre tumbado con la caja torácica completamente abierta y vacía, se podía percibir un olor muy desagradable en el ambiente. El inspector notó la cara de repulsión de su compañera, solo fue un instante, ya que enseguida se recompuso. Al forense tampoco se le había pasado por alto el gesto de la subinspectora, y por ello, les entregó un botecito de vaselina mentolada, para que se pusieran debajo de la nariz, y de esta forma, evitaran el olor a putrefacción que desprendía el cadáver.

—Buenos días —les dijo el médico con seriedad.

—Doctor Mena, veníamos a por los resultados de la autopsia de la señorita Pardo.

—Por supuesto, inspector. Síganme. —Ambos fueron tras él, que se dirigió a una de las neveras individuales, en donde se conservaba el cuerpo de la víctima—. Como en el asesinato de la señorita Alonso, hemos encontrado restos de escopolamina en la orina, y también hemos localizado una pequeña punción en la axila izquierda —se lo mostró a los inspectores, pero ambos estaban más atentos a lo que decía que a lo que hacía—, por donde se le inyectó aire a la arteria subclavia. Como resultado, su muerte se produjo, de nuevo, por un infarto de miocardio. —Todo eso no había sido ninguna sorpresa para ellos, era lo que sospechaban. Mismo *modus operandi*.

—¿Ha encontrado algo que nos lleve al asesino? —Por la cara del forense, era evidente que todo estaba limpio, nada de piel en las uñas que les revelara el ADN, sangre, pelo, fibras, seguían sin tener nada. Incluso si llegaban a pillarlo, iba a ser difícil demostrar que era culpable, a no ser que tuviera algún descuido, lo que implicaba más muertes, o una confesión.

—No, inspector, no hemos encontrado nada.

—Ni una huella, aunque solo sea parcial, cerca del pinzamiento de la axila. —Esta vez fue la subinspectora la que habló con un deje de esperanza en su voz. Pero el movimiento de cabeza del médico fue rotundo e inequívoco. No había nada.

—Entiendo que tampoco ha sido agredida sexualmente —continuó interrogando el inspector Suárez.

—Como en la víctima anterior, no hay hematomas vaginales, ni presencia de semen, ni de espermicidas. Pero he encontrado algo que me ha llamado la atención y quizás les interese. En la primera víctima no me resultó peculiar, pero encontrándolo en ambos casos, me parece una interesante coincidencia.

—¿El qué, doctor? —Verónica estaba intrigada y el hombre se perdía en divagaciones.

—Ambas víctimas dieron a luz en el pasado.

—¿Perdón? No consta que ninguna tuviera ningún hijo —apuntó Verónica.

—Por eso me ha llamado especialmente la atención.

—¿Puede ser más preciso? —le instó Suárez.

—El útero tiene un volumen muy variable dependiendo de la edad, es muy poco voluminoso en las niñas hasta la pubertad, y conserva esas dimensiones en la vejez, momento en el que se atrofia volviendo al tamaño que tenía en la infancia. Sin embargo, durante el embarazo, adquiere dimensiones considerables, y después del parto, jamás vuelve a su volumen primitivo, sino que siempre permanece algo mayor. —El doctor hizo una pausa—. En ambos informes ha quedado reflejado este hecho, pero como decía, con el primer cadáver no le di la mayor importancia.

—Muchas gracias de nuevo, doctor Mena. —El doctor asintió con la cabeza. A continuación, cerró la nevera y se dirigió a la mesa a proseguir con la autopsia que estaba llevando a cabo antes de ser interrumpido.

Los inspectores salieron de la sala, dispuestos a abandonar el edificio. Ambos iban en silencio, intentando asimilar la nueva información que les había dado el médico.

—¿Crees que tiene alguna importancia en el caso? —preguntó Verónica mientras se dirigían al aparcamiento, donde también ella se había visto obligada a dejar el coche.

—Pienso como Mena, es una relación entre las víctimas a tener en cuenta. Dos chicas jóvenes que se han quedado embarazadas, han dado a luz y no tienen hijos, es mucha coincidencia. Y algo me dice que no es casualidad.

—¿Crees que dieron a sus hijos en adopción?

—Es una posibilidad. Habrá que averiguarlo.

Huertas acababa de colgarle el teléfono a su mujer, resoplando y con cara de mala leche. Su compañero se había dado cuenta del fastidio que sentía.

—Se puede saber, ¿qué os pasa ahora?

—Que quiere invitar a más de cien personas a la comunión de la niña. Ni que fuera una boda, por Dios, si solo es una comunión. —Aunque a Candelas le hacía gracia la situación, no lo demostró para no cabrearlo más.

—Pues déjala. Total, a ti te da igual. —En eso tenía razón.

—Claro que me da igual, pero la niña quiere solo a sus primos y a un par de amigas, no quiere que vaya tanta gente. Piensa que así no podrá relajarse y disfrutar, puesto que tendrá que estar con toda la familia, a la que casi no conoce. Y no le quito razón, es gente a la que no vemos nunca, pero por una u otra razón, Marisa piensa que, de repente, son imprescindibles. —Huertas estaba

desesperado, su hija cada día estaba más agobiada con ese evento, cuando tenía que ser un día para disfrutar y ser el centro de atención. Aparte, claro, del significado que tenía el acto, cosa que también era más importante para Marisa, su mujer—. ¿Vais a venir Alberto y tú?

—Conmigo cuenta seguro.

—¿Problemas en el paraíso? —Aunque Candelas, no llegó a contestar, su gesto lo dijo todo. Estaban en medio de una crisis, que lo más probable es que les llevara a la ruptura. Alberto quería formalizar su relación, quería casarse, pero él no estaba preparado. Por un lado, se dedicaba en cuerpo y alma a su trabajo, y por otro lado, sabía que a Alberto le costaba aceptar que fuera inspector de policía. Se pasaba media vida preocupado por su seguridad, y por supuesto, no tenía ninguna intención de dejarlo, le encantaba. Pero tampoco quería pasar su vida con otra persona, lo necesitaba, lo quería.

En ese momento, Suárez y de la Vega entraron en la sala, por lo que el inspector Huertas dejó a su compañero con sus pensamientos, y los abordó.

—Jefe, Reyes os está buscando. —Daniel asintió, ya se imaginaba que el comisario querría saber cómo llevaban el caso. Dos víctimas del mismo asesino estarían poniendo nerviosos a los de arriba, lo que implicaba, que la presión aumentaría exponencialmente hacia los de abajo.

Ambos se dirigieron al despacho. En el camino, Daniel fue ordenando los hechos y las pruebas con las que contaban, para que la exposición le resultara clara a su superior. Cuando entraron, el comisario estaba manteniendo una conversación por teléfono, pero aun así les hizo un gesto con la mano para que pasaran. Unos segundos después, ya había colgado.

—Contadme qué habéis encontrado. Los de arriba empiezan a preocuparse, piensan que tenemos entre manos a un asesino en serie. —Daniel no supo qué decir a ese respecto, él mismo no lo descartaba.

—Tenemos dos jóvenes entre 25 y 30 años, rubias y con ojos azules, asesinadas en el salón de su casa con el mismo *modus operandi*. Fueron drogadas con burundanga y después se les inyectó aire en una arteria por la axila, lo que les provocó un infarto. Ambas escenas del crimen eran representaciones de cuadros, de desnudos, algo atrevidos para la época en la que fueron pintados. El primero, *La maja desnuda* de Goya, el segundo, *La gorda María* de Toulouse-Lautrec. Ambas fueron asesinadas en la madrugada del domingo. Ambas tuvieron sendas citas el sábado por la noche con alguien que conocieron en una página de contactos. Estamos rastreando las webs para encontrar la identidad de los individuos. Y tal y como nos acaba de decir el forense, ambas estuvieron embarazadas, dieron a luz, pero no consta que ninguna de ellas tuviera algún hijo.

—Interesante. Muchos puntos en común, no es habitual encontrar tantas similitudes entre dos asesinatos, aun siendo perpetrados por el mismo sujeto. ¿Y sobre los embarazos?

—Pensaba hablar ahora mismo con la amiga de la primera víctima, para que me confirmara este punto. Estoy convencido de que si su amiga se quedó embarazada, confió en ella para contárselo y tal vez para que la apoyara.

—¿Algo más?

—No, por ahora es todo lo que tenemos. —Suárez sabía que todavía no era mucho.

—De acuerdo, mantenedme informado.

—Por supuesto. —El inspector se dio la vuelta y la subinspectora lo siguió, tan callada como había estado en la corta reunión.

Nada más salir del despacho, se dirigieron a sus puestos. Verónica se ocupó de rellenar la pizarra con las novedades, mientras Daniel cogía el teléfono para llamar a la señorita del Saz. Ya estaba a punto de colgar, cuando escuchó una voz al otro lado del aparato.

—Buenos días, señorita del Saz. Soy el inspector Suárez.

—Buenos días, ¿hay novedades? —Al oír la voz del inspector, Cristina había dado un respingo, algo pasaba.

—Todavía seguimos con la investigación, pero hemos encontrado algo que nos ha llamado la atención, y agradeceríamos su ayuda.

—Claro, dígame. —Estaba intrigada por lo que pudieran haber descubierto.

—Hemos averiguado que Victoria Alonso tuvo un bebé, y nos preguntábamos, si lo había dado en adopción. —Cristina se quedó en silencio unos segundos, sorprendida, no entendía qué interés podía tener ese episodio del pasado de su amiga en la investigación.

—En efecto, así fue, pero no entiendo qué importancia puede tener para el caso.

—Creemos que pudo ser un posible motivo para que el asesino la eligiera. —Daniel calló, no podía contar más, si este detalle salía a la luz, tendrían a la prensa encima. Ella se volvió a quedar en silencio, asimilando la información que acababa de recibir y pensando en si contarle lo ocurrido o no. Respiró hondo, si le resultaba útil para sus pesquisas, ella no iba a ser la que no cooperara.

—Vicky y yo nos fuimos un año a estudiar a Barcelona, ella hizo allí el proyecto fin de carrera, y yo estudié un Máster en Análisis e Investigación Criminal. —Al inspector le llamó la atención la especialización elegida, pero no dijo nada—. El caso, es que Vicky comenzó a salir con un compañero de clase, extranjero, y al poco tiempo se quedó embarazada. El chico la dejó, no tenía

ningún interés en ser padre ni en asumir su responsabilidad. Se volvió a su país —creo que era noruego, no me acuerdo—, y ella se vio sola y con un niño, antes de terminar la carrera. Al principio, pensó en abortar, —recuerdo que casi nos cogemos un vuelo para irnos a Londres—, pero al final, decidió tenerlo y darlo en adopción. —Se hizo un silencio—. Por favor, no se lo diga a Carmen, su madre, ella no sabe nada y creo que es mejor que siga sin saberlo.

—Haré lo que pueda, pero no sé cuánto tiempo podremos mantener esta información en secreto, puesto que al final todo sale a la luz. No me extrañaría que la prensa nos sorprendiera un día de estos con un artículo en el que revele demasiado.

—Lo entiendo.

—¿Recordaría qué clínica llevó el trámite?

—No lo recuerdo. De todos modos, puedo ver si logro encontrarla, quizás buscando por internet... —Esto último, más que al inspector, se lo había dicho a sí misma.

—Se lo agradecería mucho. Llámeme si encuentra o recuerda algo. Gracias de nuevo.

—De nada.

Al poco de que Daniel colgara el teléfono, apareció de nuevo Huertas.

—Jefe, hemos encontrado al tío de internet. Ese que insultó a la víctima en el chat. —El inspector se alegró al oírlo, pero reconoció, que con dos víctimas, era menos probable que él fuera la persona que estaban buscando, a no ser que ambas lo hubieran rechazado—. Se llama Jaime Pérez, 35 años, trabaja en la construcción. —Le entregó una pequeña carpeta con los datos que habían recopilado.

—Perfecto. Tendremos que hablar con el señor Pérez —dijo, mirando a Verónica que estaba atenta a la conversación.

—Como sabía que dirías eso, hemos hecho algo más. —Huertas les sonrió—. Os está esperando en la sala de interrogatorios.

—¿Cuánto lleva esperando?

—Una media hora, lo trajimos diez minutos antes de que llegara. Se está poniendo nervioso. —Ambos sonrieron, cuanto más nerviosos estaban, más contaban.

—Lo dejaremos ahí un rato más. —Le guiñó un ojo a Verónica, para, a continuación, centrarse en la carpeta que le acababa de entregar Huertas.

Cristina aún sostenía el móvil en la mano, sorprendida por la conversación que acababa de mantener con el inspector Suárez. Eso reafirmaba su teoría.

Se encontraba sentada en la mesa de su despacho, había terminado de impartir la última clase del día hacía menos de una hora, y en un rato empezaban las tutorías con sus alumnos. Después de los recientes exámenes, y teniendo en cuenta que esa misma mañana habían publicado las notas, prometían ser unas tutorías moviditas. Pero para eso aún quedaban quince minutos.

Volvió a mirar el periódico que tenía encima de la mesa. Había leído una y otra vez la noticia. Sabía que tenía relación con el asesinato de Vicky, pero no se mencionaba nada a ese respecto. Quizás, la prensa no lo había asociado, ni la policía lo había divulgado.

El artículo mostraba una gran fotografía de una chica joven, rubia y de ojos azules, muy parecida a su amiga, si no fuera porque esta chica estaba algo rellenita. Ambas habían sido encontradas muertas el domingo en su casa, esta, por sus padres, Vicky, por ella.

Ahora, el inspector la llamaba para preguntar por el embarazo de su amiga, cosa que no tenía sentido, a no ser que tuvieran más víctimas, y todas ellas hubieran dado a su hijo en adopción, ¿sería el caso de la chica sonriente del periódico?, se preguntó. ¿La autopsia les habría revelado que ambas habían sido madres?, o tal vez, ¿sus elucubraciones estaban equivocadas en su totalidad? Al fin y al cabo, ella no tenía mucho conocimiento sobre investigaciones policiales, lo único que sabía era lo que veía en la televisión o leía en el periódico, y eso no era muy de fiar. De lo que sí era capaz, era de obtener un perfil del asesino, tendría que trabajar en ello, si bien, le sería más fácil si contara con más información.

Mientras reflexionaba en todo ello, se percató de que en el ordenador tenía un aviso anunciándole que le había llegado un nuevo mensaje. Accedió para ver su contenido y confirmó que al día siguiente tenía una cita para cenar.

El domingo se había dado de alta en un par de páginas de contactos, su perfil era prácticamente el mismo que había creado Vicky, exceptuando la fotografía y el nombre de usuario. Había estado chateando con un par de hombres, con quienes también lo había hecho su amiga, ignorando a los que no habían tratado con ella. Pensaba quedar con ellos para ver si era capaz de descubrir algo, o morir en el intento, le dijo una voz dentro de su cabeza. La movió en gesto de negación para borrar esa idea tan negativa, aunque realista. Sería cuidadosa.

Su cita se llamaba Arturo Cifuentes, por lo que sabía de él era médico en el hospital de La Paz. Se había mostrado como una persona culta y educada, pero sobre todo, lo que más le había llamado la atención de él, era que no cometía faltas de ortografía, y aun siendo un chat, no acortaba las palabras, lo cual era de agradecer. De hecho, había recibido un mensaje de alguien, del que no había

logrado entender ni una palabra, el usuario las había reducido tanto, que había sido incapaz de interpretarlas. Se había sentido mayor por desconocer ese argot, no estaba familiarizada con los mensajes rápidos, y no los comprendía.

Antes de salir de la página, decidió cambiar la imagen que había puesto de perfil. Había estado retocando una de sus fotos con un programa informático que se había descargado. Ahora, su melena lucía de un color rubio similar al tono de pelo de Vicky y unos ojos azules impresionantes, que había sacado de una modelo de internet. Si una relación entre las víctimas era el físico, ella también lo tendría en cuenta. Quizás se estaba perdiendo en divagaciones. De todas formas, de lo que estaba segura, es que si el asesino había sido la cita de Vicky, este se había sentido atraído por su físico, en este tipo de webs, era la carta de presentación.

Alguien llamó a la puerta despertándola de forma brusca de la labor en la que se encontraba abstraída, los golpes, le produjeron un fuerte sobresalto. Supuso que quién fuera, debía de llevar un tiempo insistiendo, y ella, debido a su concentración, no le había oído.

—Adelante —dijo elevando el tono.

El joven que se asomó en ese preciso instante, era un estudiante que faltaba de forma habitual a clase, y cuando se dignaba a aparecer, se pasaba la hora charlando con sus colegas sin prestar atención a lo que ella explicaba. Al menos, tenía la consideración de sentarse al fondo, para molestar lo menos posible con su comportamiento al resto de alumnos, que sí atendían y estaban interesados en la materia que allí se impartía.

No sabía por qué había asistido a la tutoría, su nota había sido justa, de hecho, más elevada de lo razonable. Solo esperaba que en algún momento se pusiera las pilas, porque su asignatura no la iba a aprobar si seguía como hasta ahora, y le constaba que era un chico inteligente, aunque bastante vago.

Después de sacar unos cafés de la máquina, se dirigieron a la sala de interrogatorios, donde el señor Pérez les estaba esperando.

—Buenos días. —Dijeron ambos nada más atravesar la puerta, a la par que se sentaban frente al hombre.

En la sala hacía frío, lo cual seguramente le habría incomodado más, así que esperaban que estuviera dispuesto a contarles todo lo que supiera, si es que sabía algo, pensó Suárez. Era una sala aséptica, las paredes estaban revestidas de azulejos grises y el suelo de baldosas oscuras, una sala amplia para el poco mobiliario existente, formado por una mesa, y tres sillas alrededor de ella. A la espalda de los inspectores, había un enorme vidrio de visión unilateral, donde se

encontraban emulaba un espejo, pero en la sala adyacente se convertía en una ventana con vistas a la sala de interrogatorios. Aunque, en ese momento, nadie los observaba.

—Ya era hora, ¿saben cuánto tiempo llevo aquí? Me estarán echando de menos en el trabajo.

—Sentimos el retraso, pero ya sabe, en la comisaría hay mucho que hacer, y nos acaban de informar que estaba aquí esperándonos —mintió Suárez, pero esa excusa hizo que el hombre se relajara, mostrando un gesto de comprensión. Seguro que estaba echando la culpa a los recortes y demás, se dijo el inspector. Estaba demostrado que en los interrogatorios daba mejor resultado, hacer que el individuo se sintiera cómodo con el interrogador—. Le hemos traído un café, quizás le apetezca. —Verónica era la que portaba el vaso de plástico, así que lo dejó en la mesa acercándose al hombre—. Por la espera —zanjó Suárez.

El señor Pérez cogió la bebida y le dio un sorbo, estaba helado, en esa sala hacía un frío del demonio y estaba convencido que le sentaría bien, por lo menos, esperaba entrar en calor. Les sonrió a ambos agradecido.

—Gracias. —El inspector sonrió, parecía que la cosa pintaba bien. No creía que tuviera mucho que contarles sobre los homicidios, pero nunca se sabía, después de tantos años trabajando en la policía, aún había cosas que le sorprendían, aunque cada vez fueran menos.

—¿Conoce a la señorita Victoria Alonso? —El interrogado se quedó sorprendido por el nombre, y puso cara de no saber de quién le estaba hablando.

—No, no me suena. ¿Debería? —Al inspector no le pasó inadvertida esa pregunta, iba de sobrado.

—Quizás la conozca por Vicky86, su *nick* en la red.

—Sigo sin tener ni idea de quién me están hablando. —El inspector le creía. Lo más probable es que hablara con tantas mujeres por internet que no era posible que se acordase de todas ellas. Estaba convencido de que el señor Pérez seguía la lógica estadística, cuantas más, más posibilidades. Seguramente lanzara el anzuelo a muchas y muy pocas lo recogieran. Le sorprendía que alguien como la señorita Alonso hubiera sido una de ellas. Podía resultar presuntuoso, pero sabía que la gente de dinero prestaba atención a la diferencia de clases, como había visto tantas veces a lo largo de su vida laboral, y la víctima y este cantamañanas, no tenían nada en común.

—Se lo vamos a poner más fácil. El jueves 23 de febrero estuvo chateando con ella, y cuando se negó a quedar con usted la insultó repetidamente. ¿Se acuerda ahora?

—¿Qué pasa, la zorrilla me ha denunciado?

—Quiere contestar a la pregunta.

—Pues la verdad es que creo que ya sé de quién me habla, pero he de reconocer que pongo a parir a esas putitas muy a menudo. Te ponen la miel en la boca para luego darte largas, son unas calientapollas.

—¿Reconoce esta conversación? —El inspector le puso la transcripción delante, para que pudiera echarle un vistazo.

—Ah, ahora me acuerdo. Está muy buena. Unas fotos increíbles en su perfil, y sin maquillaje, no como otras zorras. De esta, todo era natural.

—¿Y qué ocurrió? ¿Lo rechazó y la asesinó? —Al oír estas palabras, el hombre se quedó pálido, para nada se imaginaba que estaba siendo interrogado por asesinato. Alguna vez había sido denunciado por insultos y por acoso, pero lo de asesinato eran palabras mayores. A Suárez no le pasó inadvertida la sorpresa y el miedo reflejado en su rostro al asimilar la pregunta.

—¿Asesinada? Yo no he asesinado a nadie. Y menos a una zorra como esa. Estaba esperando que se calmara la cosa para volver a intentarlo. Estaba muy buena y creo que podría haber conseguido de ella un polvo.

—¿Está seguro de que no se encontró con ella?

—Claro que no, ¡están locos! —Se empezaba a asustar. Daniel ya tenía claro que él no era culpable de asesinato, solo un machista depravado.

—¿Dónde estaba en la madrugada del domingo 26 de febrero? —La pregunta le hizo pensar, estaba intentando ubicar el fin de semana en cuestión en su cabeza.

—Estuve con unos amigos tomando unas birras por el barrio y luego me fui a casa.

—¿A qué hora regresó a casa?

—A eso de las dos de la mañana, cuando el Manolo nos echó de su bar.

—¿Alguien puede confirmar que estuvo en casa y no salió?

—Claro, mis padres. —Daniel se lo había imaginado, todavía vivía con sus progenitores.

—¿Conoce a Amaia Pardo? —Suárez preguntó por la segunda víctima. El señor Pérez negó lentamente con la cabeza, se le veía asustado—. ¿Me puede decir donde estaba en la madrugada del domingo 5 de marzo?

—¿Este fin de semana? —El hombre suspiró aliviado—. Este fin de semana me fui con los chicos de acampada, estuvimos en la Selva de Irati, en Navarra. —El inspector sabía dónde se encontraba el lugar, él también había ido a la zona a hacer rutas de *trekking* con sus amigos en varias ocasiones, e incluso en alguna oportunidad les había acompañado Cruz, su exmujer. En la cabeza de Daniel aparecieron algunas imágenes del lugar, era el segundo hayedo-abetal más extenso de Europa, después de la Selva Negra en Alemania, un emplazamiento espectacular.

—De acuerdo, dele los nombres de sus amigos a mi compañera, tanto con los que salió el 26 de febrero como con los que estuvo este fin de semana. En cuanto confirmemos su coartada, podrá marcharse.

Verónica se quedó con el señor Pérez para anotar los datos solicitados, mientras el inspector Suárez salía de la sala de interrogatorios, sin mirar atrás, sin dudar que las coartadas iban a ser corroboradas.

Cristina había llegado a casa extenuada, había sido un día duro, con tanto resentimiento por parte de los alumnos suspensos. Pero ya estaba en su hogar y quería olvidarse de ellos.

Se acababa de servir una copa de vino, había metido en el microondas unas sobras que tenía en la nevera y se había sentado enfrente de la televisión a desconectar de todo mientras cenaba. En ese momento, estaban emitiendo un episodio, ya repetido hasta la saciedad, de *The Big Bang Theory*, en el que Sheldon va a la cárcel por desacato al tribunal, mientras sus amigos aguardan para conocer a Stan Lee.

Cuando sonó el timbre de la puerta, se sobresaltó, no esperaba a nadie. Quitó el volumen del televisor y se levantó para abrir. Al asomarse por la mirilla, descubrió que era su vecino de la puerta de enfrente. Un hombre que se había divorciado hacía unos meses y se había venido a vivir a su rellano. Les había tirado los tejos tanto a ella como a Vicky, pero a ambas les causaba cierta repulsión, de hecho, lo apodaban el Apestoso, puesto que la mayoría del tiempo su tufo era insoportable, no debía de lavarse a menudo. Tampoco entendía de qué vivía, se pasaba las horas muertas en su casa con la televisión a todo volumen, se oía desde el descansillo, y a veces, traspasaba la puerta de su casa. Estuvo a punto de ignorarlo y no abrirle, pero se dio cuenta de que llevaba un paquete en la mano, se imaginó que para ella.

—Buenas noches, vecina. Perdona que te moleste a estas horas. —El hombre la recorrió de arriba abajo con sus ojos de sapo inyectados en sangre, debía de haber estado bebiendo, se imaginó Cristina. Tenía el pelo grasiento y llevaba una sudadera llena de manchas de tomate, como de costumbre, apestaba a sudor.

—Buenas noches. —Cristina se abrazó a sí misma, se sintió desnuda bajo el repaso que le acababa de realizar el hombre. Notó cómo miraba por encima de su hombro al interior de la vivienda, no estaba segura si comprobaba si tenía compañía, pero esa fue la impresión que le causó.

—Ha venido hoy de correos este paquete para Vicky y me lo han dejado a mí. —Hizo una pausa buscando las palabras para continuar—. Siento lo que le

ocurrió... —Cristina asintió, pero no dijo nada—. He supuesto que sería mejor dejártelo a ti, tú sabrás qué hacer con él.

—Gracias. —Cristina sintió el roce de sus dedos pegajosos y su sonrisa lasciva, mientras cogía el paquete, sabía que la había tocado a propósito. Se giró y cerró la puerta tras de sí, dando al vecino, literalmente, con la puerta en las narices.

Se quedó unos segundos apoyada en la madera con una desagradable sensación en el cuerpo, ese hombre le ponía nerviosa. Cuando escuchó cómo el vecino daba un portazo, se relajó. Contempló el pequeño paquete que acababa de entregarle, tenía el tamaño de un libro, quizás fuera eso, sabía que Vicky era una apasionada de la lectura.

No tenía ganas de abrirlo, aún no se sentía con fuerzas para enfrentarse a tan duros recuerdos, el último pedido de su amiga. Así que lo guardó en el mueble de la entrada, ya lo abriría más adelante, o quizás se lo diera directamente a Carmen.

Martes, 7 de marzo

—¿Me vas a contar qué ha pasado entre Alberto y tú? —Huertas observaba a su compañero, llevaba varios días de mal humor, y el día anterior no habían llegado a tratar el tema.

—Quiere que nos casemos. —Candelas tenía ganas de desahogarse.

—¿Y eso es una mala noticia? Parece como si te hubieran dicho que te queda un mes de vida. —El inspector emitió un fuerte resoplido, por si quedaba lugar a dudas, no estaba entusiasmado con la propuesta.

—A Alberto no le gusta mi profesión. Se pasa media vida preocupado porque me ocurra algo.

—Pero, si ahora con los móviles es muy fácil comunicarse. Y vosotros os enviáis mensajes a menudo.

—Ya, pero y si por alguna causa no pudiera, estaría preocupado hasta que lograra contactar conmigo, y si me pasara algo, no quiero ni pensarlo. No tengo intención de que me abandone porque se encuentre hastiado de nuestra relación.

—Claro, y es más sencillo que le dejes ahora, antes de arriesgarte a que todo salga bien. Y no me vengas con y si tal, y si cual. Está claro que no quieres asumir un compromiso. —Candelas se sorprendió por ese razonamiento tan contundente, sobre todo, porque sabía que tenía razón.

—¿Y a ti qué te pasa? ¿Te has convertido en un experto?

—Pues la verdad es que no. Marisa ya me comentó lo que os estaba sucediendo. Son sus palabras. —La cara de Candelas reflejaba el estado de estupor en el que se encontraba.

—¿Y ella cómo lo sabía?

—No me preguntes, no tengo ni idea. Para estas cosas tiene un sexto sentido. Y lo que me dijo, es que te dejarás de gilipolleces y le echaras un par. —Huertas sonrió, su mujer siempre había sido de armas tomar—. Y es literal.

Suárez se acercó a ambos.

—¿Ha encontrado algo Cardenete? —Daniel lo había estado buscando, pero supuso que habría salido a desayunar.

—No, todavía no, está trabajando en ello —contestó Huertas, ya que Candelas estaba asimilando la conversación que acababan de mantener.

Cardenete era un experto en Informática. La clave de acceso de la primera víctima se la había dado la señorita del Saz, pero la de la segunda, con un programa hecho por él mismo, estaba a punto de obtenerla.

—¿Y respecto a los vecinos de Amaia Pardo? ¿Les habéis entrevistado?

—Sí —continuó hablando el inspector—, pero como en el caso de Victoria Alonso, nadie vio nada, ni oyó nada. Por este camino tampoco hemos conseguido avanzar. —Daniel asintió, todavía guardaba esperanzas de que hubieran encontrado algún testigo. Estaba claro que no iba a ser un caso sencillo.

Cada vez que daba un paso, su nerviosismo iba en aumento. El domingo le había resultado una gran idea, pero ahora se empezaba a dar cuenta de que era una locura, y presentía que eso mismo le iba a decir Javi, estaba casi segura.

En cuanto llegó a la puerta de su despacho, respiró hondo y llamó. A pesar de sus temores, seguía decidida a continuar con su plan. Al escuchar una voz del interior, invitándola a entrar, abrió la puerta, accedió al interior, y rápidamente volvió a cerrar la puerta tras de sí. Javi, sentado en su escritorio, la observaba, por encima de las gafas que utilizaba para leer, con cierto interés, ya que actuaba, cuando menos, de una forma extraña.

Ella se percató de que su comportamiento resultaba estúpido, se tenía que tranquilizar.

—¿Se puede saber qué te pasa? Te comportas como si alguien te estuviera persiguiendo.

—No digas tonterías. ¿Con qué estabas? —lo dijo para cambiar de tema, mientras se relajaba para poder contarle lo que en realidad la había llevado hasta allí. Conocía a Javi lo suficiente, como para saber que en cuanto se ponía a hablar de su trabajo, se olvidaba del resto.

—Estaba preparando la clase de mañana. Estamos estudiando por qué actuamos de la manera en que lo hacemos. Así que he propuesto un pequeño ejercicio, vamos a mantener una clase participativa en la que debatiremos sobre el efecto halo. —Cristina le atendía interesada, había oído decir al alumnado que las clases de Javi eran muy entretenidas a la par que instructivas. Los alumnos solían obtener buenos resultados en los exámenes y lo adoraban—. Ya sabes, quiero ver qué opinan de personas que no conocen. Me estoy descargando fotografías de actores famosos, para que capten el significado de este efecto. —Cristina pensó que era una gran idea. El efecto halo es un efecto psicológico que hace que tendamos a atribuir cualidades a una persona debido a un rasgo sobresaliente. Mucha gente llega a la conclusión de que si un sujeto es inteligente, implica que sea simpático, o si es atractivo y agradable, suponen que es inteligente, es decir, se le atribuyen rasgos positivos. Y por el contrario, si el individuo es poco agraciado, se le atribuyen rasgos negativos. Mostrar imágenes en clase de personajes famosos, era una manera sencilla para llegar a

comprenderlo.

—Quizás utilice tu idea.

—Es toda tuya. —Le sonrió—. Pero supongo que tú no vienes aquí a que te enseñe cómo dar clase. —Aunque sabía que lo había dicho en broma para picarla, Cristina le ignoró, cuanto antes lo soltara, mejor se sentiría.

—Es verdad, he venido a otra cosa. Pero necesito que me digas que no me vas a interrumpir hasta que termine de hablar. —Él asintió intrigado—. Desde el domingo, estoy chateando con hombres que he conocido en las páginas de contactos en las que navegaba Vicky. Y... —titubeó— esta noche he quedado con uno de ellos. Quizás, así encuentre a su asesino. —La mirada de Javi dejó claro todo lo que estaba pensando en ese momento—. Ya sé que es una locura, no me mires así. Pero para que no me ocurra nada, he ideado un plan en el que intervienes tú. Esta noche he reservado en un restaurante de Malasaña, dos mesas, una a mi nombre y otra al tuyo, he pedido que las dos estén juntas, de forma que yo me sentaré en una con mi cita y tú te sentarás en la de al lado, así escucharas todo lo que allí ocurre. Y cuando cenemos, yo me despediré de mi acompañante y me iré contigo, en ningún momento me voy a poner en peligro. En ningún momento nos vamos a poner en peligro —rectificó. Lo había dicho de carrerilla, por lo que tuvo que parar a respirar. Como Javi no decía nada, le preguntó directamente—. Bueno, ya he terminado, dime, ¿qué opinas?

—¿¿¿Que qué opinó!!?? Creo que es una locura. Te estás metiendo en terreno pantanoso y me estás arrastrando contigo. Y más cuando piensas, como me comentaste ayer, que hay más de una víctima. Quizás estemos tratando con un asesino en serie, ¿crees que le importará que yo esté sentado en la mesa de al lado? Deberías dejar esto a la policía, ese es su trabajo, no el tuyo. —El tono de voz resultó violento, le hubiera gustado intentar convencerla, hacerle entrar en razón, pero aún estaba abrumado por su exposición.

—Lo sé, pero la policía no avanza, y yo quiero saber quién mató a mi amiga —lo dijo con más rabia de la que pretendía, pero no se pudo contener—. Ese cabrón tiene que pagar por lo que le hizo a Vicky, y si la policía no lo encuentra, intentaré hacerlo yo.

—¿Y meterte en la boca del lobo te parece la solución? —Javi seguía alterado, lo que le estaba planteando Cristina era un disparate.

—No será peligroso. Dos personas que se conocen en internet y cenan en un restaurante, un lugar público, y por nada del mundo, pienso irme con él a ningún sitio después, me iré contigo.

—Y claro, en el tiempo que dura una cena vas a descubrir si es el asesino, ¿verdad? De una lógica aplastante.

—Bueno, ya sabes que me especialicé en perfiles psicológicos e hice un

Máster en Análisis e Investigación Criminal. Quizás no descubra quien es el asesino, pero creo que sí podré ir descartándolos de la lista.

—¡Pero qué lista! ¡Tú te escuchas! Claro, y con una cena y tu gran experiencia, la cual te recuerdo que es nula, vas a encontrar a un asesino que no encuentra la policía. —A Cristina empezaban a saltársele las lágrimas de impotencia, esperaba algo más de apoyo por su parte.

—Estoy desesperada, no sé qué hacer. No puedo quedarme en casa sentada esperando a que descubran alguna cosa, porque no está ocurriendo. No soy así, y lo sabes, tengo que hacer algo.

—Haz algo, pero no esto.

—¿Y qué hago? ¿A qué te refieres?

—Eres psicóloga, puedes ayudar a la gente que se encuentra en una situación similar a la tuya. —Ella bufó al escucharle.

—Eso no me sirve para ayudar a Vicky.

—Cris, ya no puedes ayudar a Vicky. Vicky está muerta. —Aunque lo dijo con un tono mucho más suave que el resto de la conversación, Cristina lo miró con ira.

—Está bien, si no quieres ayudarme, no me ayudes, pero yo voy a ir esta tarde a mi cita y a las que surjan. —Javi sabía que era una cabezota, cuando se decidía por algo, no había manera de hacerle cambiar de opinión. No podía dejarla ir sola.

—De acuerdo, te acompañaré. Pero en cuanto vea el más mínimo problema, u oiga una palabra malsonante, cualquier cosa por insignificante que resulte, llamaré a la policía. —Cristina estaba emocionada, sabía que podía contar con él. Se acercó a su lado, lo abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias.

—Pero si no encontramos nada, lo dejamos.

—Claro, déjame intentarlo. Si veo que es un camino sin salida, lo dejamos. Te lo prometo.

La puerta principal del cementerio de Carabanchel se encuentra en la avenida de los Poblados. Un antiguo portalón con una verja de hierro, una construcción de ladrillo rematada por un copete en forma de triángulo, en el cual hay una cruz de piedra, pero en la actualidad, dicha entrada ya no se utiliza. Se accede por un lateral, una edificación más moderna y con un pequeño aparcamiento. Y era allí, donde ambos inspectores se encontraban, resguardados del frío en el interior de su vehículo, esperando a la comitiva, que se hacía de rogar.

Por lo que tenían entendido, aun existiendo una capilla en el mismo

cementerio, en la parte más baja del recinto, donde se encontraban los nichos y columbarios, el funeral se había realizado en el mismo tanatorio, de forma privada, por deseo expreso de la familia.

El camposanto en el que se encontraban era el segundo más grande de Madrid, después del de La Almudena. Unido al cementerio Sur, ya no se distingue cuando comienza uno y termina el otro.

Cuando el inspector Suárez vio aparecer un coche fúnebre por el espejo retrovisor, puso el suyo en marcha, confiando en que ese fuera el entierro que estaban esperando, y que en su interior viajara el cuerpo de Amaia Pardo. Cuando pasó el acompañamiento a su lado, se confirmó que la señorita Pardo era la que iba en el ataúd, había reconocido a sus compungidos progenitores en el primer automóvil, tras el féretro.

A diferencia del entierro de Victoria Alonso, en este había gran cantidad de parroquianos. Estuvieron esperando casi diez minutos a que pasaran todos ellos, hasta que pudieron unirse a la fila.

Cuando llegaron a la zona en la que se iba a realizar el entierro, dejaron el coche aparcado detrás del resto y anduvieron un rato hasta llegar a la tumba.

Allí, la caja ya estaba siendo introducida en la sepultura. Sus padres, en primera fila, mantenían el tipo, apoyados el uno en el otro, aunque sus caras reflejaban el dolor insoportable que sentían.

Verónica y Daniel se situaron apartados, en un camino donde tenían perspectiva de todo lo que allí ocurría. Como la vez anterior, no vieron nada que se saliera de lo normal.

—Creo que es mejor que nos vayamos. Aquí no vamos a encontrar nada.
—Verónica asintió.

Ambos inspectores se dirigieron al coche y salieron del cementerio pensando que seguían sin tener nada. Ningún sospechoso.

Al llegar a comisaría, se encontraron que los inspectores Huertas y Candelas les estaban esperando.

—Jefe, hemos estado hablando con algunos de los nombres del listado que nos ha proporcionado Cardenete. Hombres con los que se relacionó la señorita Alonso —comenzó Candelas—. Hemos sondeado a Mario Ortiz, Carlos Fernández y Arturo Cifuentes.

—¿Y? —El inspector Suárez tenía curiosidad.

—En la noche de autos, Mario Ortiz tuvo una cita con otra mujer que conoció por internet. —Esta vez era Huertas el que les informaba, mientras lo hacía, iba revisando sus notas—. Hemos charlado con la chica y lo confirma. Carlos Fernández estuvo en un cumpleaños con compañeros de su oficina. También ha sido confirmado por varios de sus colegas.

—¿Y el tercero? —Suárez estaba gratamente sorprendido por la mañana tan productiva de su equipo.

—Arturo Cifuentes —recordó Candelas—. No tiene coartada. Según nos ha dicho, estuvo en casa viendo una película grabada, y no salió en toda la noche. Nadie puede corroborarlo.

—Y otra cosa, es médico —sentenció Huertas.

—¿Algo que os llamara la atención? Habrá montones de médicos que conocen mujeres por internet.

—Supongo, jefe, pero no salen todos con una víctima de asesinato.

—En eso estoy totalmente de acuerdo, Huertas, pero necesitamos pruebas. —Ambos inspectores asintieron y se dieron la vuelta, aún tenían muchas conversaciones que mantener y muchas entrevistas que realizar.

Cuando Cristina llegó al restaurante donde había quedado con su cita, él ya se encontraba esperándola, sentado a la mesa. Y en la contigua, se encontraba Javi, quien aparentaba leer la carta mientras la observaba por encima de las gafas, moviendo la cabeza de forma negativa en un gesto que apenas se apreciaba, pero que lo decía todo.

—¿Arturo? —Al retirarse el camarero tras haberla acompañado, fue cuando se atrevió a hablar con el hombre que tenía delante, intentando confirmar que fuera su acompañante. Él, ya se estaba levantando y se acercaba para darle los dos besos de rigor, a modo de saludo.

—Sí. Tú, Cristina, ¿verdad? —Ella asintió—. Las fotos de tu perfil no te hacen justicia. —Le sonrió agradecida, se imaginó que era un piropo que usaría con frecuencia, aunque solo fuera para romper el hielo.

Cristina comenzó a leer la carta, intentando encontrar disimuladamente alguna semejanza entre las fotos que había visto en internet y la persona que estaba sentada frente a ella. En realidad, este Arturo se había comido al Arturo de la página web, ya que era el doble de ancho, que no de alto. Cuando miró a su izquierda, comprobó que Javi estaba disfrutando con la situación, mientras fingía atender mensajes en el móvil. Después de haberle pedido ese gran favor, le había mostrado el perfil de su cita y suponía que como ella, se había llevado una sorpresa.

Cuando el camarero apareció de nuevo para tomarles nota, dejó a un lado sus cavilaciones. Aun cuando no había leído la carta, había ido varias veces a ese restaurante de la calle Manuela Malasaña, —a veces iba después a ver alguna representación en el cercano teatro Maravillas, y otras veces quedaba allí con sus amigos para picar algo antes de salir de copas—, así que tenía claro lo que iba a

pedir.

—Para mí el tartar de salmón. Aquí lo hacen muy rico —le comentó a su acompañante. Por lo que él se decantó por lo mismo y pidió una botella de vino blanco, cuya elección fue aprobada por Cristina con un leve movimiento de cabeza.

—Es la primera vez que vengo a este sitio —aclaró él.

—Yo vengo de vez en cuando. Me gusta ir al teatro con mi amiga Vicky —hizo una pausa para ver si él reaccionaba de alguna forma, pero el nombre pareció resultarle indiferente—, y después solemos venir a cenar aquí. A ambas nos encanta el lugar, la comida es buena y es un restaurante muy tranquilo. Bueno y ¿qué te gusta hacer a ti? —El hombre le sonrió. Últimamente a las mujeres que conocía no les interesaba ni lo más mínimo su opinión, no solían dejarle meter baza en sus monólogos sobre ellas mismas, así que se sintió cómodo al ser introducido en la conversación.

—Me encanta pasar el tiempo leyendo, adoro las novelas históricas, de todas formas suelo leer de todo. Ya sabes, si lees siempre lo mismo, acabas saturándote.

—Te entiendo. A mí me gustan las novelas de misterio, en las que siempre hay algún asesinato. —Él pasó por alto también ese comentario.

—Además, disfruto en los museos, sobre todo en el Prado. Adoro las pinturas —continuó Arturo—. No me pierdo ninguna exposición itinerante, ni del Prado, ni del Thyssen, ni del Sorolla.

—Sí, comentabas en tu perfil que te encantaba perderte en el Prado.

—Exacto. Tú también decías que te gustaba la pintura. —En ese momento llegó el camarero con el vino blanco que habían pedido. Les sirvió a ambos una copa, dejó la botella en una cubitera con hielo y desapareció.

—Sí, pero a los museos voy menos de lo que me gustaría. —Aunque era verdad que disfrutaba en las pinacotecas, llevaba tiempo sin pisar ninguna—. ¿Y a qué te dedicas?

—Soy oncólogo. —A Cristina le sorprendió, sabía que era médico, pero no sabía a qué especialidad se dedicaba.

—Tiene que ser un trabajo muy duro.

—La verdad es que sí, pero reporta mucha satisfacción cuando los pacientes consiguen superar el cáncer. Y cada vez hay más gente que lo hace. —Sonrió orgulloso—. Y tú, ¿a qué te dedicas?

—Soy psicóloga criminal, estudio el comportamiento y los procesos mentales del sujeto que ha cometido un delito —mintió. Su acompañante tampoco pareció inmutarse por ese descubrimiento. Sin embargo, en la mesa de al lado, el hombre allí sentado, al escuchar ese comentario, se había atragantado

y bebía agua para que se le pasara. Cristina intentó ignorarle, puesto que se imaginaba el porqué de su ahogo.

Apareció de nuevo el camarero para dejar ambos platos sobre la mesa.

—Yo creo que tu trabajo es más duro que el mío, tratar con ese tipo de gente, meterse en su psique para averiguar cuál será su siguiente paso. —Arturo la estaba mirando a los ojos, aparentaba sentir lo que decía.

—Bueno, acabas habituándote, lo mejor es no involucrarse. —De nuevo, el vecino de mesa se atragantó.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó Arturo preocupado.

—Sí, claro, es que había pedido agua sin gas y me han servido agua con gas. ¡Camarero! —La excusa de Javi resultó creíble, aunque Cristina no pudo evitar sonreír, intentando contener la carcajada que luchaba por salir de su boca.

La velada con Arturo resultó ser encantadora. Físicamente no era el tipo que aparecía en la página —tema que ninguno de los dos mencionó, ella para no ofenderlo y él porque se sentía cohibido—, pero era tan atento e inteligente como había demostrado en las cortas charlas que habían mantenido vía internet.

Cuando fueron a pagar, dividieron la cuenta a medias. Arturo en ningún momento mencionó que invitaba y Cristina se sintió agradecida por ello. Ella pensaba que muchos hombres se consideraban con ciertos derechos por el mero hecho de invitar a una copa o a cenar.

—¿Quieres que te lleve a casa? He dejado el coche en el aparcamiento de Fuencarral —le comentó, ya fuera del restaurante.

—Oh, muchas gracias, pero yo también he traído coche. Lo he dejado en el de Conde Duque. —Fue el primero que se le ocurrió, pensando en que así, cogerían sentidos opuestos.

—De acuerdo. —Arturo fue a despedirse dándole un beso en los labios, sin embargo ella, de forma educada, puso la mejilla—. Me encantaría volver a verte, lo he pasado muy bien.

—Yo también he disfrutado mucho. —Al ver que ella no decía más, se dio la vuelta comprendiendo que no volvería a verla.

Cristina se quedó mirándolo mientras se alejaba. Había resultado ser un hombre agradable, pero no había surgido la chispa, y tampoco pensaba que fuera el asesino de su amiga. Justo cuando giraba en la esquina con Fuencarral, apareció por detrás Javi.

—He llamado a un taxi hace unos minutos, tiene que estar al llegar.

—¿Qué opinas?

—Creo que es un buen tío, no creo que vaya asesinando a chicas guapas en sus casas. —Cristina asintió—. Mira, ahí llega nuestro taxi.

Ambos subieron, tranquilos, sintiendo que no habían descubierto nada

interesante, mientras alguien les observaba a unos metros de distancia.

Arturo regresaba porque se había dejado la bufanda olvidada en el respaldo de la silla del restaurante. Pero cuando llegaba, vio algo que lo dejó helado. La mujer con la que acababa de cenar y por la que sentía cierto interés, se iba con el tipo de la mesa de al lado. Su mirada, al descubrirlo, se mostró tan fría como un témpano de hielo.

Miércoles, 8 de marzo

Cuando llegaron a la avenida Nuestra Señora de Fátima, donde vivían los padres de la segunda víctima, percibieron un gran ajetreo a su alrededor, era la hora de apertura de los comercios.

En la entrada principal, se encontraron a una anciana saliendo y llevando consigo un viejo carro de la compra vacío, preparado para ser llenado. Daniel le sujetó la puerta mientras recordaba a su madre con uno similar cuando era pequeño. La mujer lo miraba con una sonrisa de agradecimiento.

Entraron a un portal inmenso, una pared estaba forrada de piedra y la otra de madera con un gran espejo, formando un ancho pasillo, todo un poco avejentado por el paso de los años. Mantuvieron el paso hasta llegar al ascensor, que les estaba esperando en la planta baja. Ya en su interior, pulsaron el botón que les llevaría al quinto piso.

—¿Hablo yo? —preguntó Verónica. Daniel la miró, sabía que le encantaba interrogar para obtener información de la gente, y cada vez lo hacía mejor, de hecho, con las víctimas y sus allegados era muy buena, no les trataba con condescendencia, y su tono dulce y atento ayudaba a que se sintieran cómodos en su compañía, y acabara sonsacándoles lo poco que solían saber.

—De acuerdo. —El inspector le sonrió como lo hace un profesor a su mejor alumna cuando se siente orgulloso de ella.

Salieron del ascensor y se dirigieron a la puerta con la letra H. El día anterior, el inspector Huertas había concertado una cita con ellos, por lo que los estarían esperando.

La mujer que les abrió era muy alta y fornida, pero se la veía doblada y envejecida, como si de golpe le hubieran echado encima todo el peso del mundo, mostraba tanto dolor como en el cementerio. El inspector ya había visto ese dolor, y sabía que mucha gente no lo llegaba a superar nunca.

—Buenos días, somos la subinspectora de la Vega y el inspector Suárez —dijo Verónica a modo de presentación.

—Los estábamos esperando. —Su voz sonó apenada, como si fuera un trámite que tenía que pasar, pero, a poder ser, lo más rápido posible. Se apartó de la puerta para que pudieran acceder al interior.

La madre de Amaia Pardo les condujo al salón de la casa donde el marido estaba viendo la televisión. La apagó en cuanto entraron, aunque a Daniel le había dado tiempo a fijarse en que lo que había estado visionando era un video

antiguo, donde una niña rubia jugaba en los columpios. Dedujo que estaría viendo algún video casero de su hija.

La señora se sentó al lado de su marido, en un sofá muy floreado, y los inspectores acercaron unas sillas para sentarse frente a ellos, a la misma altura, de forma que no se sintieran intimidados.

—Ante todo decirles que lamentamos mucho su pérdida —dijo Verónica, mientras Daniel ponía cara de circunstancia. A veces su trabajo era muy desagradable—. Queríamos hacerles unas preguntas. —Los padres no dijeron nada ni hicieron ningún gesto, se mostraban dispuestos a cooperar—. ¿Saben si su hija tenía algún plan o alguna cita el sábado por la noche? —Esta información ya se la habían comunicado a Huertas y a Candelas el día que encontraron el cuerpo de su hija, pero quizás, hubieran recordado algo después del *shock* inicial.

—Sí, nos dijo que había quedado con un hombre que había conocido en esas páginas de internet —dijo su madre. El padre parecía encontrarse en alguna otra parte, con la mirada perdida y sin seguir la entrevista—. Solía entablar conversaciones con hombres por ese medio, y si le gustaban, quedaba con ellos. Decía que estaba cansada de ir a discotecas y bares para conocer a los mismos hombres de siempre, bebidos, con el único objetivo de acostarse con cualquier mujer que se cruzara en su camino, para luego no volver a saber nada más de ellas. Mi niña quería algo más. —Se quedó pensando unos segundos qué decir a continuación—. En mi época era diferente, pero ahora los chicos se conocen así. —Se encogió de hombros, y a punto estuvo de ponerse a llorar, aunque fue capaz de mantener la compostura.

—¿Saben con quién quedó?

—Últimamente me contaba que estaba hablándose con un chico muy educado e inteligente, creo recordar que era enfermero o algo del estilo.

—¿Sabe de qué hospital? —La mujer se encogió de hombros, ni siquiera estaba segura de su profesión.

—Lo siento. Lo único que sé es que la niña estaba muy feliz, y estaba deseando conocerlo, tenía puestas muchas esperanzas en él. —Miró a los inspectores—. ¿Creen que fue él el que asesinó a mi niña?

—Todavía no tenemos datos suficientes para saber qué ocurrió —contestó Suárez. La mujer se lo quedó mirando por primera vez, intentando traducir su cara, pero no fue capaz de obtener respuesta alguna.

—Queríamos preguntarle sobre un tema que es bastante personal, pero que creemos que puede tener alguna importancia en la investigación. —La mujer los miró con curiosidad—. ¿Su hija tuvo un bebé? —La cara de sorpresa que mostró la mujer lo dijo todo.

—Sí, ¿cómo lo saben?

—Nos lo dijo el médico forense que le practicó la autopsia.

—¿Y por qué creen que puede ser importante para su investigación?

—Por ahora esa información es confidencial. —Volvió a intervenir Daniel.

La mujer se encogió de hombros, suponía que ya no importaba, de todas formas, ellos tendrían que tener una denuncia, y la encontrarían antes o después.

—Al poco de tirar la cárcel, la niña fue violada en el descampado. —La mujer había desaparecido de la habitación, estaba sumergida en esos dolorosos recuerdos—. Al principio no nos lo dijo, estaba rara y callada, ella es... era una niña muy charlatana, no había quien le hiciera callar. Teníamos una relación muy buena, siempre nos pedía consejo u opinión, contaba con nosotros para todo, lo cual nos hacía sentir útiles. Pero de repente, se aisló. Por supuesto ese comportamiento nos llamó la atención. Unos meses después, nos lo contó todo. Se había quedado embarazada. Siempre pensé que si no se hubiera quedado embarazada no nos hubiéramos enterado. En ese momento, la convencimos para poner la denuncia. Nunca encontraron a ese cabrón, y ella lo único que recordaba era a un encapuchado con un cuchillo. Nos dijeron que si hubiera denunciado en el momento, los médicos le hubieran dado algo para no quedarse embarazada. Eso fue el remate para que se sintiera más hundida, fue un duro golpe, se dio cuenta de que no había hecho las cosas bien y ya era tarde para cambiarlas. Unos días después, nos informó que estaba decidida a tener el niño y darlo en adopción. Estaba en contra del aborto. Sabía que había mucha gente deseando tener un hijo, y que no podía. Creyó que era una buena idea dárselo a alguna de esas parejas. Era tan buena.

—¿Recuerda en qué clínica dio a luz y qué agencia llevó el trámite de la adopción?

—Dio a luz en La Paz. Respecto a la agencia, lo siento, pero no tengo ni idea. En cuanto todos los trámites se pusieron en marcha, ella nos dijo que prefería llevarlo a cabo sola. Siempre había sido muy fuerte e independiente, quizás demasiado, aunque nos informaba de las cosas que iban aconteciendo. Los últimos meses, al ver que necesitaba más ayuda, se quedó en casa, pero no nos dejó ir al hospital cuando dio a luz, dijo que sería menos duro entregarlo si ninguno de nosotros le cogía cariño. Ni siquiera llegamos a verlo. Ella lo rechazó en cuanto nació, no quiso saber nada de él, no quería cambiar de opinión, y sabía que si lo cogía en brazos, no lo dejaría ir. Fue lo más duro que hizo en su vida. —La mujer volvió a la realidad, las lágrimas le resbalaban por las mejillas, por lo que Verónica sacó de su bolso un pañuelo de papel y se lo entregó—. Gracias, hija.

—Una pregunta más —dijo el inspector sacando dos imágenes del bolsillo

de su abrigo—, ¿reconocen estos cuadros? —La mujer observó ambas pinturas.

—Sí, claro, el Cupido lo tenía colgado en su dormitorio, y el otro, en el pasillo. —Los inspectores se quedaron chafados, no los había traído el asesino para completar su obra.

—Muchas gracias. Nos ha resultado de gran ayuda —dijo Suárez a modo de despedida.

Verónica y Daniel se levantaron, agradeciendo de nuevo su cooperación, y salieron de la casa dejando al matrimonio sumido en el dolor que les embargaba.

—¿Qué opinas? —preguntó la subinspectora mientras se dirigían al coche.

—No sé qué decirte. Pienso que se afianza la teoría de que el asesino sea alguien que las víctimas conocieron por internet. Pero la relación que las une a ambas, la adopción de sus bebés, me tiene desconcertado. Una lo hizo en Barcelona y la otra en Madrid.

—Quizás sean la misma clínica, pero con sede en diferentes lugares.

—Supongo que es lo más plausible, tendremos que empezar por ahí. O tal vez, ambas se desahogaron con el asesino, y eso les llevó a la muerte. —Se encogió de hombros, el inspector sabía que tenían muchas de las piezas del puzle, solo tenían que casarlas.

Cristina había encontrado un hueco esa mañana, entre las clases y las tutorías, para buscar la agencia que había gestionado la adopción del bebé de Vicky. En los últimos días había estado tan atareada con el trabajo y con sus chats con hombres que se habían relacionado con su amiga, que no había tenido tiempo para nada más. Aunque sí le había dado vueltas al asunto, intentando recordar lo que ocurrió en aquella época. Pero ya habían transcurrido casi diez años, ocho para ser exactos, y siempre había sido un tema tabú para Vicky, lo cual ella había entendido a la perfección. Por lo que su memoria no le había revelado nada útil para la investigación policial.

Recordaba a su amiga volviéndose loca, reflexionando repetidamente las distintas alternativas que le recomendaban. El aborto fue algo que sugirió y se planteó durante un tiempo, pero acabó desechando esa opción, decantándose por la adopción. Al informarse, descubrió que había otras posibilidades, como la custodia, un Tribunal podía otorgarle la custodia del bebé a un familiar o a una persona acordada de forma temporal, mientras ella terminaba los estudios y conseguía los recursos necesarios para llevar a buen puerto la maternidad. Después, tenía la posibilidad de la adopción familiar, así el bebé se podía quedar de forma permanente en la familia, quizás los padres de Vicky pudieran ocuparse, pensaron. También le hablaron de las adopciones abiertas, en las que

los padres biológicos podían interactuar con el hijo y la familia adoptiva, aunque sin ningún derecho legal sobre él. Y por supuesto, le detallaron los pasos a seguir para realizar una adopción tradicional, en la que los padres biológicos pierden todo el contacto con su hijo y con la familia adoptiva, de manera que pueden seguir con su vida después de tomar la decisión, como si nunca hubiera ocurrido. Cristina sabía que eso no era tan bonito como lo pintaban, Vicky nunca olvidó a su hijo.

Todo esto lo tenía muy fresco en la memoria, puesto que su amiga se lo contó en numerosas ocasiones. Tenían grandes charlas nocturnas sobre las diferentes opciones posibles, hasta que tomó una decisión, momento en que ya no se volvieron a mencionar.

También recordaba escuchar a Vicky llorar en su habitación todas las noches, —en Barcelona habían alquilado un piso que compartían, muy cerca de la plaza de Cataluña— mientras tomaba una decisión.

Al final, se decantó por la última opción, era muy joven para ser madre, no estaba preparada para un compromiso de esa envergadura, le quedaba mucho por vivir y no quería cargar con un bebé por un calentón momentáneo. Cristina recordaba como frivolisaba al hablarle del tema, quería que viera que lo tenía muy claro, aunque ella la conocía y sabía que su determinación era un escaparate, la realidad era que su elección la estaba desgarrando en lo más profundo de su ser. De hecho, nunca volvió a ser la misma, se convirtió en una persona algo retraída, cuando antes había sido la chica más sociable que había conocido. Estuvo yendo a terapia unos meses, pero únicamente el tiempo que permanecieron en Barcelona, tiempo que no fue suficiente.

Haciendo memoria, recordó que habían preguntado por agencias de adopción en un centro de planificación familiar, pero no estaba segura si el folleto que habían utilizado se lo habían dado allí. Buscó en internet las agencias de adopción existentes en Barcelona y ninguna de ellas le sonaba lo más mínimo.

Así que se decantó por darle otra perspectiva a la búsqueda. Entró en *google maps* y puso en funcionamiento la opción *street view*, con ella empezó a callejear por las calles colindantes con la casa que habían compartido en la ciudad condal. Había ido una vez, acompañando a Vicky, quizás si seguía el recorrido llegara a la agencia. Sus recuerdos le decían que el lugar no estaba lejos de la casa, pero no encontró nada. Hubo un momento en el que pensó que la había localizado, pero donde creía que se tenía que haber encontrado la agencia, aparecía una peluquería.

¿En serio no iba a ser capaz de encontrar la dichosa agencia?, se preguntó a punto de perder la paciencia. Estaba investigando el asesinato de su amiga,

quedando con hombres que podrían ser asesinos, y para una pequeña cosa que le pedía la policía, era incapaz de obtenerla. Se sentía frustrada, no lograría ayudar a encontrar al homicida con tanta torpeza. Después de tres horas de búsqueda por internet, decidió dejarlo, empezaba a pensar que aquella agencia había desaparecido de la faz de la tierra, cosa no tan extraña, teniendo en cuenta el tiempo transcurrido.

—Jefe, Cardenete ha logrado entrar en el ordenador de la segunda víctima, Amaia Pardo. Por lo que ha encontrado, solo estaba registrada en una única web de contactos. —Fue Candelas el que comenzó a hablar, a su lado estaba Huertas asintiendo.

—¿Coincide con alguna de las que utilizaba la señorita Alonso? —preguntó Suárez, deseando quitar paja de la investigación.

—Sí, ambas estaban registradas en la misma web de contactos.

—Bueno, ya tenemos algo por dónde empezar. ¿Qué me podéis decir de la web?

—Se llama conecta.com. Fue creada por un adolescente hace cuatro años, un friki de los ordenadores. Parece ser que al chico, todas las compañeras del instituto le daban calabazas, por lo que creó esta web con dieciséis años para conocer chicas, en la actualidad cuenta con veinte. Su página creció el primer año de forma exponencial, nadie se lo podía haber imaginado, fue un pelotazo. Conocidas webs de contactos quisieron comprársela, pero él se negó, y ahora está en bolsa. El chaval está forrado. Su nombre es —Candelas buscó entre los papeles que tenía en la mano—, sí, aquí está, se llama Félix Santos. Tenemos su dirección. —Le entregó los datos a su jefe.

—¿Tenemos a algún individuo que hablara con las dos víctimas? —preguntó Daniel esperanzado.

—Todavía no hemos encontrado ninguno, pero Cardenete sigue en ello. También está comprobándolo por IP, por si el mismo sujeto tuviera diferentes perfiles creados —continuó Candelas.

—Hablamos con las amigas de la chica, tienen un grupo en el *whatsapp*, donde se ponen al día de todo lo que les sucede. —Huertas tomó el relevo a su compañero—. Les dijo que había quedado con un tal Felipe. Cardenete ha estado buscando conversaciones con algún Felipe, Pipe o similar, y no ha encontrado nada. También ha accedido a su *email* y a su móvil, con el mismo resultado, no ha encontrado a nadie con ese nombre. Si algo quedó registrado, ha sido borrado.

—¿Sabemos algo más del tal Felipe? —Daniel pensaba que ese podía ser el hombre que buscaban, o por lo menos el último que hubiera visto a la víctima

con vida.

—Las amigas dicen que llevaba chateando con él toda la semana. Estaba muy ilusionada. Les dijo que por el chat se comportaba de forma educada, que era una persona culta y con estudios. —Candelas miraba sus notas mientras hablaba—. Le gustaba mucho la pintura, como a la víctima. La señorita Pardo estudió Arte en la Universidad, aunque trabajaba en una peluquería —explicó—. Sus compañeras de trabajo dicen que sobre todo le gustaba maquillar a las clientas, según ella, era en el único momento en que expresaba su faceta artística.

—¿Edad? ¿Trabajo?

—Nada, jefe. No saben nada. Se imaginan que era algo mayor que ella, pero porque a ella le gustaban maduritos, no porque lo sepan a ciencia cierta. —Huertas levantó la vista de sus notas—. Eso es lo que dijeron, literalmente. Le calculan unos treinta y cinco, basándose en el historial de los tíos con los que acostumbraba a salir, pero a saber. La señorita Pardo les dijo que era cirujano, pero ninguna se lo creyó, y así se lo transmitieron. Pensaban que le estaba tomando el pelo. —Daniel asintió, en internet era muy fácil engañar a la gente, nunca se sabe quién está al otro lado.

—También hemos entrevistado a un par de personas más de la lista. Jaime Serrano y Jorge Gutiérrez. Ambos con coartada confirmada las dos noches. —Ahora era Candelas el que retomaba la explicación.

—De acuerdo. Tenemos que encontrar a hombres que se hayan puesto en contacto con ambas víctimas. —Los inspectores asintieron.

—Estamos con ello. —Todos tenían puestas sus esperanzas en Cardenete, si había posibilidad de encontrar algo, no había otra persona mejor para hacerlo.

—Perfecto. Buen trabajo. —Suárez hizo una pausa—. Verónica —que no se había movido de su lado—, comprueba si se han producido asesinatos de estas características en Barcelona. La primera víctima dio a luz allí, quizás sea un asesino que ha actuado en ambos lugares.

—¿Qué rango de fechas busco?

—Diez años. No creo que haya muchos casos similares. —Verónica estaba de acuerdo con su jefe.

El inspector Suárez se dirigió a la sala de descanso a tomar un café, se sentía en un callejón sin salida.

No podía investigar a todas las agencias de adopción de Madrid ni de Barcelona, era inviable, no tenía pruebas ni efectivos, y aunque no fuera así, los jueces eran muy reticentes a emitir una orden para investigar en ese tipo de lugares, ya que la información existente allí, es reservada y confidencial.

Y con dos víctimas no era suficiente para conseguir una orden judicial para

que el señor Santos, dueño de la página de contactos, les diera la información que necesitaban, datos personales de usuarios protegidos por la LOPD —ley orgánica de protección de datos de carácter personal—. El juez habría dicho que la relación entre las víctimas estaba traída por los pelos, no había pruebas, solo suposiciones sobre el involucramiento de los usuarios de la página web en ambos asesinatos. Y hubiera tenido razón, pero era lo único con lo que contaban.

Ambas eran de barrios y clases sociales opuestos, lo único que les unía, era que utilizaban la misma página de contactos para encontrar pareja. Además, la noche en que fueron asesinadas habían quedado con alguien al que habían conocido en una de esas webs. Que tuvieran un físico similar, en cuanto a color de pelo y ojos se refería, y que hubieran dado a sus bebés en adopción, Suárez estaba seguro de que eran singularidades por las que el asesino elegía a las víctimas.

Si el culpable era un usuario más de la página, ya estaba siendo investigado. Tenían acceso a los dos perfiles, gracias sobre todo a la gran labor de Cardenete y a la ayuda prestada por la amiga de la primera víctima, al facilitarles su clave de acceso, cosa que les había simplificado el trabajo.

Solo esperaba encontrar algo, antes de que hubiera otra muerte.

Jueves, 9 de marzo

El inspector Suárez se dirigía con el inspector Candelas a casa de Félix Santos, el creador de la página de contactos conecta.com. Vivía en La Moraleja, uno de los barrios residenciales más exclusivos de Madrid.

Cuando les abrieron la verja que daba acceso al jardín, ambos inspectores se quedaron atónitos al ver las dimensiones de la casa que se encontraba frente a ellos. Candelas emitió un silbido de admiración.

—Menudo casoplón, jefe. Creo que he equivocado mi profesión. —Ambos policías sonrieron—. Hay que ver la pasta que da el mundo *single*.

Ambos sabían que en los últimos años los solteros y solteras habían visto incrementado su número a gran velocidad, lo que había abierto las puertas a un nuevo mercado orientado a ellos, y por lo que decían las encuestas, era un mercado al que le gustaba gastar.

Suárez aparcó delante de la puerta principal, donde un jardinero se encargaba de plantar algunas flores en una gran maceta, estaba tan concentrado en su tarea que no prestó ninguna atención a la llegada de los inspectores. Les abrió la puerta una mujer de mediana edad que llevaba una bata a rayas rojas y blancas, con el pelo recogido en un tirante moño.

—Buenos días, queríamos hablar con el señor Santos. Somos los inspectores Suárez y Candelas. —Ambos le mostraron la placa a la mujer, que los miró sorprendida.

—¿Padre o hijo? —Como ninguno de ellos dijo nada, continuó—. El señor Santos padre vive en la casa de la piscina, aquí vive el hijo.

—Venimos a ver al señor Santos hijo —confirmó el inspector.

—De acuerdo, síganme.

Les mostró el camino a una impresionante sala con un enorme sofá a un lado y frente a él una bonita chimenea de mármol, en el lado opuesto al que se encontraban, una gran mesa de billar y una barra de bar, detrás de la cual, estanterías repletas de bebidas completaban la decoración. La mujer los dejó allí mientras iba a buscar al dueño del lugar.

—Madre mía. —Candelas seguía boquiabierto.

Suárez se acercó a un gran ventanal que daba paso al jardín trasero, desde ahí, se vislumbraba una gran piscina, y más allá, una casa de dos plantas, bastante grande, no obstante no se podía comparar en dimensiones con la principal. La piscina estaba cubierta por una gran lona azul que quitarían en

verano cuando el tiempo permitiera su uso.

De la casa de la piscina salió un hombre alto, ancho de espaldas, moreno, debía de tener entre 40 y 45 años, supuso que sería el padre de Santos, el otro Félix Santos. Atravesó el jardín y desapareció de la vista del inspector sin percatarse de que estaba siendo observado.

—Buenos días, caballeros, me acaban de informar que quieren hablar conmigo. —Cuando Suárez se dio la vuelta, se quedó contemplando al joven que tenía delante. Era alto y desgarbado, aún tenía síntomas de acné juvenil en algunas zonas del imberbe rostro.

—Buenos días, señor Santos. Somos el inspector Suárez y el inspector Candelas. —Candelas se acercaba a ellos, dejando atrás la mesa de billar que había estado observando unos segundos antes.

—Por favor, llámenme Félix, el señor Santos es mi padre —les dijo con una sonrisa algo infantil—. ¿Y qué es lo que les trae por aquí?

—Estamos trabajando en dos homicidios. Ambas víctimas eran usuarias habituales de su página de contactos. —El chico ni se inmutó al oír esa afirmación.

—Como dos millones de personas en España, y unos cuantos millones más en el resto del mundo. —Les sonrió mientras se acercaba al bar a servirse una bebida—. ¿Quieren tomar algo?

—No, muchas gracias. —El inspector Suárez contemplaba al muchacho sopesándolo, era listo, desde luego, si no fuera así, no hubiera montado un gran negocio como el suyo de la nada. Con movimientos relajados, sacó de la nevera un refresco isotónico, abrió la botella y le dio un largo trago.

—He estado en el gimnasio y estaba sediento. —Se disculpó.

—Es posible que un usuario de su página asesinara a las dos víctimas.

—¿Y por qué cree eso, inspector?

—Su página web es la única relación que hemos encontrado entre ellas. —El inspector no le dio más información.

—Como le decía, hay más de dos millones de usuarios en España. No me parece una relación muy sólida. —El chico se había acercado de nuevo a los inspectores con la bebida en la mano.

—¿Sus desarrolladores tienen acceso a las conversaciones de los clientes?

—Sí. Tenemos una gran base de datos donde toda esa información queda registrada.

—¿Y eliminarla?

—También es posible.

—Agradeceríamos una lista de los trabajadores de su empresa que tienen acceso a esta información. Y otra lista con los usuarios con los que se

relacionaban ambas víctimas. —El chico se lo quedó mirando, impresionado por la petición. Suárez se había tirado un farol, pero nunca se sabía, quizás funcionara. Cardenete sospechaba que algunas conversaciones mantenidas por las chicas habían sido borradas, así que, que el asesino formara parte del equipo de informáticos de Félix Santos era algo que entraba dentro de lo posible.

—Espere un momento, inspector. Creo que para poder solicitarme esa información, necesita antes una orden judicial, ¿no es así? —Suárez asintió, había sido pillado por un niño.

—Creía que cooperaría con nosotros y nos ayudaría a encontrar al asesino, sobre todo teniendo en cuenta que puede estar trabajando para usted. —El joven no se amilanó con esa observación.

—Me encantaría ayudarlo, inspector. Pero entienda el compromiso en el que me está poniendo. Esas personas confían en mí y esperan que sus datos no sean compartidos. Tengo que proteger la intimidad tanto de mis clientes como de mis colaboradores. Porque si hubiera pruebas tangibles, hubieran venido con una orden, ¿me equivoco? —Suárez sabía que tenía toda la razón—. Veo muy a menudo *Ley y orden*, conozco mis derechos. —Candelas alzó las cejas, el chaval que tenían delante era un engreído.

—Nos volveremos a ver, señor Santos. —Ambos inspectores se pusieron en marcha, y se dirigieron a la salida, deshaciendo el camino que habían hecho un rato antes.

—Eso espero, inspectores, me gustaría ayudarlos en todo lo que esté en mi mano. —Ambos oyeron el comentario mientras salían de la sala en la que habían mantenido la reunión.

—Seguimos sin nada. —Dijo Suárez en cuanto salieron de la casa.

—Sabías perfectamente que aquí no íbamos a conseguir ninguna información útil. —Candelas no entendía por qué habían venido.

—En eso tienes razón, pero quería tener una primera toma de contacto con el señor Santos para ver sus reacciones.

—¿Y?

—Nada, no he sacado nada en claro. —Suárez estaba frustrado.

Como se imaginaba, no les iba a resultar fácil conseguir información, tendrían que seguir cruzando lo que encontraran en los ordenadores de las víctimas, y eso les podía llevar mucho tiempo, quizás demasiado. Si realmente estaban tratando con un asesino en serie, y continuaba con el mismo *modus operandi* que hasta ahora, ese fin de semana habría otra víctima. Cada vez les quedaba menos tiempo.

En cuanto los policías se marcharon, el abogado de Félix Santos entró en la habitación. Cuando llegaron, estaban tratando algunos temas en el gimnasio,

mientras hacían algunos kilómetros en la cinta, y allí se había quedado, esperando hasta que los vio marchar. Se fijó en su cliente, mostraba preocupación.

—¿Qué querían?

—Nada. —Notó cómo el letrado lo miraba con escepticismo, y se dio cuenta de que lo más probable es que necesitara su ayuda legal, así que decidió que lo mejor era contárselo—. Por lo visto han encontrado a dos mujeres asesinadas, y creen que ha sido uno de los usuarios de mi página.

—Es factible. Tu página tiene millones de usuarios.

—Eso les he dicho yo. —Pero Félix pensaba que si tenían razón y no hacía nada, sus remordimientos no le dejarían dormir tranquilo—. Esto que quede entre nosotros. No quiero que mis padres se enteren y se preocupen por lo que espero que no sea nada.

—Mi cliente eres tú. —Sabía que podía confiar en él.

Como había llegado temprano a su cita, decidió dar un paseo por la zona mientras llegaba la hora. Hacía una noche fría aunque despejada, le vendría bien para relajarse y estar más despierta. Habían quedado en la Taberna Los Ángeles, cercana a Ópera. Mesón al que había ido muy a menudo con sus amigas cuando estudiaba en la Universidad, y al que aún iba, de forma más esporádica.

Así que al salir del metro, en vez de tomar el camino del restaurante, se dirigió hacia la espectacular Plaza de Oriente, para ver el Palacio Real y el Teatro Real iluminados. Pasó al lado de la imponente estatua ecuestre de bronce de Felipe IV. Había leído en alguna parte, que había sido la primera escultura en la que el caballo se sostenía en pie sobre sus dos patas traseras, y que para lograrlo, el escultor había contado con la ayuda de Galileo, quien había propuesto como solución, hacer la parte trasera maciza y la delantera hueca. Desde que había leído aquella curiosidad, cada vez que pasaba a su lado no podía dejar de admirarla y contarle ese mismo detalle a quien fuera con ella. Sonrió al recordar a Vicky quejándose porque le había relatado lo mismo un millón de veces.

Mientras se acercaba al Palacio Real, a derecha e izquierda, entre los árboles, podía vislumbrar a los majestuosos reyes godos, como se les conocía popularmente. Veinte estatuas de reyes españoles, de los cuales cinco eran visigodos y el resto monarcas de los primeros reinos cristianos de la Reconquista.

Giró a la izquierda, en dirección contraria a los impresionantes jardines del Campo del Moro, puesto que a esas horas sabía que estarían cerrados, y por la

noche, tampoco se apreciaba su esplendor.

No hacía mucho, Vicky, Javi y ella habían visitado el interior del Palacio Real, aprovechando unas puertas abiertas, ocasión en la que la entrada al edificio es gratuita, tanto para turistas como para los madrileños, y de esta forma, después de esperar una larga cola, habían podido visitar las diferentes salas. La visita no les había defraudado, no tenía nada que envidiar al interior de otros palacios europeos.

Como aquel día, llegó a la Catedral de la Almudena, que mostraba toda su grandeza iluminada. Había accedido a su interior en multitud de ocasiones, y no tenía nada que ver con el resto de catedrales que ella conocía, era de un estilo sencillo de líneas rectas. Sin embargo, la cripta era completamente diferente, llena de tumbas y capillas de gran belleza, resultaba ser el lugar elegido por muchos madrileños para celebrar su boda.

Cuando se quiso dar cuenta, ya se había hecho la hora, así que retrocedió sobre sus pasos y en unos minutos llegó a la tasca en la que había quedado.

El local era alargado, a la entrada se encontraba la barra, y frente a ella, unas mesas altas. A continuación, aparecía el comedor, con grandes mesas rodeadas de bancos de madera o taburetes, con decoración rústica. En las paredes había colgados diferentes aparejos y herramientas de labranza que le daban al lugar un encanto especial.

Al entrar, saludó, puesto que conocía a los dos camareros que servían tras el mostrador. Uno de ellos le comentó que Javi y su acompañante estaban en sus respectivas mesas, y que ya conocían el teatrillo que habían montado, porque Javi se lo había explicado al llegar. Cristina se quedó pensando en cuánto habría contado y cuánto habría callado.

Se dirigió al fondo del restaurante, que era donde los habían acomodado. Cuando llegó, vio a Javi en una de las mesas y en la contigua se encontraba, Pablo Martín, su cita.

—¿Pablo? —Se acercó a su pareja, comprobando agradecida que las fotografías de su perfil coincidían con la persona que tenía delante. Su pelo era negro como el carbón y sus ojos verdes la miraban sonrientes. Era en verdad atractivo, pensó.

—Cristina, ¿verdad? —Ella le sonrió mostrando su sonrisa más encantadora, mientras él se levantaba para darle dos besos—. Bonito sitio, ¿ya lo conocías? —Fue Pablo el que habló para romper el hielo, era evidente que no era la primera vez que quedaba con una desconocida.

—He venido alguna vez con mi amiga Vicky, a ambas nos gusta mucho. La comida no está mal y es muy económico. —Pablo no hizo ningún amago de reconocer el nombre.

—Pues comprobémoslo. ¿Qué me recomiendas? —Cristina echó un vistazo a la carta, aunque tenía claro lo que iba a sugerir.

—Las tostas están muy buenas, los tirabuzones de pollo con cabrales y las croquetas son de lo mejor.

—Pues, si estás de acuerdo, pedimos una tosta. Mientras te esperaba me ha llamado la atención una que he visto pasar, la de solomillo con cebolla caramelizada.

—Buena elección, voy a pedir otra para mí.

—Si quieres puedes pedir otra diferente y las compartimos. —Le cayó bien al instante, era muy campechano.

—Está bien. —Entre ambos eligieron otro entrante y pidieron para beber sangría de sidra, puesto que ella comentó que la hacían muy rica.

—¿Y a qué te dedicas? —preguntó Cristina. No era muy original, pero siempre funcionaba para iniciar una conversación.

—Soy informático, trabajo en una empresa que se dedica a hacer páginas web y bases de datos a pequeñas compañías, muchas de ellas familiares. —Cristina asintió—. Empecé estudiando Medicina, pero enseguida me di cuenta de que no era para mí. Se me revolvía el estómago.

—Así que le diste un cambio radical a tus estudios.

—Pensé también en Arquitectura, pero tanto dibujo no me atraía.

—Prefieres ceros y unos —dijo Cristina, recordando lo cuadrículada que era Vicky para algunas cosas—. ¿Estudiaste en la Politécnica?

—Sí, en Boadilla del Monte.

—Mi amiga Vicky estudió ahí también.

—¿Sí? ¿Y en qué empresa trabaja?

—Ahora en ninguna. Murió.

—Oh, lo siento. ¿Un accidente? —O era buen actor o no tenía ni idea de quién era Vicky, así que asintió y cambió de tema.

—He visto en tu perfil que te gusta la pintura. —Cristina había estado soñando con su amiga todas las noches desde que encontrara el cuerpo. Siempre la misma pesadilla. Vicky muerta, tumbada en el sillón del salón de su casa, con esa expresión que le pedía ayuda. Le costó unas cuantas noches y otras tantas pesadillas, pero por fin, la noche anterior, se percató de algo que le había llamado la atención al encontrársela muerta, y que al parecer, había borrado de sus recuerdos. La posición en la que se encontraba, era idéntica a la de la maja del cuadro de Goya, *La maja desnuda*. Sabía que eso tenía que significar algo.

—Sí, mi madre me solía llevar a visitar museos cuando era pequeño. Mi preferido es el Prado. Me podía pasar horas y horas mirando algunos de sus cuadros. Me imaginaba entrando en ellos y disfrutando de lo que allí ocurría, tal

y como sucede en *Mary Poppins*.

—Mi padre me llevaba también, los domingos, a muchos de los museos de Madrid. A mí me gustaba mucho el de cera. —Sonrió al recordarlo.

A su lado, Javi aparentaba leer el periódico, mientras escuchaba atento todo lo que se contaban. Bostezó en un par de ocasiones, estaba bastante cansado y la charla de sus vecinos estaba resultando tediosa. No había nada que indicara que había conocido a Vicky, y menos aún, que la hubiera asesinado. Cuando terminó de ojear el periódico, ya se levantaban dispuestos a marcharse del local. Cristina le hizo un leve movimiento de cabeza para que saliera detrás.

En la barra, pagó lo que había consumido, mientras un par de metros más allá, Cristina y su acompañante hacían lo propio. Escuchó cómo ella le comentaba que había traído coche, por lo que él se despidió y salió del local.

—¿Qué opinas? —En cuanto Pablo Martín se fue, Cristina se acercó a Javi.

—Sois unos aburridos, casi toda la velada hablando de museos, por favor, aparentabais ser un par de eruditos.

—La verdad es que es muy majo, pero tienes razón, la conversación ha resultado un poco aburrida y monotema. Pero hay que reconocer que no es fácil entablar un diálogo con un desconocido. —Defendió a su pareja y a ella misma.

—Anda, vámonos. —Salieron afuera y se dirigieron hacia Sol, donde esperaban encontrar un taxi enseguida—. ¿Y crees que cumple el perfil de homicida?

—No, creo que no. Aunque quizás me equivoque. Este asesino es muy ordenado y cauto, muy inteligente. Estoy convencida de que lleva una doble vida, en la que nadie de su alrededor se podría ni imaginar que ese hombre al que ven o con el que tratan a diario, es en realidad un psicópata. —Se encogió de hombros. Empezaba a pensar que Javi tenía razón, de esa forma nunca encontrarían nada que ayudara en el caso.

Todavía no sabía cuán equivocada estaba.

Viernes, 10 de marzo

Daniel se levantó esa mañana temprano, como era habitual en él, con un fuerte dolor de cabeza. La noche anterior se la había pasado en casa, analizando las fotografías de los escenarios del crimen, toda la documentación del caso, interrogatorios, informes forenses, e incluso había buscado varios libros de arte que tenía en la estantería, para analizar con más detalle las pinturas que protagonizaban las víctimas. Pero no encontró nada que le diera alguna pista para el desarrollo de la investigación.

Tras tomarse un ibuprofeno, y con un café bien cargado, se dirigió al salón. En medio de la habitación tenía una pizarra similar a la que había en comisaría, donde estaban expuestas instantáneas tiradas a las víctimas cuando todavía seguían vivas, sonrientes y felices, sin saber lo que les esperaba. También, anotaciones de lo que las relacionaba, imágenes de los cuadros y de los escenarios. La página conecta.com aparecía en el centro, era el nexo de unas víctimas completamente opuestas, y sin embargo, en el fondo, tan similares. Las dos se encontraban solas y tenían dificultades para conocer gente por la que sentirse atraídas en su ambiente habitual, por ello, habían recurrido a páginas de contactos. Sin contar que ambas habían dado a luz a un bebé no deseado.

Por más vueltas que le daba, más perdido se encontraba.

El perfil del asesino poco a poco aparecía definido en su cabeza, pero todavía era demasiado amplio, tenía que encontrar más particularidades. Buscaban a un hombre de entre 30 y 40 años, de raza blanca. Lo más habitual de los homicidas sistemáticos es que asesinen a personas de su propia raza. Una persona culta, que demuestra conocimientos de medicina o anatomía, además de una siniestra atracción por la pintura. Es preciso, no es impulsivo. Algo le ocurrió en su pasado que lo traumatizó, algún incidente cambió su mundo, lo desequilibró. Odia su propia identidad. Todos esos matices estaban apuntados en un lateral de la pizarra, pero eran demasiado generales. Tenía que ahondar más.

Se fue a la ducha, tenía que despejarse, por si fuera poco el dolor de cabeza que le torturaba, no había dormido ni cuatro horas, y le esperaba un día duro.

Además, recordó la encerrona que le había preparado Verónica. Aunque tenía que reconocerle que gracias a ella había conocido a una chica que no le era indiferente, o por lo menos, eso creía, ya que había hablado muy poco con ella. Esa noche se conocerían mejor, habían quedado a cenar. Suspiró profundamente, tendría que pasarse el día a base de cafeína si quería mantenerse en pie hasta la

velada. Quizás, lo mejor sería posponerlo, no era el mejor momento para tener citas, se dijo. Intentaría contactar con ella a lo largo del día para cancelarlo, no se encontraba con fuerzas para mantener un encuentro romántico.

Salió de la ducha más despierto y relajado tras decidirse a anular la cena. Después de afeitarse, se puso el traje que había dejado preparado la noche anterior, como casi siempre, gris, con camisa blanca y una bonita corbata granate que le había regalado su exmujer, Cruz. Por lo menos, ya empezaba a pensar en ella como su ex, era un gran paso del que Verónica seguro se hubiera sentido orgullosa si hubiese escuchado sus pensamientos. Sonrió al espejo por ello, mientras se hacía el nudo. Abrió la ventana del dormitorio para ventilar la habitación y se fue a la cocina, donde aún quedaba media cafetera de la que había preparado la noche anterior. Calentó otra taza de café en el microondas, y se sentó en la mesa del comedor mientras se lo bebía despacio.

Iba a revisar las noticias en la tableta mientras se tomaba la bebida, cuando algo le llamó la atención. Miró a su alrededor, en la estantería en la que se encontraba el televisor, había colocadas varias fotografías a color en las que aparecía Cruz, sabía que en el mueble de la entrada había otra, y desperdigadas por el resto de habitaciones, otras tantas.

Se levantó, dejando la taza encima de la mesa, y fue a por una caja. Empezó a guardar las instantáneas y algunos recuerdos que pertenecían a su exmujer, que aún no se había llevado, y lo más probable, es que no pensara volver a por ellos.

—Ya era hora de que lo hiciera —lo dijo en alto, pese a que nadie podía oírle.

Media hora después, ya no quedaba nada en la casa que indicara que en ese piso vivía o había vivido alguien más que el inspector. Se sintió a gusto consigo mismo, era algo que tenía que haber hecho hacía tiempo y, que por una causa o por otra, siempre había postergado. Si hubiera sabido lo sencillo que le iba a resultar, lo hubiera hecho mucho antes, pensó, no le había resultado doloroso, como esperaba, por lo visto, por fin estaba superando la ruptura.

Dejó la caja en la entrada del piso para bajarla al trastero más adelante, pero se dio cuenta de que ese era un momento tan adecuado como cualquier otro. Se fijó en que aún llevaba la alianza en el dedo anular, la miró durante unos pocos segundos, y supo lo que tenía que hacer a continuación. Se la quitó y la introdujo en la caja, con el resto de objetos. El anillo cayó entre ellos hasta colocarse al fondo.

Cuando subió, después de dejar sus recuerdos abandonados en un rincón, dio un pequeño sorbo al café que descansaba sobre la mesa, pero evidentemente se había quedado helado. Lo volvió a colocar en el microondas para calentarlo una vez más, se acomodó de nuevo en la mesa del comedor, y esta vez, sí revisó

las noticias en su tableta.

—¡Mierda! —La primera noticia con la que se encontró, le amargó la mañana. La prensa ya había hecho sus asociaciones, seguro que el señor Santos había ayudado un poco, pensó.

Leyó el artículo, donde se aclaraba que las muertes de Victoria Alonso y Amaia Pardo estaban relacionadas. Ambas habían sido encontradas en su domicilio un domingo. Ambas habían tenido una cita con alguien que habían conocido en una famosa web de contactos, conecta.com. Ambas, entre 25 y 30 años, jóvenes y con gran parecido físico.

Daniel estaba convencido de que el señor Santos había tenido algo que ver, lo más seguro es que hubiera hablado más de la cuenta sobre su visita, puesto que su página se mencionaba en el artículo, y ese dato no era de dominio público. Era publicidad gratuita para su web. Pero sabiendo que había chicas que estaban siendo asesinadas, ¿ellas seguirían conectándose?, o ¿habría aumento de usuarios porque les producía morbo?, se preguntó. Se imaginaba que la respuesta sería la opción dos, a veces la gente se comportaba de manera ilógica, solo por poner algún aliciente en su vida.

Por lo menos, no había salido a la luz el *modus operandi* del asesino, la forma de matar a las víctimas y la manera en que las dejaba en su particular escenario del crimen. Lo único que le faltaba al inspector, es que aparecieran imitadores.

Reparó en que la noticia aparecía en un único periódico, el periodista que la firmaba era Fernando Montes. El inspector resopló, si estaba interesado en el caso, pronto saldrían demasiadas cosas a la luz, lo conocía y sabía que era bueno obteniendo información. No tenía ni idea de cómo la conseguía, pero sus fuentes eran fiables. Más de una vez se le había pasado por la cabeza que el reportero contaba con algún contacto en comisaría que le pasaba los soplos, pero no había podido demostrarlo.

—Quizás tu informador no es el señor Santos, después de todo —dijo en voz alta.

El café se le había vuelto a enfriar, pero esta vez lo tiró por la pila. Se le había puesto mal cuerpo, así que no volvió a calentarse otro.

De camino a comisaría, iba pensando en que lo primero que haría esa mañana, sería reunir a su equipo. Quería dejarles claro que contaba con ellos para que no hubiera filtraciones, no quería que cundiera el pánico ni que aparecieran imitadores. Confiaba en sus hombres, pero a veces se comentaban los casos entre compañeros o con la familia, y esto no podía suceder.

Cristina estaba arreglándose para su cita de esa noche. Mientras lo hacía, no podía dejar de pensar en la noticia que había leído en el periódico esa misma mañana. Como había supuesto, la muerte de Vicky estaba relacionada con la muerte de la mujer que se le parecía físicamente, Amaia Pardo. Así que estaba en lo cierto.

Las relacionaban por la página de contactos conecta.com, lo cual le ponía nerviosa, y a la vez, se sentía satisfecha, sus sensaciones eran contradictorias. Por un lado, estaba animada porque esa era una de las páginas en la que había estado conociendo a los pretendientes de Vicky, pero por otro lado, le daba repelús, cualquiera de las personas con las que había contactado podía ser un asesino.

Se quitó esas ideas de la cabeza, al fin y al cabo, por eso estaba haciendo lo que estaba haciendo.

Esa noche tenía una nueva cita y no podía sentirse vulnerable, tenía que mostrar confianza en sí misma.

Esta vez había quedado en un restaurante cerca de su casa, un italiano situado en la plaza de Colón al que había ido en un par de ocasiones. Aun viviendo en el centro de Madrid, solía alejarse de las zonas cercanas a su hogar cuando quedaba para salir, lo hacía sobre todo para no encontrarse con sus vecinos.

Salió de su casa enfundada en su abrigo, la bufanda y la boina francesa que le había regalado Vicky las pasadas navidades. Dando un paseo, se dirigió al restaurante.

Como en la anterior ocasión, había llegado un poco antes, pero como esa noche se había decantado por unos zapatos de salón con un tacón demasiado alto como para dedicarse a dar vueltas por la calle —con el recorrido desde su casa ya había tenido suficiente—, se acomodó en la barra del restaurante y pidió un vino tinto mientras esperaba a su acompañante.

En cuanto el camarero le rellenó la copa con un Ribera del Duero, le llegó un mensaje de Javi. «Si notas algo raro ponte a gritar. Estás en un sitio público». Cristina le rio la gracia.

Inicialmente había quedado con un posible sospechoso, pero él lo había cancelado porque tenía que hacer algunos recados, no le había dado más explicaciones. Sin embargo, había conocido a alguien que no tenía ninguna relación con el caso, llevaba unos días hablando de forma esporádica con él por la web, y le había resultado un hombre encantador. Por lo que después de una agradable velada chateando, habían quedado. Era su primera cita real con un hombre al que había conocido por internet, y estaba nerviosa. Los otros encuentros habían sido diferentes, más que nerviosa se había sentido angustiada,

e incluso había experimentado temor por si conocía al asesino de su amiga. Pero esta vez, estaba aterrada por a quien pudiera conocer, quizás a alguien del que se pudiera enamorar, y eso le causaba todavía más pánico.

De repente le sonó el teléfono, sacándola de sus cavilaciones. El nombre que aparecía en la pantalla era el de su cita. Fue a cogerlo pensando en que le iba a dar una excusa por no haberse presentado, pero no le dio tiempo, antes, dejó de sonar. Fue en ese momento, cuando escuchó que alguien la llamaba a su espalda, cuando se giró, no podía creerse quién era su acompañante de esa noche. Se quedó unos segundos mirándole a la cara hasta que fue capaz de reaccionar.

—¿!Inspector Suárez!?! —Cristina se fijó que él se mostraba tan sorprendido como ella.

—Llámame Daniel. —Le dijo sonriendo, tras su desconcierto inicial. Después de todo, se alegraba de no haber tenido tiempo para cancelar la cita, había sido un día de locos en la comisaría, cosa en la que en esos momentos no quería pensar, prefería concentrarse en la persona que tenía delante, que por cierto, le tenía bastante intrigado—. Desde luego estás muy cambiada, en la foto de tu perfil eres rubia con ojos azules. —Al inspector no le había pasado inadvertido lo que haría Cristina en esas webs de contactos.

—Señorita del Saz, su mesa está lista. —El camarero apareció en medio de su estado de confusión. No estaba segura de si era una buena idea cenar con el inspector que estaba llevando el caso de asesinato de su amiga. Aun así, se levantó y lo siguió, puesto que Daniel le hizo un ademán con gesto burlón para que se pusiera en marcha, parecía divertirse con la situación. En el camino, Cristina respiró hondo para tranquilizarse, pasó de un estado de desconcierto, a un estado de grata sorpresa. Se acomodaron los dos en la mesa reservada y el camarero desapareció dejándolos solos con las cartas.

—Tú foto tampoco se ajusta a la realidad.

—La verdad es que el perfil me lo ha creado esta semana Verónica. —Por la cara de Cristina, Daniel se había dado cuenta de que no sabía de quién estaba hablando—. La subinspectora de la Vega, mi compañera. —Ella asintió, mientras asimilaba todo lo que le estaba contando—. Quiere que me relacione con el sexo opuesto. —Volvió a sonreír.

Cristina no pudo evitar fijarse en su sonrisa, era sincera, además, le salían dos hoyuelos en las mejillas que le resultaron de lo más seductor. Ese día no llevaba el habitual traje con el que le había visto en las anteriores ocasiones, vestía unos vaqueros y un jersey de cuello vuelto que evidenciaban su musculado cuerpo. Era muy atractivo, pensó.

—¿Me estás diciendo que con quién he estado hablando estos días ha sido con tu compañera?

—No, claro que no. Pero la primera frase si fue suya, ella fue la que se puso en contacto contigo. —Cristina se sintió decepcionada, no había sido él el que se había fijado en ella—. Tengo curiosidad, ¿se puede saber por qué has subido una foto retocada, y que por cierto, tiene gran semejanza al físico de tu amiga, la señorita Alonso? —Cristina decidió que lo mejor era no mentir, era obvio que había sido pillada in fraganti.

—Como te estarás imaginando, estoy quedando con hombres que se habían relacionado con Vicky. Me he dado de alta en varias webs esta semana, y estoy chateando con tipos que la conocían.

—Asumo que entiendes que eso es muy peligroso y que estás cometiendo una locura. —Daniel le habló como si de una niña pequeña se tratara, sabía que así la gente hacía más caso que levantándoles el tono de voz.

—Lo sé, pero siempre viene conmigo un amigo, se sienta en la mesa de al lado, y luego me voy con él. —Daniel miró a su alrededor—. No, hoy no ha venido. No me consta que tu usuario se relacionara con Vicky. —Daniel levantó las cejas con curiosidad, se preguntó entonces, por qué habría chateado con él.

—Aun así, es muy peligroso lo que estáis haciendo, ¿por qué no dejáis trabajar a los profesionales?

—Porque no avanzáis. —Cristina se dio cuenta de lo brusca que había sido.

—*Touché.*

—Perdona, no quería decir eso. Seguro que estáis haciendo todo lo que podéis.

El camarero apareció para preguntar por la bebida.— ¿Una botella de Lambrusco? —preguntó Daniel. Con ese vino siempre se acertaba en un italiano. Ella lo confirmó con un leve movimiento de cabeza—. ¿Y habéis encontrado al asesino? —Daniel volvió a la carga en cuanto se hubo marchado el camarero. El tono jocoso no le pasó inadvertido a Cristina.

—Creo que no, he quedado con dos personas que tuvieron relación con Vicky, Arturo Cifuentes y Pablo Martín, pero no he sacado nada en claro. —Se encogió de hombros.

Daniel recordó que Arturo Cifuentes, era el médico que no tenía coartada. Sin embargo, Pablo Martín no le sonaba de nada. Grabó mentalmente ese nombre en la cabeza, quizás también se había relacionado con la segunda víctima.

Se preguntó si la mujer que tenía delante no tenía dos dedos de frente o demostraba un gran valor, lo más seguro es que fuera un poco de ambos, se dijo. Pensó, complacido, que le gustaría averiguarlo. Cuando la conoció, le había resultado atractiva, pero ahora que iba arreglada, con un suave maquillaje y un vestido negro que se le ajustaba donde debía, tenía que reconocer que le

resultaba una mujer muy seductora, y lo mejor, es que ella no se daba cuenta de la reacción que causaba en los hombres.

—¿Y si dais con él, qué pensáis hacer? Gritar cuando os esté matando. —Daniel se dio cuenta de lo brutal que había sido, la cara de ella así lo revelaba. Pensó que sería mejor cambiar de tema—. Yo no tenía ninguna relación con tu amiga, ¿por qué mantuviste un chat conmigo?

—Me gustó cómo me entraste. —Nada más decir la frase cayó en la cuenta de que quién había contactado con ella, en realidad, había sido la subinspectora—. Bueno, cómo me entró tu...

—¿Y qué fue lo que te dijo para que te llamara tanto la atención?

—Sé que te va a parecer una tontería, simplemente dijo «¿Qué tal te va el día?» —Sí, desde luego no era lo que se esperaba Daniel.

—Y ¿por qué te llamó la atención? Es una frase de lo más normal.

—Por eso mismo. La gente intenta ser original y empiezan conversaciones con saludos muy enrevesados, sin embargo, tú, digo, tu compañera, me pareció real y manifestaba cierto interés por mí. —Daniel comprendió la importancia de una sencilla frase, estaba seguro de que Verónica pensó lo mismo cuando la escribió—. ¿Cuánto estuve hablando con ella?

—Eso fue lo único que dijo, y resulta que fue suficiente.

—¿El resto de conversación la mantuve contigo?

—Sí. Me llamaste la atención, eras alegre y auténtica, me hiciste reír, y te aseguro que esta semana necesitaba reír.

—Me imagino —lo dijo algo extrañada, porque no creía que fuera capaz de hacer reír a nadie en el estado depre en el que se encontraba.

—Estaba muy sorprendido, era la primera vez que chateaba con alguien y ha sido una experiencia positiva.

El camarero volvió a aparecer, trayendo consigo la botella de vino que habían pedido, les rellenó las copas y pasó a tomarles nota. Como ninguno había hecho caso a la carta, ambos improvisaron y pidieron lo primero que vieron en el menú.

—Sé que no querrás hablar del caso, pero necesito saber si habéis descubierto algo. —Daniel ni quería ni podía hablar del caso con ella, había salido con la idea de desconectar, pero comprendía su angustia.

—No, aún no tenemos gran cosa.

—He visto que los periódicos han confirmado que el asesinato de Vicky y el de la señorita Pardo han sido efectuados por la misma persona.

—¿Han confirmado?

—Bueno, yo me lo imaginé el lunes, al ver las fotos de la segunda víctima en el periódico. Era evidente que tenían un gran parecido físico, y ambas fueron

encontradas en su casa, así que asocié sus asesinatos. Porque, solo hay dos víctimas, ¿verdad? —Cristina pensó que podía haber más, pero Daniel no dijo nada.

—No puedo contarte nada del caso. —Como les había dicho esa mañana a sus hombres, nadie podía ser informado de la investigación que estaban llevando a cabo—. Recuerdo que me dijiste que eras psicóloga y que habías hecho un Máster en...

—Análisis e Investigación Criminal.

—Eso es. Me llamó la atención. ¿Sabes realizar perfiles psicológicos de homicidas?

—Me especialicé en ello, cuando todavía no se me había pasado por la cabeza dedicarme a la enseñanza.

—¿Y qué pasó?

—¿Para que cambiara de opinión? —Cristina resopló—. Creo que no tengo cuerpo para ver lo que tú ves a diario. —A Daniel le hizo gracia su sinceridad.

—¿Y has pensado en el perfil del asesino?

—Por supuesto. ¿Quieres oírlo?

—Claro. —El camarero llegó con los platos de pasta que habían pedido, los colocó delante de ellos con cuidado y se fue dejándoles de nuevo intimidad.

—De acuerdo. Creo que está en la treintena o cuarentena. Es una persona con un gran dominio de sí mismo, cauto, preciso y para nada impulsivo. —Por ahora Daniel estaba en todo de acuerdo—. Lo dejó de manifiesto en la limpieza del escenario del crimen, y en la preparación del mismo. ¿Qué asesino monta una puesta en escena como la suya? ¡*La maja desnuda!* —Cristina miró a los ojos al inspector, quería estar segura de no haberse confundido, pero en sus ojos vio primero sorpresa y después confirmación.

—En el estado de *shock* en el que te encontrabas, ¿cómo pudiste ver que estaba representada *La maja desnuda*?

—Siendo sincera, en ese momento no me fijé, pero he visto la misma imagen todos los días desde que ocurrió. En mis pesadillas.

—Continúa con el perfil. —Daniel lo dijo para que ella volviera relajarse, y lo consiguió.

—No es criminal de nacimiento, sufrió abusos constantes, y ese es el motivo por el que se ha convertido en un homicida. Es difícil encontrarle algún punto débil, puesto que todo lo que hace está planificado de forma minuciosa. Si algo le rompe su esquema, todo se desmorona, no le gusta improvisar, porque no sabe improvisar. Tiene éxito en el trabajo, es muy organizado y tiene un objetivo claro.

—¿Qué crees que nos quiere decir con la parafernalia que monta alrededor

de la víctima? —La cara de Cristina reflejó el dolor que sentía al volver a recordar a su amiga desnuda y muerta—. Creo que es mejor que lo dejemos —observó Daniel.

—Estoy bien. —Cristina continuó detallando el perfil que había creado—. Los psicópatas suelen dejar notas o pistas intencionadamente, suelen ser desafíos para la policía, se sienten superiores, creen que no les van a atrapar. Sin embargo, hay que tener en cuenta que en ocasiones son distracciones, pero no creo que este sea el caso. ¿La otra víctima también tenía una puesta en escena de un cuadro?

—No puedo darte esa información —repitió Daniel. Cristina le sonrió, estaba claro que el inspector no era tonto, no iba a caer en sus trampas.

—De acuerdo, voy a suponer que hay otra víctima y que el modo de proceder es el mismo. Como te decía, creo que no es una distracción, creo que quiere decirnos algo con esas puestas en escena.

—¿Qué?

—No lo sé, inspector, eso tendréis que averiguarlo vosotros. Quizás, simplemente se quiera dar a conocer, o quiere establecer un vínculo con su víctima. —Se encogió de hombros—. Estos psicópatas suelen llevarse recuerdos de la escena del crimen, los coleccionan como trofeos. Ataca a mujeres que viven solas, mujeres que están solas. Las mujeres son las víctimas favoritas de los asesinos en serie, por su vulnerabilidad física o porque son objeto de sus fantasías sexuales.

—¿Crees que volverá a matar?

—Espero que no. Pero siendo realista, creo que le ha gustado.

—Impresionante. —Daniel se había quedado boquiabierto, no lo había hecho nada mal para dedicarse a la enseñanza—. Estoy impresionado. Deberías replantearte tu profesión, en el cuerpo necesitamos gente con tus capacidades. —Ella negó con la cabeza, sabía que no sería capaz de afrontar un día a día con ese trabajo.

—Creía que estabas casado. —Cristina rompió el silencio que se había formado. Por la cara que puso Daniel, la pregunta no le había agradado demasiado—. Perdona, no quería meterme donde no me llaman, es que me había fijado en que llevabas alianza.

—Nos hemos divorciado hace poco, aunque llevábamos ya bastante tiempo separados. Me está costando superarlo. —Cristina se quedó callada, no sabía qué decir, y Daniel no supo por qué, pero se sintió a gusto contándoselo, sentía la necesidad de desahogarse con ella—. Me engañó con mi mejor amigo. Un clásico. —Su gesto mostró lo que le había afectado, aunque se recompuso casi de inmediato—. Se fue de casa a vivir con él, y hace unos meses nos

divorciamos. No sé, pero pensé que se arrepentiría de su decisión y volvería. Me ha costado algún tiempo darme cuenta de que no iba a ser así.

Cristina sintió su dolor, le cogió la mano y le dio un apretón para reconfortarle. Al fijarse en el gesto tan íntimo, se sintió incómoda, por lo que retiró su mano con premura. A él le divirtió su comportamiento contradictorio, sin embargo su semblante no lo mostró.

—Pero bueno, es ley de vida, seguro que tú también has tenido alguna ruptura dolorosa. —El cambio de ánimo del inspector fue palpable.

—Bueno, la verdad es que no. —Daniel la miró con gesto perplejo—. Me refiero a que he tenido relaciones, claro, pero nunca he tenido una relación realmente seria con nadie. No he convivido nunca con mis parejas, y por ende, en la vida me he planteado casarme con ninguno de ellos. Al principio, estaba obsesionada con los estudios, quería graduarme con nota. Ahora, el trabajo absorbe todo mi tiempo, es decir, doy clases, las preparo, y en época de exámenes tengo picos altos de trabajo, pero cuando no estoy en la Universidad, me dedico a la investigación, de vez en cuando publico artículos en revistas especializadas. De hecho, estoy pensando en juntarlos todos y escribir un libro.

—¿Un libro? —La idea a Daniel le resultó fascinante.

—Bueno, el proyecto me lo planteó Javi. El amigo que me acompaña cuando quedo con los sospechosos —aclaró, mientras hacía el gesto de entrecomillar la palabra sospechosos—. Él, como yo, es psicólogo, nos conocimos en la Facultad y ambos damos clases en la misma Universidad. Un día, me propuso que juntara mis artículos y escribiera un libro de autoayuda, me dijo que ese tipo de libros se vendían muy bien. El caso es, que aunque su comentario fue en broma, le estuve dando vueltas al asunto y me acabé convenciendo. Así que he estado trabajando en ello... hasta que ocurrió lo de Vicky. —Su tono de voz fue disminuyendo, de la emoción por la labor en la que se había embarcado, al dolor por lo que le ocurrió a su amiga.

—¿Autoayuda? —En cuanto se mencionaba a la señorita Alonso, Cristina se desmoralizaba, por lo que Daniel intentó mantener el ánimo en la conversación desviando el tema.

—Si te soy franca, mis artículos versan sobre investigaciones de distintos trastornos, últimamente estaba muy centrada en el Síndrome de Tourette. Pero al haber participado en varios talleres de autoayuda, me había planteado dos ideas, la primera, las emociones no deciden por nosotros, y la segunda, cómo potenciar la autoestima. Estaba analizando ambas opciones, aún no me he decantado por ninguna.

—¿Síndrome de qué?

—De Tourette. Es un trastorno neuropsiquiátrico heredado. Se caracteriza

por múltiples tics físicos y vocales. Seguro que si te digo esto, te suena, a veces se asocia a la exclamación de palabras obscenas o comentarios inapropiados y despectivos. Muy a menudo no se diagnostica de forma correcta, puesto que a veces al ser tan leve cuesta reconocerlo. —Cristina miró al inspector—. Te estoy aburriendo, ¿verdad?

—No, para nada, es muy interesante. Además, es un alivio tratar con otra persona adulta y no hablar de temas policiales.

—Claro, es mucho más interesante escuchar una clase de psicología —dijo bromeando.

—¿Desean tomar algo de postre?— El camarero apareció para recoger los platos que ya llevaban un rato vacíos. Daniel la miró y ella negó con la cabeza.

—¿Café? —le preguntó Daniel.

—Tampoco. Estos últimos días estoy durmiendo muy mal, así que prefiero no tomar cafeína.

—Entonces nada más. La cuenta. —El camarero se dio la vuelta y se marchó—. Voy a hacer como tú, yo estoy tomando también demasiada cafeína para mantenerme despierto, creo que es mejor que me dé una tregua.

Cuando llegó la cuenta, Daniel no le permitió pagar, por lo que acordaron que la próxima vez invitaba ella, lo que les dejó a ambos una excusa para una futura cita.

Al salir del restaurante, el viento frío que soplaba en la calle les dio una bofetada en la cara. Cristina se encogió dentro de su abrigo.

—¡Estás helada! Tengo el coche en el aparcamiento de Colón, si quieres, te acerco. —Cristina asintió, se había destemplado con el cambio tan brusco de temperatura. Daniel la cogió por los hombros y la acercó hacia sí, para que entrara en calor—. ¿Mejor? —Ella lo confirmó con un leve movimiento de cabeza. Ya no se acordaba del frío, se sentía embriagada por el olor tan varonil que desprendía el inspector.

Enseguida accedieron al *parking*, por lo que ella se separó con disimulo de él, algo incómoda por la situación. Sentía una fuerte atracción hacia el inspector, y sabía que en ese momento no era lo más adecuado, era la persona encargada de la investigación del asesinato de su amiga.

Cuando llegaron al coche, Cristina se fijó en el bonito todoterreno de Daniel. Su interior estaba muy limpio, ella se había imaginado que tendría restos de comida basura a causa de las vigilancias. Se rio de sí misma por el absurdo pensamiento, estaba claro que había visto muchas películas.

—Es muy chulo. —Fue lo único que se le ocurrió decir.

—Lo compré hace poco. Cuando puedo me gusta desaparecer los fines de semana, desconectar y hacer rutas por la montaña. Así que este coche es una

buena opción para moverme con comodidad.

—Madre mía, hace años que no voy a hacer senderismo. —Cristina recordó cuando iban Vicky, Javi y ella de excursión al campo, con sus respectivas parejas de turno o solos. Lo pasaban fenomenal, pero ya hacía mucho que no hacían una escapada de ese estilo.

—Tal vez, cuando terminemos con la investigación, podamos hacer una salida. —A Daniel le salió muy natural, hacía mucho tiempo que no se sentía tan cómodo con otra mujer, a excepción de su compañera, Verónica. Pero por la subinspectora no sentía ninguna atracción, al contrario que por la persona que en ese momento iba a su lado, mirando por la ventanilla—. Bueno, pues ya hemos llegado. —Daniel estacionó el coche en doble fila, delante del portal de Cristina.

—Muchas gracias por traerme —dijo Cristina mientras se quitaba el cinturón de seguridad—. Me lo he pasado muy bien esta noche. He logrado desconectar durante un rato.

—Yo también. —El inspector la miró a los ojos—. Cris, por favor, no sigas quedando con extraños, déjanos hacer nuestro trabajo. —Daniel se dio cuenta de que esa guerra la tenía perdida, su mirada lo decía todo.

Al despedirse, ninguno de los dos pudo contenerse, sus labios se juntaron y poco a poco sus lenguas empezaron a jugar en el interior de sus bocas. El inspector fue el primero en apartarse.

—Perdona. —Cristina estaba desconcertada—. Esto no puede suceder ahora. Eres una testigo en el homicidio que estoy investigando. No es ético que confraternice contigo de esta forma. —Daniel intentó mostrarse profesional para enfriar el ambiente.

—Lo entiendo. —Ella se acercó a él, sonriendo, y le dio un dulce beso en los labios. Sin decir nada más, salió del coche. Antes de cerrar la puerta, se asomó—. Buenas noches, inspector.

Daniel observó cómo se perdía en el interior de su portal.

25 años antes

El niño miraba cada pocos segundos el reloj situado encima de la vieja pizarra verde, esperando con impaciencia que las clases del día dieran a su fin. Estaba emocionado, solo podía pensar en lo que le esperaba a la salida. Era jueves, y como todos los jueves, iría con su madre al museo del Prado, era el momento que esperaba ansioso durante toda la semana. Cuando, por fin, el reloj marcó las cinco en punto, todos los niños de la clase recogieron con avidez el material que tenían encima de sus pupitres y en las cajoneras, guardándolo en sus pesadas carteras. Uno detrás de otro, salieron a toda velocidad del aula mientras se despedían del profesor que los contemplaba con aire ausente.

Cuando Felipe atravesó la puerta principal del colegio, intentó distinguir a su madre entre toda la marabunta de niños que salían y madres que los esperaban. La suya, como de costumbre, estaba situada al otro lado de la calle, apoyada en un árbol, con su melena rubia recogida en una larga cola de caballo y con una dulce sonrisa, que le hacía sentirse el niño más feliz del mundo. Se lanzó a sus brazos, dándole un sonoro beso en la mejilla. Una vez hecho esto, se percató de que sus compañeros podían estar cerca observándolo y se apartó dejándose caer al suelo, pero no antes de que su madre le devolviera el beso.

La mujer agarró a su hijo de la mano y comenzaron a caminar en dirección al museo, situado a pocas calles del colegio. Cuando tomaron el paseo del Prado, Felipe no pudo dejar de imaginar cómo debía de haber sido ese lugar siglos atrás, cuando servía para recreo y esparcimiento de los madrileños, abarrotado de carruajes transitando por sus jardines los días soleados, tal y como le había contado su madre en multitud de ocasiones.

—¿Qué tal el colegio? —El niño mostró una gran sonrisa, había sido un buen día, a pesar de haber estado algo disperso.

—Hoy don Teo me ha sacado a la pizarra, me ha puesto un ejercicio de matemáticas muy difícil y lo he resuelto. Me ha dicho —habló con una voz más grave, intentando imitar a su profesor—: «Felipe, muy buen trabajo, así se hace». —Rio muy contento por su logro.

—Me alegro mucho. Y en el recreo, ¿qué tal lo has pasado?, ¿has jugado con muchos niños? —preguntó preocupada. A su hijo le costaba socializarse con el resto de estudiantes.

—He estado jugando con Mati al fútbol, el resto no han querido jugar con nosotros porque dicen que somos unos empollones y que prefieren jugar con las

niñas antes que con nosotros. —Su tono de voz sonaba algo triste—. Pero nos ha dado igual, nos hemos puesto a jugar solos y lo hemos pasado muy bien, ha sido muy divertido, nos hemos reído un montón. Mati no paraba ningún balón de los que le lanzaba —dijo orgulloso. Continuaban andando con paso lento, pero sin pausa, cuando llegaron a la impresionante estatua de Velázquez, donde se encuentra la entrada principal al museo—. Mamá, ¿vamos a ir a ver Las Meninas? —Su madre le sonrió, sabía que ese cuadro le llamaba la atención. Suponía que era por las basquiñas que vestían, esas faldas tan anchas le hacían gracia. Además, siempre comentaba lo dulce que parecía la infanta Margarita, aunque también recordaba las pesadillas que había padecido cuando era más pequeño con Mari Bárbola, la enana acondroplásica que aparece en el lienzo, y que formaba parte del séquito de la infanta.

—Si nos da tiempo, nos acercamos, pero hoy había pensado en ver la zona de Goya. —El niño asintió encantado. Sus cuadros no le gustaban, sin embargo, sabía que había uno con una mujer desnuda. Al día siguiente, se lo contaría a Mati con todo detalle.

Almudena llevaba todas las semanas a su hijo a ver las exposiciones que se exhibían en el museo del Prado, a él le encantaba y ella disfrutaba contándole lo que sabía sobre su gran pasión, la pintura. Había sido profesora de Arte durante algunos años en la Universidad, pero al casarse, aquello se había acabado. Su marido prefería que se quedara en casa cuidándolos, decía que él era capaz de mantener a su familia, que ninguna mujer suya iba a trabajar, así que tuvo que dejar de dar clase. En aquel momento estaba muy enamorada y quería que su matrimonio funcionase, su madre también le había aconsejado que le hiciera caso, era una mujer chapada a la antigua, que no concebía la palabra divorcio en su vocabulario. Ahora, se arrepentía. Había intentado volver a la Facultad de Bellas Artes, a sus espaldas, pero no disponían de plazas libres, aun así, seguía intentando encontrar un puesto en alguna escuela o colegio. En cuanto consiguiera trabajo, abandonaría a su marido, se llevaría a Felipe con ella y crearían una nueva vida.

—Recuerdas que te he hablado de Goya, ¿verdad? —El niño asintió intentando recordar qué era lo que le había contado. La madre sonrió al ver la duda reflejada en sus ojos—. Goya fue un pintor español que vivió hace doscientos años. Su obra evoluciona con cambios de color.

—¿Evoluciona?

—Sí, cambia a lo largo del tiempo.

—¿Por el color, mamá? —Estaban recorriendo los pasillos y atravesando las diferentes salas del museo, sin detenerse en los lienzos que se encontraban en el camino, puesto que su objetivo eran las salas dedicadas al pintor maño.

—Goya tuvo una grave enfermedad que le dejó sordo, lo que le llevó a apartarse de la gente, quería estar solo. —El niño escuchaba concentrado, aunque no comprendía por qué no quería estar con la gente, a él le gustaría tener muchos amigos—. Además, en aquel tiempo hubo una guerra.

—¿Una guerra? ¿Los alemanes? —A la madre le salió una agradable carcajada de la boca. Hacía un par de días habían pasado en la televisión una película basada en la segunda guerra mundial, y por lo visto, aún la tenía en la cabeza.

—No, hijo, esta vez los franceses. Intentaron invadir España.

—¿Invadir, mamá?

—Querían quedarse con nuestras tierras.

—Aaaahhh, ¿y por eso Goya cambia de color?

—Bueno, al sentirse triste y solo, empieza a pintar obras oscuras y tristes.

—Mamá, yo no quiero ver obras tristes.

—Vamos a ver sus primeras pinturas que no son tan tristes. Sabes, a ti que te gusta tanto Velázquez, deberías saber que Goya se inspiró en sus cuadros.

—¿Y pintó unas meninas?

—Pintó a mucha gente de la corte. Cuando vino a vivir a Madrid, empezó a trabajar en una empresa de tapices, dibujó cartones con escenas de la vida cotidiana, que luego en la fábrica, convertían en tapices. Mira.

Habían llegado a una sala que contenía unas pinturas de colores muy vivos. Su madre lo llevó a ver algunos de esos lienzos, comenzando por *El quitasol*, que según le explicó, mostraba a un joven con una sombrilla que le quitaba el sol a una hermosa mujer. *El cacharrero*, en el que un hombre mostraba vajilla a varias mujeres, y detrás aparecía un coche de caballos con una dama en su interior. *La gallina ciega*, donde varios muchachos y muchachas disfrutaban del popular juego. Felipe, por un momento, se imaginó dentro del cuadro, participando en la diversión. Continuaron con *La boda*, en el que aparecían unos novios rodeados de gente, el novio mucho mayor que la joven. Según le contó su madre, representaban un matrimonio desigual, en el que se habían casado por interés. Aunque no entendió lo que eso significaba, él asintió como si lo hubiera comprendido.

—Mamá, ¿estos cuadros son de Goya? Son muy bonitos, tienen mucho color. No como esos cuadros oscuros que me enseñaste la otra vez. —Su madre le removi6 el pelo con cariño, y continu6 mostrándole algunos cartones más del pintor, mientras le detallaba lo que aparecía en ellos. Felipe no entendía todo lo que le decía su madre, aun así, no dejaba de prestar atención a sus palabras.

En *El pelele*, pudo ver cómo cuatro jóvenes vestidas de majas manteaban a un muñeco o a un joven, no estaba seguro. A él le recordaba a un payaso como

los que había visto en el circo las anteriores navidades, cuando su madre lo llevó a escondidas de su padre. La siguiente obra que se quedaron contemplando fue *El baile a orillas del Manzanares*, donde dos majos y dos majas bailaban rodeados de varios músicos, un militar y otra maja. *La vendimia*, donde un caballero le ofrecía uvas a una dama, mientras un niño intentaba también hacerse con el racimo, y entre ellos, una vendimiadora con un gran cesto lleno de uvas en la cabeza, de fondo, algunos vendimiadores recogiendo la cosecha. Y por último, su madre lo llevó a ver *La cometa*, donde varios jóvenes observaban el vuelo de una cometa, juego muy popular de la época, tal y como le aclaró su madre.

—Cariño, ¿te gustan?

—Sí, mamá.

Su madre le explicó la evolución del color en esos lienzos, cómo al principio utilizaba una gama reducida de colores donde marcaba mucho las siluetas, diferenciándose de los últimos cartones, donde el colorido era más abundante, la luz y el paisaje cobraban mayor importancia, agudizando el sentido narrativo y realista.

El niño no acababa de comprender lo que su madre le contaba, pero le encantaba escucharla, reteniendo todo en su cabeza. Quizás, en ese momento no lo entendiera, pero dentro de unos años, en un futuro, le agradecería toda esa información que había quedado registrada en su memoria como los mejores momentos de su breve infancia.

—Venga cariño, vámonos. Otro día vemos más pinturas de Goya.

—Mami, anda, vamos a ver *Las Meninas*. —Su madre miró el reloj, se empezaba a hacer tarde, pero si se daban prisa, aún llegarían a tiempo.

Ambos anduvieron a paso rápido por los pasillos del Prado, dados de la mano, de forma que Felipe no se despistara en ningún momento, cosa que hacía de forma habitual, hasta que llegaron a la sala donde se encontraba el impresionante cuadro de Velázquez.

—La infanta Margarita en este cuadro tenía unos cinco años de edad. Fue uno de los personajes más retratados de la familia real, ¿sabes por qué? —El niño negó con la cabeza—. Siendo todavía muy joven, la prometieron en matrimonio con su tío materno, así que los retratos del pintor servían para que el prometido, Leopoldo I, conociera el aspecto de su futura esposa. —Felipe contempló a la joven infanta, apenado por su futuro pactado—. Anda, vámonos, que se nos está haciendo tarde.

—Mamá, quiero ir al baño.

—Claro, cariño, vamos.

Después de salir del museo, se dirigieron al autobús para llegar cuanto antes

a casa. La mayoría de las veces, volvían andando, pero esta vez el tiempo se les había echado encima. Almudena no dejaba de mirar el reloj, preocupada por la hora. En la parada, estuvieron esperando bastante tiempo la llegada del bus, la gente se empezaba a amontonar a su alrededor, mientras el niño corría haciendo círculos en torno a su madre, ajeno a la angustia que sentía ella.

Cuando llegaron a casa, al introducir la llave en la cerradura, alguien al otro lado les abrió la puerta. Debía de llevar algún tiempo esperándolos, se dijo Almudena. Su marido había estado bebiendo y la miraba con los ojos inyectados en sangre, sus ropas estaban arrugadas, la camisa por fuera del pantalón, y una peste a vino que se podía oler a una distancia considerable.

—Hombre, la señora llega por fin. —La cogió por el codo y la arrastró al salón. Felipe iba detrás de ellos, con la cabeza gacha, temblando de miedo.

—Felipe, sube a tu habitación. —Le dijo su madre en un susurro con voz temblorosa. El niño se la quedó mirando, sabía lo que vendría a continuación—. Por favor, Felipe, haz caso a tu madre. Sabes que te quiero con locura, ¿verdad? —El niño asintió, sin apartar la mirada de sus ojos.

—Eso, vete a tu habitación. Luego hablaré contigo. —Le dijo su padre con un potente tono de voz que lo dejó petrificado durante unos segundos, cuando pudo reaccionar, se fue corriendo a su dormitorio, donde se arrastró debajo de la cama, cerró los ojos muy fuerte y se tapó los oídos con ambas manos, sabiendo lo que se avecinaba—. Y tú, zorra, ¿me vas a decir dónde has estado? —Ella lo observaba sin abrir la boca, sabía que daba igual lo que dijera, aun así, intentaba demostrar el poco orgullo que le quedaba con ese pequeño acto de rebeldía. El hombre le propinó un guantazo que hizo que perdiera el equilibrio y cayera al suelo. Se tocó el labio y notó la sangre caliente en sus dedos—. He llegado a casa y la cena no estaba preparada, porque tú estabas a saber dónde y con quién. —Mientras hablaba se aproximaba a ella quitándose el cinturón de los pantalones—. Es que pido tanto, solo quiero mi cena cuando llego cansado de estar todo el día trabajando, para poder compraros todas esas cosas bonitas que queréis. —El hombre levantó el brazo para darle el primer golpe con el cinturón, ella intentó protegerse con la mano, pero no fue suficiente. Cuando se preparaba para un segundo latigazo, ella levantó la pierna en un intento de darle una patada, lo que le hizo dar un salto hacia atrás, trastabillando, sin llegar a caer—. Así que encima me vienes con estas. Te vas a enterar, zorra estúpida. —Continuó golpeándola con el cinturón, un golpe tras otro, hasta que la mujer dejó de gritar, ya no sentía nada. Apenas podía abrir uno de sus ojos de lo ensangrentado e hinchado que lo notaba, estaba segura de que esta vez le había roto alguna costilla, le costaba respirar.

Felipe se dio cuenta de que todo había terminado, la casa se había quedado

en silencio. Esperó un rato más para asegurarse, y salió de su escondite. Despacio, sin hacer ruido, se acercó al salón, donde se encontró a su padre tirado en el sofá, roncando. Su madre se encontraba en un rincón, encogida, tiritando, llena de sangre. Cuando la vio, se acercó corriendo a ella, iba a abrazarla, pero se detuvo, tenía miedo de hacerle daño.

—Mamá, mamá. —Se tiró a su lado y se puso a llorar.

—Cariño, tráele a mamá el teléfono —dijo en un murmullo. El niño obedientemente hizo lo que su madre le decía. Ella, con dedos temblorosos, marcó el número de urgencias y le pidió a su hijo que les diera la dirección de casa.

Sábado, 11 de marzo

Daniel estaba en el bar de la esquina. A esas horas, la cafetería rebosaba de policías tomándose el desayuno completo que Antonio, el dueño, ofrecía a diario. Los estaba evitando, concentrado en su café y en su teléfono, intentaba escaquearse de su compañía. Todos ellos estaban muy interesados en el caso que tenían entre manos, estaba despertando el interés del resto de departamentos, y todos querían ser los primeros en llevar noticias a sus compañeros, por lo que si no se acercaban, no preguntarían. Era una forma muy sencilla de eludir el cotilleo. Sin preguntas, no hacen falta respuestas.

Al entrar, había visto en una mesa, al fondo, al inspector Candelas con su pareja, y se había dirigido allí para sentarse con ellos. Conocía a Alberto, era un chaval muy majo con el que se podía hablar de casi cualquier cosa, pero le había dado la impresión de que tenían una conversación algo acalorada. No era un buen momento para relacionarse socialmente, por lo que había reulado y se había sentado al final de la barra, en la otra punta del local.

Esa mañana, al levantarse, había comprobado que no tenía nada en la nevera que llevarse a la boca, hacía días que no pasaba por el supermercado. El día anterior había llegado con muy poco tiempo a casa, el justo para darse una ducha y cambiarse para la cita con Cristina —sonrió al recordarla—. Así que no había tenido más remedio que acercarse al bar de Antonio a tomar la primera comida del día. No podía comenzar la jornada con uno de esos horribles cafés de la máquina que había en comisaría.

Estaba disfrutando de un delicioso espresso y una tostada con mermelada, en silencio, tranquilo, cuando notó que alguien se sentaba a su lado. Levantó la mirada, y vio reflejado en el espejo al hombre que se había acomodado a su izquierda. No le sorprendió, sabía que en cualquier momento se dejaría ver, lo estaba esperando.

—Montes, ¡cuánto tiempo! —Situado en la banqueta contigua, estaba el periodista que había dado la noticia, el día anterior, sobre las dos chicas asesinadas.

—Supongo que me esperabas. —Daniel sonrió con una media sonrisa.

—En efecto.

—Pues, entonces, ya sabes qué quiero.

—Y tú sabes, que no te puedo ayudar.

—Con ello contaba. Pero es verdad, ¿no? Hay dos víctimas de un mismo

asesino.

—Eso leí ayer en el periódico. ¿No confirmas lo que te cuentan tus fuentes?

—Por supuesto. —Daniel no hizo ningún comentario al respecto, intuía que en más de una ocasión había apostado por dar la noticia sin ser corroborada, por tener la exclusiva. Aunque le reconocía que su instinto era impresionante, no se solía equivocar—. ¿No vas a contarme nada?

—No.

—Mis fuentes son buenas, ya lo sabes. Pero preferiría tener información de primera mano.

—¿Y quién es tu fuente? ¿Félix Santos, el dueño de la página? ¿Quiere publicidad gratuita? —El periodista sonrió.

—Sabes que no puedo decirte quién es mi fuente.

—Pues parece que estamos en tablas —ratificó el inspector.

—No puedo revelar mis fuentes, pero desde ahora te digo que no es Félix Santos.

—Con el artículo que has publicado, es muy probable que estés generando alarma entre las chicas jóvenes. ¿Crees que voy a alimentar tus fantasías?

—No he dicho nada más que la verdad. No estoy alimentando nada. De hecho, quizás les salve la vida. ¿No es mejor saber que estar en la inopia? —Daniel se levantó dejando unas monedas encima de la barra para pagar su desayuno.

—Eso espero —le dijo al periodista, antes de darse la vuelta e irse.

Fernando Montes se quedó observando cómo el inspector Suárez se alejaba. Respetaba su trabajo, le constaba que era un buen investigador de homicidios, pero tenía que entender que su trabajo también era investigar, aunque en su caso fuera para mantener al público informado de lo que ocurría. Y no iba a dejar pasar un caso como este, si no se equivocaba, tenían delante a un asesino en serie. Y para ser realistas, ¿cuántas veces se daba algo así en Madrid?, habitual no era, se dijo.

Se tomó el cortado que había pedido de un trago, y como acababa de hacer el inspector, dejó dinero en la barra y se marchó. Tenía que enterarse de lo que estaba ocurriendo, y sabía quién podría contárselo.

La madre de Amaia Pardo entró en el piso de su hija. No había vuelto allí desde el domingo anterior, momento en el que la había encontrado sentada, desnuda y sin vida, en la vieja silla que había pertenecido a la abuela. Su hija se había ocupado de restaurarla, con nueva tapicería y con una buena mano de pintura, siguiendo el paso a paso de varios blogs de internet. Aún recordaba lo que le

costó elegir la tela y el color del esmalte, se pasaba el día enviándole fotografías para que le diera su opinión y la ayudara en la selección. Sacudió la cabeza borrando esas imágenes de la cabeza, mientras notaba cómo las lágrimas le rodaban por las mejillas.

Su marido se había quedado en casa, sentado en el sillón, viendo la televisión. Desde que habían encontrado a su hija, no había dejado de ver los videos que grabaron cuando era pequeña. Había decidido dejarle que pasara su tiempo de duelo, pero si seguía así, en breve tendría que intervenir.

Ella también estaba destrozada, pero lo asumía de otra manera, como le había enseñado su madre. Cuando su hermana pequeña murió arrollada por un tractor, recordaba a su madre al día siguiente levantándose para ir a trabajar al campo, como hacía a diario. Las vecinas le habían dicho que se quedara un par de días descansando, sin embargo les había replicado que quién iba entonces a hacer su trabajo. Ella lo había oído desde la habitación de al lado, metida en la cama, llorando, y en ese momento, se había levantado para ayudar a su madre. Por muy duro que fuese, la vida continuaba, con o sin nosotros.

Así que esa mañana, había decidido acercarse a limpiar el piso de la niña. Quería donar la ropa, quizás regalar algunos muebles a sus sobrinas, les vendrían bien para sus pisos, y quedarse con algunos objetos personales, algunos recuerdos de su niñita.

Sacó algunas cajas del maletero de uno de los armarios. Su hija todavía las guardaba de la mudanza, hacía menos de un año que se había ido a vivir a ese piso. Comenzó con la ropa, ya que no pensaba quedarse con nada. La cogió tal cual estaba en el armario, y la introdujo en el interior de algunas cajas. Necesitó cinco para guardar su vestuario y su calzado. Le encantaba ir de compras, pero sobre todo amaba comprar zapatos, eran su gran pasión, los tenía de todos los modelos y colores.

Cuando comenzó con los objetos personales, como los relojes que guardaba en un cajón, se emocionó. Reconoció un par de ellos que le había comprado ella, uno se lo había regalado las navidades anteriores. Tenía una importante colección, adoraba conjuntar zapatos, relojes y gafas de sol, por lo que tenía un gran surtido de todos ellos. Los guardó, sin pensar en quedarse con ninguno, los regalaría o los vendería. Su sobrina le había hablado de una aplicación que tenía en el móvil para vender objetos de segunda mano, le pediría ayuda.

Al abrir su joyero, ya no aguantó más, empezó a llorar desconsolada. En una pequeña bolsa de terciopelo negro, encontró las alhajas que tenía de oro, no eran muchas, pero todas ellas guardaban muchos recuerdos. Ahí se encontraba la preciosa cadena de oro que le habían regalado, ella y su marido, en su primera comunión, con un colgante de una virgen con el niño, y detrás grabada la fecha

del evento. Cogió la medalla y después de varios intentos, puesto que le temblaban las manos debido a la emoción, se la colgó en el cuello, no volvería a quitársela en la vida.

Encontró los diminutos pendientes que le habían comprado al poco de nacer. Recordó el día en que le hicieron los agujeros en las orejas para ponérselos, Amaia no dejaba de berrear. A ella le costó mucho no quitarle a la enfermera la aguja que le estaba clavando a su hija para realizar los orificios, aunque logró contenerse. Entonces, pensó en el cabrón que había asesinado a su hijita, Dios, si se lo encontraba delante, no se podía ni imaginar de lo que sería capaz.

Se fue a la cocina y puso agua a calentar para hacerse una tila, a ver si se tranquilizaba un poco y entraba en calor, de repente se había quedado helada. Sabía que volver al piso de su hija, sin estar ella, iba a ser muy doloroso, pero estaba resultando insoportable. Decidió que cuando se tomara la infusión se iría a casa, ya continuaría más adelante, todavía no estaba preparada para decirle adiós a su niña. Se sentó en la mesa de la cocina y empezó a darle pequeños sorbos a la taza que se acababa de preparar.

El sonido del telefonillo la despertó de su ensimismamiento. Se acercó despacio a la puerta, no esperaba a nadie, y su marido seguro que seguía sentado frente al televisor, viendo una y otra vez los mismos vídeos. Cogió el auricular y preguntó quién era. Desde el otro lado, sonó una voz metálica informando que traía un paquete para su hija. Pulsó el botón correspondiente para abrir el portal, preguntándose qué habría pedido su hija esta vez. Compraba en internet cada dos por tres, así que se imaginó que podría ser cualquier cosa, lo más probable es que fueran otro par de botas o zapatos. Cuando escuchó salir a alguien de ascensor, abrió la puerta sin dejar tiempo a que llamaran al timbre.

—Buenos días. ¿La señora Amaia Pardo? —El cartero la miró esperando confirmación, mientras sacaba de la bolsa que llevaba al hombro, el paquete que había venido a dejar.

—Soy su madre. —El hombre se encogió de hombros, le pasó un palito de plástico a la vez que le mostraba una pantalla en la que tenía que firmar.

La mujer aún se quedaba anonadada con los avances que se habían producido en los últimos años. Su hija le comentaba unas semanas antes, que había pedido la compra del supermercado por internet, y en un rato la había recibido en casa. Se entristeció al darse cuenta de que ya no volvería a hacer esas tareas cotidianas, ni esas, ni otras muchas. Se le volvieron a resbalar las lágrimas por las mejillas, le costaba mucho pensar en su hija en pasado, no se creía que no fuera a volver a verla. Eso no era ley de vida, ella tenía que haberse ido antes, se dijo indignada.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó el cartero al verla llorar.

—Sí, perdone, cosas mías. —El hombre le dio el paquete y se dio la vuelta, entrando en el ascensor que aún seguía en esa planta.

La mujer regresó al interior, cerrando la puerta tras de sí, se dirigió al salón y se sentó. No se había dado cuenta de cuán agotada estaba, hasta que se acomodó en el mullido sofá, se recostó un rato y cerró los ojos. Se llevó las manos a las sienes que comenzó a frotar para relajarse, las horas que llevaba en casa de su hija le habían dejado mentalmente exhausta.

Después de unos segundos, volvió a abrir los ojos y miró el paquete que había dejado en su regazo, se extrañó, tenía el tamaño de un libro. Sabía que su hija no compraba novelas, leía mucho, pero las compraba en formato electrónico, decía que así ni ocupaban sitio, ni pesaban, por lo que podía llevárselas a cualquier parte. Abrió el envoltorio con cuidado, topándose con una caja negra. Unos instantes después, en cuanto comprobó lo que había en el interior, se llevó las manos a la cara conmocionada, dejando resbalar su contenido, que cayó al suelo, produciendo un estrepitoso ruido al romperse el cristal.

Acababa de encender el ordenador. Lo primero que hizo fue entrar en conecta.com, donde un aviso intermitente le indicaba que tenía varios mensajes. Accedió a ellos. Algunos eran de hombres con los que había chateado, otros eran de personas que había ignorado por no encontrarse en su lista de posibles, y otros tantos, eran de desconocidos. Tendría que comprobar si esos desconocidos habían chateado o no con su amiga, es decir, si estaban incluidos en su preciada lista.

Verificó que tenía mensajes de sus citas de esa semana. Primero, revisó los mensajes de Arturo Cifuentes. No sabía nada de él desde el martes, le había parecido extraño, no obstante, había resultado un alivio no volver a saber de él, puesto que su idea era darle largas. Por un lado, no le había atraído ni lo más mínimo, y por otro lado, pensaba que era demasiado buena persona como para ser un homicida. Después de algunas frases que demostraban seguridad en sí mismo, le proponía quedar esa misma noche. Cristina sabía que si el asesino volvía a actuar, sería esa noche, por lo que aunque no creyera que fuera el culpable, no pensaba salir de su casa. Además, ya tenía planes, una buena película, unas palomitas y su mantita. Así que de forma educada, le dijo que no podía.

El siguiente mensaje que leyó, fue de su cita del jueves, Pablo Martín. En la foto aparecía guapísimo, tal y como lo recordaba, con una sonrisa algo infantil,

pero que le evocaba un montón de pensamientos lujuriosos. Se rio de sus ideas. Como Arturo, le proponía salir esa noche, pero también rechazó su oferta. Tampoco lo consideraba peligroso, pero no se iba a arriesgar. No estaba tan loca como Javi había insinuado en repetidas ocasiones.

Además, si lo pensaba fríamente, quien ella quería que la invitara a salir, era ese inspector que la noche anterior había derribado sus muros, esos muros que siempre construía a su alrededor. Quizás le había permitido hacerlo, porque sabía que no podía pasar nada entre ellos, pensó. Era lo que hacía siempre, si alguien se acercaba, ella reculaba, a no ser que supiera que era imposible que llegaran a algo. La pasada noche le había dicho a Daniel que no había tenido relaciones serias, sin embargo, sí había habido alguien, alguien que le había hecho mucho daño, y pese a que ya era agua pasada, reconocía que por él se había cerrado en banda al resto.

Leyó algunos mensajes más, pero los eliminó, ninguno sentía atracción por la pintura ni había mantenido conversación alguna con Vicky.

Cuando iba a salir de la página, llegó un nuevo mensaje, la aplicación le indicaba que el usuario se encontraba *online*. Se llamaba Juan Manuel Romero, y su mensaje lo firmaba como Juanma. Comprobó *in situ* que Vicky había estado chateando con él el mismo día de su muerte. Un escalofrío le recorrió la espalda, aun así, continuó. Le gustaba la pintura, hablaba varios idiomas, tenía estudios universitarios, y aunque no especificaba su edad, cosa que a Cristina le pareció algo extraño puesto que todos lo hacían o al menos daban alguna pista, determinó que aparentaba unos treinta y cinco años. Era moreno y de ojos marrones, no había ninguna foto en la que apareciera de cuerpo entero, por lo que tuvo que aceptar que decía la verdad y medía uno noventa, tal como detallaba en sus datos personales. Se puso manos a la obra y respondió a su mensaje tal y como hubiera hecho su amiga, dando una contestación divertida e inteligente. Ahora, solo le quedaba esperar.

Continuó revisando su correo electrónico personal, pero aparte de propaganda, no había mucho más. Se preguntó por qué no se daba de baja de todas esas webs que lo único que le aportaban era saturarle la cuenta de *spam*. Mientras borraba esos *emails*, le apareció un aviso en la barra de tareas, donde se encontraba el icono de la página de contactos. Se imaginó que sería un nuevo mensaje.

Accedió de nuevo a la página, y en efecto, Juanma había contestado. Estuvieron un rato chateando, hablando de banalidades, de forma que poco a poco fueron rompiendo el hielo, hasta que él le propuso quedar esa noche. Ella rechazó la invitación con una mentirijilla, le dijo que ya había quedado con unas amigas, y le planteó quedar al día siguiente, cosa que él aceptó. Organizaron la

cita y siguieron escribiéndose un rato más, conociéndose. Ella sonsacándole información, y él contestando sin que nada en su comportamiento le resultara insólito. Hablaron de arte en general, y de Goya en particular, le sondeó por el tipo de chicas que le interesaban, no mostró preferencia por las rubias de ojos azules, pero sí por las inteligentes e independientes. Como resultado de la conversación, no sacó nada en claro, nada que le anunciara que él era el asesino al que buscaba.

Había dejado de chatear con Juanma para prepararse la comida, las tripas le habían comenzado a sonar para avisarle del apetito que sentían. Estaba cocinando una crema, cuando sonó su móvil.

Se acercó al salón, donde descansaba el teléfono encima de la mesa, sonando y vibrando al mismo tiempo. La pantalla mostraba el nombre del inspector Suárez, el corazón le dio un vuelco y en la cara le apareció una sonrisa tonta que no pudo evitar. Mientras lo cogía, pensó que tendría que cambiar su nombre a algo más informal, ahora que se conocían mejor.

—Hola, Daniel.

—Cristina, escúchame. —La voz del inspector sonó apremiante, por lo que de inmediato se le borró la sonrisa de la cara, para pasar a mostrar preocupación. Algo había sucedido.

—¿Qué ocurre?

—¿Sabes si Victoria Alonso ha recibido algún paquete estos días?
—Cristina se quedó intentando asimilar la pregunta unos segundos, y enseguida recordó la pequeña caja que le había entregado el vecino unos días antes.

—Sí, ¿por qué?

—Cris, ¿lo abriste? —Rememoró el mal cuerpo que se le había puesto al recibirlo, lo había guardado pensando en revisarlo más adelante, y lo había olvidado por completo.

—No, ¿por qué?

—No lo toques, estoy llegando a tu casa. —Daniel colgó.

Ella se quedó contemplando su móvil, no entendía la urgencia que se percibía en la voz del inspector. Sintió un fuerte temblor recorriéndole el cuerpo, y se preguntó, qué contendría el paquete. Se le pasaron por la imaginación multitud de cosas horrendas, imágenes que había visto en diversas películas. Recordaba las pruebas de vida en los secuestros, y el paquete que recibía el protagonista en el que había una oreja o un dedo del secuestrado, aunque sabía que ese no era el caso. Movié la cabeza intentando deshacerse de toda esas ideas espeluznantes que la estaban poniendo de los nervios.

Se acercó despacio al mueble de la entrada, lugar en el que había dejado el paquete el día que se lo entregó el vecino. Abrió la puerta, y allí estaba, en el

mismo sitio en que lo había colocado, entre los cargadores de los diferentes dispositivos electrónicos, parecía tan inofensivo. Como le había pedido Daniel, no lo tocó, se sentó en el suelo, apoyada en la pared y no dejó de contemplarlo, preguntándose qué podría haber en su interior para que el inspector llamara tan alterado.

De repente, sonó el telefonillo, lo que hizo que Cristina se sobresaltara, fue un sonido tan estridente en medio de un silencio absoluto, que no pudo evitar ser sorprendida. Se levantó, y cogió el auricular, la persona que estaba llamando no tenía intención de despegar el dedo del timbre hasta no ser atendido.

—¿Si?

—Cris, abre, somos el inspector Suárez y la subinspectora de la Vega.
—Ella, obedientemente, les abrió el portal.

Era curioso que la hubiera llamado Cris, manifestando cierta confianza, pero que él se presentara con el apellido, ¿quería mantener las distancias?, y a la vez ¿quería que ella estuviera más relajada? No lo sabía, pero en ese momento pensó que no tenía ninguna importancia.

Sin embargo, la subinspectora se había dado cuenta de esa misma actitud del inspector hacia una testigo. Se había percatado cuando había realizado la llamada telefónica en el coche, yendo de camino a la casa de la señorita del Saz, y ahora, lo había vuelto a hacer. Mostraba una preocupación desmedida que no le correspondía, sobre todo a él, que solía ser tan distante con las familias de las víctimas y demás personas involucradas en los casos en los que trabajaba. Siempre lo había justificado diciendo que le ayudaba a mantener la objetividad, y ella lo había tomado como una explicación plausible y totalmente razonable. Sentía que se había perdido algo, pero no sabía el qué.

Cristina abrió la puerta de su casa y esperó a los inspectores en el rellano de la planta. En cuanto salieron del ascensor, se apartó para que pudieran acceder a su piso, y les señaló el lugar donde se encontraba el paquete. El primero en pasar fue el inspector.

—¿Lo has abierto? —Ella negó con la cabeza, mientras Daniel se acercaba al mueble poniéndose unos guantes de látex que había sacado del bolsillo de su abrigo. Con cuidado comenzó a abrir el paquete. Cristina pensó, que por la delicadeza que estaba aplicando sobre el envoltorio, podría contener una bomba.

Cuando Suárez terminó, comprobaron todos que en el interior había un caja negra. La subinspectora, colocada a la derecha de Cristina, se mantenía atenta. Daniel dejó el paquete encima del mueble y levantó la tapa, encontrándose con un bonito marco de fotos, en el que aparecía Vicky tal y como había sido encontrada en el salón de su piso, muerta. Su amiga aparecía enmarcada como si fuera una miniatura de la *La maja desnuda*. Cristina no pudo contener una

exclamación de horror, delante de ella tenía la imagen que le perseguía todas las noches en sus pesadillas.

—Toma, Verónica. Llévelo al laboratorio a ver si pueden encontrar algo. —La subinspectora asintió y se marchó por donde acababan de llegar. El inspector miró a Cristina con cara de preocupación—. ¿Estás bien?

—Y pensar que llevo con ese paquete en casa varios días, sin ni siquiera molestarme en... —Se le resbalaban lágrimas por la cara—. No me sentía con fuerzas.

—No te preocupes, es comprensible.

—No, no lo es. —Cristina ahora sentía una ira que no podía reprimir—. Aquí estoy, quedando con desconocidos que han tratado con mi amiga. Sin embargo, el asesino envía una foto de su asesinato enmarcada y yo ni me he molestado en mirarla.

—No lo podías saber.

—Claro que no, pero ni siquiera lo intenté. —Daniel pensaba que estaba siendo muy dura consigo misma.

Ella no aguantó más su frustración, se sentía inútil y fracasada. Estaba tratando de buscar al asesino de su amiga, pero no era más que una profesora que lo que debería de estar haciendo era llorar la muerte de Vicky, en vez de trabajar en una investigación que no le conducía a ninguna parte. Tenía que dejar a los expertos ejercer su labor, porque ella no tenía ni idea de por dónde empezar. Y todo lo estaba haciendo para no derrumbarse y no asumir que su amiga ya no estaba, que se había ido para siempre. Al darse cuenta de todo lo que se había guardado, se puso a llorar. Daniel se acercó para abrazarla y consolarla, pero ella lo rechazó.

—Por favor, déjame sola. —Lo miró con una mirada dura a través de las lágrimas que retenía en los ojos.

Daniel entendió que necesitaba pasar esos momentos en soledad, asintió y se dirigió a la puerta, pero antes de salir la miró.

—Si quieres hablar con alguien, ya sabes dónde estoy.

Fernando Montes, como hacía con regularidad, se había quedado solo en el pequeño restaurante situado enfrente del periódico. La gente, que hacía unos minutos llenaba el local disfrutando del menú del día, había vuelto a sus correspondientes quehaceres. Le gustaba trabajar allí más que en su mesa, en la oficina el ruido a su alrededor era atroz, compañeros hablando demasiado alto por teléfono, otros aporreando el teclado del ordenador, y lo peor, aquellos que para comunicarse se gritaban entre sí. Siempre se había preguntado si realmente

les costaba tanto levantarse de su puesto y acercarse a la persona con la que querían charlar. Había probado a ponerse tapones o los cascos con música relajante, pero era imposible trabajar así, el ruido lo atravesaba todo.

Ahí, por el contrario, no había apenas movimiento después del turno de comidas. Ese momento de tranquilidad era aprovechado por los camareros para comer en una mesa apartada, a una distancia prudencial de la que él ocupaba, por lo que no le molestaba su diatriba. Además, tenía que reconocer, que el café que servían era otro punto a su favor, sin comparación con el de la cafetera que habían comprado entre los compañeros y que compartían en su sección, y mucho mejor que los que servían en los bares de la zona.

Se encontraba bebiendo su acostumbrado café cortado con Baileys, a la par que comprobaba el correo electrónico en el portátil, que había colocado encima de la mesa, en cuanto hubo terminado de tomarse el rico flan casero que hacía la cocinera. No había ningún mensaje. Se sentía frustrado y decepcionado. Ya tenía que tener noticias de su informador.

Un par de días antes, había recibido un correo de una cuenta anónima, a punto estuvo de borrarlo pensando que era *spam*, o peor, un virus. Pero al final no había llegado a eliminarlo, puesto que algo había llamado su atención, quizás, el asunto, que decía «La noticia de tu vida». Expectante, abrió el *email*, revisando primero que no llevara ningún adjunto. No quería ser como esos imbéciles que abrían cualquier mensaje en su equipo y al final lo llenaban de virus que se cargaban todo el contenido del ordenador. De hecho, el mensaje llevaba ficheros adjuntos, un par de archivos de imágenes jpg, pero ningún ejecutable, ni ningún enlace, así que se sintió más seguro y con la suficiente confianza para acceder a él. Sabía que eso no era suficiente, que aun así podía llevar un virus que se propagara rápidamente por su equipo, pero la curiosidad pudo con él. Y había sido la mejor decisión que había tomado en los últimos tiempos, y eso que todavía no intuía lo que le esperaba.

En cuanto comenzó con la lectura del texto, se entusiasmó por el contenido, tenía que reconocer que le había seducido hasta lo más profundo de su alma.

El mensaje era claro y conciso, le hablaba sobre las muertes de Victoria Alonso y Amaia Pardo, le indicaba que estaban relacionadas, que habían sido asesinadas por la misma persona. Aclaraba que el asesino tenía fijación por las rubias de ojos azules, como era el caso de ambas víctimas, e identificaba la conexión entre ellas. Según el mensaje, ambas estaban registradas y se conectaban de forma regular, a una página web de contactos llamada conecta.com. Montes había oído hablar de esa página, sabía que algunos de sus colegas la utilizaban para conocer mujeres con las que tener sexo sin complicaciones, pero él todavía no había necesitado el uso de ese tipo de

herramientas, era de la vieja escuela. Disfrutaba yendo a los bares, acercarse a la chica, a la que a veces invitaba a una copa, y seducirla. No llegaba a comprender cómo la gente hacía uso de esas páginas, con lo fácil que era echar un polvo. Ahora eran ellas las que buscaban sexo sin compromiso.

Los ficheros adjuntos del *email* eran unas fotografías de las víctimas, ambas sonrientes y felices, las mismas que utilizaría *a posteriori* en el artículo publicado.

El autor del correo electrónico también le proponía un trato. Si quería recibir más información y tener la exclusiva, debía publicar lo que le acababa de contar en la edición del día siguiente. Montes se sorprendió con ese acuerdo, no le ofrecía ninguna prueba ni ninguna garantía. Si aceptaba, estaba arriesgando su integridad y su profesionalidad, la cual se había ganado a pulso en los últimos años, gracias a su duro trabajo y a sus fuentes fidedignas que no ocultaban su cara detrás de un ordenador. Pero también sabía, que si todo lo que le había contado era real, no podía dejar pasar esa oportunidad, en verdad podía ser la noticia de su vida.

El mensaje daba a entender que el asesino aún no había terminado de matar. ¿Cuántas veces en la vida alguien se encontraba con una primicia de estas características? Nunca, se dijo. Así que esa respuesta le sirvió para tomar su decisión. Lo publicaría, y si la noticia resultaba ser falsa, se retractaría en un pequeño comentario a pie de página.

Había pedido al equipo informático del periódico que analizaran su ordenador y comprobaran si podían encontrar la procedencia del correo, la IP origen, ya que él no era un entendido en la materia, pero necesitaba saber con quién estaba tratando. El técnico le dijo que encontrando la IP no sería suficiente para saber quién era la persona que se había puesto en contacto con él. Como mucho, obtendría el proveedor de servicio de internet y quizás hasta la localización aproximada del usuario, pero para conocer sus datos personales, necesitaría una orden judicial, de forma que esa información se la diera el proveedor. De todas formas, ni siquiera el técnico logró llegar hasta la IP. El usuario había utilizado un servidor SMTP de un tercero que permitía la retransmisión abierta, según le explicó. Eso significaba que el correo electrónico parecía provenir del sitio que lo envía, pero oculta al remitente real, cosa casi imposible en estos días, concluyó. Al periodista le había costado asimilar esa información, pero al final lo que tenía claro, es que el experto no había conseguido nada.

Montes seguía dándole vueltas a la identidad de la persona que le había enviado esa información, pensaba que era algún policía, alguien cercano a la investigación, pero no comprendía cómo no se había acercado directamente a él,

como le había ocurrido en ocasiones anteriores.

Desde entonces, no había recibido nada más, estaba empezando a pensar que todo había sido una broma de mal gusto. Comenzaba a ponerse nervioso. Sabía que existía la noticia, su sexto sentido se lo decía, había notado algo en el comportamiento del inspector Suárez. Siempre había sido muy reservado, pero esta vez le había resultado demasiado hermético. Y esa primera intuición había sido confirmada, cuando esa mañana había intentado hablar con su soplón de dentro del departamento. No le podía decir nada porque, según él, no sabía nada, y Montes le creía. Tenía ese don, sabía cuándo alguien le mentía y cuando no, incluso cuando le estaban ocultando algo, y este caso apestaba a información confidencial. Su informante le había comunicado que había un equipo llevando el caso de ambas chicas, por lo que se confirmaba que sus muertes estaban relacionadas. Ese equipo estaba liderado por el inspector Suárez y era seguido muy de cerca por el comisario Reyes. La información era inaccesible para los que no pertenecieran al grupo, tal y como les había ordenado Suárez, por lo que aparte de los participantes en el caso, nadie sabía nada. Ni siquiera el equipo forense comentaba nada, los informes eran entregados en mano. Todo muy secreto, terminó de detallar su fuente.

Así que no tenía nada. Su jefe lo estaba persiguiendo, y ya no sabía cómo darle largas. Levantó la cabeza y observó cómo entraba en el bar un compañero del periódico, que pidió un café con leche mientras se acercaba a su mesa. Su rato de soledad había terminado.

En cuanto el inspector Suárez apareció por comisaría, fue abordado por los inspectores Huertas y Candelas.

—No paran de llamar. —Fue el saludo que recibió por parte de Candelas.

—Desde que salió la noticia ayer en el periódico, tenemos las líneas saturadas. Cientos de personas confirman haber visto a las víctimas la noche en que fueron asesinadas. Hasta en A Coruña las han reconocido. —Huertas negaba con la cabeza, todo el mundo quería participar y tener un pequeño papel en la investigación, muchos de ellos creían con sinceridad que las habían visto y querían ayudar, pero la mayoría, lo único que querían, era llamar la atención.

—¿Nada, entonces? —Suárez contaba con las llamadas. Después de aparecer la noticia en la prensa, se imaginaba que la centralita echaría humo, y quizás, apartando toda la paja, obtuvieran alguna pista que les sirviera para avanzar en la investigación. Ambos policías negaron con la cabeza contestando a la pregunta de su jefe—. Bueno, de todas formas habrá que realizar un seguimiento, quizás encontremos algo.

—Hemos puesto a trabajar a Cardenete en ello. —Suárez los miró. Acababa de salir de la academia de policía, un joven algo friki experto en tecnología, que estaba resultando de gran utilidad en la investigación. Pero era el novato del departamento, por lo que le tocaban los trabajos que nadie quería hacer. Demasiado falta de experiencia para distinguir información valiosa de toda la morralla con la que se encontraría.

—¿Creéis que será capaz?

—Jefe, lo está haciendo muy bien. Lo lleva en la sangre —fue la respuesta de Huertas.

—De acuerdo, entonces. —El padre de Cardenete había sido un gran policía, por desgracia había muerto unos años atrás en un tiroteo que se produjo en una sucursal bancaria, cuando unos ladrones intentaron atracar la entidad. Todo el departamento tenía en muy alta estima a su padre, y por ello, respaldaban a su hijo.

—Hemos seguido interrogando a los usuarios de la página web que contactaron con ambas víctimas —continuó Candelas.

—¿Y bien?

—Hemos hablado con un tal Pablo Martín. —Candelas revisó sus notas, mientras Huertas sonreía.

—¿Me he perdido algo? —La sonrisa de Huertas escondía algo que Daniel no cazó.

—No, jefe. —Huertas se recompuso—. Es que el sector femenino se ha revolucionado cuando ha llegado a comisaría. Hasta la inspectora Sanz le ha sonreído y le ha puesto ojitos. —Ambos inspectores rieron la gracia. Daniel, sin embargo, no mostró el mismo humor, se sentía absurdamente celoso sabiendo que Cristina había cenado con él un par de días antes—. Venga, jefe, que tiene gracia. Ya sabe que la inspectora Sanz aparenta llevar un palo de escoba metido por el culo.

—¿Algo más? —preguntó Suárez ignorando el comentario.

—Sí. Pablo Martín tenía coartadas para ambos asesinatos. Salió con diferentes mujeres, y ambas nos han confirmado que pasó con ellas la noche. —La cara de Huertas mostró una sonrisa socarrona, insinuando que ese hombre debía de ser un semental, lo que cabreó más a Suárez.

—¿Algo más? —Su tono de voz reflejó su malhumor.

—También hemos interrogado a un tal Juan Manuel Romero. Trató con ambas víctimas y no tiene coartada. Estuvo en casa. No hay testigos. —Daniel levantó las cejas al oír ese nombre.

Hacía un rato había recibido un mensaje de Cristina, más calmada, en el que le informaba que al día siguiente había quedado a cenar con un tal Juan

Manuel Romero, supuso que sería la misma persona. Tendría que asistir a esa cita, era un posible sospechoso, se dijo.

El inspector estaba sorprendido por el porcentaje de aciertos en la investigación paralela que estaba llevando a cabo Cristina, teniendo en cuenta que solo contaba con el perfil de una de las víctimas. Lo cual reafirmaba la propuesta que pensaba hacerle al comisario.

Tras terminar su conversación con los dos inspectores, se sentó en su mesa y volvió a repasar toda la documentación. Revisó los interrogatorios de Arturo Cifuentes y Juan Manuel Romero, los usuarios de la web de contactos sin coartada, pero no obtuvo ningún dato relevante. Releyó los informes forenses. Volvió a analizar las fotografías de los escenarios. Pero no encontró nada que le orientara por dónde continuar, qué paso seguir a continuación, y eso le preocupaba, si no estaba equivocado, esa noche se produciría otra muerte, y no sabía qué hacer para evitarla.

Cuando Verónica llegó, se encontraba comparando los informes forenses de ambas víctimas. Daniel estaba convencido de que una pieza importante del puzzle era que ambas hubieran dado en adopción a sus bebés, pero no sabía qué podía significar. Quizás el asesino también había sido dado en adopción sufriendo el abandono por parte de su madre, y quizás ese fuera el motivo de los homicidios, la venganza.

—Ya he dejado la fotografía en el laboratorio. Me han dicho que en cuanto estén los resultados nos avisarán. —Daniel asintió—. Por cierto, no me has contado qué tal tu cita de ayer.

—No. —Verónica le había animado a quedar con la chica que había conocido en internet, creía que era el tipo de mujer que le gustaría a su compañero. No se podía ni imaginar que su cita era la misma persona que les había dado una imagen de su amiga asesinada unas horas antes, y Daniel no tenía ninguna intención de decírselo.

—Venga, no me lo vas a contar. Si no hubiera sido por mí, no hubieras quedado.

—En eso estoy de acuerdo.

—¿Y? —Verónica insistía.

—Y nada.

—¿Tan mal fue? —Ella misma le acababa de dar una escapatoria a ese interrogatorio.

—Efectivamente. —La subinspectora se encogió de hombros, y como su compañero, volvió a revisar los expedientes del caso.

—Si el asesino vuelve a matar lo hará esta noche. —Verónica lo dijo en alto, aunque, en realidad, había sido un pensamiento.

—Estoy de acuerdo contigo.

—¿Y qué podemos hacer?

—No podemos ir a todos los restaurantes, bares y discotecas de la ciudad. Solo espero que la chica se dé cuenta de que le han echado algo en la bebida y dé aviso a la policía. Eso le salvaría la vida.

Ambos se quedaron en silencio, sabiendo que era muy poco probable que algo así ocurriera.

La ciudad de Alcalá de Henares es conocida por ser el lugar de nacimiento de Miguel de Cervantes y por ser la primera ciudad universitaria creada como tal. Construida gracias al cardenal Cisneros, el lema que la identifica es «Ciudad del saber».

La calle Mayor es una hermosa calle peatonal con soportales. En el pasado formaba parte de la antigua aljama judía de la ciudad, y al igual que hoy, era uno de sus principales ejes comerciales. Berta caminaba por ella a toda prisa, esquivando a la gente y las columnas de los pórticos. Llegaba tarde a su cita, y odiaba llegar tarde, por el mismo motivo que odiaba que la gente llegara tarde. Como le habían enseñado, no hagas a nadie lo que no te gusta que te hagan a ti. Siempre era puntual, pero esa tarde había ido con su prima a llevar huevos a las Clarisas, tal y como manda la tradición, para que los novios se aseguraran buen tiempo el día de su boda, que se celebraba en menos de un mes. Y después, habían ido a probarse los vestidos. Se lo había comprado en la misma tienda que la novia, igual que el resto de sus primas y tías, incluso su madre, aprovechando el descuento que les hacían a los familiares. Además, era una manera de eliminar la posibilidad de que las invitadas llevaran el mismo traje a la boda, lo que no hubiera sido del agrado de muchas de ellas.

Como iba al convento, su madre le había pedido que comprara las riquísimas almendras garrapiñadas que hacían las monjas de clausura. Lo que conllevó, que después de la prueba del vestido, hubiera tenido que pasar por su casa para llevárselas.

Aunque andaba con paso firme y rápido, al verse reflejada en el escaparate de una tienda, paró unos instantes para contemplarse. Le gustó lo que veía, se encontró guapa, por lo que una sonrisa le iluminó la cara. En ese momento, pasaron a su lado un pequeño grupo de jóvenes que la silbaron y le corearon unos cuantos piropos, reafirmando su veredicto y haciendo que su confianza aumentara. Llevaba su larga melena rubia en un medio recogido que le sentaba bien, haciendo que sus facciones se marcaran de forma sensual. No solía maquillarse, pero esa noche lo había hecho. Su prima le había recomendado

algunos tonos que le sentarían bien, y ella le había hecho caso en todo, al fin y al cabo, ella era la experta, era esteticista y sabía de lo que hablaba.

Atravesó la plaza de Cervantes por un lateral. La enorme plaza rectangular en la que se encuentra ubicada la estatua de Miguel de Cervantes, a la que los alcalaínos llaman con cariño *El Monigote*, se encontraba desierta. Unos metros más que recorrer, y llegaba al bar en el que había quedado con su cita, respiró aliviada.

Cuando llegó al Indalo, conocido bar de tapas de la zona, se fijó en que, como era habitual, estaba hasta la bandera. Se sintió abatida, ¿cómo pensaba encontrar entre tanta gente a un desconocido? Se le había ocurrido quedar ahí por eso mismo, se sentiría más amparada con gente alrededor, no estaba acostumbrada a quedar con extraños, pero quizás, no había sido la mejor elección. Buscó en su bolso el móvil, y envió un mensaje avisando que acababa de llegar y se encontraba en la entrada del local. Unos segundos más tarde, su cita estaba frente a ella, dándole dos besos en las mejillas a modo de saludo, a la vez que se presentaba de forma educada. Como habían quedado en el chat de conecta.com, él llevaba una bufanda granate y ella un gorro blanco, de forma que pudieran reconocerse, por si las imágenes subidas a la web no fueran suficiente.

El estado de nerviosismo y pánico de Berta cambió de forma radical en cuanto comenzaron a conversar, era un hombre encantador, además de ser muy atractivo. Vestía con un traje caro, se sintió agradecida por haberse puesto el bonito vestido que se había comprado esas navidades para la cena familiar, así no desentonaba con él. No podía dejar de sonreír mientras escuchaba atenta todo lo que le decía. Se comportó de forma tan solícita, que ella siempre tenía bebida en las manos, incluida una tapa de las que acompañaban la consumición y que se podía elegir en una variada carta. Aun estando el local a rebosar, él siempre conseguía hacerse un hueco en la atestada barra, volviendo rápidamente con ella.

Estuvieron hablando de todo un poco. Como ya había descubierto por sus múltiples conversaciones en la red, era un hombre culto con el que se podía charlar de cualquier cosa. En la oficina, sus compañeros solo eran capaces de articular burradas o groserías, y era agradable saber que no todos los hombres eran así.

Cuando quiso darse cuenta, estaban en su casa, y eso que no tenía pensado llevarle allí en una primera cita. Antes de salir, se había mentalizado de que era muy pronto para intimar, que el sexo estaba descartado por ahora. Tenían que conocerse, a saber, podría ser un asesino.

Aún no se podía ni imaginar lo acertada que era esa afirmación. Todavía no tenía ni idea de lo que el destino le tenía preparado. Al contrario, ella se sentía

exultante de felicidad. Pensaba que, por fin, la vida le sonreía.

Domingo, 12 de marzo

Daniel apenas había pegado ojo en toda la noche, estaba intranquilo y convencido de que en algún sitio de Madrid una joven estaba siendo asesinada. Se sentía culpable porque no encontraban nada que les indicara dónde podían buscar o cuál sería el siguiente paso del asesino. Estaban perdidos, se encontraban en un callejón sin salida. Como al principio.

Se dijo que tenía que verlo desde otra perspectiva, meterse en la cabeza del homicida, pensar como él, volver al inicio de todo, y preguntarse por qué estaba asesinando, qué carencia cubría con esas muertes. Estuvo meditando la respuesta a esas preguntas.

—El abandono. El haber sido rechazado. —Cada vez estaba más seguro. Mataba a las víctimas porque ellas habían rechazado o abandonado a sus bebés. Él tuvo que pasar por lo mismo. Pero para sentir tanta ira en su interior, no tuvo que ocurrir cuando era un bebé, tuvo que ser más tarde, cuando ya tenía cierta edad, la suficiente para que ese sufrimiento se le quedara guardado en lo más hondo de su ser.

Se levantó de la cama y se dirigió al salón, donde se acercó al gran ventanal que daba a una amplia avenida. Observó la oscuridad que le rodeaba. Esa noche se había nublado, el cielo estaba encapotado evitando que la luna se mostrara. No llegaba luz de las farolas, se veían distantes y pequeñas a la altura que él se encontraba. En algunas ventanas todavía se podía distinguir luz en el interior, quizás, alguien que como él, no conseguía dormir.

La calle estaba desierta, las aceras se veían más oscuras de lo habitual debido a la lluvia que había caído un rato antes. Por la carretera circulaban un par de coches que volvían al refugio de sus hogares.

Vivía en un noveno piso, donde podía contemplar los tejados de los edificios de su alrededor, su bloque era uno de los más altos de la zona. Siempre quiso vivir en un piso alto, adoraba esa perspectiva de la ciudad.

—¿Dónde te escondes? —preguntó a la metrópolis.

Después de contemplar unos minutos la lóbrega noche madrileña, se dio la vuelta y encendió el televisor, sabía que aunque volviera a la cama le iba a resultar imposible dormir, pero quizás en el sofá, con el runrún de algún canal de fondo, lo conseguiría.

Se tumbó, todo lo largo que era, en el cómodo sofá y contempló la pantalla, sin prestar atención a lo que allí ocurría. Había dejado un canal de teletienda que

en ese momento hablaba de una fregona que hacía maravillas en el hogar. Una hora después y unos cuantos anuncios más, el sueño logró vencerlo.

Cuando se despertó, comprobó que eran las ocho de la mañana, no volvería a caer en los brazos de Morfeo, por lo que decidió levantarse. Se vistió con su ropa de deporte y un forro polar, y se fue a correr a un parque cercano. El ejercicio siempre le venía bien para despejarse y desahogarse.

Después de más de una hora dando vueltas por unos caminos algo embarrados, regresó a casa donde se dio una ducha rápida y se preparó un buen desayuno, estaba muerto de hambre. Llevaba toda la semana sin comer demasiado, se había saltado comidas por falta de tiempo, y si lograba hacer un hueco para probar bocado era a horas intempestivas. Se dirigió a la cocina y se puso en plan cocinillas, se preparó unos huevos revueltos con salchichas y alubias con tomate, mientras se tomaba un café bien cargado que le mantuviera despierto.

Sentado en la mesa de la cocina, mientras desayunaba, estuvo ojeando su tableta, leyendo en el periódico las últimas noticias. No había novedades. Como siempre, los mismos titulares sobre los diferentes partidos políticos, más de lo mismo, se dijo. Cuando terminó, después de meter en el lavavajillas los enseres que había utilizado, se encaminó al comedor, allí tenía copia de toda la documentación del caso esparcida sobre la mesa. La noche anterior se había quedado analizando todo con sumo cuidado, no quería que se le pasara nada por alto, en cualquiera de esos papeles podía haber una pista importante.

Se preguntaba cómo sabía el asesino que sus víctimas habían entregado a su bebé en adopción, no era un tema que se sacara en una conversación «Me encanta el teatro. Por cierto, tuve un bebé y lo di en adopción». Si lograba responder ese interrogante, tendría una importante pieza del puzle, no había mucha gente con acceso a ese tipo de información confidencial.

Cuando levantó la cabeza de los papeles, eran más de las cuatro de la tarde, así que se fue a la cocina a prepararse algo de comer. Miró en el congelador, y encontró un plato preparado que contenía un filete de atún con verduras, lo metió en el microondas y se sentó a comer tranquilamente mientras buscaba alguna película con la que entretenerse un rato.

Revisó su móvil un par de veces. Estaba agradecido y sorprendido porque nadie le hubiera llamado para avisarle de la aparición de una tercera víctima. Quizás, después de todo, estaba equivocado y no estaban tratando con un asesino en serie. Todavía había esperanzas, se dijo. En realidad, le preocupaba que fuera así, con los últimos recortes, andaban faltos de personal, cada vez les costaba más abordar el día a día, como para verse sumergidos en toda la investigación que conllevaba tratar con un asesino en serie, sin hablar de las víctimas y las

familias destrozadas. Necesitarían ayuda.

Cristina llegó al restaurante con el suficiente tiempo para tomarse algo con Javi y relajarse un poco. Desde su encuentro con el inspector, la pasada noche del viernes, le había estado dando vueltas a esta investigación que se traía entre manos, quizás tenían razón y lo que estaba haciendo era una locura. Esa idea no le había hecho recular y dejar de quedar con desconocidos, pero sí era verdad, que se sentía insegura. No quería pensarlo, pero la realidad era que cualquiera de sus acompañantes podía ser un asesino, y que su amigo estuviera sentado en la mesa de al lado, no sabía si serviría en caso de convertirse en el objetivo.

Al entrar, comprobó que él ya estaba allí, esperándola, sentado en la barra del bar, tomándose una copa de vino. Se acercó a saludarle y pidió lo mismo para ella. Ese día estaba muy guapo, se dijo, con su pelo castaño oscuro despeinado, supuso que por el viento que soplaba en el exterior, y sus brillantes ojos verdes. Al levantar la mirada, se fijó que al fondo de la barra, alguien los observaba, era Daniel, que ya se levantaba y se dirigía a ellos.

—Buenas noches. —Saludó.

—No pensaba que vinieras. —Aunque en la voz no se apreció su inquietud, tenía que reconocer que ese hombre la perturbaba, sus impenetrables ojos miel le hacían sentir una excitación, que hacía mucho tiempo que no experimentaba.

—Como parece poco probable que te quite estas ideas de la cabeza, me tendrás en tus encuentros con posibles asesinos como una sombra. Me sentiría fatal que te pasara algo por no haber estado ahí. —La sonrisa del inspector revelaba la ironía que transmitía esa frase. Javi los observaba, sin saber muy bien qué era lo que estaba ocurriendo, ni quién era ese hombre que miraba a Cristina embelesado. Carraspeó, intentando recordarles a ambos que allí había alguien más.

—Oh, perdona. Inspector Suárez, él es Javier Núñez. Es la persona que me está ayudando. —Ambos hombres se estrecharon la mano cordialmente—. Ahora, si me perdonáis, os dejo, no quiero que mi acompañante me encuentre con vosotros. —Se dio la vuelta y se acercó a un camarero que la acomodó en una de las mesas.

—Si quiere puede acompañarme a cenar. —El inspector se quedó mirando al hombre que tenía delante. Era tan alto como él, aunque más delgado, también moreno, supuso que las mujeres se sentirían atraídas por su físico, era atractivo. Se preguntó si tendrían algo más que una relación de amistad. Sonrió al oírse a sí mismo, nunca se había considerado una persona celosa, pero últimamente sus pensamientos le estaban demostrando todo lo contrario—. Tendrá mejor posición

en la mesa de al lado que aquí en la barra. —Daniel pensó que esa reflexión era bastante razonable.

—De acuerdo. Pero tutéame, soy Daniel. —Aclaró el inspector.

—Yo, Javi.

—Perfecto, no me parece adecuado que finjamos ser dos amigos cenando, y nos llamemos de usted. —Ambos rieron reconociendo lo absurdo de la situación.

Como Cristina unos segundos antes, se acercaron al camarero para ir a la mesa que estaba reservada, contigua a la de ella. No les pusieron problemas porque la reserva estuviera hecha para uno, y al final se hubiera sumado el inspector. En cuanto se hubieron acomodado, comenzaron a revisar la carta, mientras ella contemplaba su móvil muy concentrada.

El inspector observó cómo unos minutos después, apareció el camarero acompañado por un varón de treinta y tantos, alto, aunque no tanto como Javi y él. Le sorprendió que llevara traje y corbata, pensaba que a las citas la gente llevaba ropa más casual, pero era él el que llevaba mucho tiempo sin salir con mujeres, qué iba a saber. Desde Cruz, no había vuelto a quedar con ninguna, exceptuando a Cristina. Tampoco era un santo, conocía a chicas en bares, pero no había mostrado interés por ninguna de ellas. Su atención se dirigió de nuevo a Cristina y al caballero que la acompañaba. Ella se sentaba en su diagonal, por lo que podía verle la cara, en ese momento sonreía al desconocido, con una sonrisa muy sensual. Estaba claro que se metía en el papel, pensó.

El camarero tosió con suavidad para llamar la atención de ambos, puesto que tanto Javi como él se encontraban más interesados en lo que ocurría en la mesa de al lado, que a su alrededor.

—¿Ya saben que van a beber? —Daniel pidió agua, puesto que estaba de servicio, y Javi le indicó que ya estaba servido con la copa de vino que había pedido en la barra.

En cuanto el camarero desapareció, volvieron a vigilar lo que ocurría en la mesa adyacente. Cristina hablaba con su acompañante, y como en las otras ocasiones, sacaba a colación a Vicky en su conversación, intentado averiguar si la conocía. Pero igual que las otras veces, si era así, el hombre supo disimularlo a la perfección.

Daniel estaba en silencio observándolos. Le hacía gracia cómo ella sacaba datos que podían llamarle la atención si hubiera tenido algún tipo de relación con la víctima. Hablaron de arte, le preguntó por su profesión, que no concordaba con alguien que supiera clavarte una jeringuilla en una arteria, determinó el inspector. A cambio, ella le comentó que se dedicaba a hacer perfiles psicológicos de homicidas, lo cual a su cita le resultó fascinante.

Javi reía por la cara que el policía mostraba al oír la conversación, el

inspector se dio cuenta.

—¿Es siempre así de directa?

—Suele serlo. Tú lo llevas con mucha dignidad. Yo, la primera vez, me atraganté en varias ocasiones al escuchar las indirectas tan directas que le preguntaba a su acompañante. De hecho, hasta él se preocupó por mi estado, preguntándome si me encontraba bien. —Al inspector se le escapó una fuerte carcajada al imaginarse la situación.

—Me dijo que os conocíais desde la Facultad.

—Sí. —A Javi le sorprendió el interés que mostraba, y más todavía, el que hubieran hablado de él, creía que su relación era meramente profesional—. Salíamos con el mismo grupo de amigos y en seguida conectamos. Somos bastante parecidos, excepto por esta vena suicida que acabo de descubrirle. —El inspector volvió a soltar una sonora carcajada, ese tipo le caía bien. Era bueno saber que por lo menos uno de ellos tenía la cabeza bien amueblada, se sentía más tranquilo—. Después de los estudios, estuvimos un tiempo distanciados. Yo empecé a enseñar en la Facultad y ella se fue a Barcelona a sacarse un Máster. Quería entrar en la Sección de Análisis de Conducta de la Policía, para realizar perfiles psicológicos, pero en algún momento se dio cuenta de que eso no era para ella. Es brutal entrar en la mente de algunos asesinos. —Javi se percató que a quien se lo estaba contando lo sabría muy bien—. Yo le hablé de lo que me gustaba enseñar, y del tiempo que te deja libre para hacer otras cosas, como investigación. Y mostró interés, así que al final acabó enseñando como yo. Aunque ella le dedica mucho más tiempo que yo a estudios y teorías, de hecho, ha publicado bastantes artículos en revistas especializadas. Incluso tiene pensado escribir un libro.

—Sí, algo me comentó.

—Ahora ha sufrido un gran parón por lo de Vicky, pero espero que el caso lo resolváis pronto, para poder... avanzar.

—¿Avanzar? —Daniel no supo si se refería al libro o a su vida, supuso que a un poco de ambas, pero no pudo evitar preguntar.

—Sí, creo que está tan involucrada en esto, porque aún no quiere o no es capaz de enfrentarse a la pérdida que ha sufrido, y focaliza ese sentimiento en una investigación en la que espera aportar algo.

—Había olvidado que también eres psicólogo. —Javi le sonrió, a veces daba su opinión sin que nadie se la pidiera. Muchos de sus amigos le decían que era defecto de profesión, lo tenía tan arraigado en su comportamiento, que cuando lo hacía, ni siquiera se daba cuenta de ello.

—Esto está buenísimo —dijo Javi intentando cambiar de tema, tampoco le apetecía profundizar en los sentimientos de su amiga con un desconocido, por

mucho que hubiera notado la atracción que sentían el uno por el otro. Aun estando cada uno a una conversación diferente, notaba cómo se miraban de reojo, prestándose atención mutuamente. La tensión sexual entre ellos era palpable.

—Sí, la merluza que estás comiendo tiene buena pinta. Mi solomillo también está sabroso. —La conversación empezaba a decaer.

—¿Puedo hacerte una pregunta? Es algo personal.

—Sí, claro. —Javi captó la atención del inspector.

—He notado que tienes la marca de la alianza, ¿estás casado? —Aunque el inspector aparentaba ser un tío legal, por delante de todo estaba su amiga, y no quería que le hicieran daño.

—No, divorciado.

—Ah. Lo siento.

—Cosas que pasan. ¿Y tú no te has casado? —Daniel le devolvió la pregunta, sentía curiosidad por la relación que pudiera tener con Cristina.

—No, la mujer de la que siempre he estado enamorado solo siente por mí una gran amistad. —Daniel se sorprendió por su sinceridad. Estaba claro que se refería a Cristina y hablaba completamente en serio—. Bueno. En realidad nunca he encontrado a una mujer con la que me planteara pasar el resto de mi vida. —Javi quitó hierro al asunto.

Continuaron hablando de las últimas noticias que habían visto en el telediario y de deportes. La conversación se había vuelto demasiado personal y ambos hombres se sintieron incómodos, por lo que retornaron a temas menos trascendentales.

Al notar movimiento en la mesa de lado, repararon en que Cristina y Juan Manuel Romero, su acompañante, se levantaban preparándose para irse, por lo que ellos hicieron lo propio, dirigiéndose a la barra a pagar. Observaron cómo ella se despedía proporcionando diferentes excusas, puesto que él insistía en llevarla a casa. Un rato después, el hombre salía del restaurante con la cabeza gacha, sintiéndose derrotado por no haber conseguido su propósito, llevársela a la cama, lo que hasta la fecha siempre le había resultado muy sencillo, puesto que las mujeres se sentían muy atraídas por su aspecto.

—¿Qué opinas? —preguntó el inspector en cuanto ella se colocó junto a ellos.

—No sé. Los homicidas son buenos actores y se integran en la sociedad sin que a nadie se le ocurra pensar que son asesinos. Pero en serio, la gente con la que estoy quedando es demasiado aburrida y tiene muy poca sangre en las venas para cometer un crimen. —Se encogió de hombros. Este tipo le había resultado soporífero, tanto, que estaba deseando irse a dormir.

—¿Quieres que te lleve a casa? —Se adelantó Daniel.

—No hace falta, gracias. Ya me voy con Javi. —El inspector asintió y salió del local sin mirar atrás.

—¿Por qué no le has dejado llevarte? Sabes que yo no he venido en coche, tenemos que coger un par de taxis.

—Lo sé. —Cristina no estaba preparada para contarle a Javi lo que le costaba estar cerca del inspector, se sentía demasiado turbada ante su presencia.

—Espero que algún día me cuentes qué hay entre vosotros. —Le había leído el pensamiento.

Ambos salieron del restaurante y se dirigieron a una parada de taxis que había al final de la calle. Era una noche muy fría, con algo de niebla que traspasaba hasta los huesos. Cristina cogió a Javi de un brazo y se acurrucó en su costado.

—¿Y de qué hablabais antes que os resultaba tan divertido? —Cristina se había fijado en las sonoras carcajadas que había emitido Daniel mientras charlaban.

—De ti, querida. Parece que tienes impresionado al inspector.

Lunes, 13 de marzo

Daniel iba conduciendo por la M-30 en dirección a la comisaría cuando su teléfono comenzó a sonar. Cogió la llamada de inmediato.

—Inspector Suárez.

—Tenemos otra víctima. —Se había confirmado, estaban tratando con un asesino en serie. Aunque la voz de Verónica sonaba con cierto eco desde el manos libres del coche, la reconoció. Su tono resultaba apremiante y preocupado—. En Alcalá de Henares. —A un par de kilómetros más adelante había una salida hacia la A-2, pensó que por ese camino iría directo.

—¿Estás allí? ¿Voy a buscarte?

—Acabo de salir de comisaría, estoy en camino.

—De acuerdo, ¿sabes algo más?

—La víctima se llama Berta Álvarez, 32 años. Sus compañeros, al no presentarse esta mañana al trabajo, la han llamado al móvil y al fijo de su casa, sin recibir respuesta. Al final, alguien ha conseguido el teléfono de su hermano y lo han llamado preocupados. El hermano, como sus compañeros, ha intentado contactar con ella, pero al no lograrlo, se ha acercado a su casa, donde se la ha encontrado desnuda sobre una silla. No respiraba, por lo que de inmediato ha telefonado al servicio de emergencias.

—Es muy temprano. —Daniel estaba sorprendido, no eran más que las ocho de la mañana.

—Sí, la víctima trabaja en la EMT, su turno comenzaba a las seis de la madrugada. Siempre era puntual, y si sufría algún percance, avisaba, por ello, sus compañeros enseguida se han sentido alarmados.

—¿Sabemos algo de ella?

—Lo único que sé es que es rubia y de ojos azules, como el resto de las víctimas.

Verónica le indicó la dirección y el inspector la introdujo en el navegador del coche, para que este lo guiara por el mejor itinerario.

—Nos vemos allí. —Ambos colgaron a la vez.

Los peores temores del inspector se habían hecho realidad, estaban detrás de un asesino en serie, lo que significaba que si no encontraban ningún rastro a seguir o alguna prueba, lo único que les quedaba, era esperar a que cometiera un error en otro asesinato, y eso no se lo podían permitir, ya tenían demasiadas víctimas. Además, en breve, los medios de comunicación entrarían al trapo,

haciendo partícipe a la opinión pública, lo que llevaría consigo alarma social y el consabido desprecio hacia el trabajo policial. Como resultado, en vez de centrarse en la búsqueda de un asesino, tendrían que utilizar recursos para tranquilizar a la gente de a pie y dar explicaciones.

Al acceder a Alcalá de Henares, Daniel siguió la avenida de Madrid y dejó el coche enfrente de una gasolinera situada un poco antes de llegar a la puerta del mismo nombre. La víctima residía en la calle Cardenal Cisneros, muy cerca de allí.

La puerta de Madrid era una de las antiguas puertas de entrada a la ciudad desde la actual capital, de ahí su nombre. Al lado de la puerta, todavía quedan algunos restos de las antiguas murallas que en el pasado rodeaban la población.

El inspector pasó por debajo del gran arco, atravesó la pequeña plaza a continuación, y cogió la calle donde vivía la señorita Álvarez.

Cuando llegó al piso de la joven, Verónica ya lo aguardaba en el descansillo.

—Toma. —Fue lo único que le dijo a modo de saludo, mientras le entregaba un mono como los que usan los policías de la Científica y unos escarpines, para no contaminar el escenario del crimen, puesto que aún se estaban recogiendo muestras, huellas y tomando fotografías.

Entraron en la vivienda vistiendo el habitual mono blanco y los escarpines colocados encima de su propio calzado. Ya en el interior, se sorprendieron al comprobar que no había casi nadie en el salón. Un técnico, al ver su desconcierto, los guio hasta el cuerpo, que esta vez se encontraba en el baño.

Como en los anteriores escenarios, todo estaba ordenado y limpio. La víctima se encontraba de espaldas a ellos. Se adentraron en el enorme baño, de un tamaño sorprendente teniendo en cuenta que había varias personas trabajando sin molestarse los unos a los otros. Las paredes blancas, de azulejos tipo metro, estaban impolutas, techos altos, muebles y enseres también blancos, la decoración era fría y minimalista. Con ese ambiente níveo se conseguía resaltar más a la víctima, sentada en una silla en medio de la estancia.

Daniel se quedó contemplando la escena, intentando asociarla a un cuadro. La joven, como en el resto de asesinatos, se encontraba desnuda, esta vez su cuerpo se doblaba sobre sí mismo, apoyándose en una de sus piernas, una mano a la altura de la rodilla y la otra a la altura del tobillo. Le llamó la atención que esta vez no mostrara el vello púbico, cuando en los anteriores homicidios era el foco de atención. Creyó reconocer el cuadro, aunque había una gran diferencia, y esta vez no se trataba únicamente del color del pelo, disparidad que seguía existiendo ya que en el cuadro la mujer representada no era rubia. Había otra desigualdad remarcable, la chica asesinada estaba delgada en exceso, y la mujer

en el cuadro era algo más gruesa. Recordaba que Degas había tenido un periodo en el que pintó prostitutas, a las que dibujaba gruesas y deformes, para que encajasen en el estereotipo del momento, ya que se consideraba que durante el día permanecían ociosas, todo lo contrario que las campesinas y obreras de la época. Pero este cuadro no pertenecía a esa etapa.

—Inspector Suárez. —Daniel dejó a un lado sus conjeturas para prestar atención al forense.

—¿Qué puede decirme, doctor Mena?

—Nada que usted no sospeche a estas alturas. —El doctor negaba con la cabeza, mientras pensaba lo triste que era encontrar a tantas chicas jóvenes asesinadas, aún les quedaba mucho por vivir—. He encontrado un pequeño orificio en la axila. Me aventuraría a afirmar que ha muerto como las otras víctimas, inyección de aire en la arteria subclavia produciendo un infarto. Si ocurrió en la madrugada del domingo, lo más seguro es que no queden restos de la droga suministrada, escopolamina. En cuanto haga la autopsia, le informo.

—Gracias, doctor. —El médico salía con su maletín del cuarto de baño, cuando el inspector le dijo—: Por cierto, confírmeme si ha dado a luz.

—Por supuesto, inspector.

—¿Reconoces el cuadro? —le preguntó Verónica que había estado a su lado, atenta, pero en silencio.

—Creo que es de Edgar Degas, *Después del baño, mujer secándose la pierna*. —Verónica lo anotó para investigar la pintura—. Degas hizo varios grabados a la salida del baño, intentando conseguir notoriedad entre críticos y aficionados. Evolucionó los desnudos, otorgándoles una perspectiva de su entorno. Abandonó la forma clásica de pintar la desnudez, a favor de su propio tiempo. —Otra pintura novedosa en su época, pensó—. Su ciclo de desnudos es uno de los más conocidos de la historia de la pintura. Las mujeres no muestran escenas obscenas, muestran una sensualidad armoniosa y apacible, son retratadas en situaciones cotidianas y en poses naturales. Lo contrario a las dos escenificaciones que hemos visto en los homicidios anteriores. —Verónica se sorprendía del alto conocimiento que tenía Daniel sobre pintura.

—Como en los otros casos, no hay indicios de que forzaran la entrada, ni parece haberse llevado nada —confirmó Verónica.

Suárez ya se lo imaginaba. Echó un último vistazo al cuarto de baño, y decidió que ya había visto suficiente, esperaría al informe forense y al de la Científica.

En cuanto el inspector Suárez y la subinspectora de la Vega llegaron a comisaría,

se dirigieron al despacho del comisario. Tras llamar a la puerta, escucharon una voz grave que desde el interior les invitaba a pasar.

—Buenos días, inspectores, ¿otra víctima? —No se fue por las ramas.

—Sí, señor. Se confirma que nos encontramos ante un asesino en serie. —Aunque todos esperaban que eso no fuera así, ninguno estaba sorprendido.

—¿El mismo *modus operandi*?

—La puesta en escena es como las anteriores. Otra obra de arte, esta vez creemos que de Degas. El resto, estamos a la espera de la confirmación por parte del forense y de la Científica. —El comisario asintió. Estaba a la expectativa, conocía lo suficiente al inspector Suárez como para saber que no venía únicamente a contarle los pormenores de la escena del crimen—. Necesitamos a un especialista en perfiles psicológicos de este tipo de homicidas. —El comisario ya había pensado en ello.

—He hablado con la SAC, y les he enviado todo lo que han solicitado. Estamos a la espera de que determinen si el caso muestra las características específicas que encajan en su trabajo. —La cara de sorpresa de la subinspectora fue evidente, pero Suárez ni se inmutó, sabía guardarse sus pensamientos para sí.

—¿Están comprobando si nuestro caso encaja en su labor? ¿Cuántas veces nos enfrentamos en España a asesinos en serie? —Suárez conocía la existencia de la Sección de Análisis de Conducta, aunque todavía no había trabajado con ellos. Se encargaban de asistir a las diferentes unidades policiales, analizando cuanta información generaban en las investigaciones de delitos, fundamentalmente violentos, como asesinatos o violaciones. También estudiaban otro tipo de delincuencias, como incendios provocados, robos con violencia, e incluso, fraude fiscal. Delitos en los cuales existía un patrón de conducta.

—Lo sé, Suárez, pero me informan que están desbordados. Tú eres bueno creando perfiles. Siempre te has sabido introducir en la mente del asesino. —«Dicen que hay que ser muy perverso para meterse en la mente de un psicópata», fue lo primero que se le pasó por la cabeza al inspector al oír las palabras de su jefe. No recordaba donde había escuchado esa frase.

—Pero no soy un experto en asesinatos seriales. —La habitación quedó en silencio. Suárez tenía una idea y quería proponérsela a su jefe—. La señorita del Saz es psicóloga. Se especializó en perfiles.

—¿Quién es la señorita del Saz? —El nombre le sonaba, pero no lograba ubicarlo.

—Es la persona que encontró el cuerpo de la primera víctima.

—¿Una testigo?! —Suárez asintió. El comisario estaba sorprendido por la petición del inspector.

—He hablado con ella, y sin tener conocimiento del caso, me ha dado un

perfil muy similar al que yo había creado. Más completo. —Verónica levantó las cejas en un gesto de sorpresa que no le pasó inadvertido a Daniel, pero que este ignoró—. Si le muestro la información que tenemos, seguro que es capaz de crear un perfil que nos puede resultar de gran ayuda para encontrar a nuestro asesino.

Reyes se quedó unos segundos observando al inspector, pero no fue capaz de saber qué tenía en mente. Lo único que sabía era que, aunque en ocasiones sus propuestas se salían de toda norma, no solía equivocarse, confiaba plenamente en su criterio.

—Si piensas que puede ser útil su ayuda, no voy a ser yo quien diga que no. Tú eres el que estás a cargo de la investigación, confío en tus decisiones. —A Suárez le hizo gracia esa afirmación, sabía que si fracasaban era él el que iba a pagar el pato, pero si por el contrario encontraban al culpable, la medallita se la pondría el comisario Reyes. Estaba demasiado interesado en ascender, era una persona con muchas ambiciones.

—Gracias, señor.

—Pero espero que no haya filtraciones por su parte.

—Seguro. Ella tiene tantas ganas de atrapar al asesino como nosotros.

—De eso no me cabe duda, Suárez. Pero ya sabes que cuando alguien está implicado en el caso, no actúa de forma tan objetiva como debiera. Tenga cuidado.

—Lo tendré. —Ambos salieron del despacho sin más dilación.

La subinspectora, que se había mantenido toda la reunión en silencio, salía con cara de circunstancias.

—¿Se puede saber qué ha pasado ahí dentro? —Verónica estaba perpleja—. ¿En serio estás proponiendo que la señorita del Saz nos haga el perfil psicológico del asesino de su amiga?

—Eso mismo he propuesto. —El inspector dio el tema por zanjado, Verónica lo supo por su tono, así que no continuó con su interrogatorio, aun cuando se sentía confundida con la decisión tomada por su jefe.

Cristina estaba en su despacho, revisando algunos trabajos que le habían entregado los alumnos en su clase de primera hora de la mañana. La mayoría eran muy aburridos, ninguno de ellos hacía una exposición que sorprendiera, se limitaban a detallar lo que ya habían dicho otros. Estaba frustrada, creía que les hacía pensar, cosechar sus propias teorías, por lo menos esa impresión le daban cuando impartía la asignatura, y sin embargo, lo que se estaba encontrando eran aclaraciones basadas en citas de reputados psicólogos. Cuando trataban algún

tema en el aula, en muchas ocasiones deliberaban sobre él, y algunos argumentos que planteaban eran brillantes, pero en sus ensayos eso no quedaba plasmado, no entendía el porqué.

Cuando escuchó que alguien llamaba a su puerta, agradeció la interrupción, necesitaba un descanso o acabaría muy enfadada con los estudiantes.

—Adelante. —Quien entró en la habitación fue Javi, que como era habitual en él, lucía una gran sonrisa.

—Como sé que hoy te tocaba un sándwich de máquina, he pensado en modificar tu conducta alimentaria trayendo comida china. —Levantó la bolsa de plástico que llevaba en la mano, confirmándole que no estaba de broma. Se sentó enfrente de ella y empezó a sacar los recipientes, mientras Cristina, rápidamente apartaba los trabajos de la mesa, para evitar que se mancharan con esos envases grasientos.

—Huele que alimenta —le reconoció.

—Pues mejor sabrá. —Cristina acostumbraba a llevar tartera al trabajo con la comida casera que se cocinaba la noche anterior, pero con los últimos acontecimientos, ya no le daba tiempo, se pasaba el rato que no estaba en la Facultad, chateando con desconocidos y quedando con ellos.

—A ti te pasa algo. —A Cristina no se le escapó la alegría que irradiaba ese día su amigo. Era una persona muy positiva y siempre estaba sonriendo, pero hoy era diferente, aunque no hubiera sabido decir en qué.

—No se te pasa ni una. —Se metió unos tallarines en la boca antes de comenzar a relatarle sus novedades. Mientras, ella hacía lo mismo, deseosa de saber lo que tenía que contarle—. El sábado quedé con Marisol.

Marisol era profesora en la Facultad de Derecho de la Autónoma, a un par de calles de la Facultad de Psicología. Habían coincidido en eventos, tenían amigos comunes y Cristina siempre le había animado para que la invitara a salir, puesto que notaba que entre ellos había cierta química, de hecho, había que estar ciego para no darse cuenta de ello.

—¿Y?

—Fue genial. Nos reímos y hablamos de multitud de temas. Coincidimos en muchos *hobbies*, tenemos muchas cosas en común. Estuve muy a gusto con ella toda la velada.

—Me alegro un montón por ambos.

—Y yo me alegro de que me animaras a invitarla a salir. Bueno, mejor dicho, que me convencieras después de insistir tanto. —Cristina sonrió, sabía que había sido un poco pesada, pero ahora eso no importaba, se le veía muy contento y ella estaba encantada. Hacía casi un año que había roto con su prometida y eso le había afectado mucho, sobre todo le había minado la

confianza en las mujeres. A diferencia de ella, él sí lo había superado, y tenía que reconocer que se sentía feliz por él. Se lo merecía.

—Al menos dejarán de pensar en la Facultad que somos pareja. Estoy hasta las narices de los rumores por parte del profesorado... y del alumnado. —Javi soltó una carcajada.

—Pues a mí me encanta ser el centro de los cotilleos. Eso demuestra lo aburridas que son sus vidas.

—Supongo que tienes razón. —Ambos rieron.

Fueron interrumpidos por unos fuertes golpes en la puerta.

—Adelante. —Cristina no sabía quién podía ser, puesto que ninguno de sus alumnos había concretado una cita con ella y no estaba en horario de tutorías. Cuando miró por encima del hombro de Javi, su sorpresa fue mayúscula, Daniel entraba a su despacho acompañado de la subinspectora de la Vega. Sin darse cuenta, su rostro se iluminó con una gran sonrisa—. Buenos días, ¿en qué puedo ayudarlos?

—Buenos días, señorita del Saz, señor Núñez. —Verónica miró a su compañero sorprendida porque conociera al hombre que estaba comiendo con la psicóloga.

—Soy Javier Núñez. —Se levantó presentándose y tendiéndole la mano a la subinspectora.

—Subinspectora de la Vega.

—Creo que es mejor que me vaya. Luego te veo, Cris. —Ella ya estaba recogiendo los recipientes de comida de la mesa y guardándolos en la misma bolsa en la que habían venido.

—Síéntense. —Les ofreció a ambos, por lo que obedientemente se sentaron en sendas sillas, enfrente de ella, al otro lado de la mesa.

—Tenemos que proponerle algo que no es habitual en las investigaciones policiales. —El inspector Suárez fue al grano—. Agradeceríamos que nos hiciera un perfil psicológico del asesino.

—Creía haberlo hecho ya.

—Necesitamos un perfil más completo.

—No puedo establecer un perfil más completo con la información de la que dispongo.

—Por eso hemos venido. Le estoy ofreciendo la información que necesite. —Cristina miró con interés a Daniel—. Los perfiladores con los que contamos están saturados de trabajo y no pueden colaborar en nuestra investigación tanto como nos gustaría, por lo que hemos pensado que nos podría echar una mano. Como comprenderá, la información que le facilitaremos es confidencial y no puede salir de comisaría. Nos gustaría reunirnos con usted para exponerle lo que

tenemos hasta ahora, analizarlo de forma conjunta, y responder a las preguntas que le puedan surgir. Con todo ello, nos gustaría que nos diera un perfil de la persona que buscamos, lo más detallado posible.

—¿Están pidiéndome que participe activamente en el caso?

—Le estamos solicitando colaboración. —Cristina lo pensó unos segundos, era, desde luego, una oferta que no quería rechazar, pero todavía se acordaba cuando al salir de la Facultad comenzó a trabajar en su especialidad, le resultó tan duro, que decidió dejar esa rama y volcarse en la enseñanza. Y ahora sería aún peor, puesto que una de las víctimas era Vicky. Pero tenía que enfrentarse a sus miedos, y hacer todo lo posible por encontrar a ese cabrón. Quizás, así ayudara más que quedando con desconocidos, de los que no sacaba nada en limpio.

—Creía que la gente que colaboraba o participaba en una investigación, no debía estar involucrada en el caso. Y yo lo estoy. —Cristina notó cómo la subinspectora asentía confirmando lo que acababa de decir.

—Como decía, es algo excepcional. —Daniel le mantenía la mirada mientras ella sopesaba la respuesta.

—De acuerdo. Acepto. —Cristina se levantó de la mesa y les tendió a ambos la mano, dando por zanjado el asunto.

Los inspectores caminaban por el campus de Cantoblanco en dirección a su coche. Aun con el frío que hacía, había estudiantes sentados en el césped, charlando, o revisando apuntes. El inspector se sintió como en casa, y sus recuerdos de juventud, de la época en la que estudió en la Autónoma, le llegaron atropelladamente a la memoria. Primero, se acordó de la primera vez que estuvo allí, todo nervioso, para examinarse de la Selectividad en una de las aulas, aún recordaba el desasosiego, y en algunos casos histerismo, reinante en el ambiente. Todos repasando una y otra vez los apuntes que ya habían sido estudiados tantas veces. Tres días al completo sufriendo ansiedad por un examen tras otro, para obtener nota suficiente para estudiar la carrera deseada. Él había estudiado en la Universidad de Ciencias Económicas y Empresariales, fueron tiempos de mucho esfuerzo y mucho estrés, sobre todo en época de exámenes, pero también recordaba aquellos años como los mejores de su vida. De aquella época rememoraba las fiestas universitarias, sobre todo la fiesta de la primavera que se celebraba en ese mismo lugar. Recordaba un año en el que los estudiantes, que iban con alguna copa de más, se habían cargado los cristales en la estación de tren. También le vinieron a la cabeza, las salidas con amigos, las chicas, y Cruz, que se volvió a cruzar en sus pensamientos, aunque los borró de inmediato para

volver al presente.

—¿Sabes cuál es el lema de la Universidad? —le preguntó a la subinspectora, quien lo miró sin saber a qué venía el comentario, sacándola de sus cavilaciones, centradas en su compañero y en la señorita del Saz.

—No, no tengo ni idea. —Resopló levemente, demostrándole que no le interesaba ni lo más mínimo. De todas formas, él la ignoró.

—*Quid Ultra Faciam?* ¿Qué más debo hacer?

—Ah. —A Verónica no le interesaban nada esas curiosidades, le parecían información inútil.

Por este motivo, Daniel no le comentó lo que sabía sobre la Universidad, datos que a él le resultaban fascinantes. Se preguntó, si Cristina sería de su misma opinión, o como a su compañera, le resultaría información superflua. Había leído que su emplazamiento, en el norte de Madrid, fuera de la ciudad, no había sido casual, había sido motivado para dispersar de forma sencilla a los estudiantes en sus protestas en contra del régimen de Francisco Franco. Llegado el momento, podría ser tomada por las fuerzas de seguridad de forma sencilla. Las Facultades más antiguas del campus, como en la que había estudiado él, tenían una estructura interna en forma de V, diseñada también para contener a los universitarios.

La vibración del móvil en sus pantalones le sacó de sus pensamientos.

—Inspector Suárez.

—Jefe, entra en la versión *online* de las noticias. Hay un nuevo artículo escrito por Fernando Montes.

El inspector colgó el teléfono, y tal y como le acababa de decir Candelas, entró en la web del periódico en el que trabajaba el periodista, ante la curiosidad de su compañera que no sabía qué estaba buscando con tanto interés. Cuando la página se cargó, no se podía creer los grandes titulares que aparecían: «Nueva víctima. ¿Nos enfrentamos a un asesino en serie?». Las fotografías de las tres jóvenes asesinadas se mostraban bajo el titular. Le enseñó el móvil a la subinspectora, quien abrió la boca asombrada.

—¿Cómo lo ha sabido? Si hemos encontrado el tercer cuerpo hace pocas horas.

—No lo sé, pero esa es una de las primeras cosas que vamos a averiguar en cuanto lleguemos a comisaría. No me puedo creer que haya filtraciones en el departamento, solo conocemos el caso unos pocos. —Suárez comenzó a leer la noticia apresuradamente, mientras su compañera la buscaba en su propio móvil—. ¡Hijo de puta!

La subinspectora levantó la cabeza para ver qué había visto que tanto le había afectado, pero él no dijo nada, sin embargo, su cara de cabreo lo decía

todo. Daniel comenzó a andar a paso rápido, en silencio, mientras Verónica, aun con las piernas tan largas que tenía, no era capaz de seguirlo, tuvo que empezar a correr para mantenerse a su altura.

En cuanto llegaron al coche, el inspector tiró el abrigo al asiento de atrás de forma violenta y a toda prisa arrancó. Verónica sentada a su lado, esperaba una explicación.

—Ha publicado el *modus operandi* del asesino. Sabe lo del burundanga y la inyección de aire que les provoca un infarto cardiaco a las víctimas. —Daniel enfiló hacia el Instituto Anatómico Forense, convencido de que la fuga se debía de encontrar allí.

Verónica, mientras llegaban, comenzó a leer la noticia del periódico. Esta contenía información confidencial que no se podía imaginar de dónde la habría obtenido Montes, era demasiado detallada.

—Por lo menos, todavía no ha salido a la luz toda la parafernalia que monta en los distintos escenarios de los crímenes. —Daniel miró a su compañera. Si las miradas mataran, pensó ella, hubiera caído fulminada en ese mismo instante. Así que decidió quedarse calladita, hasta que su jefe se tranquilizara.

Al llegar a la sala de autopsias, sin saludar a nadie de los presentes, se dirigieron directamente hacia la mesa en la que el doctor Mena estaba practicando la autopsia a Berta Álvarez, la víctima que habían encontrado hacía escasas horas. El médico no levantó la cabeza cuando notó la presencia de los inspectores a su lado, atento a algo que observaba en el microscopio, aunque sí les pasó la vaselina mentolada que guardaba en el bolsillo de su bata blanca.

—Sé lo que me va a preguntar, Suárez. Y no, de aquí no ha salido la filtración. —Tanto él, como todo su equipo, habían visto la noticia en internet. Uno de los técnicos la había encontrado cuando leía el periódico en un descanso que se había tomado para comer un sándwich—. Hemos sido cuidadosos, de aquí no ha salido ninguna información, todo mi equipo estaba advertido de lo reservado del caso, y yo respondo por ellos. —Levantó la cabeza de su labor. Como se imaginaba, aun cuando Suárez mantenía un gesto tranquilo, el brillo de ira de sus ojos lo decía todo, estaba sopesando sus palabras.

—De acuerdo. Confío en su palabra, doctor. Tendré que buscar en otra parte el agujero por donde fluyen todos esos datos.

—Me alegra oír eso. Pero supongo que no solo han venido a echarme la culpa de las filtraciones. —El inspector sonrió por el descaro del doctor—. Estamos terminando con la autopsia, y ya les puedo confirmar, que como el resto de las víctimas, ha muerto por una inyección de aire en la arteria subclavia que le

produjo un infarto cardiovascular. Aún estamos esperando los análisis realizados al contenido de la vejiga, sin embargo, como le dije esta mañana, inspector, es poco probable que encontremos restos de escopolamina, puesto que es una droga que desaparece del organismo en pocas horas. —Suárez abrió la boca para preguntar, pero el médico se adelantó—. Sí, inspector, tenía razón, esta víctima también ha dado a luz.

—Me lo imaginaba. ¿Algo más, doctor?

—Como en las otras dos víctimas no hay hematomas vaginales ni presencia de semen ni de espermicidas. —Suárez asentía, era demasiado cuidadoso, se preguntaba si no iban a encontrar nunca ninguna prueba. Estaba dándose la vuelta para marcharse, cuando escuchó que el doctor continuaba—. No se vaya, inspector, esta vez el asesino ha cometido un pequeño error. —Daniel no se lo esperaba, se quedó atónito al escuchar las palabras del forense, ¿era posible que tuvieran alguna evidencia con la que encontrar al asesino y alguna prueba para detenerlo?

—Cuéntenos, doctor, ¿qué ha encontrado?

—Esta vez la chica se defendió.

—¿No había sido drogada?

—Como ya le he dicho, no vamos a encontrar restos de escopolamina en su cuerpo, de todas formas, me atrevería a aventurar, que como al resto, le administró esa misma sustancia. La diferencia es, que en el estómago de la señorita Álvarez hemos encontrado kakadu.

—¿Kakadu? —El inspector no tenía ni idea de qué era eso.

—Kakadu o *Terminalia Ferdinandiana*, que es su nombre científico. Es una fruta original de Australia con un excepcional contenido en vitamina C. Puede contener hasta cinco gramos de esta vitamina por cien gramos de fruto, es decir, cien veces más que una naranja.

—¿Y eso qué tiene que ver con que la víctima se defendiera? —preguntó la subinspectora que no entendía el derrotero que estaba tomando la conversación.

—La vitamina C expelle la droga del organismo, ya que incrementa la eliminación de los alcaloides por el mecanismo de acidificación de la orina.

—Por lo que cuando llegaron a su casa, es muy probable que hubiera desechado parte de la droga del organismo. —dedujo Daniel hablando para sí mismo.

—Eso es, Suárez.

—¿Y qué es lo que tenemos? —Por primera vez desde que los asesinatos habían comenzado, el inspector respiró esperanzado.

—Pues parece ser que la víctima luchó cuando le fue a poner la inyección. Hay señales de un fuerte golpe previo en la sien, a causa de un puñetazo, que le

hizo perder el sentido. —El inspector no había visto ninguna marca en la víctima cuando la estudió en el cuarto de baño de su casa—. El asesino cubrió con maquillaje el golpe.

—Para que no hubiera fallos en su preciosa obra de arte.

—Eso es lo que pienso yo, Suárez. Pero hay más. En la lucha, la víctima lo arañó, y aunque el asesino se encargó de limpiar debajo de las uñas de la joven, hemos logrado encontrar una muestra de piel, que creemos que la víctima consiguió arrancarle en el forcejeo.

—Entonces podemos conseguir una muestra de ADN. —El médico asintió.

—Inspector, tráigame a un sospechoso y yo le diré si es el asesino.

—Gracias, doctor, ya sabe, esto... —El médico levantó la mano interrumpiéndole.

—Lo sé, inspector, y no se preocupe, esta información no va a salir de aquí.

Los policías salieron del Instituto con un optimismo que no habían sentido en las últimas semanas, por fin tenían una prueba que podía identificar al asesino, ahora solo tenían que hacer su trabajo y encontrarlo.

—Daniel, he encontrado algo. —El inspector estaba de pie, apoyado sobre su mesa, con los brazos cruzados en el pecho, concentrado en las anotaciones escritas en la pizarra. Al oír a su compañera, se giró interesado en lo que tuviera que decirle. La subinspectora, al otro lado del escritorio, mostraba gesto de satisfacción. Portaba una carpeta entre las manos que estaba deseando enseñarle.

—Cuéntame, tienes toda mi atención.

—Como me pediste, he indagado sobre los homicidios sin resolver que se han producido en Barcelona en los últimos años. Tengo un buen amigo trabajando allí, nos conocimos en la academia, y gracias a él he conseguido mucha de esta información. —La sonrisa pícaro de la subinspectora indicaba que habían sido algo más que amigos.

—Al grano, subinspectora. —Verónica dejó la carpeta encima de la mesa y la abrió para que su jefe pudiera ver su contenido.

—Me ha pasado los pocos homicidios que existen sin resolver, cuyas víctimas eran mujeres de entre veinte y cuarenta años. Y *voilà*, entre ellos he encontrado tres víctimas que cumplen el *modus operandi* de nuestro psicópata. —Cuando Suárez se enteró de que Victoria Alonso había dado a luz en Barcelona a su bebé, su instinto le había dicho que tendría que empezar por ahí.

—¿A qué te refieres? —Verónica le mostró tres fotos de tres escenarios diferentes. Tres mujeres rubias, tres mujeres jóvenes, tres mujeres desnudas en posiciones variadas. Supuso que todas ellas tendrían los ojos azules, aunque en

las fotografías no se apreciaba ese detalle. Eso demostraba que el asesino ya había asesinado antes, se preguntó cuántas víctimas habría. Por fin las pesquisas empezaban a dar sus frutos, pensó Daniel.

Se fijó en sus posturas e intentó asociar todas ellas a obras de pintores conocidos, estaba seguro de que lo que representaban era alguna vieja pintura.

En una de las fotos, la chica aparecía encogida, en posición fetal, con muchas telas muy coloridas y brillantes a su alrededor, escenificando un conocido cuadro de Gustav Klimt, *La Lluvia Dorada, Dánae*. Otra de las chicas, tal y como habían encontrado esa misma mañana a Berta Álvarez, se encontraba en el cuarto de baño, sentada en una silla, su cuerpo doblado sobre sí mismo, uno de los brazos encogido entre sus piernas y su pecho, y el otro brazo sobre uno de sus pies, como si estuviera secándose. Daniel, también reconoció la pintura, otro grabado de Degas de la misma serie, *Después del baño, mujer secándose los pies*. Y por último, la otra fotografía mostraba a una joven reclinada sobre unos almohadones y una manta verde, las piernas encogidas, un brazo estirado y el otro apoyado sobre la frente, le costó algo más de tiempo, pero de repente le vino a la mente, era de Picasso, *Desnudo de mujer reclinada*.

—¿Y la policía no detectó la relación entre estos asesinatos?

—Bueno, ya sabes los problemas que hay debido a las competencias entre los distintos cuerpos policiales. —El inspector lo sabía perfectamente, todos querían ponerse la medalla por la resolución de los casos, y por este motivo, había falta de comunicación—. Además, la diferencia temporal entre los homicidios es mayor que la que está aplicando aquí de una semana. Entre estos casos hay un año de diferencia, la última fue encontrada hace dos. —Señaló a la que representaba el cuadro de Picasso—. Y por si fuera poco, no todos los asesinatos se produjeron en Barcelona, solo el primero. —Ahora señaló a la chica que estaba colocada en posición fetal—. El segundo ocurrió en Girona, y el tercero en Lleida.

—Estaba practicando. Ahora ya se ha perfeccionado. —Fue un pensamiento dicho en voz alta.

—¿Sabes qué cuadros son? —preguntó Verónica, imaginándose que él ya los habría reconocido.

—Este es de Degas, es de la misma serie que el que nos hemos encontrado esta mañana en casa de la señorita Berta Álvarez. Este otro, es de Picasso. —Señaló a la chica recostada en los almohadones—. Picasso no hacía distinciones entre mujer, modelo y amante, mostraba los planteamientos estéticos de su tiempo, y a su esfera íntima y personal. Decía: «El arte es peligroso, el arte no es casto; no están hechos para el arte los inocentes ignorantes. El arte que es casto no es arte» —le explicó a Verónica.

—Otra vez nos habla de lo impúdico e indecente. ¿Y el tercero?

—*Dánae* de Klimt. Uno de los cuadros más conocidos del pintor. Inspirado en la mitología griega, un tema que no es muy habitual en sus pinturas.

—¿Mitología? —El inspector asintió.

—*Danae* era hija de Acrisio, el rey de Argos —comenzó a relatar la leyenda—. El oráculo había pronosticado que el hijo de *Danae* mataría a Acrisio, por lo que este, para que no se cumpliera la profecía, encerró a su hija en una torre de bronce, al cuidado de una anciana, alejada del mundo. Sin embargo, Acrisio no pudo evitar que su hija fuera seducida por Zeus, quien convertido en lluvia de oro, engendró en *Danae* un hijo, el recién nacido sería llamado Perseo. Cuando el rey se enteró de la noticia, se negó a creer que su nieto había sido concebido por un dios, por lo que encerró a madre e hijo en un cofre, para luego arrojarlo al mar. Zeus los protegió, haciendo que llegaran sanos y salvos hasta la isla de Séfiros. Dictis, hermano del tirano rey de la isla, Polidectes, los refugió, y cuidó de Perseo como si fuera su propio hijo. Polidectes intentó conquistar a *Danae*, y para ello, envió a Perseo a por la cabeza de Medusa. Cuando este regresó, se encontró a su madre y a Dictis pidiendo clemencia, debido a que ella no correspondía el amor del rey. Al darse cuenta de todo lo que había ocurrido en su ausencia, Perseo utilizó la cabeza para convertir en piedra a Polidectes y a sus servidores. Después de que Dictis se convirtiera en el nuevo rey de la isla, *Danae* y su hijo regresaron a Argos, donde Perseo finalmente acabó con la vida de su abuelo Acrisio, aunque de manera accidental.

—¿Hay algo de lo que no sepas?

—De muchas cosas. —Le guiñó un ojo a su compañera—. De todas formas, reconozco que quien sabía de mitología era Cruz, yo solo conozco unas pocas historias. —El inspector suspiró y volvió a centrar su atención en el escenario del crimen—. La postura de *Dánae* acentúa el erotismo y la sexualidad en el momento de la seducción, recibiendo en su sexo la lluvia de oro que permitiría engendrar a Perseo. —En la fotografía aparecía un haz de luz sobre el pubis de la víctima.

—¿Crees que es un flash?

—O quizás un foco. Sea lo que fuere, seguro que lo dejó el asesino para mostrar la lluvia de oro.

—Esta obra entonces no es obscena, como el resto. Está mostrando la concepción de Perseo. —Daniel se quedó pensando en lo que acababa de decir la subinspectora.

—Creo que el asesino no nos muestra obscenidad, sino que quiere que veamos el erotismo y la sensualidad de la mujer.

—¿Significará algo?

—Seguro que Freud tendría alguna teoría —dijo el inspector encogiéndose de hombros, él, desde luego, tenía unas cuantas.

El inspector Suárez llegó a su casa sintiéndose derrotado y agotado después de otro largo día de trabajo. Esa misma tarde, había reunido a su equipo para hablar de las filtraciones, y todos le habían confirmado lo que él ya sabía, de ellos no había salido ninguna información. No habían hablado con nadie, no habían mencionado nada sobre el caso a la gente externa a él, ni siquiera a los familiares más allegados. Y él lo creía.

Aún seguía muy cabreado con Montes por haber divulgado información tan relevante, estaba preocupado porque aparecieran imitadores. Lo único que le faltaba es que se produjeran asesinatos similares debidos a casos de violencia de género, intentado copiar el *modus operandi* del asesino, para quitarse el muerto de encima. Sabía que serían fáciles de distinguir, toda la escenificación del lugar del crimen no se había hecho pública, todavía. Pero si sucedía esta hipotética situación, les haría perder el tiempo, abriendo demasiadas investigaciones paralelas, y facilitándole la labor al psicópata que buscaban.

Dejó la chaqueta del traje en el respaldo de una silla, se tumbó en el sofá del salón y encendió el televisor. Estuvo haciendo un rato *zapping*, hasta que dejó un canal cualquiera, no tenía ningún interés en lo que a esas horas se emitía. Intentó relajarse un rato, masajéandose las sienes y no pensando en nada, hasta que escuchó el rugir de sus tripas, recordándole que ese día no había parado a comer. Verónica le había llevado un bocadillo del bar de Antonio, pero apenas le había dado un par de bocados, al irse lo había tenido que tirar a la basura, porque, después de tantas horas encima de la mesa, la pinta que mostraba era de todo, menos apetitosa.

Abrió el congelador y sacó uno de los platos preparados que allí guardaba, se decantó por un arroz tres delicias. Lo introdujo en el microondas el tiempo que indicaba la caja y fue a cambiarse mientras se calentaba. Se vistió con los pantalones del pijama y una camiseta blanca, y se sentó en el salón mientras se terminaba de hacer la cena. En ese momento, le sonó el móvil, su pantalla le anunciaba que era Cristina. «Algo bueno para terminar el día».

—¿Inspector Suárez? —preguntó ella, antes de que a él le diera tiempo a contestar.

—Buenas noches, Cristina.

—Creía que teníamos que comportarnos como dos desconocidos. —El inspector mostró una mohína sonrisa, que ella al otro lado de la línea no pudo advertir.

—Ahora no hay nadie que nos escuche.

—Prefiero mantener las distancias en todo momento, inspector. —Entendía perfectamente su comportamiento.

—Pues que así sea. Señorita del Saz, cuénteme a qué debo el placer de su llamada. —Él sonrió por la ironía, sobre todo al escuchar el suave bufido que emitió ella.

—Mañana tengo un hueco en mi agenda. La primera clase no la imparto hasta después de comer, por lo que puedo acercarme a comisaría.

—Eso es magnífico. Dígame a qué hora puede estar allí y le tendré todo preparado.

—A la que usted me diga, inspector.

—¿Le parece bien a las nueve de la mañana? —A esas horas, él ya llevaría algún tiempo allí, por lo que le daría tiempo a tener preparada la documentación que iba a necesitar. Desde que se había encontrado a la primera víctima, casi no había podido conciliar el sueño, desde el principio, supo que ese asesino no se iba a detener, por lo que era el primero en llegar a su puesto.

—Las nueve me parece perfecto. Buenas noches, inspector.

—Buenas noches, Cristina. —Ella ya había colgado.

Martes, 14 de marzo

Cristina conocía el camino para encontrarse con el inspector, así que se dirigió hacia el ascensor del edificio. Lo tenía grabado en su cabeza a fuego de cuando había tenido que ir a declarar, hacía ya un par de semanas, y eso que otras muchas situaciones de aquellos días se mostraban borrosas entre sus recuerdos, como si hubieran ocurrido en otra vida.

Le resultó curioso lo peculiar que era la mente humana, aun estando en estado de *shock*, había cosas que recordaba tan claramente como si hubieran ocurrido el día anterior. Sin embargo, apenas recordaba más que unos *flashes* del momento en que declaró sobre lo ocurrido.

Aun habiendo quedado a las nueve, no había dormido bien, por lo que se había adelantado casi una hora. Había pensado en tomar un café mientras hacía tiempo en alguna cafetería cercana, pero decidió probar suerte primero. Había bastante movimiento en la comisaría, cosa que le sorprendió por lo temprano de la hora, pensó que sería el turno de noche.

Cuando llegó a la mesa del policía, se lo encontró absorto leyendo documentos, sorprendida de que ya estuviera trabajando.

—Buenos días, inspector. —Daniel levantó la cabeza, sobresaltado por la interrupción. Miró el reloj que había en la pared, confirmando lo que ya se imaginaba, había llegado mucho más temprano de la hora prefijada—. Espero que no le moleste que haya llegado antes, no podía dormir y pensé que, quizás, podríamos comenzar. —Cristina miró a su alrededor, casi todas las mesas estaban vacías.

—Señorita del Saz, claro que no es problema. Así, no nos interrumpirán. —Daniel se dio cuenta de que no era el único que no podía dormir, y estaba seguro de que la causa de ambos era la misma. Se levantó de la silla y con un leve gesto de la mano, le indicó que lo siguiera—. Tengo todo preparado.

Se dirigieron a una sala con una gran mesa y sillas alrededor, Cristina supuso que era una sala de reuniones. Como le había dicho el inspector, encima de la mesa había varias carpetas, formando pequeñas montañas.

Se sentó en la silla que le ofreció Daniel, y él se colocó a su lado. Al ir a coger una de las carpetas para mostrársela a ella, Cristina percibió el sutil olor que desprendía, y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Antes de comenzar, quiero recordarle que toda esta información es confidencial, por lo que no puede divulgarla. Incluido el señor Núñez. —El

inspector esperó una confirmación, y cuando Cristina movió la cabeza en gesto de asentimiento, continuó—. Aquí están las tres víctimas. Si no puede tolerar las imágenes, por favor, dígamelo y pasamos a otro informe o hacemos un descanso, lo que usted prefiera. —Las fotografías de las víctimas representando un cuadro, quedaron expuestas encima de la mesa, donde Daniel le detalló todo lo que habían encontrado sobre los pintores y sus obras. Le contó el *modus operandi* del asesino, algunos datos ya los conocía por lo que había leído en la prensa del día anterior. Le habló sobre los interrogatorios realizados a algunos de los contactos de internet de las dos primeras víctimas. A Cristina se le erizó el vello al notar que algunos de los hombres del listado, habían cenado con ella—. Si quiere la dejo sola el tiempo que considere necesario para ponerse al día.

—Gracias. —Cristina le sonrió agradecida, necesitaba ese tiempo para ordenar en su cabeza toda la información recibida. Mientras el inspector se levantaba, ella sacó de su bolso un cuaderno y un bolígrafo, preparada para tomar notas de lo que le resultara más significativo.

Suárez salió de la habitación, dejando a la psicóloga muy atareada. Esperaba no estar cometiendo un error, y que lo que estaba haciendo no fuera un sinsentido.

Una hora más tarde, se sirvió un café de la máquina, y cogió otro para Cristina, llevaba largo rato encerrada en la sala de reuniones. Cuando entró en la habitación, contempló cómo revisaba la información y la gestionaba como alguien habituado a tratar con mucha documentación, supuso que eso mismo haría en sus trabajos de investigación. Se había recogido su larga melena morena en un moño que sujetaba con un bolígrafo, y colocado unas gafas de pasta, con sus vaqueros y el jersey de punto que vestía, podía pasar por una estudiante. El inspector dio unos toques a la puerta para hacerse notar, ella estaba tan concentrada en su labor que no se había percatado de que estaba siendo observada.

—Te he traído un café. —La tuteó a propósito.

—Gracias. —Ni siquiera levantó la cabeza de los papeles, así que Daniel se acercó y le dejó el café lo suficientemente cerca para que lo pudiera coger, pero lo suficientemente apartado para que no se desparramara sobre la documentación.

—¿Cómo lo llevas? —Fue entonces cuando advirtió dónde se encontraba y con quién, así que levantó la cabeza para prestarle atención.

—Perdona, es que cuando me involucro en un trabajo o una investigación, no existe otra cosa a mi alrededor. —Cogió el café y le dio un sorbo, poniendo cara de asco—. ¡Está horrible!

—Sí, lo siento, es lo que tenemos.

—Pensé que querías envenenarme. —Ella le sonrió.

—Hoy estamos más agradable. —Aún recordaba la conversación del día anterior. A ella se le subieron los colores a las mejillas recordando lo borde que había sido.

—Ya tengo un perfil más o menos formado, déjame unos minutos y te aviso. —Él asintió y la dejó trabajando.

Cristina ya había analizado bastante a fondo al homicida gracias al asesinato de su amiga. Había supuesto que el resto de víctimas habían tenido una muerte similar, y las dudas que podía tener habían sido resueltas con todos los dosieres que tenía delante. Continuó anotando los puntos que más le habían llamado la atención, y veinte minutos más tarde, decidió que ya era hora de ir a buscar al inspector para exponerle un perfil, que esperaba le sirviera de algo a la policía. Cuando estaba a punto de salir de la habitación, se abrió la puerta, y el inspector accedió al interior.

—Iba a buscarte.

Ambos se sentaron. Daniel enfrente de ella, no quería incomodarla, y la verdad que él tampoco quería estar demasiado cerca, tenía que tener claras sus ideas, y cuando estaba a su lado, su mente divagaba por otros derroteros mucho más placenteros.

—Este tipo de psicópatas han pasado por algún episodio agresivo en su infancia, y están marcados por modelos educativos centrados en un ambiente desestructurado que les marca para toda la vida, es decir, han sufrido abusos, algún tipo de crueldad o han sufrido el rechazo paterno, por ejemplo.

»Son grandes manipuladores. Se basan en el engaño y muestran al exterior lo que en realidad no son para poder ganarse la confianza de sus víctimas.

»Carecen de remordimientos y de cualquier tipo de sentimiento de culpa, se les define como grandes depredadores sociales. Solo están interesados en sus necesidades inmediatas sin tener en cuenta el daño que causan. No se arrepienten nunca de lo que hacen.

»Veamos, más específicamente. El sujeto es de raza blanca. Los asesinos en serie son generalmente hombres blancos y suelen matar a personas de su propia raza —explicó.

»Es un asesino organizado. Estos sujetos presentan trastornos de personalidad.

»Ha crecido en un ambiente normal de cara al exterior, pero si se analiza la infancia, en esta etapa, generalmente, han sufrido traumas.

»Su coeficiente intelectual es alto, por encima de la media. Los asesinos en serie organizados suelen superar una puntuación de ciento cinco.

—¿Es posible que haya estudiado más de una carrera? —Cristina se quedó

pensando en la observación del inspector.

—Sí, es viable. Por ejemplo, Ted Bundy comenzó estudiando Psicología para luego estudiar Derecho. —Daniel asintió. En un principio, habían pensado que el asesino era médico o tenía una profesión similar debido a su *modus operandi*, pero esto les abría otras posibilidades.

—El sujeto está bien visto en la sociedad, su carácter manipulador le ayuda a lograr esa posición. —Cristina continuó con su planteamiento—. Pertenece, por tanto, a una clase media alta, con solvencia económica. Es muy probable que esté casado o tenga pareja o que haya estado casado o haya tenido pareja.

»Tiene entre treinta y cuarenta años. Como decía, su *modus operandi* es organizado, lo cual implica que no es impulsivo, elabora un plan antes de matar. Lleva el arma con la que matará.

»El patrón hacia la víctima está determinado por la ira, provocada por alguna experiencia traumática vivida en la infancia, de forma que identifica a la víctima con características comunes al origen de su trauma, como por ejemplo, algún tipo de distorsión de alguna situación relacionada con la madre o con la novia.

—Estoy de acuerdo contigo. Todas las víctimas han dado en adopción a su bebé. Creo que su madre lo abandonó. —Cristina asintió.

—Le gusta observar el sufrimiento de la víctima antes de matarla, o bien causando daño físico o comentándole qué es lo que va a hacer con ella. Lo hace con el objetivo de observar y disfrutar de su expresión de terror. No siente empatía por el sufrimiento de los demás. Muchos psicópatas obtienen placer sexual mientras someten a la víctima. —Cristina no quería pensar en el terror que debió de padecer Vicky mientras el asesino precisaba con todo lujo de detalles lo que le tenía preparado. Al no haberse producido daño físico, tal y como se reflejaba en la autopsia, se imaginó al asesino contándole paso a paso cómo iba a matarla, y ella sabía que el daño psicológico, el pavor al saber que tu vida se acaba, podía ser aún peor. Había víctimas que morían al sentir una emoción tan intensa como el miedo, lo que se conoce como muerte súbita. No se había dado cuenta de que estaba llorando, hasta que sintió cómo el líquido caliente de las lágrimas le corría por las mejillas.

—¿Quieres que hagamos un descanso? —Daniel sabía que lo que estaba haciendo tenía que afectarle sobre manera. En ese momento, sintió una gran admiración por su fuerza interior.

—No, perdona. —Se secó la cara con la palma de la mano, en un gesto rápido e incómodo por estar llorando delante del inspector, y continuó. Sabía que era su oportunidad para ayudar a encontrar al cabrón que le había hecho eso a su amiga, ya lloraría más adelante, ahora no podía permitírselo.

»Al ser tan organizado es capaz de eliminar las pruebas. —Daniel recordó lo que el forense le había dicho el día anterior «El asesino se encargó de limpiar debajo de las uñas de la chica».

»Estos homicidas son fetichistas, se llevan alguna prenda de la víctima para recordarla, una pulsera o un anillo suele ser lo más habitual. Tienen un rincón, una especie de altar donde dejar estos trofeos o bienes.

—Las fotografías de sus obras de arte —dijo Daniel en un susurro y ella lo confirmó con un leve gesto de la cabeza.

—Les gusta seguir la investigación, por lo cual no es raro que se involucren, e incluso, que aporten pruebas. —Iba a continuar con su exposición, pero el inspector le levantó la mano para indicarle que se detuviera.

—Espera. Repite eso.

—¿El qué? ¿Que siguen la investigación y pueden llegar a involucrarse?

—No, lo otro.

—Es posible que aporten pruebas.

—Exacto. —Daniel se levantó de su silla, se acercó a Cristina, le cogió la cara con ambas manos y le dio un sonoro beso en los labios. Estaba eufórico. Ella no sabía lo que le ocurría, pero se sentía contagiada por su estado, quizás hubiera encontrado una pista importante gracias a su ayuda.

El inspector cogió el teléfono de la mesa y marcó una extensión. Unos instantes después, uno de los inspectores llamaba a la puerta y entraba a la sala.

—Huertas. La señorita del Saz me comentaba que el asesino es probable que aporte pruebas en la investigación. —El inspector levantó las cejas sorprendido, sabía a dónde quería ir a parar su jefe—. Sabemos que no existen filtraciones por parte del departamento ni del equipo forense, así que...

—Los soplos al periodista se los da el propio asesino.

—Exacto —repitió el inspector. Cristina estaba encantada, parecía haber aportado algo sustancial a la investigación.

—Hay que pedir una orden judicial para revisar el móvil, ordenadores, la casa, e incluso, la mesa de Montes en el periódico. Luego iremos a hablar con él, a ver si nos informa por las buenas o por las malas.

—Pero jefe, ningún juez nos va a conceder esa orden sin pruebas.

—Huertas, te equivocas, este caso está causando el pánico en la ciudad y ahora mismo cualquier juez nos va a ayudar con tal de que resolvamos estos crímenes lo antes posible. —El inspector recordó cuando el día anterior habían conseguido una orden para solicitar datos a la compañía de telefonía de la tercera víctima. Al llegar, la orden ya había sido redactada, solo estaba pendiente de ser firmada.

—De acuerdo, jefe. —Huertas se dio la vuelta y salió de la habitación

dejando cerrada la puerta tras de sí.

—Continua, Cris, lo estás haciendo muy bien. —El inspector puso su mano sobre la de ella dándole un suave apretón para alentarla a continuar, ella le sonrió satisfecha y respiró hondo.

—A ver, por dónde iba. —Se quedó unos segundos callada meditando lo que iba a comentar a continuación y continuó—. Siguen escrupulosamente sus crímenes en los medios de comunicación, se enorgullecen de sus acciones, consideran los asesinatos como una hazaña, por lo que una vez que son detenidos, a menudo, confiesan sus crímenes, para que la sociedad los admire.

—¿En serio creen que la sociedad los admira? —Ella se encogió de hombros.

—Un ejemplo de esto es Ted Bundy, al que ya he mencionado. Hijo de una joven soltera que provenía de una familia puritana. Ella lo rechaza durante años por ser ilegítimo, y lo hace pasar por su hermano para evitar la vergüenza de su familia. Se cría, por tanto, en casa de su abuelo, un hombre violento que pega a su mujer. Cuando cursa sus estudios de Derecho, siente que no encaja en la sociedad y comienza a asesinar a mujeres. Su *modus operandi* es seguir a las víctimas por la calle o pedirles ayuda con alguna excusa, luego las estrangula, las golpea en su propia casa y las penetra o sodomiza, con su miembro o con el objeto que tenga más a mano, mientras les muerde el cuerpo. A su primera víctima, por ejemplo, la penetró con un trozo de madera del cabecero, desgarrándola por completo. Se salvó.

»Bundy inspiraba confianza en sus víctimas, era atractivo y carismático, así que las abordaba durante el día, incluso en supermercados, donde había testigos que podían identificarle ante un tribunal, tal era la seguridad que tenía de sí mismo. Sentía una especial fijación por asesinar a jóvenes de pelo oscuro y largo que le recordaban a su exnovia, quien lo rechazó unos años antes. Pero las víctimas también representaban a la madre, por haberlo abandonado de pequeño. De hecho, el asesino les dijo a los psiquiatras: «Toda la rabia que he estado desahogando con las mujeres que maté, estaba dirigida contra mi madre».

»Pospuso su ejecución en varias ocasiones, incluso se escapó un par de veces, proclamando su inocencia hasta agotar sus apelaciones. Buscando otro aplazamiento de su sentencia confesó algunos crímenes, y los lugares donde guardaba los restos de algunas de las víctimas, se llegaron a encontrar algunas cabezas en su casa. Intentó posponer de nuevo su ejecución, coaccionando a los familiares de las víctimas, que solicitaron en los juzgados más tiempo para que pudiera confesar todos los asesinatos que había cometido. Incluso, tuvo el atrevimiento de proponerle a la policía ayudarles a detener a otros asesinos en serie.

»Poco antes de ser ejecutado concedió una maratón de entrevistas y confesiones, aunque nunca estuvo dispuesto a admitir todos los asesinatos. Oficialmente se cuentan alrededor de treinta y seis víctimas, pero se cree que fueron unas cien.

»Creo que tiene muchos puntos en común con nuestro sujeto, sin embargo también difiere en otros. Bundy no era un asesino organizado ni desorganizado, sino una mezcla, lo que se llama asesino mixto. Es decir, era capaz de mostrarse con una naturaleza inmadura, dejando indicios en el lugar del crimen, o por el contrario, preparar el asesinato con sumo cuidado, eligiendo a las víctimas y sin dejar huella.

—Sabes mucho de Ted Bundy.

—Hice un trabajo sobre él en el Máster. Su personalidad me tenía tan fascinada como horrorizada, una de esas mentes que te gustaría hurgar y analizar. Recibía en la cárcel una media de doscientas cartas diarias de mujeres que juraban amarle. Te lo puedes creer, se dedica a asesinar a chicas jóvenes y un alto porcentaje de la población femenina se enamora de él, cuando él, lo más probable, es que hubiera disfrutado asesinándolas de la forma más cruel. Cuando murió en la silla eléctrica, hubo manifestaciones de mujeres para que no lo mataran. —Cristina negaba con la cabeza con gesto asqueado, mientras se encogía de hombros.

—¿Se te ocurre algo más? —Cristina volvió a concentrarse en el presente.

—Algunos asesinos en serie presentan signos que nos pueden servir de alerta en su niñez. Por ejemplo, provocan incendios, disfrutan con la sensación que experimentan al destruir cosas. Muchos niños son crueles con los animales, ya sabes, cortan las patas a las arañas, a las lagartijas, pero los futuros asesinos en serie, no se limitan a esas nimiedades, matan animales de mayor tamaño, como perros y gatos, de una forma cruel, en la mayoría de los casos para su propio deleite, pero otras veces solo lo hacen para impresionar a sus amigos.

»Planifican sus crímenes metódicamente, por lo que pueden tardar años en cometerlos.

—Por eso hay diferencia de años entre los de Barcelona y estos. ¿Crees que ese tiempo lo ha pasado planificando?

—Es lo más probable.

—Entonces, eso significa, que las víctimas fueron elegidas hace tiempo. —Cristina comprendió que lo que decía tenía sentido.

—Su principal objetivo para matar, es obtener y ejercer poder sobre su víctima. Al sufrir un trauma de niño, se siente increíblemente impotente y se satisface infligiendo ese mismo abuso a sus víctimas. Ten en cuenta que según la opinión de muchos expertos, una vez que un asesino en serie empieza a matar, ya

no puede parar.

—Has salido con dos sospechosos. Hemos comprobado que ambos tuvieron relación con las tres víctimas por internet, y no tienen coartada.

—¿Con las tres? —Cristina no salía de su asombro, en verdad ¿podía haber cenado con el asesino y no darse cuenta? ¿Sus estudios de psicología eran inútiles frente al asesino al que se enfrentaban?

—Sí. Supongo que a todos ellos les gustan las mujeres con ojos azules y pelo rubio. —El inspector también se había sorprendido al enterarse, era mucha casualidad y él no creía en las casualidades—. Me refiero a Arturo Cifuentes y a Juan Manuel Romero.

—Este tipo de psicópatas presentan características entre las que sobresalen su encanto superficial y su inteligencia. De forma que permite compartir experiencias con otras personas sin que ellas puedan percatarse de que están al lado de una persona altamente peligrosa, y que sacará provecho de toda esa información que está obteniendo, gracias a su capacidad manipuladora. —Hizo una breve pausa, pensando en los dos nombres que había mencionado el inspector y recordando sus citas—. Respondiendo a tu pregunta, creo que ambos son personas inteligentes, pero ninguno de ellos demostró tener ningún encanto, su personalidad era más bien insulsa. —A Daniel le hizo gracia esa afirmación, teniendo en cuenta los celos que había estado sintiendo en los últimos días.

—Quizás te estaban manipulando. —Cristina entrecerró los ojos y observó al inspector, se preguntó, si tendría razón—. ¿Te podría pedir otro favor?

—Inspector, al final me los tendré que cobrar. —No supo por qué había dicho eso, su plan era mantener las distancias, pero le había salido sin pensar. Daniel levantó las cejas divertido, mostrando una socarrona sonrisa—. ¿Qué favor es ese? —Había notado cómo se ruborizaba, así que volvió a entrar en materia para sentirse protegida.

—Podrías darme todo esto que me has contado por escrito. Me gustaría que mi equipo comprendiera la psique del asesino.

—Dicen que hay que ser muy perverso para meterse en la mente de un psicópata. —Daniel la observó, eso mismo se había dicho él en más de una ocasión—. No hay problema. En cuanto lo tenga redactado, te lo envío.

Cristina se dirigía hacia su coche, iba pensando en la reunión que acababa de mantener. No paraba de darle vueltas a que se le hubiera pasado por alto algún detalle revelador en el perfil, alguna característica que pudiera resultar determinante en la investigación. Supuso que si eso le hubiera ocurrido ya le vendría a la cabeza, seguiría trabajando sobre ello.

Cuando estaba buscando las llaves en el bolso, notó cómo vibraba su móvil, le había quitado el sonido en cuanto llegó a comisaría para que nada le molestase durante la reunión. Lo cogió sin mirar quién llamaba, craso error, se dijo en cuanto escuchó el saludo desde el otro lado.

—Hola, hija. Llevo llamándote desde ayer. —Cristina había visto las llamadas perdidas de su madre, pero las había obviado. Al no decir nada, su madre continuó—. He visto que esa amiga tuya fue la primera víctima de un asesino en serie. ¡Qué horror! ¿Cómo estás?

—Bien, madre.

—Me gustaría que quedáramos, creo que ya va siendo hora de que mantengamos una conversación.

—Y yo creo que no tenemos nada de qué hablar.

—Déjame que te explique. —El ruego de su madre sonó desesperado.

—Madre, no tienes que explicarme nada. Sé lo que ocurrió.

—Creo que te debo una explicación.

—No me debes nada. Tú nos abandonaste, a papá y a mí, cuando yo tenía cinco años. Eso es un hecho.

—Pero si lo hice fue... —Cristina no la dejó continuar.

—Fue porque no sentías ningún interés por nosotros. —La cortó de forma tajante. Sonó tan brusca como pretendía.

—Hija, eso no es así. Las cosas no son blancas o negras, siempre hay matices.

—¿Y cuál es el matiz, madre?, ¿que te enamoraste de alguien que resultó ser más importante que tu familia?, ¿que cuando te dejó intentaste volver, pero papá ya no te aceptó?, ¿que ni siquiera intentaste contactar conmigo, tu hija? —Esta vez fue su madre la que se quedó en silencio, sintiendo en su ser todo el odio que transmitían las palabras de su hija. Y ella no podía decir nada, porque hasta la última palabra era cierta—. Existían los divorcios y las visitas. Pero yo no volví a saber nada de ti hasta veinte años después. ¿Qué esperabas?, ¿cómo creías que iban a ser las cosas?, ¿acaso pensabas que te iba a recibir con los brazos abiertos como si no hubiera ocurrido nada? —Cristina notaba cómo las lágrimas rodaban por sus mejillas, pero no eran de lástima ni de dolor, sino de ira, una ira que llevaba guardándose toda la vida, y que por un motivo desconocido estaba dejando fluir justo en ese momento, en el que tan frágil se sentía después de la pérdida de Vicky.

—Por favor, déjame que te explique... —Se sentía cansada, su madre llevaba cinco años intentando comportarse como la madre que nunca había sido. Sabía que no le debía nada, pero aun así, pensó que quizás ya era hora de mantener un diálogo civilizado.

No la había vuelto a ver desde que, hacía cinco años, había llamado a su puerta intentando disculparse por lo ocurrido. En aquel momento fue un gran impacto para ella, un momento lleno de sentimientos encontrados que no fue capaz de gestionar, por lo que acabó pidiéndole que se marchara, prometiéndole que cuando estuviera preparada mantendrían esa conversación pendiente. Y llevaba cinco años evitándola, manteniendo frías conversaciones telefónicas muy de tarde en tarde, porque ella la mayoría de las veces ni se dignaba a cogerle el teléfono. Pensándolo bien, algo había avanzado, al principio, si se molestaba en contestar, solo escuchaba, hasta que decidía que ya había oído suficiente, y entonces colgaba.

Quizás era el momento de reflexionar y perdonar, puede que su madre no se hubiera comportado como tal, pero se merecía ser escuchada, aunque solo fuera porque la llevó nueve meses en su vientre. Supuso que la muerte de Vicky habría tenido algo que ver en ese cambio de actitud, pero tenía que ser realista, podía pasarles cualquier cosa que no las permitiera una reconciliación, y eso tampoco era lo que quería. Cristina empezaba a sentir la necesidad de aclarar las cosas con su madre, tal vez ya estaba preparada para olvidar.

—Está bien. En mi casa a las siete. Tienes mi dirección, ¿verdad? —dijo después de un largo silencio.

—Sí, cariño. —Desde el otro lado se oyó una voz esperanzada e ilusionada. Su madre se había emocionado, llevaba mucho tiempo intentando hablar con su hija, pero no le había ofrecido ninguna oportunidad. ¿Realmente podrían solucionar las cosas? ¿La aceptaría como madre?, se preguntó en silencio.

Daniel llegaba de comer en el bar de Antonio, había devorado a toda velocidad un bocadillo y había pedido un café bien cargado para llevar. Necesitaba cafeína, y con ese veneno que salía de la máquina que tenían en la sala de descanso, no podría sobrevivir ni una hora más. Su reflexión le hizo sonreír, pues le recordó al comentario que había hecho esa misma mañana Cristina.

Cuando entraba por la puerta del departamento, Huertas y Candelas ya se acercaban a él, como de costumbre iban acelerados. Se imaginó que esa era la apariencia que debían de dar todos los integrantes de la investigación, confiando en coger al asesino antes de que volviera a matar.

—¿Habéis pedido la orden para revisar las cosas de Montes?

—Nos la acaban de enviar. Ahora nos dirigíamos al periódico donde trabaja. —Daniel se mostró extrañado, desde que habían encontrado a la tercera víctima, las órdenes judiciales que solicitaban parecían tener prioridad, se las daban de forma inmediata. Huertas le había leído el pensamiento—. Nos ha

llegado ahora, porque esta mañana han tenido un problema informático en los juzgados.

—De acuerdo. Traeros a Montes para interrogarle. Avisadme en cuanto lleguéis.

—Sí, jefe. —Candelas y Huertas se marcharon de la comisaría a toda prisa.

El inspector sospechaba que el informador del periodista era el propio asesino, todos los indicios apuntaban en esa dirección. De su equipo no había salido la filtración y el doctor Mena respondía por su gente. Así que, teniendo en cuenta que la única persona que conocía tanto del caso como ellos, era el propio asesino, tenía que haber sido él el que le pasara todos esos datos. Esperaba que no fuera otro camino sin salida.

Lo que le tenía preocupado era que el asesino estaba marcando los pasos del baile, y eso no le gustaba, les estaba llevando por dónde él quería. ¿En serio era tan arrogante como para pensar que era más listo que todos ellos?

Teniendo en cuenta el perfil que había creado Cristina de forma tan detallada, el asesino debía de haber sido abandonado por su madre, lo que podía implicar que se hubiera criado en centros de acogida o correccionales. Daniel le había pedido a Cardenete que investigara a chicos problemáticos que pudieran cumplir el perfil, que disfrutaran destruyendo objetos o siendo crueles con animales. Le había dicho que se centrara en las ciudades de Madrid y Barcelona en los años noventa, época en la que el asesino debería haber sido un adolescente. Sabía que era como buscar una aguja en un pajar, pero si alguien era capaz de encontrar esa información, era él.

—Jefe, tenemos a Montes en la sala de interrogatorios. —El inspector levantó la cabeza de la pantalla del ordenador, asombrado por la velocidad con la que habían realizado la tarea. Pero entonces, vio el reloj colgado de la pared indicando que ya habían pasado más de dos horas desde que se habían marchado, tuvo que confirmar la hora en el ordenador. Había estado tan concentrado en su labor, que no se había dado cuenta del avance del tiempo—. Los técnicos se han llevado el portátil y demás dispositivos tecnológicos.

—De acuerdo.

—El periodista viene con muchos humos, jefe —continuó Candelas—. Y negándose a hablar, quiere que esté presente su abogado.

—Le habéis explicado que no está detenido, que solo queremos hacerle unas preguntas.

—Por supuesto. —Daniel se encogió de hombros. No le podían negar la presencia de un abogado.

—Pues dejarle llamar a su abogado. Por nuestra parte, vamos a esperar un rato a que se tranquilice y se le bajen esos humos.

Un par de horas después, Verónica y él se encontraban tras el cristal de la sala colindante a la de interrogatorios, contemplando cómo la abogada de Montes miraba el reloj compulsivamente, mientras su enfado se iba acrecentando por momentos. Sin embargo, Montes seguía tranquilo, con las piernas estiradas, un pie sobre el otro y los brazos cruzados en el pecho, ofreciendo una postura desdeñosa, y una sonrisa insolente, que los vigilaba a través del espejo, como si supiera que estaban ahí detrás observando, aunque él no pudiera verlos.

—Comencemos —dijo Daniel abriendo la puerta de la habitación. Verónica salió detrás de su jefe.

Ambos entraron en la sala con tranquilidad, despacio. Se sentaron frente a Montes y su abogada. La joven letrada era una chica guapa, pero parecía que le habían metido un palo de escoba por el culo, se dijo el inspector, pues se sentaba estirada en la silla, vestía de forma severa y llevaba el cabello castaño claro recogido en un tirante moño, tal y como recordaba a la señorita Rottenmeier, la estricta institutriz de *Heidi*. El periodista, por el contrario, iba algo desaliñado, con la ropa arrugada y su flequillo rubio que caía sobre sus ojos, rebelde. Ni se inmutó cuando entraron, siguió en la misma postura contemplándolos con parsimonia. Por el contrario, la abogada era un manojo de nervios, intentando disimularlos escondiéndose detrás de unas grandes gafas.

—Señores, ¿saben el tiempo que llevamos esperando aquí? —Sus ojos azules mostraban un brillo especial a causa del enfado.

—Perdone, señorita... —preguntó el inspector.

—Señorita Martín. —Su tono indicaba que se sentía ofendida, tanto por la espera como por el trato.

—Perdone, señorita Martín, pero como comprenderá estamos investigando a un asesino en serie y no vamos sobrados de tiempo. —El inspector intentó poner a la abogada en su sitio, y por su encogimiento en la silla, supo que lo había conseguido. Le dio algo de pena, pues supuso que no tendría mucha experiencia en estas lides, al contrario que el periodista, al que no iba a ser tan sencillo de llevar.

—Buenas tardes, inspector. Pensé que teníamos la suficiente confianza como para quedar en un bar a tomar un café y charlar, no sacarme atropelladamente de la redacción, confiscándome todo mi material.

—Eso también pensaba yo. Creía que con todos esos datos que has recabado de la investigación, te habrías puesto en contacto con nosotros. —Montes no cambió su rostro, se mostraba impertérrito, ya se había imaginado el porqué de todo esto.

—Ya sabes que no puedo revelar nada sobre mis fuentes.

—¿Ni si tu fuente es un asesino en serie? —La voz del inspector se mostró tan relajada como estaba resultando el resto de la conversación. Ambos hombres se estaban tanteando.

—¿Y por qué creéis que mi confidente es un asesino en serie? —La carcajada del inspector resultó atronadora.

—¿Tú qué crees, Montes? ¿Quién, aparte del asesino, podría disponer de toda esa información?

—Quizás algún policía. —La sonrisa del periodista mostraba ironía, a la par que confianza. El inspector, supo entonces con toda seguridad, que como ya se había imaginado, había un chivato en comisaría. Aunque también sabía, que en esta investigación, no era el caso.

—Sabes que no es así, ¿verdad? De hecho, me atrevería a decir, que ni siquiera lo has visto cara a cara. Esta vez, tu soplón no se ha manifestado. —Por la cara de Montes, el inspector supo que iba por el buen camino, estaba dando en el clavo—. Me lo imaginaba. No tienes ni idea de quién te ha pasado la información.

—Como le ha dicho mi cliente, sus informadores están protegidos por el secreto profesional periodístico. —La abogada metió baza en la conversación, pero ambos la ignoraron. Seguían sopesándose, intentaban imaginar cuánto sabía uno y cuánto sabía el otro.

—De acuerdo, Suárez, ¿qué quieres saber?

—¿Cómo obtuviste la información?

—Como ya has adivinado, no conozco a la fuente, ni sé quién me está enviando la información. Contacta conmigo por correo electrónico. Les pedí a los informáticos del periódico que buscaran el origen de las comunicaciones, pero no encontraron nada.

—¿Y aun así te crees todo lo que te envía? ¿No compruebas lo que publicas?

—¿Acaso algún detalle en mis artículos es erróneo?

—Continúa. —Daniel obvió su comentario.

—El primer *email* que recibí, contenía fotografías de las primeras dos víctimas, decía que ambas muertes estaban relacionadas. Me dijo que si lo publicaba, me enviaría más información. Investigué ambos casos, pero con lo poco que contaba, no pude averiguar mucho. Todo lo que decía en el email era cierto y tenía sentido, así que me decidí a difundirlo. Pensé que lo peor que podía ocurrir, era que me tuviera que retractar.

—Así que eso era lo peor que podía ocurrir. —Su soberbia estaba comenzando a indignar a Suárez, solo pensaba en su ego y en la publicidad que iba a obtener por escribir la noticia, no pensaba en el pánico que podía generar

entre las jóvenes, ni en lo que acarrearía dar a conocer detalles de una investigación como esa—. Continúa, por favor.

—El segundo *email* lo recibí ayer a media mañana. En esta ocasión confirmaba la existencia de otra víctima, y detallaba el *modus operandi* que emplea el asesino para quitarles la vida a esas jóvenes. Me quedé helado, pero no podía dejarlo pasar, es la noticia del año, quizás de la década.

—¿Y no se te ocurrió avisarnos?

—Si lo hubiera hecho, ¿qué hubiera pasado? ¿Me hubieras permitido publicar la noticia? —El inspector no dijo nada—. Me lo suponía.

—¿No se te ha pasado por la imaginación que estás tratando directamente con un asesino?

—Pensé que sería alguien del departamento o del equipo forense, alguien que no quería dar la cara para no ser expuesto ante sus compañeros. —Hizo una pausa y miró al inspector a los ojos—. Pero es verdad, reconozco que también se me pasó por la cabeza que podría ser el asesino.

—¿Algo más?

—No, os he contado todo lo que sé. —El inspector también lo creía.

—Esas comunicaciones, ¿las realizó por *email* a tu dirección del periódico?

—Sí, no se ha puesto en contacto conmigo de ninguna otra forma.

—¿Por qué crees que te eligió?

—Porque soy el mejor. —El inspector lo miró a los ojos, y supo que eso era exactamente lo que pensaba de sí mismo, y él tenía que reconocer, que podía ser cierto. Lo conocía desde hacía tiempo y admitía que sus investigaciones eran exhaustivas y precisas.

—Puedes irte, pero no te vayas muy lejos, quizás volvamos a necesitarte.

—Por supuesto, ¿a dónde crees que me voy a ir? La noticia está aquí. No me moveré de Madrid.

—Y por cierto, si se vuelve a poner en contacto contigo, llámanos. —El periodista no dijo nada, y Daniel sabía que no lo haría.

La abogada y su cliente salieron en silencio de la sala. Justo en la puerta, el periodista se volvió.

—¿Cuándo me vais a devolver mis cosas?

—Seguramente no tardemos mucho. Respecto al portátil, es una prueba, creo que deberías ir pidiendo otro al periódico, y una nueva cuenta de correo. —Esta vez fue el inspector el que mostró un suave tono irónico difícil de percibir, pero que a Montes no le pasó inadvertido.

Carolina atravesaba la antigua puerta de forja que daba acceso al portal de su

hija, cuando apareció un hombre con ojos saltones que le recordaron a un sapo, y con un fuerte olor a sudor. Se vio obligada a bajar la cabeza para sumergir la nariz en su bufanda, de modo que pudiera oler la perfumada prenda con aroma a jabón de Marsella, y así lograr evitar la arcada que estuvo amenazándola con echar la tila, que se acababa de tomar a modo de tranquilizante.

Subió por las escaleras hasta llegar al cuarto, el piso donde vivía su niña. Aunque había ascensor, ella prefirió no utilizarlo, no le daban miedo ni se sentía agobiada en esas cajas, pero prefería hacer ejercicio. Lo mismo hacía con el transporte público, cuando el tiempo se lo permitía, prefería ir andando a paso rápido. Y por todo ello, estaba en buena forma, sobre todo teniendo en cuenta que los cincuenta ya no los volvía a cumplir.

Cuando su hija abrió la puerta, reparó en que estaba más delgada. Llevaban cinco años sin estar así de cerca. Aún recordaba el rechazo en aquel intento de reconciliación, comportamiento que había comprendido a la perfección, se lo merecía, había desaparecido durante casi veinte años. En ningún momento había esperado ser recibida con los brazos abiertos, pero ya llevaba cinco años intentando pacientemente un acercamiento. La llamaba casi todas las semanas, para mantener la fría conversación que su hija se obligaba a mantener con ella. Así que, de vez en cuando, esperaba sentada en una cafetería cercana a su casa, solo para verla pasar y saber que se encontraba bien. Conocía su horario, la hora a la que salía hacia la Universidad o a la que regresaba. En más de una ocasión, no habían tropezado por los pelos, pero la mayoría de las veces la observaba de lejos, en la sombra. Era la única aproximación que se le permitía, el poder verla a distancia. Desde que había pasado lo de su amiga, no había vuelto a encontrársela, debía de haber modificado sus horarios. Estaba muy preocupada, y al contemplarla, algo ojerosa y demacrada, se dio cuenta de que no andaba muy desencaminada.

—Hola, hija.

—Madre. —Se acercó a darle un beso en la mejilla, pero al notar la frialdad de ella, decidió retroceder y no hacerlo.

Cristina encontró a su madre radiante, estaba como hacía cinco años, el tiempo no parecía pasar para ella. Sus recuerdos de cuando era pequeña estaban borrosos en su mente, apenas la recordaba, además, su padre se había ocupado de guardar todas sus fotografías poco después de que los abandonara, así que con el paso del tiempo, ella fue olvidando su rostro.

Se dirigió al salón y se sentó en el sofá, ofreciendo a su madre un sillón orejero que quedaba a su izquierda.

Carolina se percató de que no había sacado ni le había ofrecido nada para tomar, por lo que supuso que quería que la visita fuera breve.

—Te escucho. —Directa al grano, pensó.

—Cariño, no sé ni por dónde empezar.

—Explícame por qué te fuiste con otro hombre y me abandonaste. No quiero que pienses que soy una ingenua, entiendo que ya no amaras a papá, pero no entiendo por qué no volviste para verme. —Aunque Cristina se mostraba fría, en su interior seguía tan rota como antaño.

—Oh, hija. —Carolina se había dado cuenta de que el dolor que sentía su hija era porque creía que la había abandonado—. Lo intenté. Pedí la custodia compartida, pero no me la dieron. —La sorpresa se reflejó en el rostro de Cristina, su padre nunca le había dicho nada de eso. La verdad era, que con su padre nunca había hablado de aquella época, solo tenía sus vagos recuerdos, los de una niña de poco más de cinco años que no entendía lo que estaba ocurriendo a su alrededor—. Yo me enamoré de tu padre cuando era muy joven, solo tenía dieciséis años, y me sentía la chica más feliz del instituto. Imagínate, guapo, inteligente y heredero de una fortuna. Era todo un sueño hecho realidad. Cuando terminamos el instituto, nos casamos. Tu padre entró en la Universidad y yo me quedé embarazada al poco tiempo. Durante los primeros años, me ocupé yo sola de ti, tu padre no podía entre clases y estudio. Aun así, nos queríamos mucho, y cuando era posible nos íbamos los tres a pasar unos días fuera, en familia. —Su madre sonreía, rememoraba con agrado aquellos bonitos momentos, todos juntos—. Pero cuando cursaba el último año de Facultad, dejamos de verle el pelo. Me dijo que estaba estudiando mucho en la biblioteca, quería ser el primero de su promoción, y yo le creí. Un día que habíamos ido a pasar tú y yo el día a casa de los abuelos, llegamos antes, porque empezaste a sentirte mal, tenías algo de fiebre. Cuando llegamos a casa, oí risas, suspiros, y bueno, hija, ya te puedes imaginar. Tú ibas dormida en mis brazos, así que te llevé a la cama donde te dejé recostada. Me acerqué al dormitorio, sabiendo lo que me iba a encontrar y esperando estar equivocada, pero cuando abrí la puerta, tu padre estaba haciéndole el amor a otra mujer. Ni siquiera me fijé en ella, pero sí vi la cara de tu padre, disfrutando del momento, en medio de un orgasmo. Recuerdo salir corriendo, estuve dando vueltas a la manzana hasta que me tranquilicé un poco. Un rato después, subí, recordando que te había dejado encima de la cama, sin ponerte el pijama. Cuando regresé, tu padre ya te había cambiado y te había metido en la cama. Estaba esperándome en la cocina, con la cabeza reclinada y apoyada sobre las manos, derrotado. Sentí lástima por él, nunca entendí ese sentimiento, puesto que era yo la agraviada. Me pidió perdón tantas veces, que pensé que había sido solo un error. Así que lo perdoné. Pero no fue ni la primera, ni la última vez. Entonces, conocí a uno de tus profesores, un hombre dulce y encantador que estaba divorciado, su mujer también le había sido infiel. Y

conectamos. Le pedí el divorcio a tu padre, pero me lo negó, intenté que entrara en razón y, al final, lo convencí, pero el juez me negó la custodia, alegaron que yo era la infiel en la relación y que había abandonado el hogar. Yo no quería irme, y dejarte sola, hija, pero me sentía vencida, estaba exhausta. Me había casado muy joven, todavía era demasiado inmadura, y no fui capaz de enfrentarme a esto. Así que me fui. Y aunque no me creas, no ha habido ni un solo día que no pensara en ti. Te lo juro. —La cara de Carolina estaba anegada en lágrimas.

Cristina, a su lado, se había quedado abrumada con la confesión, no se lo esperaba, aunque sí se la creía. Conocía a su padre, sabía que era un mujeriego empedernido, algo que siempre le había hecho gracia. Siempre había pensado que era consecuencia de que su madre se largara abandonándoles, no se le había ocurrido pensar que fuera la causa.

—Pero tardaste veinte años en volver a buscarme. —Eso Cristina no se lo podría perdonar.

—Lo sé, hija. Ese fue mi gran error. Al principio no lo hice porque tu padre no me dejaba verte, lo intenté en varias ocasiones, pero no pude convencerlo. Más tarde, cuando eras lo suficientemente mayor para tomar tus propias decisiones, me dio miedo, me costó mucho atreverme. —Se sonó la nariz—. Pero yo siempre he estado ahí, pendiente de todo lo que ocurría a tu alrededor, nunca me he ido lejos, lo único es que tú no sabías que estaba. No me he perdido ninguna fiesta en tu colegio. Incluso aquella obra de teatro en la que hiciste de Mencigüela, ¿recuerdas?, tendrías unos once años.

—Sí. —Lo dijo en un susurro. Recordaba la obra, *Las aceitunas*, fue en la única en la que le dieron un papel. Su profesora decía que actuaba muy bien, que era natural, pero los que escogían a los niños y niñas que participaban en las representaciones eran sus compañeros de clase, quienes elegían a las más guapas y populares, y ella no se encontraba en ese grupo.

Todo lo que le había contado su madre tenía sentido, no quería culpar a su padre, había sido su único apoyo durante toda su vida, pero no podía seguir culpándola a ella, ni mantenerla distanciada. Tenía que reconocer que la echaba de menos. Era momento de olvidar y perdonar.

Se levantó del sofá y se arrodilló delante de ella, agarrándose a sus piernas apoyó la cabeza en su regazo y se echó a llorar, desahogándose. Ahora que estaba con ella, no quería volver a perderla.

Su madre siguió llorando en silencio, mientras le acariciaba el pelo como hacía cuando era una cría, eso siempre le había relajado, y como pudo comprobar, había cosas que no cambiaban. Dio gracias a Dios por haber recuperado a su hija, tantos años después.

—Y pensar que yo he estado posponiendo esta reconciliación —se recriminó.

—Shhh, cariño, no te castigues. Más vale tarde que nunca. —Carolina por fin se sentía completa, había recuperado a su hija. Por ella, había aguantado todo lo que la vida le había deparado, y estaba segura de que había merecido la pena.

Cuando la subinspectora de la Vega y el inspector Suárez salieron de la sala de interrogatorios, se encontraron a Candelas charlando amigablemente con Félix Santos y otro hombre al que Daniel no reconoció. Era tan alto como el señor Santos, pero este no era desgarbado, tenía un cuerpo atlético del que se consigue con muchas horas en el gimnasio practicando deporte. Vestía un traje a medida, tan caro como el de Santos, pensó que tal vez fuera su padre, aunque no aparentaba más de treinta y cinco años, y su pelo castaño y sus ojos verdes diferían mucho de las facciones del chaval, que era muy moreno, tanto de piel como de pelo, y de ojos negros. Quizás fuera su abogado.

Se percató de que cuando pasaron Montes y la señorita Martín a su lado, en dirección al ascensor, ninguno reparó en ellos. Montes no había reconocido al dueño de conecta.com, o lo había disimulado a la perfección. Sin embargo, el hombre que lo acompañaba, sí había advertido su presencia, no tenía claro si porque había reconocido al periodista o porque se había fijado en la guapa abogada.

—Buenos días, inspector. —El joven se acercó con la mano tendida en cuanto lo vio llegar.

—Señor Santos, es toda una sorpresa, ¿a qué debemos su visita? —Daniel miró a su acompañante esperando que alguien se lo presentara.

—Soy Ignacio Soler, el abogado del señor Santos —dijo tendiéndole la mano y estrechándosela con fuerza.

—Jefe, vienen con información relevante —le informó Candelas.

—Pues vayamos a hablar a un sitio más tranquilo. —El inspector los guio a la sala de reuniones, y Candelas los acompañó.

Todos se acomodaron alrededor de la mesa de forma que ambos policías quedaron sentados frente a ellos.

—Ante todo, quiero señalar que mi cliente viene con toda libertad, ofreciéndoles su colaboración. —El inspector Suárez miró con perspicacia al abogado, para después centrarse en Santos, a la espera de que comenzase a contarles lo que lo había llevado hasta allí. El abogado hizo un gesto de asentimiento a su cliente para que empezara a hablar.

—Cuando ayer vi en el periódico que habían encontrado a otra víctima, me

preocupé. Me angustia pensar que están asesinando a mujeres dadas de alta en mi página web. Por lo que me reuní con el departamento de *data warehouse* y estuvimos analizando el historial de las tres víctimas, que en efecto, son usuarias de conecta.com.

El chico se quedó callado, cogió la funda del portátil que había llevado cruzada a modo de bandolera hasta que se habían sentado, y que ahora se encontraba descansando encima de la mesa. Sacó una carpeta azul de su interior, que ambos inspectores miraron con curiosidad, preguntándose qué contendría.

—Hemos cruzado las conversaciones de las tres víctimas, y aquí les presento un listado de los usuarios que chatearon con ellas, y algunos datos que pueden serles de relevancia para localizarlos. —El inspector se fijó que por cada sujeto de la lista se incluía el *nick*, su nombre real, su dirección IP y varios datos personales—. Tendrán que tener en cuenta que mucha gente se da de alta en este tipo de webs facilitando datos falsos que no se comprueban. —Puso encima de la mesa otro listado que tenía menos nombres que el anterior, de hecho, Daniel pudo observar que en él solo aparecían dos individuos, con los mismos datos que en el otro—. Estas dos personas chatearon con las tres víctimas el mismo día en que murieron. —El inspector abrió los ojos extrañado.

—Supongo que estará pensando en la LOPD. —El abogado le había leído el pensamiento. Daniel no era un picapleitos, pero sabía que para entregar datos a un tercero se necesitaba el consentimiento del implicado, según se indicaba en la Ley de Protección de datos—. Cuando los usuarios de conecta.com aceptan las condiciones generales al registrarse, uno de los párrafos incluye una puntualización para este tipo de particularidades. —El inspector supuso que si estaban allí, era porque lo tenían todo bien atado.

—¿Y por qué viene ahora con toda esta información? ¿Qué quiere a cambio? —Aunque la pregunta iba dirigida a Santos, fue su abogado quien la contestó.

—Queremos que la página del señor Santos, conecta.com, no se vea manchada por la investigación.

El inspector sonrió al escuchar la petición, sabía que no estaban allí de forma gratuita. Si se confirmaba que el asesino contactaba con las víctimas por medio de conecta.com, los usuarios huirían despavoridos, dejarían de utilizar la página y sería la ruina de Santos.

—Como sabrán, nosotros poco podemos hacer. La información ya se ha hecho pública en los periódicos. —Montes ya había mencionado la web en cuestión en sus artículos, así que no entendía a dónde querían ir a parar.

—Eso ya lo sabemos, y lo tenemos en cuenta —continuó el abogado—, lo que queremos saber es si ustedes omitirían ese detalle. Por ahora, solo existe la

palabra de un periodista.

—Haremos lo posible. Como se imaginarán, no queremos que corra el pánico entre las usuarias de su web. Pero, más tarde o más temprano, esa información saldrá a la luz por alguna vía.

—Entonces, estaremos preparados. —Daniel subió las cejas en gesto interrogativo, aunque su duda no recibió respuesta. Se le ocurrió que estarían trabajando en un cambio de marca, en la actualidad, muchas webs lo hacían, unas resurgían con el cambio, pero otras se hundían.

—Como decía, haremos lo que esté en nuestra mano.

—Con eso nos es suficiente. Gracias, inspector. —Esta vez fue Santos el que habló. Se levantó de la silla a la par que le tendía la mano, para cerrar el trato.

Tanto el abogado como el señor Santos salieron de la sala, contentos por haber llegado a un acuerdo con la policía.

Los inspectores continuaron en su sitio, revisando ambos listados. En el primero, aparecían, como ya sabían, Arturo Cifuentes y Juan Manuel Romero, y unos cuantos nombres más que tendrían que investigar, y a los que ellos no habían logrado acceder.

En el segundo listado, solo aparecían dos nombres, Felipe Jiménez y Carlos Matías.

—Jefe, ¿cree que uno de ellos es el asesino?

—Candelas, no tengo ni idea. Pero creo que es la mejor pista que hemos tenido hasta ahora. Investiga a ambos.

—Sí, jefe.

Candelas se levantó y salió de la sala, dejando allí al inspector, que se quedó pensando en toda la información que habían obtenido. En los dos últimos días, habían avanzado más en el caso, que durante toda la investigación. ¿El asesino les estaba llevando por dónde quería? Suponía que sí, pero estaba convencido de una cosa, que él desconocía que tenían su ADN, y si lo atrapaban, tendrían una prueba irrefutable con la que acusarlo, y con eso él no contaba. Pensaba que había sido muy listo y precavido limpiando las uñas de la tercera víctima, pero esta vez había cometido un error. El inspector empezaba a ver la luz al final del túnel.

Se levantó pesadamente de la silla, tenía que reconocer que estaba agotado, apenas dormía y estaba trabajando al ciento cincuenta por ciento en la investigación. Y todavía tenía que hacer un par de cosas antes de irse a casa, una era ir a ver al comisario Reyes para contarle las últimas novedades, pero antes, haría una llamada.

—Jefe, aguardaba tu llamada.

—Espero que tengas buenas noticias que darme.

—La verdad es que no tengo gran cosa. Montes ha recibido dos *emails* con información sobre los homicidios. Se los he enviado. Pero no sé si encontraremos el origen de los mismos. —Daniel estaba ya abriendo su correo electrónico para revisar los *emails* de Montes. Tal y como les había contado, contenían la información citada en los artículos y poco más. Cardenete continuaba hablando—. Parece que ha utilizado un servidor de retransmisión abierta, es decir, un servidor que no guarda restricciones de lo que se puede enviar o no, de esta forma se oculta el verdadero origen del correo electrónico. Esto ya no se utiliza, ahora todos los servidores requieren autenticación.

—Así que tiene amplios conocimientos de Informática.

—O recursos —zanjó Cardenete.

—Muchas gracias. Si encuentras algo, por favor, no dudes en avisarme.

—Claro, jefe.

Como ya le había dicho Montes, no sería fácil encontrar el origen de las comunicaciones, quizás, imposible.

Daniel salió de comisaría sin ganas de irse a casa, estaba agotado y quería descansar, pero no le apetecía la soledad de su hogar. La reunión que acababa de mantener con el comisario no había tomado el rumbo que se imaginaba, llevaba avances, buenas noticias, pero a su jefe no le había parecido suficiente. Y siendo realista, tenía razón, seguían sin nada, y cada día que pasaba, a alguna joven, en alguna parte, le quedaba un día menos de vida.

Se metió en su coche y arrancó, sin prestar mucha atención al camino que llevaba.

Dejó el coche en un aparcamiento público y continuó dando un paseo. Esa tarde el cielo se había cubierto de nubes negras que proclamaban lluvia, pero como era habitual, en Madrid apenas había chispeado. Lo único bueno, es que las temperaturas habían subido y ya no hacía tanto frío como los días anteriores, sin embargo, en todos los telediarios avisaban de probabilidad de nieve a baja altura. Él sabía que en la ciudad no caería ni un copo.

Al llegar al portal, salía una mujer que le sostuvo la puerta mientras lo dejaba pasar, llevaba los ojos brillantes y el rímel algo corrido, había estado llorando. En cuanto la desconocida se percató de que había sido descubierta, movió la cabeza evitando su mirada. Estuvo a punto de preguntarle si se encontraba bien, pero ya era tarde, la mujer había salido a paso rápido y se encontraba cruzando la ancha calle, aprovechando un momento en el que el tráfico había disminuido.

Mientras esperaba al ascensor, se preguntó qué estaba haciendo allí. Era lo que quería y le apetecía, pero sabía que no era lo correcto. Tenía que esperar, pero no quería esperar.

Aun siendo un ascensor antiguo, forrado en madera y con un asiento cubierto de tela de terciopelo, subía a más velocidad de la habitual. En un santiamén, estaba llamando al timbre de la casa.

—¿Has olvidado... —Cristina no terminó la frase, había pensado que era su madre que se habría dejado algo, pero resultó ser el inspector. Su sorpresa fue mayúscula—. Inspector Suárez.

—Perdona que te moleste. Quizás no sea un buen momento. —Como la mujer con la que acababa de cruzarse, Cristina había estado llorando, tenía los ojos rojos y algo hinchados.

—No, claro que no. Adelante. —Se apartó para dejarle pasar—. Discúlpame un momento, ahora vuelvo.

Cristina le dejó de pie en medio del salón y se dirigió al lavabo para adecentarse un poco, se imaginaba la cara que debía de tener. Se echó agua fría para refrescarse e intentar disimular sus ojos llorosos, pero al ver que la cosa no mejoraba, decidió ponerse un poco de maquillaje. No le apetecía que el inspector sintiera lástima de ella. Era lo único que le faltaba.

Regresó al salón, donde Daniel la esperaba sentado en el sofá. Se había quitado el abrigo, la corbata y la chaqueta del traje, que ahora se encontraban apoyados en el respaldo de una de las sillas. La miraba con una dulce sonrisa, se le veía extenuado.

El inspector se quedó observándola, se había maquillado, ya no mostraba ningún síntoma de haber estado llorando. Entendió que era mejor no preguntarle, si se quería desahogar, lo haría cuando considerase oportuno.

—¿Y a qué se debe esta visita? —Daniel no sabía qué responder, porque en realidad, no sabía qué hacía allí. El sonido del móvil de Cristina lo salvó de la incómoda pregunta—. Disculpa.

La chica cogió el teléfono de encima de la mesa y contestó.

—Hola, Javi. Sí, sí... Mañana te cuento... Ahora no puedo. No, estoy acompañada... Todo bien, te lo prometo.

Javi colgó el teléfono, aunque no estaba muy convencido de que su amiga se encontrara tan bien como quería que creyese, pero por lo menos se había encontrado a una Cristina más tranquila de lo que esperaba, así que decidió hacerle caso. Al día siguiente, la buscaría a primera hora en el despacho, y le sonsacaría todo lo ocurrido con su madre esa misma tarde.

—Quería darte las gracias por el perfil que has hecho esta mañana, nos será de gran ayuda —se justificó el inspector por su presencia allí.

—De nada, pero podías haberlo hecho con una llamada. —Estaba claro que a ella no le valían excusas, quería la verdad, se dijo el inspector.

—Tienes razón, pero quería verte. —La cara de Cristina fue todo un poema.

No entendía al inspector, o a lo mejor lo entendía a la perfección. Sabía que tener una relación con un testigo del caso, no era ético, pero aun así se sentía demasiado atraído. Ella sabía que tener una relación con el inspector que llevaba el caso de asesinato de su amiga, no era ético, pero se sentía demasiado atraída. Por otro lado, él no había superado la separación de su exmujer, y aun así se sentía atraído por ella. Y ella, no había superado una vieja relación, y aun así se sentía atraída por él. Sí, entendía perfectamente al inspector.

—Iba a cenar, ¿quieres acompañarme? —Él sonrió aceptando la invitación.

Cristina sacó unos huevos de la nevera para hacer unas tortillas y él se encargó de batirlos.

—¿Sabes cocinar? —le preguntó ella.

—Me apaño, aunque casi nunca tengo tiempo.

Un rato después, estaban cenando en la mesa del salón, hablando sobre diferentes temas, sin mencionar la investigación. Como en la cita que tuvieron, desconectaron del caso que tan desconcertados y agotados les tenía, y disfrutaron de unos momentos de intimidad.

—¿Entre la subinspectora y tú hay algo? —soltó Cristina a bocajarro.

—¿Me lo preguntas en serio?

—Sí. ¿No me ibas a preguntar tú, si hay algo entre Javi y yo?

—Directa al grano.

—Cierto.

—Bueno, parece que tendré que empezar yo.

—Yo he sido la primera en preguntar —dijo Cristina poniendo cara de niña buena.

—No, claro que no. Llegó al departamento hace pocos años. Siendo una novata me la asignaron como compañera. Descubrí todo su potencial, es muy lista y una gran investigadora. Desde entonces, la estoy formando. Nos hemos convertido en buenos amigos. Es algo entrometida en mi vida privada, pero lo hace desde el cariño. Me refiero a que da buenos consejos, aunque no se los pidas.

—¿Buenos consejos?

—Claro, por ejemplo, que me olvide de Cruz, mi exmujer, de una vez por todas.

—¿Y los sigues?

—A veces. En este caso, sí. —Lo que no le dijo es que gracias a ella le estaba resultando mucho más sencillo—. ¿Y tú y Javi?

—Tampoco tenemos nada, ni hemos tenido nada. Al poco de conocernos, me invitó a salir en varias ocasiones, pero yo ya me había fijado en otra persona. Pablo, un compañero de estudios, éramos del mismo grupo de amigos, y comenzamos a salir. Los primeros meses resultaron geniales, me sentía muy feliz, pero, de repente, todo cambió. —Se quedó callada, no se lo había contado a nadie, aparte de a Javi.

—¿A qué te refieres con que cambió? ¿Te fue infiel? —Recordó la modificación de comportamiento sufrida por Cruz cuando se lio con su mejor amigo, su actual pareja.

—No, empezó a pegarme. —Daniel no se lo esperaba—. Me trataba como a un objeto que le pertenecía por derecho, no me dejaba ir con mis amigas, ni siquiera le gustaba Vicky, y de mis amigos ya ni hablamos. Fue una etapa muy difícil. Al principio, pensaba que yo tenía la culpa. Justo entonces, tuve que hacer un trabajo sobre maltrato de género, y gracias a ello, me di cuenta de que el problema no era mío, sino suyo. Lo dejé, y aunque eso a él no le gustó, conseguí alejarlo de mí. —Daniel la miraba con cara de circunstancias—. Por cierto, saqué un diez en el trabajo, la mejor nota de la clase. —Intentó quitar hierro al asunto, ya había pasado mucho tiempo de aquello y lo tenía superado, todo, menos la confianza en el sexo masculino.

Después de un delicioso café, el inspector se colocó su chaqueta y el abrigo, dispuesto a irse a casa.

—Gracias.

—¿Por qué? —Cristina estaba apoyada en la pared, dispuesta a despedirse del inspector.

—Porque logras que desconecte.

—De nada.

Cuando Daniel fue a abrir la puerta, se quedó unos segundos parado de espaldas a ella, indeciso, luchando consigo mismo. No quería irse, pero no era el momento, si se quedaba se arrepentiría al día siguiente, y tampoco quería que eso sucediera, Cristina se merecía más.

Ella, a su espalda, sentía la lucha interna que se libraba en la cabeza del inspector. No se atrevió a decir nada, era algo que tenía que solucionar él solo, ella apoyaría su decisión, y esperaría.

Daniel se giró y le sonrió con dulzura, a continuación abrió la puerta y se marchó.

20 años antes

Felipe regresaba a casa, se le había hecho tarde, justo lo que él quería. Había estado divirtiéndose con sus amigos, entretenidos en robar los tapacubos de los coches aparcados en el barrio. La mayoría de los propietarios no se darían ni cuenta hasta el día siguiente, puesto que saldrían de los bares de la zona algo bebidos.

Contaba con que a esas horas su padre ya estuviera roncando tumbado en el sofá, después de haberse bebido todo lo que se le hubiera puesto por delante. Estaban a primeros de mes, así que aun tendría suficiente dinero para comprarse un par de botellas de licor.

Junto a sus pies caminaba un chucho, se había acercado a él en Atocha, lo había estado acariciando mientras el Maqui se encargaba de las ruedas del último coche, y ya no se le había despegado. Al principio, le había resultado cómico, pero ya estaba hasta las pelotas del animal, era estúpido, haciendo cabriolas y pegando saltitos a su lado, como si fuera el más feliz del mundo, y por si fuera poco, lo miraba con adoración.

—¡Qué barato te vendes, cabrón! —le soltó con desprecio.

Pasó por delante de una tienda de todo a cien que estaba abierta, y se le ocurrió una idea. Todavía no volvería a casa, se iba a recrear un rato más.

En el interior del bazar, compró lo que necesitaba y dejó encima del mostrador unas monedas de cien pesetas. El tendero, sin dejar de mirar la pantalla de una vieja televisión en la que pasaban una película de acción, le guardó los objetos comprados en una bolsa de plástico. Aun con los cuernos que sobresalían del televisor, la emisión tenía muchas interferencias, apenas se veía el combate que mantenían un grupo de *ninjas*. El hombre, tan concentrado como estaba, no le prestó ni la más mínima atención.

Cuando salió, el cachorro aún estaba en la puerta, esperándolo. Al verle salir, se puso muy contento, comenzó a mover la cola, y volvió a brincar cuando Felipe le dio una de las salchichas del paquete que acababa de comprar en el establecimiento.

Dando un paseo, llegaron a un estrecho callejón, en el que Felipe sabía que nadie los molestaría, las pocas ventanas que daban a él tenían las persianas bajadas, y por allí, y a esas horas, no pasaba ni un alma. No era la primera vez que lo utilizaba, ni sería la última.

En una esquina, al lado del cierre de atrás de un supermercado, había

deshechos de alimentos y algunas cajas, cogió una de esas que utilizaban para la fruta, le sería útil.

El chucho no se perdía detalle de sus movimientos, iba de una de sus piernas a la otra, esperando otra caricia u otra salchicha.

Tras coger la caja, en un movimiento rápido, la colocó encima del perro, como si de una jaula se tratara, y ahí lo dejó encerrado, mientras se afanaba en la tarea que lo había llevado hasta allí.

El animal lo observaba entre las aberturas de las pequeñas tablas que conformaban la caja. No se imaginaba lo que vendría a continuación.

Felipe sacó de la bolsa una botella de plástico que acababa de comprar, alcohol de quemar, rezaba la etiqueta, y se dispuso a empapar al cachorro con su contenido.

El animal empezaba a ponerse nervioso, estaba temblando. Quizás por el frío de la noche, se dijo Felipe.

—No te preocupes. Ahora entras en calor —le dijo en un murmullo al perro, que se tranquilizó al escuchar el suave tono de su voz.

Felipe sacó de su bolsillo una caja de cerrillas, encendió una, y la tiró al interior de la caja, haciendo que el pobre animal empezara a arder de forma inmediata. Se sentó, apoyado en la pared, a contemplar su obra, disfrutando del sufrimiento del cachorro.

Un rato después, salía del callejón, más solo que cuando había entrado. Se dirigió a su casa con una sonrisa en la cara. Había sido toda una experiencia.

Miércoles, 15 de marzo

Cuando llegó a las colmenas, se encontró con que su compañera ya lo estaba esperando apoyada en un coche frente a su portal. Esta vez estaba sola.

—Buenos días. Te veo muy sonriente —le dijo Verónica mientras se acomodaba en el asiento del copiloto.

—Si tú lo dices. —Era verdad que estaba más contento de lo habitual, la cena con Cristina la noche anterior, había sido de lo mejor que le había pasado en los últimos meses.

Verónica se imaginó que esa noche habría triunfado. No era extraño que hubiera pasado la velada con una mujer, era un hombre muy atractivo, y desde que lo había dejado Cruz, se liaba a menudo con tías que conocía en bares, y a las que no volvía a ver. Pero siempre, era lo primero que le contaba en cuanto se veían, y esta vez, no mostraba ninguna intención de cotillear con ella.

En cuanto cogieron la A-2, dirección a Alcalá de Henares, se relajó y cerró los ojos, estaba agotada, el caso la tenía como al resto, desquiciada y muy preocupada, quedaban poco más de tres días para que el asesino volviera a actuar, y seguían sin tener nada.

—Creía que aquí no enterraban a nadie. —Acababan de llegar al cementerio viejo de Alcalá de Henares.

—Así es, excepto a aquellos que tienen panteones o sepulturas familiares en las que todavía caben más cuerpos —le aclaró Daniel.

El inspector ya había visitado antes este camposanto, que guarda lápidas que son verdaderas obras arquitectónicas, colocadas entre bonitos cipreses, que no dejan olvidar el lugar en el que te encuentras. Sabía que en el pasado se había decidido no seguir enterrando en el interior de las murallas que protegían las ciudades, a causa de la insalubridad que esto generaba, provocando que se diera sepultura en las afueras. Por ello, no era habitual ir a sepelios allí, puesto que se utilizaba el cementerio jardín, algo más alejado.

Los inspectores se unieron a la comitiva que llevaba el féretro a un impresionante panteón familiar. Como en otras ocasiones, se quedaron apartados, mientras los asistentes rodeaban el mausoleo.

La gente allí congregada lloraba en silencio, mientras Berta Álvarez era enterrada con sus antepasados, ante las caras compungidas de sus más allegados.

El inspector observaba todo lo que ocurría a su alrededor, pero no había nada ni nadie que le llamara especialmente la atención. No hubo ninguna cara

que reconociera de los entierros anteriores.

Cuando el sepulcro fue cerrado y la gente empezó a dispersarse, ellos aún se mantuvieron en su posición, pendientes.

Un rato después, cuando ya no había nada más que ver, se dieron la vuelta y se dirigieron al coche.

Estaban sentados en el despacho de Cristina, ella le contaba todo lo que había sucedido el día anterior. Javi no salía de su asombro, no estaba seguro de qué le sorprendía más, la reconciliación con su madre o que el inspector se hubiera presentado en la casa de su amiga. En realidad, si lo pensaba con frialdad, lo segundo no le extrañaba, había comprobado la atracción que sentían el uno por el otro.

—Pues esto habrá que celebrarlo.

Cristina estaba radiante. El haber recuperado a su madre después de tantos años le hacía sentirse en una nube de felicidad, eso sin contar, que la aparición de Daniel en su casa le había agradado más de lo que le gustaría reconocer.

El sonido del móvil les interrumpió. Al ver quien llamaba, le mostró la pantalla a Javi que sonrió con picardía.

—Buenos días, señorita del Saz. —Al ver que no la tuteaba, su sonrisa desapareció, debía de haber pasado algo.

—Inspector Suárez —le respondió más seca de lo que le hubiera gustado, lo que hizo que Javi levantara ambas cejas en gesto interrogante.

—Estoy con el manos libres en el coche, la subinspectora de la Vega está conmigo. —A Daniel el tono de Cristina no le pasó desapercibido, así que se explicó.

—Buenos días —saludó la subinspectora.

—Quería saber si le suenan los nombres de... —El inspector dio paso a su compañera que tenía ambos anotados en una libreta.

—Felipe Jiménez y Carlos Matías. —Cristina los apuntó en un papel que tenía encima de la mesa.

—¿Por? ¿Son sospechosos?

—Solo sabemos que todos chatearon con las víctimas el día de su muerte. —La subinspectora miró a su compañero con cara de circunstancias, no se podía creer que le estuviera dando esa información. Suárez se dio cuenta de su aspaviento, pero no le hizo caso, había estado colaborando con ellos, sin embargo, él no se lo contaba solo por eso.

—Felipe Jiménez no me suena de nada, pero Carlos Matías, sí, aunque ahora mismo no sé de qué. —Se quedaron unos segundos en silencio, Cristina

intentando recordar dónde había oído ese nombre antes, y los inspectores, esperando a que hiciera memoria.

—Si lo recuerda, por favor, llámenos.

—Por supuesto, inspector.

Suárez colgó, esperando la amonestación de su compañera, la cual no se hizo de rogar.

—Sabes que no era necesario que le dieras esa información.

—Lo sé, pero está ayudando en el caso, y pienso que se merecía saberlo.

—¿Seguro que es porque colabora en el caso? ¿O porque te la tiras?

—Daniel se quedó impresionado por la afirmación de su compañera, no se imaginaba que se notase tanto la atracción que sentía hacia ella.

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Así que confirmas que te acuestas con ella?

—Yo no he confirmado nada. Lo único que digo es, que tanto si lo hago como si no, no es asunto tuyo.

Verónica se quedó en silencio, lo que fuera que hubiera entre ellos debía de ir muy en serio, porque él siempre se había confesado con ella. Solo esperaba que si su jefe mantenía una relación con una testigo, la investigación no se viera afectada.

Daniel estaba dejando el abrigo en el perchero y Verónica, a su lado, hacía lo mismo. Acababan de llegar del entierro de Berta Álvarez, ambos esperaban que fuera la última víctima y el último entierro al que asistir.

—Jefe, acaba de llegar el informe con las llamadas realizadas por las tres víctimas el día de sus asesinatos.

Al oír esas palabras, Suárez se giró, poniendo toda su atención en Huertas y Candelas. Sabía que el contenido de la comunicación no era posible obtenerlo, pero sí, los datos necesarios para identificar el origen y destino, la hora, la fecha, la duración y el tipo de servicio utilizado, tal y como dictaba una norma de aplicación intracomunitaria. Esta directiva había sido creada poco después de los atentados de Londres, en 2005, y España había sido uno de los países más activos para aprobarla, puesto que el atentado del 11-M estaba muy reciente. Solo la policía judicial y los agentes del Centro Nacional de Inteligencia podían solicitar esta información, y siempre con una orden.

—Contadme. —Llevaban esperando ese informe desde que apareciera la primera víctima. Cada vez era más evidente que el tercer cadáver encontrado, había preocupado a las altas esferas, lo que estaba acelerando los procesos, y los distintos departamentos estaban más dispuestos a cooperar, o por lo menos, les

daban prioridad. Hasta la SAC les había enviado un perfil del asesino después de analizar todos los detalles de la investigación, a pesar de que llevaba dándoles largas algún tiempo. Eso sí, ningún dato nuevo que no hubiera sido tenido en cuenta por el exhaustivo informe realizado por Cristina.

—De las dos primeras víctimas no hemos encontrado nada. Victoria Alonso no se puso en contacto con nadie la noche de autos, la última llamada que ha quedado registrada fue a las 16:06 horas, el número correspondía con el de su madre. —Huertas tenía el informe en su mano e iba dando los datos que allí aparecían—. Amaia Pardo hizo un par de llamadas, una a las 21:15 y otra a las 21:28, ambas fueron realizadas a dos de sus amigas.

—Creía que todo el mundo se hablaba por *whatsapp*.

—Hay mensajes de Amaia Pardo utilizando esa *app*, pero terminan a las 21:30 horas, todos ellos, en su grupo de amigas —confirmó Candelas.

—Imaginamos que estuvo entretenida chateando con ellas hasta que llegó su cita —continuó Huertas—. De hecho, su madre ha confirmado que había quedado a las 21:30. Después de eso, nada.

—Por favor, decidme que tenéis algo. —Suárez estaba desesperado, pero se relajó al ver la sonrisa que ambos policías mostraron.

—Berta Álvarez envió un *whatsapp* a un teléfono de prepago a las 22:20 horas. —Huertas fue el que habló.

—El forense en su informe ha dictaminado la hora de la muerte entre las 23:00 y la 1:00 de la mañana. —Daniel se lo había leído un par de veces, aunque era muy parecido al de las otras dos víctimas, exceptuando que esta vez el asesino había dejado muestras de ADN en la escena del crimen—. Lo más probable es que a esas horas estuviera con el asesino, suponiendo que fuera su cita.

—Hemos hablado con su madre que asegura que estuvo esa tarde en su casa, le llevó unos dulces que había comprado en las Clarisas.

—Al grano, Candelas —le pidió el inspector, que en ese momento se encontraba atareado dibujando la línea temporal de la víctima en la pizarra.

—La madre ha confirmado que había quedado con alguien a las 22:00 horas, pero que iba a llegar tarde. Se fue corriendo de allí para ir a su casa a vestirse.

—¿Detalles del teléfono prepago?

—Por supuesto, jefe. Tenemos su número, nombre y dirección. —Daniel abrió los ojos impresionado al escuchar las palabras de Huertas.

—Cuanto mal ha hecho la televisión. En todas las películas se dice que es imposible seguir un móvil prepago, y en realidad, no hay diferencia. —Candelas volvió a irse por las ramas.

—Se llama Felipe Jiménez. Vive en un viejo piso en la zona de Huertas.

—¿Sabéis algo más del señor Jiménez? —preguntó Daniel, recordando que ese nombre aparecía en el listado —entregado por Santos el día anterior— de usuarios que habían conversado con las víctimas el mismo día de su muerte.

—No, jefe, esos datos nos acaban de llegar ahora.

—De acuerdo. Quedaros aquí buscando información sobre él. Lo traeremos para interrogarle. Tenemos que estar preparados. Puede ser nuestro asesino. —Miró a la subinspectora—. Vamos.

El Barrio de Huertas es una de las zonas más antiguas de Madrid, en la actualidad, está prácticamente peatonalizado. Es un barrio conocido por la actividad nocturna, debido a la cantidad de restaurantes y bares de copas. Aunque también se le conoce como Barrio de las Letras, porque cuenta con una gran actividad teatral, pero sobre todo, porque sus calles reciben el nombre de autores del Siglo de Oro, como Cervantes, Lope de Vega, Quevedo, de los que se dice que vivieron en ellas, excepto Góngora, que vivió en la actual calle León.

Cuando llegaron a la dirección que les habían indicado Candelas y Huertas, se encontraron en una estrecha callejuela cuyas paredes estaban llenas de grafitis. El portal del sospechoso se encontraba abierto, la cerradura estaba rota, por lo que entraron sin necesidad de usar el cochambroso portero automático. El interior no era mucho mejor, olía a orín y había basura esparcida por el suelo. Subieron andando los dos pisos que les separaban de la casa del señor Jiménez, ya que el ascensor no les dio ninguna confianza, tenía pinta de estar averiado.

—Que el asesino viva aquí, no da con el perfil —dijo Verónica.

Cuando llamaron a la puerta, se oyeron algunos ruidos, pero nadie les abrió, así que insistieron.

—Ya va, ya va —gritó una voz desde el interior.

La persona que les abrió la puerta, era un viejo que aparentaba entre sesenta y setenta años, el pelo blanco debía de llevar días o quizás meses sin ser lavado ni peinado, sus ojos estaban inyectados en sangre y apestaba a alcohol y mugre. Vestía con una vieja camiseta interior blanca, llena de pequeños agujeros y grandes manchas, y unos viejos pantalones de chándal, que se encontraban en el mismo estado que la camiseta. Las zapatillas de estar por casa que lucía, permitían a los dedos gordos de ambos pies asomar por sendos orificios.

—¿Señor Jiménez? ¿Felipe Jiménez? —El inspector se había fijado en los buzones del portal, ratificando que la única persona que vivía en ese piso llevaba ese nombre, pero no se esperaba el deshecho humano que tenía delante.

—Sí, ¿qué quieren? —Al hombre le costaba mantener el equilibrio.

—Somos el inspector Suárez y la subinspectora de la Vega. —Ambos le mostraron sus placas—. Queríamos hacerle unas preguntas.

—¿Quieren pasar? —El hombre se apartó para dejarles entrar.

—No, mejor será que venga a comisaría con nosotros.

—¿Estoy detenido? Si no es así, no me moveré de aquí. —Otro que veía series policiacas, pensó el inspector.

—¿Quiere que le detengamos, señor Jiménez? Seguro que si entramos, encontraremos suficiente María como para que pase unos días en el calabozo. —Esto siempre funcionaba.

—Vale, vale, no es para ponerse así, jefe. —Al decir eso, levantó las manos y por poco se cae de espaldas, en el último momento, recuperó el equilibrio agarrándose al marco de la puerta—. Esperen que vaya a por un abrigo.

—¿En serio vamos a meter a ese en el coche? Nos va a apestar durante una semana, como mínimo —dijo Verónica cuando desapareció de su vista, presumiblemente para coger el abrigo que había mencionado.

—No tenemos otra. —Daniel se encogió de hombros, estaba de acuerdo con su compañera.

Unos segundos más tarde, aparecía el señor Jiménez tambaleándose por el pasillo, vistiendo un viejo abrigo negro que le iba algo grande.

—Cuando quiera, jefe.

Verónica y Daniel observaban a través del cristal al señor Jiménez. Llevaba cuatro cafés y le habían llevado al baño a vomitar en un par de ocasiones. Ambos estaban convencidos de que ese hombre no era el asesino organizado y pulcro que buscaban.

Habían llegado a él por el móvil prepago, que había recibido un mensaje de la última víctima la misma noche de su muerte. Era evidente que el asesino quería que llegaran a él, pero Daniel se preguntaba por qué. En ese momento, entraron Huertas y Candelas.

—Menuda pieza —dijo Candelas para comenzar con su exposición—. Alcohólico y drogadicto. Ha entrado en la cárcel por delitos menores de drogas y robos. Estuvo casado con una tal Almudena del Olmo, que murió en un accidente de coche hace veinticinco años. Hay varias denuncias de maltrato por parte de diferentes mujeres, incluida la esposa, pero todas ellas fueron retiradas. Tuvo un hijo, que se escapó de casa con dieciséis años, cansado de las palizas que le propinaba su padre.

—De estos casos, por desgracia, existen muchos, ¿por qué este en particular? —La pregunta del inspector fue lanzada al aire, no esperaba

contestación, pero la obtuvo.

—Hay más, jefe. —El inspector Huertas sacó una fotografía de la carpeta que llevaba en la mano—. Esta es una foto de su mujer e hijo. —Daniel y Verónica se quedaron sorprendidos al ver la imagen a color. Posaban delante del Museo del Prado, y por la indumentaria que vestían, debía de haber sido tomada en la década de los ochenta. La mujer era muy atractiva, y el hijo aparecía muy sonriente a su lado, ambos agarrados de la mano. Pero lo que había llamado la atención de los inspectores era el gran parecido de la mujer con las víctimas, como ellas, Almudena del Olmo era rubia con ojos azules.

—¡No me jodas! —Daniel estaba francamente sorprendido—. ¿Qué sabemos del hijo?

—Nada.

—¿Nada?

—Ahora tendrá treinta y cinco años. Es lo único que puedo asegurar. Cuando se fue de la casa de su padre, debió de crearse una nueva vida, porque literalmente, desapareció.

—¿Cómo se llamaba?

—Como el padre. Felipe Jiménez.

—Mirar a ver si lográis encontrar algo del hijo. —Los inspectores ya estaban saliendo de la habitación, cuando Daniel se dirigió de nuevo a ellos—. Y otra cosa, llevar la fotografía a Cardenete, a ver si a partir de la instantánea del crío podemos saber cómo es en la actualidad.

—De acuerdo, jefe.

Daniel sabía que si Cardenete no era capaz de obtener su aspecto actual a partir de esa vieja fotografía, nadie podría hacerlo, era el mejor con diferencia.

—Bueno, vamos allá. ¿Preparada?

—Sí, jefe. —Verónica sacó un pequeño tarro de vaselina del bolsillo del pantalón, mostrándoselo al inspector—. Vaselina mentolada.

Como si fueran a estar delante de un cadáver en estado de descomposición, se echó un poco debajo de la nariz. A continuación, le ofreció a Daniel, pero este declinó su oferta, cosa de la que se arrepintió en cuanto cruzaron la puerta de la sala de interrogatorios. El hombre ya no solo apestaba a alcohol y mugre, sino que además, se podía apreciar el olor a vómito, era una mezcla repugnante, y al haber estado más de una hora encerrado en una sala sin ventilación, el hedor resultaba mareante.

—Señor Jiménez, ¿podría hablarme de su mujer? —El inspector daba palos de ciego.

—¿Mi mujer? Yo no tengo mujer. —Miró a los dos policías que se acababan de sentar enfrente de él, sin entender.

—Hablo de —revisó el informe que le había dejado Candelas—, Almudena del Olmo.

—¿Almudena? Pero si murió hace más de veinte años.

—Exacto, ¿qué me puede contar sobre ella? —El viejo seguía sin comprender, pero no tenía nada que ocultar, y lo que había ocurrido en el pasado, ya no tenía importancia. Ella estaba muerta. Así que se encogió de hombros y empezó a hablar.

—¿Qué quieren saber de esa putilla?

—Por ejemplo, cuénteme cómo murió.

—La muy zorra se largó, me dejó por otro. Se llevó todas sus cosas, y el coche, que por cierto no era suyo, sino mío. Y ese mismo día, la muy estúpida chocó contra una farola. —Ambos inspectores pensaron lo mismo, abandonó al hijo.

—¿Vivían en aquella época donde vive usted ahora? —Verónica no sabía dónde quería ir a parar con esa pregunta, pero a Daniel se le había ocurrido algo.

—Sí, claro. Compré la casa hace más de treinta años.

—¿Y su hijo?

—Mi hijo, ese desagradecido. Nunca le faltó comida, ni un lugar donde dormir, le pagué una educación, pero a los dieciséis años, me dejó tirado, como la zorra de su madre. De tal palo tal astilla —dijo negando con la cabeza—. Se fue en cuanto le dije que tenía que ponerse a trabajar para ayudar en casa. Puto vago.

—¿Usted le pegaba? —El hombre pareció ponerse algo nervioso.

—¿Qué insinúan?, ¿me están acusando de algo?

—No, claro que no. Solo queremos saber por qué se fue el chico.

—Ya se lo he dicho, era un desagradecido. ¿Es que no me creen?
—Actuaba a la defensiva.

—¿Tiene usted móvil, señor Jiménez?

—¿Móvil? —dijo extrañado. No entendía de qué iba ese interrogatorio.

—Sí, móvil o teléfono.

—Nunca he tenido uno de esos chismes, con quién iba a hablar yo. Y hace años que la compañía telefónica me cortó la línea del fijo.

—De acuerdo, señor Jiménez. Cuando quiera puede irse. —Ambos inspectores se levantaron y le abrieron la puerta de la sala para que se marchara.

—¿Ya está? ¿Para esto me han hecho venir? —El hombre parecía perplejo.

—Ha sido de mucha ayuda, señor Jiménez, muchas gracias por su colaboración. —El hombre salió maldiciendo por lo bajo a los inspectores y al trabajo policial que se realizaba allí. Todavía no mantenía bien el equilibrio, puesto que antes de salir por la puerta del departamento, tropezó en varias

ocasiones con diferentes objetos y personas que se encontró a su paso. Todos ellos pusieron la misma cara de asco al pasar a su lado, era obvio que el hedor lo acompañaba.

Daniel recordó una conversación que había mantenido la noche anterior con Cristina.

«Ambos estaban relajados después de cenar, sentados frente a la televisión apagada, tomando un café.

—Cris, cuando he llegado, ¿estabas llorando? —Ella se quedó anonadada por la pregunta, no se la esperaba. Y él tampoco había tenido intención de hacérsela, pero estaba preocupado.

Le miró a los ojos y supo, en ese preciso instante, que podía confiar en él. Así que pasó a detallarle lo que le había sucedido cuando contaba con cinco años y lo que había ocurrido esa misma tarde. Daniel no la interrumpió, sabía que se estaba desahogando, escuchaba con atención todo lo que ella le relataba asintiendo de vez en cuando. No la miraba con lástima, cosa que ella agradeció, su mirada solo mostraba comprensión. Cuando terminó de contárselo todo, se sintió más relajada, como si se hubiera quitado un gran peso de encima, llevaba años sin hablar de ello.

—La he perdonado. Nunca pensé que lo haría, pero todos estos años había estado equivocada. —Tenía anegados los ojos de lágrimas, dispuestas a abrirse camino de un momento a otro por las mejillas—. Ahora me siento como una idiota, por todo el tiempo que hemos perdido, el tiempo que he alargado esta situación de forma tan tonta.

Daniel le había secado con el pulgar las lágrimas que finalmente habían salido desbocadas, y la abrazó, quería consolarla, que supiera que él estaba ahí, pero se preguntaba, si en realidad lo estaba».

Suárez salió de sus ensoñaciones para volver al presente.

—Verónica, comprueba dónde tuvo lugar el accidente de la mujer y dónde se encontraba el colegio del crío. —Verónica intuía lo que quería averiguar.

—Y tú, ¿qué vas a hacer?

—Voy a llevarme esos vasos al laboratorio del doctor Mena, a ver si puede hacer una prueba de ADN. —Encima de la mesa aún se encontraban los cuatro vasos de café, que el interrogado había bebido.

—¿Crees que el asesino es el hijo?

—Eso es lo que quiero averiguar.

Cuando Daniel llegó a la sala de autopsias, se encontró al doctor Mena anotando datos que obtenía de lo que veía por el microscopio, a la vez que se comía un

sándwich. Siempre le había sorprendido la facilidad que tenían para comer allí los forenses, cuando para el resto, era un sitio, en el que como mínimo, se te revolvía el estómago.

Al oír los pasos del inspector acercándose, el forense levantó la cabeza del artilugio para ver quién era.

—Inspector Suárez, no le esperaba. ¿A qué debo este honor?

—Quiero que haga una prueba de ADN.

—Ya sabe que yo no me encargo de hacer ese tipo de pruebas, no tengo equipo.

—Lo sé. Este ADN ha sido recogido sin consentimiento, por lo que no sirve delante de un Tribunal. Pero quiero saber si tiene alguna relación con el encontrado en el cuerpo de Berta Álvarez. —Ambos sabían que para que una prueba de ADN sirviera como prueba legal, era necesario garantizar la autenticidad e integridad de las muestras, además, debía de cumplirse una cadena de custodia.

El doctor se quedó mirando la bolsa transparente de pruebas, que en ese momento el inspector levantaba, enseñándosela. En su interior, había varios vasos de plástico en los que supuso habría saliva.

—De acuerdo. Tengo un amigo que trabaja en un laboratorio privado haciendo este tipo de análisis. Le puedo pedir un favor, me debe unos cuantos. —Sonrió.

—¿Cuánto tardará?

—Supongo que me lo está pidiendo porque lo necesita para ayer. —El inspector asintió, si seguía el circuito habitual tardaría días, incluso semanas—. Creo que si voy ahora al laboratorio, lo podré tener mañana.

—Muchas gracias, doctor.

—Solo espero que coja a ese cabrón. —El inspector se sorprendió por las palabras del médico, no solía hacer ese tipo de comentarios, y en su trabajo se encontraba con muchos dementes. Pero le entendía perfectamente, él sentía lo mismo.

Cristina estaba recogiendo la correspondencia de su buzón cuando cayó en la cuenta, cómo no se había acordado antes, se preguntó. Buscó el teléfono en el bolso para llamar a Daniel, pero al percatarse de que todavía se encontraba en el vestíbulo de su portal, prefirió subir a casa, era mejor que esa llamada la realizara en un lugar privado.

Subió por las escaleras a toda prisa, todavía llevando el móvil en la mano. Ignoró el ascensor sabiendo que tardaría más si lo esperaba. Como si de un acto

reflejo se tratara, cuando llegó al descansillo del cuarto, miró a la puerta de su vecino, que como era habitual, parecía haberla oído llegar y la observaba por la mirilla, incluso juraría haber escuchado algún jadeo mientras abría. Era usual y una costumbre bastante molesta, que su vecino siempre estuviera atento a cuando llegaba o a cuando se marchaba, pero siempre había creído que era inofensivo. Vicky también se lo había comentado alguna vez, ella también lo sentía observando tras la mirilla. Pero, si antes, en lo único que pensaba es en que era un cotilla, y que no tenía otra forma más útil para la sociedad en qué gastar su tiempo que espiándolas, ahora empezaba a pensar que quizás fuera algo peor.

Se sentó en el sofá de su casa, respiró profundamente unos segundos para relajarse, y llamó a Daniel.

—¿Daniel? ¿Puedes hablar? —El inspector salía en ese momento del Anatómico Forense y se dirigía dando un paseo a su coche.

—Sí, claro, ¿qué ocurre? —Notó el desasosiego en su voz.

—Ya sé quién es Carlos Matías. —El inspector se quedó parado en medio de la acera, expectante—. Es un vecino de nuestra planta. Cuando lo mencionaste, no caí. Vicky y yo solíamos llamarle el Apestoso, siempre utilizábamos ese mote, pero ahora, al sacar las cartas del buzón, ahí estaba, al lado del mío, ese nombre.

—¿Me estás diciendo que tu vecino hablaba con su vecina de al lado por una página web de contactos?

—Pues eso no te lo sé decir, lo que te digo, es que mi vecino se llama Carlos Matías.

—De acuerdo. ¿Qué sabes de él?

—Poca cosa. Por lo que tengo entendido, se divorció hace unos meses y se vino a vivir aquí. Les compró la casa a los hijos de la señora María, una anciana encantadora que murió el año pasado. —Daniel carraspeó y Cristina volvió a centrarse en su vecino—. No sé mucho más. Se pasa el día viendo la televisión o por lo menos con ella encendida a todo volumen. El hombre es un guarro, apesta y viste como un vagabundo.

—¿Sabes si intentó salir con la señorita Alonso? —Le sonó extraño oír que la llamaba por su apellido, aunque lógico.

—Lo ha intentado con ambas. Y otra cosa, nos tiene fichadas.

—¿Perdona? —Daniel no entendía a qué se refería.

—Siempre que salimos o entramos, se le oye detrás de la puerta, observando por la mirilla. Cree que no nos percatamos, pero es evidente. —Cuando terminó la frase, se dio cuenta de que había hablado como si Vicky aún estuviera viva.

—Gracias Cristina. Nos has sido de gran ayuda.
En cuanto colgaron, el inspector llamó a Huertas.

Dos horas después, Carlos Matías se encontraba sentado y esperando a que alguien apareciera en la sala de interrogatorios de la comisaría.

Como Cristina le había informado, se había divorciado unos meses antes, su mujer lo había dejado por no tener trabajo y no dedicarse a hacer nada en la vida más que comer y dormir, según palabras textuales de ella en el juicio. Se había quedado en el paro hacía unos años y no había intentado encontrar otro puesto. Su mujer desesperada y cansada de su estado de abandono, pidió el divorcio. Poco después, había recibido una herencia de una tía segunda que no tenía más familia que a él, por lo que la mitad de su dinero se la había dejado a una ONG y el resto a su sobrino, lo que le permitía vivir sin necesidad de trabajar.

—Algunos tienen suerte —dijo Candelas cuando terminó de exponer la poca información de la que disponían.

Todos se encontraban en la sala contigua, mirando al sospechoso a través del cristal.

—¿Crees que puede ser nuestro asesino? —preguntó Verónica observando a la piltrafa humana que había allí sentada, y que en ese momento se hurgaba la nariz.

—Cosas más raras se han visto, pero no, no lo creo. Este hombre no es ni de lejos la persona organizada que buscamos.

Huertas estaba de acuerdo con su jefe, la casa en la que vivía parecía un estercolero, y él un vagabundo.

—Vamos a hablar con él.

Verónica y Daniel se pusieron en movimiento, mientras Candelas y Huertas se acercaban al cristal para no perder detalle. Esta vez, cuando Verónica le pasó la vaselina mentolada, el inspector también se echó un poco debajo de la nariz. El apodo que le había puesto Cristina le venía que ni pintado, pensó.

—Buenas noches, señor Matías —saludó al entrar el inspector. Ambos se dirigieron a las dos sillas situadas enfrente del sospechoso. El hombre echó un vistazo a la subinspectora de arriba abajo, mostrando una sonrisa lasciva que indicaba que aprobaba lo que veía. Aunque Verónica se percató del análisis que le acababa de hacer, lo ignoró, en su trabajo era una práctica habitual de la mayoría de tíos con los que trataba.

—Buenas noches, inspectores. ¿Me pueden decir qué es lo que hago aquí?
—Verónica sacó tres fotografías que colocó encima de la mesa, cada una de ellas correspondía con las víctimas. Estaban sonrientes. Eran las imágenes que

aparecían en sus perfiles de conecta.com.

—¿Reconoce a alguna de ellas? —La voz grave del inspector imponía, se dijo Verónica, no le extrañaba que muchos de los interrogados se pusieran nerviosos cuando trataban directamente con su jefe.

—Esta es mi vecina. Bueno, era mi vecina, una chica muy guapa. —El hombre se relamió al recordarla, lo que hizo que la cara de la subinspectora reflejara el asco que sentía—. Las otras dos, no sé quiénes son.

—¿Está seguro?

—¿A dónde quiere llegar, inspector?

—Tenemos pruebas que confirman que se relacionaba con las tres mediante una conocida web de contactos.

—Bueno, ya sabe, en esos sitios se habla, pero nunca sabes muy bien quién hay al otro lado.

—Son las fotografías que aparecen en sus perfiles. —El sospechoso se encogió de hombros—. Por lo que sabemos, usted habló con ellas por la web el día en que fueron asesinadas. —El hombre entrecerró los ojos sopesando al inspector.

—¿Me está diciendo que soy sospechoso de los asesinatos? Inspector, ¿tengo que llamar a un abogado?

—Eso dígame usted. ¿Qué relación tenía con ellas?

—Como le decía, solo conozco a mi vecina, Victoria. Al resto no las recuerdo. He de reconocer que entro a muchas tías en esas webs, ya sabe, alguna caerá. —Río de forma impúdica.

—¿Y lo hacen? —Esta vez hablaba Verónica, que se hubiera sorprendido de que alguna hubiera caído en la trampa.

—A veces. —Le dijo mirando sin ningún pudor los pechos de la pelirroja, que empezaba a excitarlo.

—¿Mantén algún chat con su vecina? —Continuó el inspector, intentando que el señor Matías dejara de contemplar a su compañera de manera tan obscena.

—Intenté chatear con ella en varias ocasiones, pero nunca me contestó, menuda maleducada. —Se encogió de hombros—. Recuerdo el día que navegando por la web me la encontré. Me decidí a saludarle, ya sabe, como vecinos, pero ella ni se dignó en responder, como si fuera unapestado. —Si él supiera, se dijo Daniel—. Se creía superior.

—¿Y por eso decidió matarla? Porque lo ignoraba y se creía superior a usted.

—Yo no he matado a nadie.

—Me está diciendo entonces, que no está seguro de si habló con las víctimas, porque se dedicaba a enviar mensajes a diestro y siniestro, a todas las

chicas con las que se encontraba en esas páginas, para ver si alguna se dignaba a contestarle. —A Daniel le hizo gracia, pero siendo realistas, era lo único a lo que el hombre que tenía delante podía aspirar.

—Eso es lo que le estoy diciendo, inspector.

—¿Me puede decir dónde ha estado las noches de los últimos tres sábados?

—En casa, viendo la televisión.

—¿Hay alguien que pueda atestiguarlo?

—No, estuve solo. —El inspector ya se lo imaginaba.

—De acuerdo, puede irse a casa, pero no salga de la ciudad. —El hombre asintió, parecía asustado.

Los inspectores salieron de la sala y se unieron a Candelas y Huertas al otro lado del espejo.

—¿Qué opináis?

—Lo mismo que usted, jefe, es imposible que ese despojo sea nuestro asesino.

—En efecto, habrá que seguir buscando.

Cristina acababa de terminar de cenar, cuando se sumergió de nuevo en la página de conecta.com. Llevaba varios días sin acceder a ella, y se sorprendió de la cantidad de mensajes que la estaban esperando. Les echó un vistazo, pero los ignoró, la mayoría eran demasiado soeces. No entendía cómo Vicky podía haber pensado siquiera que llegaría a conocer a alguien interesante en este tipo de webs. Aunque tenía que reconocer, que sus citas no habían estado tan mal, quizás alguno de ellos fuera un asesino en serie, pero ninguno se mostró grosero, ni maleducado, se rio de su absurda reflexión.

Estaba claro que había que saber elegir entre tanta morralla, eliminar la paja, y quién sabía lo que se podía encontrar. En la actualidad, con jornadas laborales tan largas, con apenas tiempo para uno mismo, resultaba de gran ayuda llegar a casa y conocer gente sin salir de tu zona de *comfort*.

Hizo una búsqueda introduciendo el nombre de Felipe Jiménez, y apareció un listado con bastantes caballeros con ese nombre. Se quedó únicamente con los residentes en Madrid, con lo que el listado se redujo a cinco. Esa cantidad podía manejarla.

Ya había entrado en el perfil de Vicky y no había nadie que se llamara así. Miró en detalle las conversaciones que había mantenido el día de su muerte, pero ahí no aparecía nada que hiciera referencia al individuo que buscaba. Le extrañó, porque la investigación policial confirmaba que el asesino había chateado con las víctimas el mismo día de su muerte. ¿Habría borrado él las conversaciones?,

¿eso se podía hacer?, se preguntó.

Después de leer sobre los usuarios del listado de Felipes Jiménez, comprobó que solo dos de ellos tenían estudios universitarios, y teniendo en cuenta el perfil del asesino que ella misma había creado, se decantó por estos. De ellos, solo uno mostraba interés por la pintura y por las pinacotecas, así que se decidió a enviarle un mensaje. Utilizó el mismo que había utilizado Daniel con ella, o mejor dicho, la subinspectora. «¿Qué tal te va el día?».

Se mantuvo durante unos minutos observando la pantalla, esperando recibir contestación, pero no ocurrió nada. Así que apagó el portátil, pensando en que quizás contestara al día siguiente, o quizás, no contestara, podía no sentirse atraído por ella. Aunque si había dado con su asesino, cosa que dudaba, sus datos revelaban a una rubia de ojos azules a la que le encantaba la pintura, su tipo de mujer.

Jueves, 16 de marzo

El inspector salía del gimnasio sintiéndose descargado de frustraciones y de todo el estrés acumulado. Desde que había comenzado con este caso, no había tenido posibilidad de acudir a sus clases, y necesitaba desquitarse. Aunque había salido a correr casi todas las mañanas, no era lo mismo. Practicaba *kick boxing*, un deporte de combate japonés que mezcla técnicas de boxeo con algunas artes marciales, le resultaba liberador, esa mañana, sus contrincantes no habían salido muy bien parados.

Ya en comisaría, se encontró a Verónica muy concentrada delante de la pantalla del ordenador, tomando notas de lo que allí encontraba.

—Buenos días —le saludó. Ella, entonces, levantó la mirada de la pantalla y le sonrió.

—Buenos días, jefe, creo que tengo lo que estabas buscando. —Daniel levantó las cejas interrogante, no sabía a qué podía referirse—. Como supusiste, el accidente de Almudena del Olmo se produjo en una calle a medio camino entre su casa y el colegio, parece ser que iba a buscar al chico para huir con él.

—Me lo temía. —Asintió el inspector—. ¿Algo más? —La sonrisa de Verónica confirmaba la pregunta.

—He contactado con un amigo de la mujer, Jose Luis Rodriguez. Estudiaron juntos en la Universidad. Por lo visto, unos meses antes de morir, ella lo llamó, quería encontrar un trabajo. Había sido profesora de Arte en la Universidad, pero al casarse lo había dejado.

—El perfil del marido apunta a que la obligó a dejarlo, lo más seguro es que él pensara que tenía que encargarse de su familia, no podía permitir que una mujer lo ayudara.

—Otra forma de tenerla atada. —Daniel asintió—. Jose Luis Rodriguez le encontró un trabajo en el instituto en el que trabajaba en Toledo. El profesor de Dibujo Técnico se acababa de jubilar, así que la propuso para que lo sustituyera ante el profesorado, y todos aceptaron contratarla. Ya estaba todo dispuesto para su incorporación, el hijo tenía plaza en el colegio, e incluso les había preparado una vieja casa en un pueblo cercano, que había pertenecido a su familia, y en la que no vivía nadie, de forma que se instalaran a su llegada. Según el señor Rodriguez, esperaba a Almudena del Olmo y a su hijo —concluyó.

—Iba a abandonar al marido con el crío. —Las suposiciones del inspector, habían sido confirmadas.

—Exacto.

—Así que tenemos a un asesino que piensa que fue abandonado por su madre cuando era pequeño, por lo que está matando a chicas que le recuerdan a ella. Pero la realidad es otra completamente diferente, nunca fue abandonado. —La ironía del asunto no le pasaba desapercibida—. ¿Qué crees que haría si se enterara de la verdad? —Verónica lo miró con interés, no tenía ni idea qué se le podía haber ocurrido.

—¿En qué estás pensando?

—Estoy pensando en que siempre va un paso por delante, siempre nos está marcando el camino a seguir, nos está llevando por donde quiere llevarnos, y ya estoy harto. Esta vez, vamos a ser nosotros los que tomemos la iniciativa.

—¿Cómo? —Verónica seguía sin entender a su compañero.

—Esta vez somos nosotros los que tenemos información que él desconoce y vamos a lanzar un órdago.

Daniel se sentó tras su mesa, buscó un número en la agenda de su móvil y pulsó el botón de llamada bajo la atenta mirada de la subinspectora, quien empezaba a captar la idea que tenía en mente su jefe.

Era la primera vez que él le tomaba la delantera y lo llamaba, siempre había sido al revés, pero esta vez lo necesitaba y esperaba que no le fallara.

—¿Montes? Me gustaría hablar contigo.

—Inspector Suárez, menuda sorpresa. —Montes podría reconocer la voz del inspector en cualquier parte, esa voz grave de barítono. En alguna ocasión había pensado que había equivocado su profesión, que se tenía que haber dedicado al doblaje o a la radio. Si no fuera por lo brillante que era como investigador, se podría haber ganado la vida utilizando su profunda voz—. Si me llamas para saber si el asesino se ha vuelto a poner en contacto conmigo, la respuesta es no, no he vuelto a saber nada de él.

—No, te llamaba para otra cosa. Quería proponerte algo. —El periodista estaba intrigado, esa no era la forma de proceder de Suárez.

—Cuéntame. Soy todo oídos. —Daniel sonrió, sabía que el periodista no dejaría pasar esa oportunidad.

El inspector Suárez iba de camino al departamento de informática, esperaba que hubieran podido sacar algo de la vieja fotografía que les habían entregado el día anterior.

Se encontró a Cardenete y a Miguel, el técnico, muy concentrados en su labor con otro compañero, mirando una pantalla en la que aparecían gran cantidad de resultados, parecía que estaban afinando el filtro de búsqueda que

utilizaban.

—Buenos días. —La voz del inspector los sobresaltó.

—Inspector. Como siempre, te estábamos esperando —le dijo Miguel mientras se dirigía a su mesa, seguido de Cardenete y de Suárez, dejando al compañero que siguiera con el trabajo en el que habían estado todos ellos tan absortos unos segundos antes.

—¿Habéis podido sacar algo de la imagen?

—Jefe, no te puedes ni imaginar el *software* que hay aquí. Nos ha ayudado mucho. —Cardenete se mostraba excitado, era evidente que habían conseguido lo que pretendían.

—La verdad es que creo que sí —confirmó Miguel—. En el departamento informático se compró hace algún tiempo, una aplicación capaz de mostrar el aspecto de una persona dentro de veinte o treinta años, únicamente introduciendo una fotografía y algunos datos personales. Es muy parecida a muchas otras que existen hoy en día por internet y que muchos usuarios utilizan por curiosidad, para entretenerse un rato, viendo cómo serán en el futuro. La diferencia es que nosotros la hemos mejorado, hemos modificado algunas rutinas de la ya de por sí innovadora herramienta, de forma que nos resulte útil y eficaz en los casos policiales. Hemos conseguido que nos genere un resultado sin apenas rango de error. —Miguel se mostraba muy orgulloso del trabajo realizado en el departamento, no cabía duda, pero al inspector esa información no le interesaba—. Hemos tenido que introducir algunos datos del crío, esperemos no habernos confundido en nuestras premisas, porque estas son definitivas para la obtención del resultado final.

—¿Qué tipo de premisas?

—El sexo y edad, por ejemplo, aunque sobre estos datos no había dudas. Pero otro condicionante de nuestro aspecto puede ser si la persona en cuestión consume o ha consumido drogas, ya que estas causan un importante efecto negativo en nuestro cuerpo con el paso de los años. De todas formas, te hemos generado varias versiones de la misma persona dependiendo de algunas de las hipótesis que hemos barajado. Como podrás ver, no difieren mucho entre ellas. —Daniel asintió, encantado con el trabajo que habían realizado.

Cuando el técnico le imprimió las instantáneas, se quedó observando todas ellas, sin reconocer el rostro que tenía delante. Se le había pasado por la cabeza que al ver las imágenes reconocería sin lugar a dudas al asesino, pero no era así, se daba cuenta de que había sido demasiado optimista a ese respecto. Miguel notó el abatimiento del inspector.

—Ten en cuenta, que si se ha hecho la cirugía estética o algún tipo de operación en el rostro, no se parecerá.

—Excepto por la mirada.

—Depende, también existen lentillas, operaciones...

El inspector miró los ojos del principal sospechoso en las diferentes impresiones. Esa mirada, que en la foto de niño se mostraba cálida e inocente, en las que tenía en la mano resultaba fría e insondable.

—Gracias, Miguel, seguro que nos es muy útil. —Aunque Suárez no las tenía todas consigo.

—De nada, inspector. Si necesitáis algo más, ya sabéis dónde estoy.

—Por cierto, del origen de los correos electrónicos, ¿habéis encontrado algo?

—No, lo siento. Vamos de servidor en servidor sin aterrizar en ningún sitio.

—Cardenete se mantenía en silencio al lado de su jefe, escuchando todo lo que tenía que decir el técnico que le había ayudado tanto. Conocía a Miguel desde hacía tiempo, incluso antes de entrar a trabajar en esta comisaría. Se habían conocido en la red, ambos se movían por los mismos foros. Como les decían sus amigos, eran unos frikis de la informática.

—Gracias de nuevo.

Daniel se dio la vuelta, dejando a Cardenete y a Miguel que continuaran trabajando en la búsqueda del origen de los *emails*.

Quizás, en la actualidad, el rostro del asesino era ese, aunque no reconociera a ningún sospechoso en él, se iba diciendo como si se quisiera convencer. Cuando llegó a su planta, se dirigió a Candelas y a Huertas que se tomaban un café en la sala de descanso.

—Buenos días, jefe —le dijeron al unísono.

—Buenos días. Miguel, me ha dado estas fotografías que muestran cómo se supone que podría ser Felipe Jiménez en el presente. —Ambos cogieron las imágenes y al mirarlas, como antes le había sucedido al inspector, no reconocieron a nadie en ellas—. Comprobad si ha asistido a alguno de los entierros de las víctimas. Y revisad que no esté fichado o incluido en alguna de nuestras bases de datos.

Ambos inspectores asintieron y se fueron a su mesa para comenzar con la tarea asignada, llevándose el café que todavía no se habían terminado de beber. Todos querían avanzar y descubrir al asesino antes de que volviera a actuar. Estaban dentro de una cuenta atrás, la cual finalizaba la noche de ese sábado. No podían permitirse un nuevo asesinato.

Daniel se sentía satisfecho, se estaban acercando, aunque no tenía claro cuán cerca estaban. Le tenía preocupado lo poco que quedaba para el siguiente

asesinato.

Se subió a su coche y se dirigió a la Autónoma. Con la excusa de mostrarle a Cristina las imágenes del principal sospechoso, pensaba invitarla a comer. Se sentía muy a gusto con ella, era de las pocas personas que lograban que desconectase de su trabajo, cosa que no entendía, porque la mayoría del tiempo era el tema principal de su conversación.

Cuando llegó a la Universidad, el movimiento de alumnos era caótico, algunos iban corriendo de un lado a otro, otros estaban reunidos en pequeños grupos donde charlaban animadamente y echaban unas risas. Todos ellos, cargados con gruesos libros, mochilas o carpetas repletas de apuntes.

Echó de menos esos tiempos, en los que sus mayores preocupaciones eran aprobar o no un examen, o tal vez, en qué hacer el fin de semana. En aquella época, el suspender le había parecido el fin del mundo, siempre con los agobios habituales de aquellos que dejan el estudio para última hora, además de los nervios que iban incrementándose cuando la fecha se acercaba, sin embargo, ahora se daba cuenta de lo superfluo de aquellos problemas. En esos momentos, de él dependía encontrar a un asesino antes de que volviera a matar, evitar la muerte sinsentido de una joven, eso, desde luego, no era equiparable a aprobar o suspender un examen. «Qué ingenuos éramos».

Esta vez recorrió más seguro los pasillos de la Facultad de Psicología, fue capaz de reconocer algunos lugares, de todas formas, tuvo que preguntar cómo llegar a su destino. El edificio era un enrevesado de pasillos y escaleras que dificultaban el poder moverse por el interior como pez en el agua. Gracias a una guapa alumna, que no paraba de insinuársele, llegó al despacho de Cristina en un breve *lapsus* de tiempo.

—Muchas gracias por acompañarme.

—Para mí ha sido un placer, inspector. —Se acercó a él provocativamente. Mientras le estrechaba la mano, le susurró al oído—: Si me vuelve a necesitar, ya sabe cómo contactar conmigo.

La chica le había puesto en la mano un papel en el que estaba apuntado su nombre y su número de teléfono. Él no pudo dejar de observarla mientras desaparecía por el pasillo, contoneándose. Suspiró, las cosas habían cambiado, y mucho, desde que empezara a salir con Cruz. Las chicas se habían transformado, ellas siempre habían decidido y habían marcado el camino, pero ahora, además le intimidaban con su insolencia y su atrevimiento. Sonrió por la ironía, intimidar a un inspector de policía tenía gracia, se dijo.

En cuanto llamó a la puerta del despacho, al otro lado, se escuchó una voz que le invitaba a pasar. Se relajó al encontrarla allí, ya que al querer sorprenderla, el gran sorprendido podía haber resultado él, ella podía haber

estado en cualquier otro sitio.

Cuando accedió al interior de la habitación, se dio cuenta de que no estaba sola, como empezaba a ser habitual, estaba acompañada del señor Núñez.

—Daniel, qué sorpresa, no te esperaba. —Ambos se mostraron demasiado sorprendidos por la presencia del inspector. Él se preguntó si estaban escondiéndole algo, porque parecían haber sido pillados *in fraganti*, observando la pantalla del ordenador, sentados al otro lado de la mesa.

—Venía a ver si te apetecía salir a comer. —Al acercarse, comprobó que ambos estaban comiendo comida china, había varios recipientes encima de la mesa.

—Estamos comiendo. —Cristina se sintió abatida, si la hubiera avisado, le hubiera gustado comer con él en la intimidad de su despacho o en un restaurante algo alejado del campus.

—Si quieres unirme, hay comida para todos. —Javi lo dijo con una sonrisa en la boca, parecía encantado de que hubiera aparecido.

—Por supuesto. —Le pasó unos palillos y un plato de plástico, y con un gesto le indicó que se sirviera de cualquiera de los envases de encima de la mesa. Daniel se echó unos tallarines, y cuando terminó, volvió a centrarse en ellos. No le había pasado inadvertido que Cristina había movido la pantalla del ordenador, presumiblemente para que no viera lo que ellos tenían delante—. Me vais a contar lo que estabais tramando o voy a tener que dar la vuelta a la mesa para echar un vistazo. —La carcajada que se le escapó a Javi no fue bien recibida por Cristina, que lo miró ofendida a la vez que le daba una patada por debajo de la mesa.

—Te lo cuento, si no te enfadas. —El inspector levantó las cejas extrañado, no creía que tuviera ningún derecho sobre ella para enfadarse por lo que estuviera haciendo, así que se imaginó que estaría con una de sus locuras—. Recuerdas que ayer me dijiste que tenías dos nombres, Felipe Jiménez y Carlos Matías. —Daniel escuchaba atento, sospechando a dónde quería llegar—. Carlos Matías era mi vecino, al que ya sé que interrogaste ayer, porque esta mañana me lo he encontrado en el descansillo y me lo ha contado todo. —La cara de ella era un poema al recordar ese momento, supuso que estar algún tiempo cerca del hombre no le había resultado nada agradable—. Pero, Felipe Jiménez, no teníamos ni idea de quién podía ser, ¿verdad? —El inspector asintió—. Pues busqué en conecta.com, y encontré a varios usuarios con ese nombre. Filtré por los que viven en Madrid y tienen como afición la pintura, y encontré a una única persona. Me he puesto en contacto con él. —Era lo que se temía Daniel.

—¿Y?

—Estamos chateando con él en este preciso instante —dijo Javi señalando

la pantalla.

—¿Puedo? —se lo dijo a Cristina mirándola a los ojos, ella asintió algo avergonzada.

Daniel dio la vuelta a la mesa y se puso al lado de ellos a analizar la conversación. Lo primero que le llamó la atención, fue que Cristina para conocerlo, había utilizado la misma frase que usó Verónica para conocerla a ella.

—Parece que es una gran frase. —Cristina supo al momento a qué se estaba refiriendo.

Continuó leyendo la conversación, pero parecía una charla de lo más natural entre dos extraños. Hablaban de sus trabajos, los sitios por los que les gustaba salir y poco más. Ni siquiera habían mencionado el arte.

—¿Le has preguntado por sus padres? —Cristina lo miró impresionada.

—Tienes razón. —Así que ella continuó la conversación por esos derroteros. Al otro lado del chat, Felipe Jiménez le decía que no tenía padres, que habían muerto hacía muchos años, y le devolvía la pregunta—. ¿Qué opinas?

—Creo que puede dar el perfil. Uno lo abandona y del otro no quiere saber nada —confirmó Daniel.

—¿Qué le digo? —Daniel pensó en las víctimas, todas tenían unos padres cerca, a los que querían y con los que mantenían una buena relación.

—Dile que tus padres viven aquí en Madrid y que quedas con ellos a menudo. —Ella asintió y comenzó a escribir—. Alude en algún momento que tuviste un hijo, pero que lo diste en adopción.

—¿Ya? ¿Sonará realista? Le acabo de conocer.

—Hay gente que se siente muy cómoda desahogándose con extraños. De todas formas, inténtate un poco más por él, y poco a poco se lo sueltas —intervino Javi.

Así que Cristina les hizo caso, chateó un rato más con él, bajo la atenta mirada de los dos hombres, y al final, comentó que había tenido un bebé que tuvo que entregar. Después de ese comentario, Felipe Jiménez estuvo un largo rato sin escribir nada, intervalo que los mantuvo a todos en vilo, esperando contestación. Cuando, por fin, llegó un mensaje, era para disculparse porque tenía que seguir trabajando, pero que esa noche, si a ella le era posible, le gustaría seguir conversando. Todos respiraron aliviados, no lo habían perdido.

—Bueno, pues ya está —dijo Cristina ignorando el ordenador y mirando primero a uno y luego al otro.

—Amplía la fotografía de su perfil. —Ella hizo lo que Daniel le acababa de pedir, de forma que la imagen ocupara toda la pantalla. Como le había parecido al inspector mientras chateaban, la cara del sujeto no se parecía en nada a

ninguna de las que le había dado Miguel. Tanto Javi como Cristina lo observaban, esperando a que les contara qué estaba comprobando—. Los técnicos han generado, con un programa informático, el aspecto de Felipe Jiménez en la actualidad, partiendo de una imagen que hemos conseguido de cuando tenía unos siete años. —Sacó el móvil y les enseñó el posible rostro del asesino. Ambos lo miraron con curiosidad, pero ninguno fue capaz de reconocer esa cara—. Sabes, que quizás, estés tratando con un asesino. —Daniel volvió a sentarse frente a ellos. No había olvidado el poco sentido común que demostraba Cristina, no salía de su asombro, parecía no importar le lo más mínimo morir, y a él empezaba a importarle esa cuestión, más de lo que quería admitirse a sí mismo.

—Te lo iba a decir.

—Espero que antes de tu cita.

—Por supuesto.

Javi se sintió algo incómodo por el rumbo que empezaba a tomar esa conversación, así que se levantó dispuesto a marcharse.

—¿A dónde vas? —preguntó Cristina desconcertada al verlo irse tan pronto.

—Creo que es mejor que no me meta en este tipo de discusiones, y como no quiero violentarte, prefiero irme.

—¿Violentarme?

—Cristina, sabes que me voy a poner del lado de Daniel. Estás cometiendo una locura, lo que haces es peligroso. —Al dirigirse a la puerta, pasó a lado de él y le dedicó un leve gesto con la cabeza—. Inspector.

—Señor Núñez. —Daniel sonrió por la situación, se sentía cómodo con él, además de encontrar un aliado contra la cabezonería de ella.

Cristina se quedó contemplando cómo desaparecía su amigo, su mirada se mantuvo unos segundos observando la puerta cerrada, todavía estupefacta por su comportamiento.

Cuando volvió a centrarse en la persona que tenía delante, se dio cuenta de que Daniel estaba comiendo sin prestarle ninguna atención, parecía divertirse con lo que ocurría a su alrededor.

—Estos tallarines están deliciosos. —Cristina lo miraba con los ojos entrecerrados.

—¿Se puede saber de qué vas? Mi amigo se acaba de ir por tu culpa. —Daniel levantó la mirada de la comida y la observó, parecía estar enfadada.

—Cris, Javi no se ha ido por mi culpa. Javi, como yo, piensa que estás metiéndote en la boca del lobo, quedando con desconocidos, cuando existe la posibilidad de que uno de ellos sea un asesino en serie. Creo que simplemente

está tan preocupado por ti, como lo estoy yo. —La sinceridad del inspector dejó a Cristina sin palabras.

—¿Estás preocupado por mí?

—Como policía, creo que te estás posicionando como cebo en una situación peligrosa, y me preocupa. Pero, como amigo, sí, estoy muy preocupado, de hecho, me siento alarmado porque vayas a hacer alguna locura.

—No pienso hacer ninguna locura. Por ahora, he sido muy precavida, y no pienso cambiar.

—Me alegra oír eso. —Cristina se levantó de su silla y se puso frente a él, apoyándose en la mesa.

—Mi idea es quedar con él, como con el resto, pero espero estar vigilada, como en las otras ocasiones. —Se acercó al inspector y le dio un suave apretón en el brazo, le había conmovido su actitud.

Continuaron comiendo, olvidando por un rato la investigación. Se contaron anécdotas de cuando eran estudiantes, ya que Daniel le comentó la nostalgia que había sentido de su época universitaria al entrar en el campus. Hablaron de las asignaturas que les había costado más aprobar, de las palizas estudiando que se daban en periodo de exámenes, sobreviviendo a base de cafés y comida rápida, y de las zonas de marcha que habían frecuentado. Descubrieron que ambos habían sido habituales de Moncloa y Alonso Martínez, de hecho, acudían a los mismos garitos en aquellos tiempos. Llegaron a la conclusión de que lo más seguro es que hubieran coincidido en alguna ocasión.

Se daban cuenta de que ambos tenían muchas cosas en común.

Daniel estaba saliendo del campus de Cantoblanco cuando su teléfono comenzó a sonar, apretó el botón correspondiente del volante y contestó. Por lo que le anunciaba la pantalla en el salpicadero, era la llamada que había estado esperando.

—Inspector Suárez.

—Buenos días, inspector. O he de decir, buenas tardes.

—Para mí son buenas tardes, acabo de terminar de comer. Pero parece que usted aún no ha comido.

—Muy perspicaz.

—Dígame que me llama porque ya tiene los resultados. —El doctor Mena sonreía al otro lado de la línea.

—Vienen en camino, inspector.

—Voy para allá.

—Aquí lo espero.

Daniel pisó con más fuerza el pedal del acelerador dirigiéndose hacia el Instituto Anatómico Forense. Estaba convencido de que la relación que unía al asesino y a Felipe Jiménez era la de padre e hijo, todo concordaba.

Era verdad que el asesino les estaba llevando al son de su música, quizás quería que le atraparan para dejar de asesinar, muchos asesinatos en serie en el fondo es lo que buscan, que alguien los detenga porque ellos se ven incapaces de dejarlo, pero en este caso, no creía que fuera así. Sin embargo, seguía sin entender por qué los guiaba por este camino, parecía como si se estuviera presentando, como si se estuviera dando a conocer.

Habían descubierto que su madre lo había abandonado, o por lo menos, eso era lo que él creía, y que su padre era un alcohólico que los maltrató a ambos. En las escenas del crimen había demostrado una inteligencia por encima de la media, dejándolas sin ningún rastro ni ninguna prueba con la que poder encontrarlo, solo lo que él mismo había querido dejar. Esperaba que la muestra de ADN encontrada en las uñas de la tercera víctima, Berta Álvarez, no hubiera sido dejada allí adrede, todo apuntaba a que no había sido así, puesto que había intentado limpiar los restos de las manos de la víctima. También había mostrado de forma deliberada que era una persona culta, o por lo menos que entendía de arte, ya que todos los escenarios del crimen representaban pinturas conocidas, todas con un significado oculto.

Pero tenía que tener en cuenta que si habían llegado hasta Felipe Jiménez, había sido por un mensaje de la tercera víctima a un teléfono prepago. Estaba seguro de que también contaba con que llegaran a esta evidencia. Le preocupaba que Felipe Jiménez, en realidad, no tuviera nada que ver con el asesino, que hubiera sido una pista para confundirles, como si no estuvieran ya lo suficientemente desorientados. Si esta hipótesis era la acertada, nada tenía sentido.

Cuando entró en la sala de autopsias, se encontró que el doctor estaba trabajando en una mesa con un joven de su equipo, al que ya había visto en otras ocasiones. El joven estaba manipulando lo que le pareció al inspector un hígado, bajo la atenta mirada de su mentor.

—Buenas tardes —les saludó Daniel. Ambos llevaban sus batas blancas manchadas con salpicaduras de diferentes colores, se imaginó que sería sangre y algún que otro fluido perteneciente al cuerpo del que se estaban ocupando.

—Buenas tardes, inspector —le saludó el médico a la par que se quitaba los guantes de látex que llevaba puestos.

—Buenas tardes —murmuró el técnico, mientras continuaba concentrado en su labor.

—Ven conmigo. Tengo el informe aquí mismo. Acaba de traerlo el

mensajero.

Se dirigieron al fondo de la sala, donde encima de una mesa llena de papeles con anotaciones escritas a lápiz y algunas carpetas, había un sobre del tamaño de un folio que el doctor cogió para entregárselo. Su interior contenía una hoja con una tabla formada por varias columnas. En la primera, aparecían unos valores extraños de letras y números que en el documento indicaba que se correspondían con valores de Loci. Al lado, otra columna IP, que Daniel pensó que eran porcentajes, por los valores que tomaba. A continuación, había dos columnas más, que se referían al hijo, donde se encontraba el tamaño de los alelos. Y después, otras dos columnas similares, donde se encontraba la misma información, pero ahora del presunto padre. El doctor Mena comprendió que el inspector no sabía interpretar los valores que se mostraban en el documento, por lo que pasó a explicarle su significado.

—Las muestras de ADN se utilizan para localizar regiones determinadas de cromosomas, cada región se denomina locus, en total son veintiuna regiones. Al estudiar estas regiones se comprueba que hay diferentes tipos de fragmentos de varios tamaños, los alelos, asociados a los locus en una gran población. Cada persona tiene dos copias de un cromosoma, cada una heredada del padre y de la madre, respectivamente. Luego, lo que ves ahí son los alelos, uno se ha de corresponder con el heredado por la madre y otro por el padre. Como puedes cotejar, uno de los alelos del supuesto padre coincide siempre con uno de los alelos del hijo.

—Entonces, el asesino es el hijo de Felipe Jiménez. —El doctor asentía—. ¿Cómo es de fiable la prueba?

—Lee el último párrafo, donde se realiza la interpretación.

Daniel se fijó en lo que había escrito al final de la página.

«El presunto padre no es excluido como el padre biológico del hijo examinado. Basándose en los resultados de los análisis obtenidos de los loci de ADN listados, la probabilidad de paternidad es de 99,9999%».

—Parece que ya tienes a tu asesino.

—Eso parece, doctor. Ahora, solo tengo que encontrarlo. Muchas gracias por la prueba, y por la rapidez.

—No te veo muy contento, Suárez.

—No es eso, es que no entiendo nada.

—¿A qué te refieres? —preguntó el doctor confuso, él esperaba que esos resultados aclararan muchas cosas, no la perplejidad que mostraba la cara del inspector.

—Me refiero a que el asesino nos ha orientado en toda la investigación. Ha sido él el que nos ha llevado hasta su padre, ¿por qué? ¿acaso quiere que lo

cacemos? No me acaba de convencer, no me cuadra.

—Tal vez os esté desafiando. O simplemente os esté distrayendo. —Daniel recordó que eso mismo le había dicho Cristina en su cita, cuando le detalló el perfil del asesino.

—Supongo que se cree muy listo. —Suárez sonrió para sí, esperaba que su golpe de efecto fuera como una patada en el estómago—. Como decía, doctor, muchas gracias por el informe.

—Alguien me debía un favor. Aunque en este caso todos estamos dispuestos a cooperar. No estamos acostumbrados a tener un asesino en serie en la ciudad y queremos que deje de andar por ahí matando a unas pobres chicas. Todos queremos verlo encerrado.

—¿Me lo puedo llevar? —le dijo al médico mostrando el documento que tenía en la mano.

—Por supuesto.

Daniel salió de la sala de autopsias con la confirmación que había ido a buscar. Felipe Jiménez hijo era el asesino que buscaban. Además, contaban con una fotografía de cómo podía ser en la actualidad, si no se había hecho algún tipo de cirugía. El cerco empezaba a estrecharse, pero aun así, no era suficiente. Les quedaba muy poco tiempo y seguían sin saber cómo atraparlo.

Nada más salir del edificio, marcó uno de los números que le aparecían en el listado de las últimas llamadas realizadas. De inmediato, alguien al otro lado lo cogió.

—Confirmado. —Fue lo único que tuvo que decir para que Montes supiera que ahora era él el que tenía que actuar. Asintió y colgó.

Cristina acababa de apagar el portátil, sabía que lo siguiente era llamar a Daniel, si no quería llevarse una buena bronca.

—Inspector Suárez. —Ni siquiera había mirado quién le llamaba a esas horas. Estaba tumbado en el sofá, agotado, el cansancio empezaba a hacer mella en él. El caso en el que trabajaba apenas lo dejaba dormir, estaba completamente involucrado en la investigación, lo que le estaba pasando factura. Todo el departamento trabajaba a más del cien por cien, pero no se veían los resultados deseados. Eso mismo era lo que le había dicho el comisario Reyes antes de irse, y eso que él empezaba a ver avances, por fin.

—Hola, Daniel, soy Cristina. —Daniel se relajó al oír su voz.

—Cristina, no esperaba tu llamada.

—Quería hablarte de Felipe Jiménez, el hombre con el que estaba chateando esta mañana. —El inspector se sentó para prestarle toda su

atención—. Como quedamos, he estado conversando con él esta noche.

—¿Y? —Cristina estaba nerviosa, no sabía cómo se iba a tomar lo que le iba a decir a continuación, pero se lo podía imaginar.

—He quedado con él —hizo una breve pausa—, el sábado por la noche. —A Daniel casi se le cae el teléfono por la conmoción. Se daba cuenta de que Cristina era una cabezota, hablar con ella era lo mismo que hablar con un muro de hormigón. No sabía si gritarla o matarla, decidió tratarla como si de una niña pequeña se tratara.

—Aunque sé que lo que te voy a decir a continuación, ya lo sabes, en este momento me has hecho dudar. Sabes que el asesino mata a sus víctimas los sábados por la noche, y sabes que Felipe Jiménez es nuestro primer sospechoso. —Cristina asentía con la cabeza gacha, aunque él no pudiera verla—. Y aun así, has quedado con él este sábado. —El tono que estaba utilizando con ella, le intimidaba más que si la estuviera echando una fuerte reprimenda.

—Sí, sé todo eso, pero cuento con que tú estés allí, y si es el asesino, lo detengas. Si lo pillas con las manos en la masa, tendrás todas las pruebas que necesitas para meterlo en la cárcel de por vida.

—¿Te estás ofreciendo como cebo? —La sorpresa del inspector era mayúscula.

—Tú me has dado la idea esta mañana. Pero confío en que me protegerás. Tú y tu equipo.

—Realmente tienes ganas de atraparlo, ¿no? —Daniel optó por seguir la máxima «si no puedes con tu enemigo, únete a él».

—Sabes que sí, mató a mi mejor amiga. Nunca se lo podré perdonar. —Una única lágrima resbaló por su mejilla, se la secó con la palma de la mano, y se recompuso, tenía que contarle otra cosa, y no quería que se le olvidara—. Por cierto, hace un rato han emitido *El silencio de los corderos* —muy apropiado, pensó el inspector—, y me ha dado unas cuantas ideas. Has visto la película, ¿verdad?

—Y, ¿quién no?

—¿Recuerdas lo que le dice el doctor Hannibal Lecter a Clarice, cuando están hablando sobre la necesidad que cubre el asesino cuando mata? —Era una pregunta retórica que no esperaba contestación—. Él le cuenta que su necesidad es la codicia, no la ira ni la frustración sexual, dice que empezamos codiciando lo que vemos cada día. —Daniel se quedó meditando esa observación—. ¿Quién es la primera víctima?

—Como sabes, encontramos tres mujeres asesinadas en Cataluña con el mismo *modus operandi*, pero no podemos estar seguros de que sean las primeras.

—Supongo que tienes razón.

—No, pero lo que has dicho tiene sentido. Podemos intentarlo, podemos suponer que comenzó con ellas, quizás a la primera, la conociera.

Cristina se sentía contenta de poder ayudar en la investigación, pensó que si Vicky la viera, se sentiría orgullosa de ella.

25 años antes

Acababa de releer la carta que había recibido de Jose Luis Rodriguez, un viejo amigo de estudios, a quien había conocido en la Facultad y con el que había mantenido una relación íntima de más de dos años. Al recordar, parecía que todo eso había sucedido hacía una eternidad, su vida, sus sueños, todo había sido diferente a lo que entonces tenía en mente, nada había salido como había planeado.

Tanto sus amigos como sus compañeros en la Universidad, le decían que Jose Luis y ella formaban la pareja perfecta, si es que eso existía, reflexionaba ella ahora. Todos ellos estaban convencidos de que se casarían al terminar sus estudios, de hecho, ellos mismos soñaban con esos planes, casarse y formar una familia, muchas veces hablaban de ese futuro que compartirían juntos. Sin embargo, todo eso no sucedió.

Almudena no podía echarle la culpa a nadie más que a ella misma, porque sabía que había sido su propia decisión la que había modificado de forma tan brutal su feliz existencia. En aquel momento, no se podía ni imaginar el error tan mayúsculo que estaba cometiendo, la pesadilla en la que se iba a convertir su vida, y si alguien se lo hubiera contado, no le hubiera creído. Si bien, por increíble que fuera, algo bueno había salido de todo aquello, alguien que hacía que se levantara por las mañanas manteniendo la esperanza, alguien que le hacía ser fuerte y aguantar, su hijo.

Aún recordaba aquel sábado en el que todo empezó, aquel sábado en el que se había escapado de horas interminables de estudio y había ido al Retiro, sin imaginarse que ese sería el punto de inflexión. Evocó aquel momento, ella se encontraba disfrutando de la soledad y de su gran pasión, la pintura. Solía ir de vez en cuando a ese precioso lugar a dibujar y a relajarse. Aquel día, se hallaba enfrente del Palacio de Cristal, al otro lado del pequeño lago que había a sus pies, perfilando el edificio y su alrededor, apenas haciendo un boceto inicial. De todas formas, sintió cómo alguien a su espalda la observaba mientras lanzaba sus firmes y rápidos trazos en su bloc. Era habitual que la gente se parara a observar a los dibujantes que por el parque se solían encontrar. El suave olor que desprendía el desconocido le resultó embriagador, por lo que la concentración en su obra se vio mermada, comenzando a mostrar cierto interés en los movimientos de ese acompañante al que no se había atrevido a mirar. Él fue el primero en hablar.

—Precioso dibujo. —Ella sabía que era un cumplido sin más pretensión que comenzar una conversación, puesto que apenas era un esbozo del palacio. Se giró para agradecerle su galantería y se quedó embobada observando su encantadora sonrisa y su profunda mirada.

Ahí empezó todo. Se enamoró perdidamente de Felipe Jiménez, un hombre educado y fascinante, que la tuvo engañada hasta el día de su boda.

Cómo olvidar aquella noche en la que todo había cambiado, en la que por fin se había mostrado tal cual era. Ilusionada, se había comprado, como manda la tradición, un conjunto blanco para la ocasión, provocador y sexy, lleno de encajes como a él le gustaba. Su gran noche de bodas les esperaba y no quería defraudarlo. Por supuesto, Felipe y ella ya habían hecho el amor en multitud de ocasiones, no eran unos ingenuos, pero lo que se encontró esa noche no era lo que se había imaginado.

Su flamante marido llegó borracho al dormitorio, donde ella lo esperaba radiante y feliz después de aquel maravilloso día. Cuando se acercó tambaleándose, supo al instante que algo no iba bien. Felipe bebía de vez en cuando, pero no se tomaba más de dos copas, nunca lo había visto en un estado similar. Sus ojos de poseso, inyectados en sangre, hicieron que todo su cuerpo sintiera un escalofrío, a pesar de la agradable temperatura de la estancia. Cuando él se colocó a su altura, la empujó bruscamente sobre la cama, montándola y penetrándola sin ningún miramiento ni preámbulo, rompiendo el bonito conjunto blanco que lucía. Mientras se corría en su interior, no pudo evitar dejar escapar unas lágrimas que resbalaron por sus mejillas, tanto por su orgullo herido, como por el dolor que le causó la brusca penetración.

Unas horas después, cuando se hubo recuperado de su primera erección, y después de dormir un rato, notó cómo se acercaba de nuevo, mientras ella intentaba aparentar que todavía dormía. Aunque la cruda realidad era que no había podido pegar ojo, intentando comprender lo que había sucedido. Él no se molestó en despertarla o hacerle alguna carantoña, la forzó con una penetración anal que aún le molestaría algún tiempo. Cuando terminó de violarla, porque eso fue en realidad lo que había ocurrido en su noche de bodas, se desquitó con ella por lo poco participativa que se había mostrado en la cama y por su comportamiento en la celebración, ya que, según él, había estado coqueteando con todos los hombres que habían sido invitados, a la ceremonia primero, y al banquete después. Todavía temblaba al recordar los moratones que se había encontrado en todo su cuerpo al despertar a la mañana siguiente. Gracias a Dios, no le había dado ningún guantazo en la cara, por lo que con la ropa fue suficiente para ocultarlos a la vista del resto del mundo.

Aquel hombre encantador del que se había enamorado, desapareció

justamente esa noche y nunca más volvió a manifestarse.

Borró esos pensamientos de su cabeza y releyó una última vez la carta de Jose Luis. Todavía no se podía creer las buenas noticias. Tras terminar sus estudios universitarios, se había ido a vivir a Toledo, y aunque no habían mantenido contacto, ella sabía de él por amistades comunes. Aun no pudiendo quedar con sus amigos, puesto que eso molestaba a su marido en demasía, con todo lo que ello implicaba, a veces lograba escaparse sin que él se percatara. Solía aprovechar los momentos en los que estaba con sus amigos en el bar o cuando estaba trabajando. El caso, es que Jose Luis le había conseguido un puesto de trabajo en el instituto en el que él ejercía como profesor. Le contaba que el encargado del departamento se había jubilado y necesitaban a un nuevo pedagogo. Como no les habían llegado interesados en el puesto que cumpliesen medianamente el perfil, Jose Luis la había propuesto, y la habían aceptado sin hacerle siquiera una entrevista, solo habían necesitado su palabra. Eso le indicaba la alta reputación y estima en que lo tenían.

Estaba muy agradecida, una nueva vida en Toledo era justo lo que necesitaba. Su hijo podría crecer en un lugar rodeado de amor, en el que se respirase paz y armonía, y ella, por fin, dejaría de sufrir en silencio. Ahora, lo único que tenía que hacer era organizarlo todo en un lapso de tiempo lo más pequeño posible, no podía permitirse ser descubierta. Tenía que irse lo antes posible de esa casa.

Acababa de guardar en la maleta las pocas pertenencias de las que disponía. Miró el reloj y se dio cuenta de que tenía que darse prisa si quería recoger las cosas de Felipe antes de que su marido llegara.

Nada más entrar en el dormitorio de su hijo, escuchó que alguien introducía la llave en la cerradura. Volvió a comprobar la hora, era pronto, su marido debía de haber salido antes del trabajo. Se maldijo por su mala suerte, si la pillaba, ya nunca podría volver a intentarlo, lo sabía, su marido se ocuparía de que así sucediera. Más de una vez le había dicho que si se iba de casa, él la buscaría, y después la mataría, a veces lo creía capaz, otras pensaba que fanfarroneaba, de lo que sí estaba segura es de que no quería quedarse para comprobarlo.

Se quedó quieta en la habitación del niño, miró hacia la maleta que se encontraba abierta encima de la reducida cama, donde la acaba de dejar. Por lo menos, no estaba en su habitación, uno de los primeros lugares de la casa a los que se dirigiría su marido. Escuchó cómo entraba en el dormitorio principal, como si le hubiera leído el pensamiento, y el sonido del transistor, lo que le indicaba que acababa de pasar al baño y estaría allí sentado por lo menos diez

minutos. Era ahora o nunca.

No pensaba perder tiempo recogiendo las pertenencias de su hijo, ya le compraría lo que necesitara. Lo único que sí se atrevió a coger, fue una foto que había encima de su escritorio, en la que aparecían ambos muy felices. Se la habían hecho en la entrada principal del museo del Prado, era un preciado recuerdo de la primera vez que lo había llevado al museo, no se olvidaría de ese día jamás. Introdujo la fotografía en la maleta y en el momento en que fue a cerrarla, le llamó la atención el peluche que había encima de la cama, observándola. Su hijo no le perdonaría dejarlo allí olvidado, era su peluche preferido, con el que a veces se quedaba dormido acunándolo entre sus brazos, Bigotitos. Un ajado oso que le habían regalado sus abuelos las últimas navidades que pasaron juntos, antes del fatídico accidente de tráfico en el que ambos murieron. Almudena todavía los echaba mucho de menos, sobre todo a su padre, que siempre había sido su confidente y la persona que mejores consejos le había dado. De hecho, él fue el que le dijo que se largara de allí en cuanto tuviera oportunidad, sin siquiera saber lo que ocurría en realidad. Pero de eso ya hacía más de cinco años, y por fin, lo iba a conseguir. Su padre se sentiría orgulloso de ella. Cerró la maleta con cuidado de no hacer ningún ruido y salió de la habitación de puntillas.

En el pasillo, volvió a oír a su marido, esta vez parecía salir del baño. Si abandonaba el que hasta ese momento había sido su dormitorio, estaba perdida, se la encontraría en medio del pasillo portando una maleta, y no podría inventarse ninguna excusa razonable. Comenzaba a notar un sudor frío que le recorría la espalda, producto del terror que le provocaba que esa situación llegara a darse. Pero, por una vez en la vida, la suerte le sonrió, o eso quiso creer, puesto que su marido volvió a pasar al baño. Quizás estuviera enfermo y por ese motivo había regresado más temprano a casa, se dijo.

Continuó andando por el pasillo, manteniendo los cinco sentidos atentos a lo que ocurría a su alrededor y con sumo cuidado de no hacer ningún ruido. Algunas de las lamas de madera que cubrían el suelo chirriaban, por lo que caminó muy despacio, intentando evitarlas.

Cuando llegó a la entrada del piso, cogió las llaves del coche que descansaban colgadas en un viejo portallaves, que además servía para ocultar el cuadro de la luz. A su marido no le gustaba conducir y a ella no se le permitía, por lo que casi no lo utilizaban, solo cuando era imprescindible. Nunca comprendió el porqué de esa aversión, sobre todo cuando no hacía más que recordarle que el coche era de él, que lo había pagado con el sudor de su frente. Por este motivo, las llaves siempre estaban ahí, disponibles. El día anterior, se había ocupado de llenar el depósito de gasolina, quería llegar lo antes posible,

sin necesidad de verse obligada a parar.

Jose Luis se había encargado de prepararles una pequeña casa en las afueras de Toledo, en un pequeño pueblo donde él tenía fijada su residencia desde hacía algunos años, llamado Ventas o algo así. No lo recordaba con exactitud, tenía la dirección guardada en el bolso, y ese no era el momento de comprobarla.

Abrió la puerta, que chirrió, el ruido resultó como un fuerte estampido en el silencio existente a su alrededor. Se quedó quieta, sin respirar, intentando escuchar los movimientos de su marido, pero no logró oír nada. Notó cómo le temblaban las piernas, no quería mirar detrás de ella por miedo a encontrarlo ahí, apoyado en la pared, contemplándola con una sonrisa burlona y diciéndole con la mirada que lo que estaba haciendo estaba mal, muy mal, como si ella fuera una niña traviesa a la que había que reprender. Pero, de repente, pudo comprobar que su marido continuaba en el baño, al percibir el sonido de alguien vomitando.

Salió de la casa y bajó por las escaleras sin encontrarse con ningún vecino indiscreto, que fuese a su esposo con el chismorreó, antes siquiera de salir del barrio.

Se encaminó hacia el coche, con paso decidido y una suave sonrisa en los labios, pensando en que lo iba a conseguir. Ya solo le quedaba llegar al colegio para recoger a su hijo, y entonces, ambos serían libres y vivirían felices sin el yugo opresivo de su padre.

Viernes, 17 de marzo

Se encontraba sentado en la mesa de la amplia cocina, tomando un café y leyendo el periódico. Algo le llamó la atención, por lo que levantó la cabeza para ver qué ocurría en el exterior, pero no había nada fuera de lo normal, quizás el movimiento que había visto por el rabillo del ojo había sido el rápido vuelo de un pájaro. Observó cómo el técnico de mantenimiento se estaba ocupando de la piscina, comprobando el filtrado y revisando el PH, alrededor, no se veía nada más. El día era soleado, el tiempo era bueno, temperaturas altas para las fechas en las que se encontraban, en poco tiempo se podría quitar la gran lona que cubría la piscina, para deleitarse con los baños de sol y de agua, aunque esta vez, él no los disfrutaría.

Cuando compró la casa, sabía que iba a aprovecharla, le sedujo en cuanto la vio, sintió que era su hogar, y había superado sus expectativas con creces. Era verdad que aún echaba de menos Barcelona, a veces sentía cómo la nostalgia se hacía un hueco en sus recuerdos, la ciudad que lo había acogido, en la que empezó su nueva vida, esa vida que le estaba reportando todo lo que necesitaba. Aún recordaba el día en el que le habían propuesto el trabajo del que se ocupaba en la actualidad, había llegado en el momento justo, ofreciéndole una salida, tenía que abandonar la ciudad condal antes de que alguien descubriera a lo que se dedicaba en su tiempo libre.

Como sabía que tenía que hacer de nuevo. Ya lo tenía todo preparado. Su siguiente destino sería Londres.

Había alquilado un adosado cerca de Piccadilly Circus, tenía un nuevo puesto de trabajo en el que lo esperaban al mes siguiente. Por un lado, estaba ilusionado, una nueva vida una vez más, le encantaba esa parte, podía ser quien quisiera, pero por otro lado, iba a echar de menos su vida actual, y sobre todo, esta casa.

Dejó a un lado sus cavilaciones y volvió a prestar atención al periódico que tenía entre sus manos, por ahora no había nada que hubiera despertado su interés de manera especial. Solo se hablaba de política, de las interminables luchas entre los diferentes partidos, tanto internas como externas, y de la corrupción existente en las altas esferas, que parecía el cuento de nunca acabar, temas que le tenían soberanamente aburrido. Hubo una época en la que había pensado muy en serio en dedicarse a la política, seguro que no se le hubiera dado mal, tenía mucha labia y era inteligente, pero no le gustaba el estar tan presente en los medios de

comunicación, prefería mantener su vida de forma privada, así podía dedicarse a lo que en realidad amaba, lo que le hacía sentirse superior, como si de un Dios se tratara, ser capaz de decidir sobre la vida de una persona.

Al pasar la página, un artículo atrajo su mirada, estaba firmado por Fernando Montes, y hablaba de Felipe Jiménez. «Cuánto tiempo sin oír ese nombre».

Cuando terminó de leer la noticia, arrugó el periódico con ambas manos y lo tiró bruscamente al suelo embaldosado. No se podía creer lo que acababa de leer, estaba convencido de que había sido un farol de la policía, no tenían ni idea de lo que ocurrió en realidad, y ahora querían tergiversarlo todo.

Su madre lo abandonó cuando contaba con diez años, lo dejó solo en una casa en la que su padre los maltrataba a ambos, sabiendo que al dejarlo allí, él sería el centro de todos los golpes. Nunca entendió cómo había podido hacerle aquello, ella que decía que lo quería con locura. Pero la verdad era que lo había abandonado a su suerte, dejándolo allí desamparado con su padre, mientras ella se largaba con su amante.

Lo que decía el periódico era una burda mentira. Su madre no fue a buscarlo, no tuvo ningún accidente de tráfico cuando iba a recogerlo al colegio. Ella se había ido, lo había dejado solo, y lo más seguro es que a esas alturas tuviera otra familia, a la que él nunca sería bienvenido. Quizás un marido que la quisiera, con unos hijos que adoraban el suelo por el que pisaba, como había hecho él cuando era pequeño. Quizás una hija, él siempre creyó que hubiera preferido tener una niña, a la que vestir con vestidos rosas y a la que hacer trenzas. Sin embargo, tuvo que conformarse con él, un niño con el que solo compartía la pasión que ambos sentían por el arte.

Recordaba una época en la que había mostrado cierto interés en encontrarla, quería saber de ella y demostrarle el odio que sentía por ella, quería vengarse y que sufriera tanto como sufrió él, pero nunca llegó a localizarla.

¿Cómo podían decir esas aberraciones los periódicos?, ¿dónde se encontraba la ética periodística?, se preguntó lleno de rabia y de ira. Seguro que había sido idea de ese inspector Suárez que llevaba el caso. Se creía muy listo, creía que lo iba a engañar tan fácilmente, o quizás pensaba que lo pondría nervioso de forma que cometiera un error, cuán equivocado estaba, se dijo.

Se agachó en el lugar donde el periódico estaba tirado formando una gran bola de papel, lo abrió por la hoja en la que se encontraba la noticia, que por un momento le había sacado de sus casillas, y comenzó de nuevo a leer el artículo.

Se sentó a la mesa del desayuno y abrió su portátil. Toda la mañana la dedicó a investigar lo que allí se decía. Y si era verdad y su madre no lo abandonó, y si murió cuando iba a buscarlo, y si había preparado una vida mejor

para ellos dos. Entonces, todo en lo que había creído toda su vida estaba basado en una falacia.

Intentó evocar los recuerdos de aquellos días, pero apenas sí recordó algunos retazos de lo ocurrido. Le vinieron a la cabeza múltiples conversaciones en las que su padre le decía que ella se había largado con un antiguo compañero de estudios, su amante, y que había renunciado a él. Aún mantenía en la memoria esos monólogos en los que su padre se lo detallaba una y otra vez, disfrutando mientras él no paraba de llorar, repitiéndole cómo había sido rechazado por su propia madre. No hubo entierro, o por lo menos un entierro al que él hubiera asistido. Recordó un día en que su padre iba vestido con un traje negro que nunca se ponía. Entró por la puerta demasiado bebido y enfadado como para recordar al día siguiente la paliza que le había propinado. Pero él siempre la mantuvo guardada en lo más profundo de su mente, siempre la recordó como una de las peores, de las más dolorosas, estuvo días sin poder ir al colegio y sin levantarse de la cama por el dolor causado. ¿Ese día tuvo lugar el entierro de su madre? ¿Sería verdad que no lo había abandonado tal y como quiso hacerle creer su padre? ¿Fue otra crueldad creada únicamente para su disfrute?

En internet, encontró en un periódico antiguo la esquela de su madre, en la que constaba como fecha de la muerte la misma fecha en la que se había largado, el mismo día en que huyó dejándolo solo con su padre. Así que, era verdad, su madre murió, no lo había abandonado. Él nunca pensó que hubiera muerto, por ello nunca la localizó, investigó a sus compañeros de estudios y demás, pero no buscó una tumba. En el periódico del día siguiente, encontró una breve noticia en la que se detallaba el accidente. Almudena del Olmo había chocado contra una farola, al no llevar abrochado el cinturón de seguridad había salido despedida por la luna delantera del coche, muriendo en el acto. Como se indicaba en el artículo de Montes, la dirección en la que se había producido el incidente era una calle que quedaba entre su casa y el colegio. Se dio cuenta de que todo este tiempo había estado equivocado. Notó cómo su furia se iba acrecentando.

Subió a su vestidor y cogió una pequeña maleta negra que tenía colocada en la parte alta del armario, oculta por unos viejos jerséis que ya no utilizaba. La dejó encima del tocador de su dormitorio y se sentó delante. Cuando la abrió, su contenido estaba tan colocado como siempre, en un lado había diferentes maquillajes y en el otro, cejas, bigotes e incluso alguna barba y perilla falsas, todas ellas hechas con pelo natural. Debajo de todo, levantando la parte de arriba de la maleta, estaban guardadas sus pelucas, compradas hacía años, también realizadas con pelo natural.

Levantó la cabeza y se miró al espejo. Esta vez supo que era necesario ponerse lentillas, pensaba actuar de día. Sacó del cajón que tenía a la derecha un estuche para lentillas, y se las colocó. Como era habitual le costó un rato acostumbrarse a ellas, no solía ponérselas, por lo que cuando lo hacía, le costaba aceptarlas. A continuación, comenzó con el maquillaje, seleccionó uno que parecía muy natural, y el resto de complementos que utilizó estaban pensados para taparle la cara lo más posible. Un rato después, miró su reflejo y supo que nadie sería capaz de reconocerlo.

Esa mañana, la señora que le limpiaba la casa no iba a acudir al trabajo. El día anterior le había dicho que tenía que llevar al niño al médico y que no podría llegar antes de las cuatro de la tarde, así que tenía tiempo. De todas formas, la llamó, no quería encontrársela a la vuelta, por lo que le pidió que se tomara el día libre, que hoy necesitaba estar solo. Él suponía que no le resultaría raro, desde que trabajaba para él, hacía ya dos años, esto ocurría de vez en cuando, y además, esos días no se los quitaba de la nómina, seguro que estaba encantada sabiendo que podría pasar el día con su hijo.

El técnico de la piscina, ya se había ido hacía un par de horas, después de que él le rellenara unos datos y le firmara la factura. Lo había interrumpido cuando estaba en medio de la investigación, había visto su miedo reflejado en los ojos cuando lo miró indignado por esa interrupción, furioso por lo que estaba descubriendo, pero se había contenido, no era momento de cometer errores.

Cuando salió de la casa, nadie se hubiera imaginado que ese hombre que vestía un traje de buceo, el cual pasaba desapercibido al ir cubierto por un viejo gorro de lana, unos guantes de cuero negro y un abrigo largo, era el dueño del lugar. Quizás, demasiado abrigado para el día cálido que había amanecido, pero le daba apariencia de mendigo, tal y como pretendía.

En el garaje, se montó en un viejo Seat 127, que tenía siempre cubierto con una gran funda para que nadie pudiera reconocerlo, además de tener unas cuantas matrículas falsas que ponía y quitaba a su antojo. El acceso al garaje estaba restringido, solo podía acceder él a su interior, pero siempre había pensado que toda precaución era poca.

Se dirigió al centro de Madrid, la carretera estaba atestada de coches, no entendía cómo a esas horas había tanto tráfico, cuando se suponía que la gente debería de estar trabajando.

Dejó el automóvil a unas manzanas, y continuó andando, con la cabeza agachada evitando las cámaras con las que pudiera encontrarse en el camino.

Cuando giró la esquina de la calle a la que se dirigía, se detuvo un instante, fue un momento breve en el que dudó, pero siguió andando sin inmutarse. Como se había imaginado, los inspectores Huertas y Candelas se encontraban enfrente

del portal, vigilando lo que pudiera ocurrir, pero él con su disfraz se encontraba a salvo, de hecho, llamaba menos la atención que los propios inspectores. Pasó delante de ellos y entró en el portal sin hacerles sospechar nada.

Subió por las escaleras que tan bien recordaba de todas las veces que había hecho ese mismo recorrido cuando era pequeño, la única diferencia, era que ahora estaba más sucio que en aquel entonces y había un fuerte olor a orina. Cuando él vivía allí, había turnos de limpieza entre los vecinos, todavía recordaba a su madre cuando le tocaba, quejándose por lo guarros que eran algunos de los residentes del edificio.

Cuando se abrió la puerta, de lo que en otro tiempo había sido su hogar, el viejo que apareció tras ella estaba tan bebido como lo recordaba, sin embargo, ya no le provocaba ningún temor. En ese momento, no podría acercársele sin tropezar, y tampoco mostraba la fuerza de antaño.

El hombre lo miraba sin saber a quién tenía delante. Él le mostró una sonrisa de medio lado, estaba disfrutando, y eso que aún no había empezado.

—Hola, padre. —Fue lo único que le dijo, antes de atravesar la puerta y cerrarla tras de sí.

Daniel estaba analizando los informes que había redactado Verónica sobre las tres víctimas descubiertas en Cataluña. Solo la primera había sido encontrada en Barcelona, las otras dos habían sido localizadas, una, en Girona, y la otra, en Lleida. Se preguntó si el asesino habría vivido en las tres localidades, quizás, si era así, podría conocer a las tres víctimas. Como eso era mucho especular, se centró en la primera.

Su cuerpo había aparecido colocado en posición fetal, representando la obra de Klimt, *Dánae*. Se dijo que esa obra era diferente al resto, también era un desnudo, pero era una representación mitológica, en vez de una creación sensual y provocadora. Quizás, por eso mismo, por ser la primera, o quizás, porque tenía un significado especial para el asesino.

La víctima se llamaba Àngels Balaguer, contaba con menos de treinta años cuando murió. Había estudiado medicina y trabajaba en el Hospital Clínico y Provincial de Barcelona, un hospital universitario en cuyo interior se encuentra la Facultad de Medicina. Daniel había buscado algo de información del hospital en internet, y había leído que era un hospital muy valorado, ya que la investigación es una de sus prioridades, además de ser un lugar donde se realizan un elevado número de trasplantes.

Buscó en las páginas blancas el nombre de la víctima, confirmando que era un nombre muy corriente, cuando el listado que le mostró la pantalla del

ordenador parecía no acabar nunca. Filtró por la dirección en la que había aparecido el cadáver, se sorprendió de que allí apareciese todavía el nombre de la víctima y un teléfono. Se preguntó si no sería un error, de todas formas, marcó el número, no tenía nada que perder.

—Dígame. —Del otro lado se escuchó una voz femenina.

—Buenos días, preguntaba por Àngels Balaguer.

—Soy yo, ¿quién es? —El inspector se había quedado estupefacto.

—Soy el Inspector Suárez de la Policía Judicial de Madrid. —No se oía nada más que la suave respiración de la mujer, supuso que no comprendería la llamada—. Quería saber si ahí vivía Àngels Balaguer, una joven asesinada hace cinco años.

—Sí, era mi hija. —La mujer habló de forma pausada, parecía estar intentando controlar sus emociones.

—Perdone que la moleste. Creemos que el asesino de su hija ha vuelto a actuar aquí, en Madrid. Le agradecería si me pudiera responder a un par de preguntas. —Se lo soltó a bocajarro, no era una brillante idea, pero no tenía tiempo para andarse con remilgos.

—El asesino... —La mujer murmuró algo pero Daniel no logró oírlo.

—¿Se encuentra usted bien?

—Sí, perdone. Como comprenderá ha pasado mucho tiempo, y no pensábamos que se siguiera investigando el caso.

—Creemos que la misma persona que asesinó a su hija, ha asesinado de nuevo en Madrid.

—¡Oh!, el asesino *online*. —Ese era el nombre con el que lo había bautizado la prensa, puesto que todavía no se había hecho público que los escenarios de los crímenes representaban conocidas pinturas, seguro que entonces le hubieran dado otro nombre más poético, pensó Daniel. Aunque sí había salido a la luz, la relación de las víctimas con la web de contactos de Félix Santos, tal y como había mencionado Montes en el primer artículo. Sin embargo, en las últimas comunicaciones de periódicos y telediarios, ya no se hacía eco de la página conecta.com, sino que se hablaba de las webs de contactos en general. Recordó que su abogado dijo que se ocuparía de ello, y parecía ser que lo había hecho—. ¿Y qué es lo que quiere saber?

—Me gustaría saber si le suena el nombre de Felipe Jiménez. —La mujer pareció quedarse meditando un momento la pregunta.

—Creo que no, no reconozco ese nombre, pero espere un segundo. —Daniel escuchó cómo dejaba el auricular del teléfono y se iba a alguna parte de la casa, podía oír el ruido que producían sus tacones. Unos segundos después, volvía a coger el teléfono—. Disculpe, es que mi hija guardaba en una libreta

todos los contactos, decía que ese era el mejor *backup* que conocía. Y nosotros no hemos tirado aún sus cosas, su habitación sigue igual que la dejó. —Pareció disculparse por ese hecho. Daniel sabía que muchos padres nunca llegaban a superar la muerte de sus hijos, y menos en esas circunstancias. La mujer estaba pasando las páginas de la libreta, hasta que llegó a la F—. No, aquí no aparece ningún Felipe —continuó, hasta llegar a la J—, ni ningún Jiménez, lo siento.

—Muchas gracias de todas formas. ¿Su hija vivía con ustedes?

—Sí, vivía con nosotros, si a eso se le puede llamar vivir con nosotros, porque la mayoría del tiempo la pasaba en el hospital. Dormía muchas veces allí, en realidad era allí donde vivía.

—¿Sabe si por aquella época llegó algún nuevo vecino o se fue alguno?

—No, lo siento. Vivimos en una pequeña urbanización, y aquí llevamos viviendo los mismos más de veinte años.

—¿Y alguien alquilado?

—Tampoco.

—¿Su hija tuvo descendencia? —La pregunta del inspector le sorprendió, muy poca gente tenía conocimiento de ese hecho.

—Sí, tuvo un niño. Era muy joven para criarlo y prefirió entregárselo a una pareja que no pudiera tener hijos. Estaba en contra del aborto. —Le empezaron a resbalar las lágrimas por las mejillas, si se lo hubiera quedado, ahora tendría un nieto, un hijo de su hija.

—Muchas gracias, nos ha sido de gran ayuda. Si recuerda algo, por favor, no dude en llamarme. —Daniel le indicó su número de teléfono.

—Claro, por supuesto. Solo espero que cojan al cabrón que le hizo eso a mi pequeña. —La mujer parecía esperanzada.

—Lo intentaremos. Por cierto, me gustaría ponerme en contacto con alguna de sus compañeras o compañeros de trabajo, alguien con quien tuviera estrecha relación, ¿quizás su pareja?

—Oh, claro, le voy a pasar el número de su novio, trabajaban juntos. —Buscó el nombre y el teléfono del chico y se lo dio al inspector—. Por favor, si descubren algo, ¿me mantendrán informada?

—Por supuesto, me encargaré de ello personalmente.

Daniel no estaba seguro de haber hecho bien llamando a la mujer y removiendo sus recuerdos, le había dado esperanzas. Pero empezaba a creer en la teoría en la que el asesino conocía a la primera víctima. Fue con la que aprendió, a la que estudió durante más tiempo. Trabajando en un hospital, podía haber mucha gente con la que se relacionara de forma habitual, podía ser cualquiera, un médico, un enfermero, lo cual explicaría el conocimiento en el uso de jeringas y cómo llegar sin error a la arteria, aunque tampoco podía

descartar a los pacientes.

A continuación, llamó al novio, pero nadie contestó. Dejó un breve mensaje en el contestador para que contactara con él cuando le fuera posible.

Al llegar a la estrecha callejuela, se encontraron a Huertas y a Candelas tomando un café en un pequeño bar enfrente del portal de Felipe Jiménez.

—Buenas tardes, jefe. No ha salido de casa en todo el tiempo que llevamos aquí. Lleva ahí metido todo el día —le informó Huertas.

—¿Ha entrado alguien?

—Sí, un hombre. Ya se fue hace rato. Llevaba llave del portal, así que hemos supuesto que era un vecino. —Suárez asintió.

—Pensaba en subir a hablar con él, me gustaría hacerle un par de preguntas.

—Pues ahí seguirá.

—Vamos, Verónica —le dijo el inspector con un tono que no admitía réplica.

—Nosotros nos tomamos el café, y nos vamos. Si nos necesitas, avísanos.

—Candelas dio un sorbo a su taza, contento porque se terminaba su turno de vigilancia. Era de las labores que más odiaba de su trabajo, sobre todo cuando el vigilado era un viejo borracho y mugriento sin ningún interés.

Daniel y Verónica atravesaron la calle, y como la vez anterior, el portal se encontraba abierto.

—La cerradura sigue rota, para qué querría alguien sacar las llaves —dijo el inspector.

Alarmados, subieron al piso de Felipe Jiménez corriendo por las escaleras. Cuando llegaron al descansillo, se miraron y desenfundaron sus armas. Cada uno se colocó a un lado de la puerta que en esos momentos se encontraba entornada, aunque no parecía estar forzada.

Verónica empujó la puerta con una patada y el inspector pasó al interior, mirando a todos los lados con la pistola por delante, comprobando que no hubiera ningún intruso.

—Señor Jiménez —llamó, alzando la voz para que le escuchara, pero no recibió contestación.

Entre los dos, comprobaron habitación por habitación, buscando al viejo. Cuando llegaron al baño, encontraron el cuerpo de Felipe Jiménez, metido en la bañera, desnudo.

Verónica se acercó pensando que quizás se había quedado dormido mientras se daba un baño, pero cuando se encontraba a poca distancia del hombre, comprobó que sus ojos estaban abiertos, sin brillo. Estaba muerto. Para

cerciorarse, le comprobó el pulso, confirmando lo evidente.

Daniel cogió el móvil para informar de lo ocurrido, de forma que la Científica y el doctor Mena llegaran al lugar lo antes posible. Mientras, Verónica se encargó de avisar a Huertas y a Candelas, que salían del bar en el momento en que les sonó el teléfono.

Abandonaron la escena del crimen sin tocar nada, esperando a que llegaran los refuerzos a hacer su labor.

—¿Qué opinas? ¿Has reconocido algún cuadro? —Verónica estaba convencida de que el escenario del crimen escenificaría otra obra de arte.

Ambos observaban la fotografía que había sacado el inspector con su móvil en el baño de Felipe Jiménez, la habían impreso y la habían añadido a la pizarra de la comisaría. Daniel creía reconocer el cuadro que representaba, pero esta vez la puesta en escena no había sido completa y eso le escamaba, el asesino solía ser muy detallista con su creación.

—Me recuerda a *La muerte de Séneca* de Manuel Domínguez y Sánchez. El cuerpo se encuentra sin vida dentro de la bañera, y ha colocado un brasero, tal y como aparece en la pintura, sin embargo, en el lienzo hay más personas, sus discípulos.

—¿Crees que no ha dejado completa su réplica? —El inspector se encogió de hombros.

—O quizás el resto de actores seamos nosotros, los que lo rodeamos al encontrarlo muerto. —Se quedaron en silencio pensando en esa opción.

—Pero no somos sus discípulos.

—No, pero íbamos a hacerle unas preguntas, como hacen los discípulos a sus maestros. —A Daniel esa explicación le parecía muy traída por los pelos, pero a la vez, bastante coherente.

—Cuéntame, ¿de qué va esa obra?

—Como su nombre indica, representa la muerte del filósofo cordobés.

—Pero, supongo que hay una historia detrás. —Daniel le sonrió, preparado para dar una rápida clase de historia.

—Séneca fue uno de los encargados de educar a Nerón.

—Nerón, ¿el que quemó Roma?

—Durante su reinado, es verdad que Roma ardió, pero se desconoce lo que ocurrió con exactitud, hay historiadores que dicen que él ni siquiera se encontraba en la ciudad.

—Bueno, le echó la culpa a los cristianos. —Verónica había visto suficientes películas en Semana Santa sobre este tema, para conocer el dato.

—Se dice que esa fue la primera persecución a los cristianos. —Daniel se volvió a centrar en la pintura—. Volviendo al tema que nos ocupa, Nerón no confiaba en Séneca, por lo que cuando se descubre una conspiración contra él por parte de Pisón, el emperador decide quitarse de encima a todos aquellos que le molestan, entre ellos, Séneca. Por este motivo, es condenado a muerte. En aquella época, se tenía por costumbre no llegar a cumplir la condena, es decir, en cuanto recibían la noticia, ellos mismos se quitaban la vida. Séneca lo intentó cortándose las venas y envenenándose con cicuta, pero no lo consiguió. Solo lo logró, metiéndose en la bañera, al lado de un brasero encendido. Entre el vapor de agua, el humo y teniendo en cuenta que padecía de asma, murió por asfixia.

—Es curioso, Nerón se quitó de en medio a Séneca porque no confiaba en él, y ahora nuestro asesino hace lo mismo con Felipe Jiménez. Muchas coincidencias.

—Verónica, creo que esta vez la similitud es demasiado forzada.

—Pero, no vamos tan desencaminados, ¿no? —La subinspectora se encogió de hombros—. Por cierto, ¿hay algo de lo que no sepas? Tu gran pasión es la pintura, sabes de mitología porque era la pasión de Cruz, y ¿la historia?

—Yo leo —le dijo el inspector sin darle más importancia.

—Jefe, hemos revisado las cámaras de la zona. —Candelas y Huertas acababan de llegar a comisaría.

Candelas portaba un DVD en la mano, que le mostró a su jefe. Daniel lo cogió y lo introdujo en el lector de su ordenador. Todos se acomodaron alrededor de la pantalla, para ver su contenido.

—¿Aparece? —preguntó extrañado, porque asumía que no iban a encontrar nada, el asesino estaba siendo demasiado meticuloso, aun cuando ese asesinato le hubiera sobrevenido. Daniel no creía que lo hubiera planeado, por lo menos para cometerlo ya, pensaba que lo había adelantado motivado por el artículo publicado por Montes esa misma mañana, y del que él era responsable.

En la pantalla aparecieron algunas imágenes y Candelas les señaló al hombre que había entrado al portal. No se le vio la cara en ningún momento, iba con un abrigo que le venía grande y un gorro de lana.

—No se le ve en ningún sitio —confirmó Huertas—, pero, se ve cómo sube a un viejo coche, del que se distingue la matrícula. La hemos investigado y no se corresponde con ese modelo de coche.

—No me lo digas, se ha denunciado el robo de un coche con esa matrícula.

—Exacto, jefe.

—Es muy listo. —En ese momento, la pantalla del ordenador mostraba cómo el sospechoso subía a un viejo Seat 127 y se alejaba de la zona—. ¿Se puede saber a dónde se dirige con ayuda de las cámaras de tráfico?

- Estamos en ello.
—Avisadme si encontráis algo.

Se encontraban en la cafetería de la Universidad, ya habían terminado las clases y las tutorías, por lo que estaban relajados tomándose unas cañas. Estaban situados en una mesa algo apartada del resto, repletas de estudiantes que acababan de terminar las clases de la semana y se distendían, como ellos, tomando algo y echando unas partidas de mus.

Marisol estaba intrigada por todo lo que les estaba contando Cristina, admiraba la resolución y la valentía que mostraba.

—¿Y qué opina el inspector al respecto? —Esperaba que le hiciera entrar en razón, porque él ya se había rendido.

—Sabes perfectamente lo que piensa. Cree, como tú, que estoy loca y que me he dado un golpe en la cabeza —sonrió—. Hablando en serio, no le gusta que actúe como el cebo de un psicópata, pero sé, que entre todos, estaré protegida. De todas formas, no le he dado otra opción, así que he reservado dos mesas, como siempre, una al lado de la otra. En una estaremos Felipe Jiménez...

—El sospechoso de asesinar a varias jóvenes —interrumpió Javi, intentando aclarar ese punto que parecía que todos pasaban por alto.

—Y yo —continuó Cristina ignorando la interrupción de su amigo—. En la mesa de al lado estarán Daniel y la subinspectora.

—¿No puedes reservar otra mesa para nosotros? —propuso Marisol ya metida en materia. Javi, que en ese momento estaba dando un trago a su tercio, se atragantó.

—No hablarás en serio, ¿verdad?

—Puedo intentarlo, voy a llamar, esperemos que no haya problema por reservar tres mesas contiguas, pero independientes. Los sábados por la noche el restaurante está a tope. —Cristina cogió el móvil que tenía encima de la mesa, al lado de su tercio terminado, e hizo la llamada.

—Marisol, ¿qué parte no has entendido? Esto es un asunto policial. Aunque no esté de acuerdo con Cristina, entiendo que lo hace por... No sé por qué lo hace, la verdad, al principio pensaba que era por encontrar al asesino de Vicky, ahora en lo único que puedo pensar es en que se ha vuelto loca. ¡¿Pero tú?!

—Creo que podríamos ayudar. —Marisol parecía muy convencida.

—¿Ayudar a qué? Para eso está la policía. —Empezaba a pensar que hablar con ambas era una causa perdida, no se daban cuenta del peligro que implicaban sus actos.

—Bueno, no sé, quizás darle apoyo moral. Al vernos ahí al lado, seguro que

está más tranquila. —Javi no se había dado cuenta, pero estaba boquiabierto y con los ojos como platos, era incapaz de comprender lo que pasaba por la cabeza de ambas mujeres.

—Ya está. He reservado tres mesas. No me han puesto ninguna pega, todavía tenían disponibilidad. —Cristina acababa de colgar, estaba emocionada y agradecida, sabiendo que iba a contar con ellos también.

—Creo que veis muchas series y muchas películas. Esto es un error —estaba atónito por su comportamiento—, ¿no comprendéis el peligro que entraña esta situación?

—Como le dije a Daniel, yo voy a ir. Si quieres o no estar ahí, es cosa tuya.

—Vamos, que le pusiste entre la espada y la pared. —Cristina no se había dado cuenta de que eso era exactamente lo que había hecho.

—Pues ahora que lo dices, sí, eso hice.

—Entonces, estará encantado de que seas una persona tan manipuladora, característica de una mujer que atrae a todos los tíos —ironizó.

—No lo había visto de esa forma —reconoció Cristina.

—¿Y cómo lo habías visto?

—No sé, no lo había pensado. Solo quiero ayudar y es la única forma que se me ocurre. —Cristina se sentía frustrada. Si lo pensaba fríamente, Javi tenía razón, era una locura, pero qué podía pasar, en cuanto hiciera algo extraño lo detendrían, allí iba a haber muchos ojos—. No me va a pasar nada, todos vais a estar pendientes de mí.

—Eso espero, Cris, eso espero. —Javi seguía sin estar convencido, pero claudicaba, no podía hacerles cambiar de opinión. Solo esperaba que no ocurriera lo peor.

—Hemos seguido, durante un corto periodo de tiempo, al coche con diversas cámaras, pero lo hemos perdido. —Huertas era el que hablaba.

Habían estado observando al Seat 127 recorriendo la ciudad, gracias al sistema de videovigilancia existente en la capital, donde están incluidas las cámaras de la Dirección General de Tráfico.

—¿Dónde lo habéis perdido?

—Se ha dirigido por el Paseo del Prado hacia Cibeles, luego ha cogido la calle Alcalá y siguiendo por O'Donnell ha salido a la M-30. Entonces, se ha dirigido hacia la Casa de Campo, donde lo hemos perdido —detalló Huertas.

—En la Casa de Campo hay muchas zonas sin cámaras, y lo peor, es la gran densidad de árboles, lo que limita el alcance de las antenas —les explicó Candelas.

—¿Es posible que lo dejara allí abandonado y que cogiera otro coche?

—Es posible —confirmó Candelas. Eso explicaría por qué no habían encontrado de nuevo el viejo utilitario en alguna grabación.

—Creo que vamos a tener que ir a dar una vuelta por la zona —dijo Suárez. Por lo que todos cogieron sus abrigo y se pusieron en marcha—. Empecemos por los aparcamientos, si tenía un coche de sustitución, lo más sencillo es que lo dejara en uno de ellos. Nosotros nos dirigiremos al del zoo, mirad vosotros en el del parque de atracciones.

—De acuerdo, jefe.

Todos bajaban las escaleras a toda prisa, esperando que Suárez tuviera razón y encontraran el coche abandonado en los lugares sugeridos. Si tuvieran que peinar toda el área para localizar el coche, iba a ser un problema, puesto que es el mayor parque público de Madrid, cinco veces más grande que el Central Park de Nueva York.

La Casa de Campo, situada al oeste de la ciudad, era antiguamente coto de caza de la familia real, junto con El Pardo. Más que un parque, es un bosque mediterráneo, con sus encinas, pinos, álamos, y pequeños animales, con recursos para esconder casi cualquier cosa. Los fines de semana se llena de madrileños que se acercan a pasar el día, hacer picnics en los merenderos, montar en bicicleta, alquilar una barca en el gran lago —al inicio eran cinco estanques conectados entre sí, que debido a las lluvias, acabaron convirtiéndose en uno—, e incluso tapear en los múltiples chiringuitos. Otra cuestión que complicaría la búsqueda, teniendo en cuenta que se encontraban a viernes, estaría lleno de gente.

El móvil de Suárez sonó cuando estaban llegando al zoo, puso el manos libres para atender a los inspectores.

—Jefe, estamos en el *parking* del parque de atracciones, ni rastro del coche.

—De acuerdo, dad una vuelta por la zona. Nosotros estamos llegando al zoo. Ahora os llamamos.

Daniel se imaginaba que era poco probable que el coche estuviera en el aparcamiento del parque de atracciones, era una zona amplia y con gran visibilidad, que las cámaras podían captar con facilidad. Sin embargo, el zoo era diferente, ahí si había árboles que crearían puntos muertos en las grabaciones.

Cuando llegaron, Verónica y Daniel echaron un vistazo. Mucha gente salía en ese momento, debían de estar a punto de cerrar. Siendo viernes, se imaginaron que muchos padres llevarían a sus hijos a pasar la tarde al parque zoológico, después de salir de sus trabajos. Así que se apartaron, a esperar a que el aparcamiento se fuera vaciando poco a poco, simplificándoles la búsqueda.

Verónica fue la primera en verlo, le dio un codazo a Daniel en cuanto lo

identificó.

—Creo que está allí. —Efectivamente, estaba en un rincón, bastante disimulado entre las plantas de su alrededor.

Se acercaron para confirmarlo y llamaron a Huertas.

—Lo tenemos. Confírmame la matrícula. —Huertas hizo lo propio—. Es este, está aquí.

Daniel colgó el teléfono y llamó a la policía Científica, tenía esperanzas de que pudieran encontrar algo en el interior. Una huella le pareció poco probable, pero quizás sí pudieran encontrar alguna fibra, fluidos corporales, cualquier pequeño vestigio que los llevara a su asesino.

Cristina se dirigía en su coche a casa de Daniel, llevaba encendido el navegador e iba siguiendo las indicaciones que este le iba dando. Según el dispositivo, en un cuarto de hora llegaría a su destino. Se sentía algo inquieta, no hacía ni media hora que la subinspectora la había llamado, angustiada.

—¿Está Daniel contigo? —se lo había preguntado sin rodeos nada más descolgar. Ella había respondido negativamente sin entender a qué venía esa intromisión. Verónica estaba intranquila, no sabía a quién llamar, y estaba convencida de que su compañero y la señorita del Saz mantenían una relación—. Llevo un rato llamándolo al teléfono, pero no me lo coge. Estoy preocupada. Esta tarde hemos encontrado a Felipe Jiménez padre, asesinado. Sé que Daniel se siente culpable por ello, a él fue al que se le ocurrió la idea de publicar la noticia en el periódico.

—¿Qué noticia? —Cristina seguía sin comprender.

—En la que se explica que Almudena del Olmo no abandonó a su hijo, solo tenía pensado abandonar al marido. Suponemos que cuando el asesino leyó el artículo, sufrió un ataque de cólera que le hizo ir a cargarse a su padre. —Cristina estaba asimilando toda la información que la subinspectora le daba a toda prisa, empezaba a vislumbrar a dónde quería llegar—. Aunque lo habíamos protegido, se le había puesto vigilancia, se las arregló para entrar en la casa sin ser visto y asesinarlo.

—Quizás, quiera estar solo —dijo no muy convencida. Ella prefería la soledad en esos momentos, también era a lo que se había acostumbrado, pero recordaba cuando Javi y su prometida rompieron, él siempre buscaba su compañía, le decía que en casa se le caían las cuatro paredes encima.

—Supongo que tienes razón —le había contestado Verónica, aunque no pensaba darse por vencida, lo seguiría llamando hasta que le cogiera el teléfono, no pensaba desistir, y si no había respuesta, era capaz de presentarse en su casa.

Pero al final, la señorita del Saz acabó pidiéndole la dirección de Daniel, por lo que pensó, que tres eran multitud.

Cristina había intentado contactar con él, pero igual que a la subinspectora, tampoco le cogía el móvil, así que decidió presentarse en su casa. Lo peor que podía ocurrir, es que él necesitara estar solo, pero por lo menos, ella se quedaría más tranquila, respetaría sus deseos y se iría por el mismo camino por el que había venido.

Al llegar, tuvo la suerte de encontrar sitio para aparcar al lado de la entrada a la urbanización, un coche se iba justo cuando llegaba ella. Se imaginó, que siendo viernes, saldrían a disfrutar del ambiente que se respiraba los fines de semana en Madrid.

El conserje le abrió la verja que daba acceso a las zonas comunes, no sin antes informarse de quién era y a dónde iba. Cruzó el patio ajardinado, tal y como le había indicado el portero, sin fijarse en la pista de pádel que quedaba a su derecha, y más allá, una enorme piscina rodeada por una amplia zona de césped. Cuando llegó al portal del inspector, se quedó observando el telefonillo, dudando, no sabía qué estaba haciendo allí, se dijo que había sido un error. Empezó a darse la vuelta con la idea de volver a casa, y entonces, una pareja apareció en el rellano, le sostuvieron la puerta para permitirle el paso, y ya no le quedó más remedio que continuar con sus intenciones iniciales.

—Buenas noches —le dijeron ambos al unísono.

—Buenas noches —contestó ella sin prestarles demasiada atención.

En la puerta, tuvo que llamar el timbre varias veces, hasta que escuchó movimiento en el interior de la vivienda.

Daniel dejó el *whisky* que se estaba tomando encima de la mesa y se levantó a abrir, preguntándose quién sería la persona que llamaba con tanta insistencia a esas horas. Él no esperaba a nadie. Al principio, había pensado que eran los hijos del vecino, ya que a veces llamaban a las diferentes puertas, sin que sus padres se molestaran en decirles que eso no se debía hacer. Pero después de tantos timbrazos, se imaginó que no era ninguna gamberrada, alguien venía a verlo. Se sorprendió al encontrarse a Cristina mirándole preocupada en el descansillo, era a la persona que menos esperaba encontrarse ahí.

Ella se fijó en que su rostro delataba un gran agotamiento, aparte de la pista que daban las oscuras ojeras que le rodeaban los ojos, los cuales tenían un aspecto algo vidrioso, supuso que en parte por el cansancio, y en parte porque debía de estar bebiendo. Solo llevaba puestos unos viejos pantalones de chándal, iba descalzo y su torso estaba desnudo. Se apartó de la puerta para dejarla entrar y la guio hasta el salón.

—¿Ha ocurrido algo? —Encima del respaldo de una de las sillas había una

camiseta con la que se vistió mientras le preguntaba. Ella reparó en la sobras de cocina precocinada que había encima de la mesa, al lado de un par de latas de cerveza vacías. También vio la botella de *whisky* y el vaso a medio beber.

—Me ha llamado la subinspectora de la Vega muy preocupada por ti. —Desde que habían encontrado el cuerpo sin vida de Jiménez, había estado pensando en el error que había cometido pidiéndole a Montes que publicara ese artículo, por él lo habían matado. Había pensado que era un buen modo de sacar al asesino de su guarida, pero el tiro le había salido por la culata. Cristina notó el repentino cambio de Daniel, sin ser consciente de ello, sus músculos se habían tensado.

—Ya te dije que era un poco metomentodo —intentó quitarle hierro al asunto—. ¿Quieres tomar algo?

—Tomaré lo mismo que tú. —Él le sirvió un *whisky* con hielo, y se acomodaron en el sofá—. ¿Has venido hasta aquí por eso? —El inspector se sintió conmovido porque ella se hubiera mostrado lo suficientemente alarmada como para ir hasta su casa, era una sensación que ya no recordaba, y que le agradaba.

—Sí —le confirmó—. Pero, ¿estás bien? —lo miró a los ojos, esperando una respuesta sincera.

—Ya sabes que no. He puesto un cebo al asesino, esperando que picase el anzuelo para poder cazarlo, y lo único que he conseguido, es que matara a su padre, y que siga suelto por ahí, dispuesto a matar a más chicas.

—No ha sido culpa tuya. Estoy convencida de que el asesinato del padre iba a ser el punto y final de la serie. Él iba a buscar su venganza, se publicara o no el artículo. Lo único, es que esta acción se ha adelantado. Ha experimentado una fuerte sensación de ira al enterarse de la verdad que le había sido ocultada.

—¿Crees que ahora que lo sabe, dejará de asesinar a mujeres que le recuerdan a su madre?

—Eso sería lo lógico, pero no creo que suceda. Creo que va a continuar. Como te dije una vez, ha probado lo que se siente teniendo en sus manos una vida, y le gusta, no va a perder la oportunidad de seguir matando. Quizás ahora, amplíe el abanico de posibles víctimas.

—¿Quieres decir, que piensas que ya no serán rubias y de ojos azules? ¿Qué ahora podría ser cualquiera?

—Esa es mi opinión. Supongo que seguirá teniendo predilección por las rubias de ojos azules, pero ya no serán una fijación.

Daniel se quedó en silencio, pensando en las palabras de Cristina. Un rato después, escuchó su respiración acompasada y relajada, comprobó que se había quedado dormida en el sofá. Mostraba la misma cara de agotamiento que él se

había visto un rato antes en el espejo. La cogió en brazos y la llevó a su cama, donde le quitó la ropa con suma delicadeza y la metió debajo del edredón.

Volvió al salón, donde se sirvió otra copa, encendió el portátil y continuó con el análisis de la víctima de Barcelona, supuestamente la primera del asesino. Algo le decía, que ese era el origen, el inicio, y que ahí descubriría lo que necesitaba para atraparlo.

Sábado, 18 de marzo

Sus padres se habían ido a pasar el fin de semana fuera, llevaban planeando ese viaje desde hacía semanas, y estaba encantado, tenía la casa para él solo. Nada más levantarse encendió la televisión y se tiró a la bartola en el sofá, sin escuchar por una vez a su madre repitiéndole constantemente que recogiera su cuarto, que lo tenía hecho un desastre. Estuvo un rato cambiando de canal hasta que se decidió por uno en el que pasaban una película del Capitán América.

Sintió cómo le sonaban las tripas, así que se levantó a la cocina y se preparó un sándwich, su madre le había dejado todo tipo de embutidos para que pasara el fin de semana sin tener que ir a comprar al supermercado. Volvió al salón y cogió el móvil decidido a enviar un mensaje a su novia para quedar esa noche, podrían aprovechar la casa para ellos dos solos. Aun recordaba una tarde en la que sus padres se habían ido al cine, casi les pillan en plena faena, cuando regresaron porque habían olvidado las entradas. En esta ocasión, eso no ocurriría.

Mientras estaba escribiendo el mensaje, sonó el timbre. El ruido le resultó atronador, la noche anterior se había quedado hasta tarde tomando copas en un garito del barrio con sus compañeros de universidad, y ahora, la resaca le pasaba factura.

Se levantó despacio y de mal humor por haber sido interrumpido. Al mirar por la mirilla, comprobó que era el cartero. Su madre solía comprar muy a menudo por internet, así que se imaginó que sería un pedido para ella, lo que le pareció extraño es que no le hubiera dicho nada, para estar atento.

—Buenos días, traigo un paquete para Berta Álvarez, pero no me abre, ¿podría dejarlo aquí? —El chico asintió de forma automática. Cogió el paquete y firmó con un garabato donde le indicó—. Gracias.

Cerró la puerta sin prestar más atención al hombre y se tumbó de nuevo en el sofá, dispuesto a terminar de escribir el mensaje que había dejado a medias.

De repente, cayó en la cuenta, su vecina estaba muerta, la habían encontrado hacía unos días, asesinada. De hecho, por ese motivo sus padres casi no se van de viaje ese fin de semana, estuvieron a punto de cancelarlo, estaban preocupados, hasta le había oído mencionar a su madre que deberían mudarse del edificio.

El dolor de cabeza parecía haberse esfumado de forma espontánea. Recordó que un inspector le había dado una tarjeta a su padre, indicándole que si recibían

un paquete dirigido a su vecina, les llamara de inmediato. Miró el paquete que había dejado un momento antes encima de la mesa, sentía curiosidad y preocupación al mismo tiempo, se preguntaba qué contendría. Se levantó, decidido a buscar la tarjeta que el inspector le había dado a su padre. Había sido muy claro a ese respecto.

La buscó en los sitios que le parecieron más lógicos para dejar una tarjeta de visita, sabía que si los llamaba para preguntar por ella, sus padres regresarían a casa sin pensárselo dos veces, tenía que encontrarla antes de que eso sucediera. El primer sitio que revisó, fue el mueble de la entrada, pero allí no estaba, tampoco estaba en la nevera, donde sus padres solían dejar notas sujetas por los imanes que la adornaban. Pasó de nuevo al salón y miró encima de los muebles y dentro de los cajones, pero tampoco estaba. Se le pasó por la cabeza que su padre la hubiera guardado en la cartera, lo que no era una idea descabellada, aunque esperaba que no fuera así. Llevaba planeando esa noche de sexo con su novia desde hacía semanas, tantas como llevaban sus padres organizando el viaje, incluso habían estado en un *sex-shop* comprando algunos artículos eróticos. El coche empezaba a resultarles demasiado incómodo. A veces, cuando tenían dinero, se iban a una pensión del centro a pasar la noche juntos, pero no era lo habitual.

Se le ocurrió que quizás la hubiera dejado en su dormitorio, y en efecto, allí estaba, encima de una de las mesillas. Se acercó y leyó el nombre para sí, inspector Daniel Suárez, marcó el número en su móvil y esperó a que alguien contestara, lo cual ocurrió al tercer tono.

Cuando los inspectores llamaron a la puerta, sabían lo que habían ido a buscar. Esperaban recibir el pequeño marco, con fotografía incorporada, del homicidio de Berta Álvarez.

—Es macabro —dijo Verónica mientras esperaban a que alguien les abriera.

Daniel volvió a tocar el timbre, se suponía que los estaban esperando, no entendía la demora. Finalmente, les abrió un chaval de veintipocos años que los miraba nervioso.

—Buenos días, somos el inspector Suárez y la subinspectora de la Vega —se presentó Daniel mientras ambos le mostraban las placas—. Creo que tienes algo para nosotros.

—Sí, pasen. —El chico se apartó para que ambos policías entraran y cerró la puerta tras ellos, se dirigió hacia el salón y ambos lo siguieron. Señaló un paquete situado encima de la mesa del tamaño de un libro, similar a los enviados con anterioridad a las otras dos víctimas—. Hace un rato, el cartero trajo ese

paquete para Berta. Recordé que si llegaba algo para ella, les teníamos que avisar.

Daniel se puso un guante de látex que sacó del bolsillo de su abrigo, y cogió el paquete para, a continuación, introducirlo en una bolsa de pruebas. Sabía que el exterior estaría lleno de huellas, puesto que el paquete habría pasado por muchas manos hasta llegar allí, pero prefería ser riguroso. También contaba con que el interior estuviera limpio, pero en el fondo, tenía esperanzas de que la Científica encontrara algo que les ayudara en el caso.

—¿Te fijaste en cómo era la persona que trajo el paquete? —El chico miró intranquilo al inspector por la pregunta, con la resaca de esa mañana no le había prestado ninguna atención.

—Era un cartero —se encogió de hombros—. Iba de azul marino y llevaba un polo amarillo —intentó recordar algo más, pero no se le ocurrió nada que le pareciera útil.

—¿Alto, bajo? ¿Mujer, hombre? —Daniel intentó alentarle, esos datos eran detalles que la gente no puntualizaba por resultar demasiado obvios.

—Hombre. Era más alto que yo, y delgado, pero no tanto como yo. —Daniel observó que el chico debía de medir poco más de uno setenta y estaba en los huesos.

—¿Color de piel? —El chaval se quedó meditando la respuesta unos instantes.

—Era blanco, una de sus manos no llevaba el guante puesto cuando me indicó que firmara.

—¿Algo más?

—Llevaba el casco de la moto puesto, y una braga que le tapaba por encima de la nariz.

—¿Y los ojos? ¿Te fijaste en su color, forma?

—No, lo siento, llevaba gafas de sol, de esas de aviador. —El chico sonrió porque, después de todo, había recordado.

—Si te acuerdas de algo más, llámanos, ¿de acuerdo?

—Claro, inspector.

Salieron de la casa sabiendo que este sería otro camino sin salida.

Cuando llegaron a la comisaría, se encontraron que estaban de celebración, todos llevaban unos vasos de plástico cargados de chocolate, y encima de la mesa de Candelas, había porras y churros.

—¿Qué pasa aquí? —dijo Suárez a la par que se servía un chocolate y cogía un churro.

—Candelas, que se nos casa. —Huertas estaba muy emocionado por la boda de su compañero, un rato antes se lo había comunicado en privado,

pidiéndole que fuera su padrino. A Candelas se le veía feliz, aunque algo cohibido.

—¡Enhorabuena! —Daniel le estrechó la mano y Verónica se lanzó a sus brazos, dándole dos sonoros besos en las mejillas.

—¡Qué calladito te lo tenías! —le dijo la subinspectora.

Mantuvieron unos minutos de esparcimiento, olvidándose del caso mientras desayunaban, echando unas risas gracias a los compañeros casados, que en tono jocosos, le daban los consejos que creían más oportunos para un feliz matrimonio.

—Acabo de hablar con los de la Científica. —El inspector levantó la cabeza de los informes que tenía encima de la mesa, prestando toda su atención a Huertas, que se encontraba de pie frente a él—. En el maletero del coche han encontrado un abrigo negro y un gorro de lana también negro. Las únicas fibras que han descubierto pertenecen a ambas prendas. Tampoco han encontrado ninguna huella en el interior del 127, y las que hay en el exterior, creen que la mayoría son de niños, por el tamaño, presumiblemente de los críos que ayer fueron al zoo y que pasaron al lado del automóvil aparcado.

—¿Y de la escena del crimen?

—En la escena del crimen han recogido muchas muestras, demasiadas. El hombre llevaba mucho tiempo sin limpiar la casa por lo que les va a costar hallar algo. Piensan que quizás logren localizar alguna fibra que se corresponda al abrigo y al gorro encontrados.

—No me puedo creer que sea tan cuidadoso. —Daniel no comprendía cómo era posible que no dejara ningún tipo de prueba, era imposible, un pelo, una fibra de la ropa, cualquier ínfimo detalle que a ellos les sirviera.

—Quizás utilice un mono como los que usan los de la Científica, o algo similar.

—Supongo que no hay otra explicación. Me pregunto qué pensarán las víctimas al verle entrar en sus casas y ponerse un mono, imagino que al ir de droga hasta arriba esa será la menor de sus preocupaciones.

Daniel se daba cuenta de que quedaban unas pocas horas para que volviera a matar, y seguían sin tener nada, seguían sin saber dónde buscar. O tal vez sí, quizás fuera ahora Cristina su única oportunidad, el nuevo cebo. Prefirió no pensar en cómo había terminado el último, Felipe Jiménez, el padre del asesino. No quería imaginársela como protagonista de un nuevo cuadro creado por un psicópata que disfrutaba del arte en toda su esencia.

Había sido incapaz de hacerle recapacitar sobre la locura que estaba cometiendo, ella argumentaba que no se iba a quedar en casa esperando sentada.

«Desde luego, tenía pelotas», pensó el inspector, no muchas personas ponían su vida en peligro para averiguar lo que le había sucedido a una amiga.

Le había pedido a Verónica que lo acompañara esa noche. Aun recordaba su cara, alucinada era poco, y lo peor de todo, es que él no podía explicárselo ni convencerla, estaba en todo de acuerdo con ella. Dejó a un lado sus divagaciones, porque quería hacer algo antes de ir al restaurante en el que habían organizado el encuentro.

—Voy a ver al doctor Mena, ¿te vienes? —Huertas asintió, tenía tantas ganas de atrapar a ese psicópata como su jefe.

Ambos salieron de la comisaría con paso firme, esperando que el forense hubiera conseguido encontrar algo y les diera buenas noticias.

Cuando llegaron a la sala de autopsias, de las siete mesas dispuestas, solo había una ocupada, el resto parecían haber sido recién desinfectadas.

—Inspectores, me imaginaba que se pasarían por aquí. —No se llevó ninguna sorpresa al comprobar que el inspector Suárez era una de las personas que atravesaba la sala dirigiéndose hacia él, lo estaba esperando.

—¿Está solo? —preguntó Daniel algo sorprendido, ya que lo habitual era que rondaran técnicos por las instalaciones, ejerciendo diferentes labores, sin contar que siempre había algún estudiante pululando a su alrededor ávido de conocimiento.

—Sí, he enviado a todos a casa. Ha sido un día de locos, hemos realizado quince autopsias —al ver la cara de circunstancias de los inspectores, lo aclaró—. La media de autopsias que se practican cada día es de unas ocho, así que los he enviado a casa para que descansen, los necesito frescos.

—Y por lo que veo la de Felipe Jiménez ha sido la última —dijo el inspector observando su cuerpo encima de la mesa con la ya conocida apertura en el torso con forma de Y.

—Inspector, no sea así —le regañó el doctor—. La autopsia ya ha sido realizada, solo estaba haciendo algunas comprobaciones de última hora. Aunque los resultados aún no los he recibido, por lo cual, lo que le diga serán meras suposiciones.

—Suposiciones fundamentadas en importantes bases —le dijo Suárez, que conocía al doctor y sabía que sus suposiciones siempre eran acertadas. El doctor le sonrió por el cumplido, el inspector no era de los que acostumbraba a adular—. ¿Qué puede decirnos?

—Este hombre no ha sido asesinado como las chicas. Quería que sufriera.

—¿A qué se refiere?

—Tiene la faringe y el esófago destrozados. En realidad, todos los conductos gastrointestinales, es decir, los conductos que van desde la boca hasta

el ano. Le debió de introducir en la bebida un producto abrasivo o una sustancia corrosiva, quizás algún tipo de ácido, lo que le ha provocado importantes quemaduras. Sus dolores debieron de ser espantosos hasta que le sobrevino la muerte. En cuanto reciba los resultados del laboratorio, sabremos la sustancia utilizada.

—¿La causa de la muerte fueron las quemaduras?

—No, hay más. También tiene cortes en las muñecas. El asesino debió de intentar desangrarlo, pero en algún momento cambió de opinión, puesto que permitió que se creara un tapón en las heridas con la propia sangre. Creo que la causa real de la muerte fue asfixia. Le enviaré un informe en cuanto tenga todos los datos. —«Como Séneca», pensó.

—Gracias. ¿Algo más? —El doctor sabía a lo que el inspector se refería.

—Lo siento Suárez, pero no, no hemos encontrado nada que identifique al agresor. Ninguna fibra, ni rastro de piel bajo las uñas, nada de nada.

—Me lo imaginaba. Gracias por todo.

Los inspectores salieron de allí cabizbajos, sabiendo que en unas horas, el asesino volvería a actuar.

La Plaza de Toros de Las Ventas está construida en estilo neomudéjar, de ladrillo visto con una decoración a base de azulejos cerámicos. Dicen que es el coso que todo lo da y todo lo quita, cuya gran recompensa es lograr salir por su Puerta Grande, ya que el público madrileño es conocido por ser uno de los más exigentes.

Cristina había quedado con su cita, Felipe Jiménez, en un pequeño restaurante detrás de la plaza. Cuando salió del metro, se quedó contemplando unos segundos la Monumental, siempre le había parecido un edificio de gran belleza. Recordaba ir de pequeña, con su padre, al circo que allí se instalaba todas las Navidades.

Dejó a su espalda la impresionante estatua que homenajeaba al Yiyo. Torero que murió con veintiún años, por una cornada que le atravesó el corazón en la plaza de toros de Colmenar Viejo.

Continuó hacia unas escaleras situadas en un lateral, dejando a su izquierda la estatua de Fleming, colocada allí en agradecimiento por descubrir la penicilina, sustancia que ha salvado la vida a muchos toreros, evitando que murieran a causa de las infecciones producidas por las cornadas.

Cinco minutos después, entraba en el restaurante. Cuando atravesó la puerta, echó un vistazo a su alrededor, fijándose en las personas que estaban en la barra tomando algo y charlando con sus acompañantes. Comprobó que ya se

encontraban todos esperándola.

La primera pareja con la que se topó su mirada fue con Marisol y con Javi. Estaban disfrutando de una caña y parecían ignorarla por completo, aunque se percató de que Javi la había visto entrar, cuando le hizo un leve movimiento con la cabeza que solo ella percibió. Más allá, Daniel y la subinspectora se encontraban tomando lo que parecían ser unos botellines de agua. Continuó andando, aparentando que no prestaba atención a las personas que se encontraban allí apostadas, sintiendo cómo Daniel la observaba mientras atravesaba el local.

Como muchos otros restaurantes en la zona, el lugar tenía decoración taurina, con pósteres de diferentes corridas de toros, fotografías de toreros con el dueño, e incluso alguna que otra cabeza del animal.

En cuanto le dijo su nombre al camarero, este la acompañó a una mesa al fondo del salón, donde ya estaba Felipe Jiménez revisando la carta. La mayoría de las mesas a su alrededor estaban ocupadas, o por parejas o por grupos de amigos, parecía ser un restaurante muy popular.

—¿Felipe? —Cristina intentó no mostrar su nerviosismo, aunque fue consciente de que la voz le delataba.

Al oír su nombre, levantó la cabeza despacio y sonrió a la mujer que tenía delante, sabía que su sonrisa no dejaba indiferente al sexo opuesto, y supo que en esa ocasión tampoco había sido para menos, debido al rubor que apareció en sus mejillas. Era tan guapa como recordaba, aunque no le había parecido que tuviera el pelo tan oscuro. Eso, ya no importaba.

Se levantó de forma educada y se acercó a darle dos besos. Notó cómo ella reaccionaba con el leve contacto, lo que le hizo mostrar una sonrisa de triunfo que ella no pudo ver. La ayudó a acomodarse en la silla, tal y como las normas de galantería marcaban. Les solía gustar ese gesto por muy feministas que intentaran aparentar ser.

Mientras revisaban la carta para ver qué pedir, las pocas mesas que quedaban vacías en el restaurante se comenzaron a llenar de comensales, la mayoría parejas, que como ellos, venían a degustar una buena cena el sábado por la noche. Se imaginó que entre tanta gente, ellos pasarían desapercibidos, y si no era así, con las lentillas de colores que llevaba en ese momento, la peluca y la perilla postizas, nadie podría reconocerlo, ni siquiera su madre, se dijo sonriendo ante ese toque de humor negro.

En cuanto pidieron la bebida y la comida, comenzaron a mantener la típica conversación entre extraños. Él estaba cansado de siempre los mismos diálogos,

pero era un trámite por el que había que pasar, de cualquier forma, no le hizo notar a su acompañante el aburrimiento que sentía, aparentaba interés en todo lo que decía.

—No suelo quedar utilizando páginas de contactos, pero mis amigas insisten en que por internet se puede conocer a gente interesante. —Le sonrió tímidamente. Ella se mostraba nerviosa, aunque intentaba disimularlo.

«Siempre la misma historia».

—Espero que tus amigas estén en lo cierto. —Volvió a exhibir la sonrisa que tanto gustaba a las féminas, y levantó la copa para brindar por ello, ella hizo lo propio.

Parecía otra conquista sencilla.

Cristina comenzaba a sentirse cómoda con su cita, era un hombre encantador. Se preguntaba si en verdad era un asesino, por ahora no había nada que le indicara tal cosa. «Yo soy la psicóloga, tendré que averiguarlo».

—Bonito sitio, ¿vienes mucho por aquí?, he de reconocerte que me ha costado encontrarlo. —Cristina ya estaba cansada de la conversación banal que habían mantenido hasta ese momento, como calentamiento estaba bien, pero tenía que obtener información, y a ese ritmo lo veía poco probable.

—La verdad es que no, me lo ha recomendado un amigo.

—Tenía una amiga, Vicky, a la que le gustaba venir a cenar por esta zona —mintió.

—¿Tenías?

—Murió.

—Oh, cuánto lo siento. —Cristina observaba su comportamiento, pero no hubo nada que le hiciera pensar que había conocido a su amiga o a alguien con ese nombre.

—Así es la vida, ¿no? —El camarero apareció con la botella de vino que habían pedido, sirvió sendas copas después de que él lo catara y diera su consentimiento.

—Es un buen vino. Espero que te guste. —Ella dio un sorbo y asintió, aprobando la elección.

—Creo recordar que te gustaba la pintura, ¿verdad?

—Sí, me encanta ir al Prado y perderme entre sus lienzos. Cuando era pequeño solía llevarme mi madre. Son momentos que guardo con mucho cariño entre mis recuerdos.

—Te entiendo. Recuerdo cuando mi padre me llevaba todos los domingos por la mañana a los diferentes museos que hay en Madrid. Entonces me resultaba

muy aburrido, pero ahora los considero algunos de los mejores momentos de mi niñez. —Suspiró con nostalgia.

—Entiendo lo que quieres decir. —Cristina entrecerró los ojos al escuchar sus palabras. La empatía no era una característica del perfil de un asesino en serie, ¿quizás estaba actuando?

—¿Y sigues yendo con tu madre al Prado? —Ella todavía quedaba de vez en cuando con su padre para visitar juntos alguna nueva exposición.

—No, murió.

—Lo lamento. —Ahora le tocó a ella darle el pésame.

En ese momento, apareció el camarero con los platos que habían pedido.

En cuanto el camarero se hubo ido dejando la comida encima de la mesa, ellos continuaron con su charla. Se sentía algo incómodo con la conversación, estaba tomando un derrotero demasiado personal que no le gustaba, parecía que le estuviera haciendo el tercer grado, pensó que quizás era por deformación profesional, un hábito debido a su profesión. De todas formas, daba un poco igual, que hablara o preguntara todo lo que quisiera, iba a ser la última vez que lo hiciera.

Cristina probó su ensalada y descubrió el sabor dulce que le daba la mandarina que contenía.

—Está buenísima.

—Me alegro que te guste. —Siempre que quedaba con mujeres en ese restaurante, solían pedirse lo mismo, ensalada de mandarinas y tomates cherry con vinagreta de cítricos, se preguntaba si algún día conocería a alguna que se pidiera un buen entrecot.

—¿Qué tipo de películas te gustan? —le preguntó Cristina que tenía la sensación de que la conversación empezaba a decaer.

—Las de acción, supongo que como a todos los hombres. Pero he de reconocer que con casi todos los géneros disfruto, siempre y cuando los actores trabajen bien. ¿Y a ti?

—Las de suspense. Me encantan las películas en las que se producen asesinatos, disfruto resolviendo el puzle que se plantea y encontrando al culpable. —En la mesa de al lado se escuchó una profunda carcajada. Cristina no miró porque sabía perfectamente que esa risotada había salido de Daniel, lo que sí advirtió por el rabillo del ojo, fue la cara divertida de Verónica, cosa que le sorprendió, no sabía por qué, pero estaba convencida de que la subinspectora no

la soportaba.

—Sí, esas suelen estar también muy interesantes —lo dijo sin mucho convencimiento, solo por darle la razón y resultar educado.

Felipe Jiménez no paraba de rellenar la copa de vino de Cristina, era evidente que su intención era emborracharla, aunque ella se ocupaba de echar el contenido a una gran maceta que había a su lado cuando él se despistaba, ante la divertida mirada de Daniel, que parecía ser el único que se había percatado de la maniobra. En una ocasión, casi había sido pillada *in fraganti* por el camarero, pero supo disimular a tiempo. Por el contrario, se fijó en que su acompañante apenas había probado el rico caldo.

—¿No te gusta el vino? —le preguntó, intentado hacer notar que se había dado cuenta de su táctica, aunque no obtuvo el resultado que esperaba.

—Oh, claro, está buenísimo. Mira, si ya nos hemos bebido casi todo —dijo mirando la ya terminada botella.

—Si me disculpas, voy a ir al lavabo. —Cristina se levantó de la mesa, y él se giró a observarla mientras caminaba en dirección a los aseos, contemplando su hipnótico movimiento de caderas al andar. Su cara mostró una sonrisa lasciva que ella no pudo ver, pero que los comensales de las mesas colindantes si percibieron. De hecho, Daniel notó cómo le subía un súbito enrojecimiento por el cuello que manifestaba su repentino malhumor. Si no hubiera sido una reacción troglodita, le hubiera encantado poder desahogarse, dándole un fuerte puñetazo en la cara para borrarle esa sonrisa.

Cuando su acompañante se levantó, observó a la gente acomodada a su alrededor, todos parecían muy concentrados en sus parejas y en la conversación que mantenían, nadie le prestaba atención. Así que, con disimulo, cogió la copa de ella, que todavía tenía una buena cantidad de vino tinto, y echó la droga en su interior sin que nadie reparara en ello.

Se encontraba lavándose las manos, cuando escuchó mucho alboroto en el restaurante, se preguntó que habría ocurrido, así que salió a paso ligero del aseo. En el salón, Daniel estaba deteniendo a su acompañante, mientras Verónica guardaba una muestra del contenido de la copa de vino de Cristina en un tarro de plástico, similar a los que se utilizaban para los análisis de orina. Los clientes y camareros contemplaban la escena, atónitos, entre murmullos, y sin saber, qué estaba ocurriendo.

—¿La lleváis a casa? —Daniel dirigió la pregunta a Javi y a Marisol.

—Claro, no te preocupes. —En ese momento, Cristina se unió a ellos, con cara de no comprender lo que había ocurrido en su corta ausencia.

Daniel se dio la vuelta llevándose al detenido. Detrás de ellos, la subinspectora aclaraba a las personas congregadas en el local, que ya se había terminado el espectáculo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Cristina mientras cogía una silla de su mesa, y la colocaba en la de ellos. Los comensales se habían relajado y de nuevo atendían a sus compañeros de mesa, olvidando lo que acababa de suceder.

—Le han visto echarle algo en la copa. —Javi se estaba acomodando de nuevo en su silla, mientras Marisol, nerviosa, daba un trago a su bebida—. Creo que esta vez has acertado. —La voz de Javi no sonó orgullosa, sino más bien preocupada.

—Y como te dije, no me ha pasado nada.

—Aunque podía haberte pasado cualquier cosa. —Los platos estaban vacíos, ya habían terminado de cenar hacía un rato—. ¿Nos vamos?

Ambas mujeres asintieron, había sido una noche cuando menos singular.

Verónica y Daniel observaban a través del cristal a Felipe Jiménez, se le veía nervioso y preocupado, comprendía que se había metido en un lío.

—Pensé que tendría más temple —observó Verónica.

Eso mismo pensaba él. Por lo que había llegado, hacía rato, a la conclusión de que no era el asesino que buscaban, no cumplía el perfil. Debía de ser un pringado que solo conseguía sexo drogando a las chicas, cosa que le convertía en un violador, no en un asesino.

—Por lo menos, hemos detenido a un cabrón. —La subinspectora asintió convencida, como él, de que iban a sacar a esa escoria de la circulación. Aunque todavía tendrían que asegurarse de que las suposiciones que barajaban eran las acertadas.

Todavía tenían que comprobar si existía alguna relación entre el detenido y el fallecido Felipe Jiménez, si fuera necesario podrían realizar una prueba de ADN, aunque ninguno creía que tuvieran que llegar tan lejos, lo más seguro es que en el interrogatorio consiguieran toda esa información, la cual no sería difícil de corroborar.

El inspector tenía pensado sonsacarle detalles sobre sus citas anteriores a través de conecta.com. Lo más probable, es que con alguna de ellas hubiera mantenido relaciones sexuales gracias a la droga suministrada, pero necesitaba sus declaraciones para poder meterlo entre rejas. Por ahora, lo único con lo que contaban era con el intento de drogar a Cristina, ni siquiera podían acusarlo de

intento de violación, puesto que no había llegado la sangre al río. Y eso sin contar, que aún no había sido confirmado por el laboratorio, que lo que había echado en el vaso fuera burundanga. Es decir, no tenían nada. Tenían que jugar bien sus cartas en el interrogatorio si querían encerrarlo.

Suárez no creía en las casualidades, pero en este caso, estaba seguro de que no era el hombre que buscaban, simplemente estaba en el sitio equivocado en el momento más inoportuno.

Sin embargo, el inspector estaba contrariado, había detalles que no encajaban. «Es mejor dejarse de suposiciones hasta no hablar con él», se dijo cansado de darle vueltas.

Miró el reloj, Huertas y Candelas ya debían de estar en el Anatómico Forense confirmando el tipo de sustancia que había echado en la copa. Habían llamado al doctor Mena nada más salir del restaurante, por lo que los esperaba preparado para realizar el análisis. Aguardarían a hablar con el detenido, hasta tener el resultado.

Además, tenían que esperar por su abogado, quien debía de estar a punto de llegar, puesto que lo había llamado hacía más de dos horas.

Ambos inspectores salieron de la habitación contigua a la sala de interrogatorios, para tomarse otro café.

—¿Has hablado con Cristina? ¿Se encuentra bien? —Daniel se percató de que la había llamado por su nombre de pila, era la primera vez, quizás empezaba a caerle bien, se dijo mirando a su compañera de reojo.

—Sí, la llamé hace un rato. Estaba en casa, relajada y viendo la televisión. —La subinspectora asintió, mientras sacaba el vaso de plástico de la máquina, con un líquido oscuro al que llamaban café. Dio un sorbo y sintió que se le revolvía el estómago.

—Este café cada vez es peor, o me lo parece a mí. —Su cara expresaba, sin lugar a dudas, la repulsión que acababa de sentir hacia la bebida.

—Tienes razón. Vamos al bar a que nos pongan un buen café. Hoy es sábado y seguro que aún están abiertos. —Tiraron en el fregadero el contenido de los vasos y salieron de la comisaría.

Mientras esperaban en la cafetería a que les prepararan las ansiadas bebidas, el móvil del inspector comenzó a sonar. Las escasas personas que se encontraban allí tomando algo a esas horas, se giraron al oír el fuerte sonido de la melodía.

—Inspector Suárez.

—Confirmado, jefe. Es burundanga.

—Gracias, Huertas. —Miró a su compañera asintiendo. En ese momento, Antonio les estaba sirviendo la comanda en unos recipientes para llevar, tal y como le habían solicitado.

—Invito yo, inspectores. —Ellos le sonrieron agradecidos por el detalle.

El dueño del bar los conocía, solían ir a menudo. En los últimos días, siempre daban muestras de cansancio, las ojeras y la cantidad de cafeína que tomaban, los delataba. Estaba enterado de que eran los encargados del caso del asesino *online*, y quería demostrarles su apoyo. Tenía una hija de la edad de las víctimas, que también quedaba de forma habitual con chicos que conocía por medio de internet. Estaba preocupado.

En cuanto regresaron a comisaría, les informaron que el abogado del señor Jiménez ya había llegado y habían mantenido una breve reunión privada. Les estaban esperando.

Antes de comenzar con el interrogatorio, se dirigieron a la sala aledaña, donde contemplaron a ambos individuos a través del cristal, mientras se terminaban el café, relajados y sin prisa. El abogado era el polo opuesto a Felipe Jiménez, al contrario que el detenido, era un hombre serio que aparentaba serenidad, demostrando estar acostumbrado a estas lides.

—Lo más seguro es que no sea la primera vez que tiene que salvarle el culo —le dijo a la subinspectora.

En ese momento, el letrado ponía su mano sobre el hombro de Jiménez, en un gesto que intentaba tranquilizarlo, y aunque este asentía, seguía histérico, no podía mantener las manos quietas, y una de sus piernas temblaba ostensiblemente.

Tras un intervalo de tiempo que Suárez consideró suficiente, le dio un suave codazo a su compañera, y con un leve movimiento de cabeza le indicó que había llegado su turno, les tocaba entrar.

—Buenas noches. Disculpen el retraso —dijo el inspector al entrar en la sala. Miró directamente al abogado de Jiménez quien le mantuvo la mirada, evidenciando que no se sentía intimidado, ni por ellos, ni por la situación, se mostraba confiado. Daniel no lo entendía, puesto que tenían pruebas que demostraban que su cliente había intentado drogar a una mujer. Sus tripas le decían que tenía que ir con pies de plomo.

—Sabemos que creen que mi cliente es el asesino en serie que están buscando, ese al que denominan asesino *online*. —El inspector levantó las cejas—. Mi cliente no es la persona a la que buscan, y por ello, queremos cooperar en todo lo que necesiten, siempre y cuando le dejen en libertad sin cargos.

—¿Perdón? —El inspector se mostró perplejo por la arrogancia que acababa de demostrar el abogado—. Su cliente ha echado una droga, muy utilizada para delitos de agresión sexual, en la copa de su acompañante.

—Lo sabemos, y mi cliente está arrepentido por su actuación —Verónica

miró a Daniel, no sabía a dónde querían llegar—, pero cree tener cierta información de utilidad sobre el asesino que buscan.

—Adelante. —El inspector estaba intrigado.

—Pero quiero que le ofrezcan libertad sin cargos.

—Sabe que es imposible obtener un trato a estas horas de la noche, los juzgados están cerrados. De todas formas, no podemos ofrecerle inmunidad. Usted sabe tan bien como yo, que si ha intentado drogar hoy a su acompañante y no lo ha conseguido, es porque nosotros estábamos allí. Y ninguno de los que estamos aquí creemos que haya sido la primera vez, ¿verdad? No podemos dejar libre a un presunto violador. —Al señor Jiménez se le contrajo la cara al escuchar la imputación.

—Esa acusación es muy grave, teniendo en cuenta que no tienen pruebas para avalarla. —Daniel sabía que tenía razón, pero esperaba que no fuera difícil encontrar a mujeres con las que hubiera quedado en el pasado, y que alguna de ellas estuviera dispuesta a denunciarlo. De todas formas, no entró al trapo, irían por orden.

—Pero lo que sí le puedo decir, es que si la información que nos da su cliente nos es útil en la investigación, lo tendremos en cuenta. —El abogado asintió, e hizo un pequeño movimiento de cabeza para que su cliente comenzara a hablar.

—Entiendo la confusión que se ha producido esta noche, porque creo que el asesino se llama como yo.

—¿Y por qué piensa eso? —El inspector se daba cuenta de que no era un farol.

—Tendré que empezar por el principio. Hace unas semanas, me encontré en la web de contactos que suelo utilizar, conecta.com, un usuario de Madrid con mi mismo nombre, cosa que me llamó la atención. Aunque, en realidad, no fue su nombre lo que me intrigó, entiendo que es un nombre muy común, lo que despertó mi interés fue que en su perfil había una única foto, y esa fotografía era mía. Es una instantánea que me tomaron en una salida a montar a caballo, en ella aparezco cabalgando al otro lado de un cercado. Como comprenderá, eso me preocupó, había oído hablar de suplantaciones de identidad y las consecuencias que pueden acarrear, así que empecé a investigarle.

—¿Investigarle? ¿No informó a la policía? —Negó con la cabeza—. Continúe.

—Como iba diciendo, comencé a rastrearle. Me introduje en su ordenador. Soy bueno con la informática. Instalé un software espía en su equipo, de forma que tenía acceso a su cuenta en conecta.com y a su correo electrónico, entre otras aplicaciones, pero yo únicamente me centré en estas dos. Estaba intranquilo,

temía que estuviera usurpando mi identidad, pero después de unos días fisgoneando, me di cuenta de que no era así. Aunque eso no resolvía mi duda, ¿por qué había utilizado mi retrato?, por este motivo, no desinstalé el programa. Empecé a prestar atención a sus conversaciones, sentía curiosidad por el éxito que tenía con las mujeres, cuando su perfil era poco menos que una copia del mío. Estuve analizando y estudiando su forma de tratarlas, la forma en que les hablaba y demás, quería ser como él. Pero entonces...

—¿Entonces qué?

—Entonces, apareció esa noticia en el periódico. Habían asesinado a dos jóvenes. Sus fotografías me sonaban de algo, y de repente, las ubiqué, las había visto chatear con mi doble, por llamarlo de alguna manera. Revisé los chats en su ordenador, pero toda esa información no estaba. Yo estaba seguro de que ellas habían hablado con él, así que no quedaba otra opción, tenía que haber borrado las conversaciones. Revisé mi disco duro, había guardado algunas como ayuda en las mías, y les puedo asegurar que funcionaba, las chicas se derriten con su don de palabra y a mí me empezaba a suceder lo mismo, las chicas querían conocerme. —Daniel estaba sorprendido por la historia, parecía inverosímil y supuso que eso mismo era lo que la hacía más creíble—. Como decía, comprobé las conversaciones guardadas, y allí estaban, tenía grabadas las que mantuvo con las chicas el mismo día en que fueron asesinadas.

—¿Y no se le ocurrió ir a la policía? —preguntó de nuevo Daniel.

—Con qué, ¿diciendo que había pirateado el equipo de un desconocido?, ¿que pensaba que era el asesino *online*?, ¿eso les hubiera parecido creíble?

—Supongo que tan creíble como lo es ahora, pero con la diferencia que ahora quiere salvar su culo y resulta menos verosímil todavía. ¿Tiene esas conversaciones?

—No, las borré. —El inspector levantó las cejas, empezaba a pensar que le estaba tomando el pelo—. Las borré porque creí que me había descubierto. Así que desinstalé el software espía y protegí mi ordenador para que no pudiera identificarme.

—¿Eso es lo que va a mantener? Que el asesino le estaba suplantando, que lo investigó y que piensa que le descubrió. Si hubiera sido así, ¿por qué cree que sigue vivo?

—No sé, inspector. —El hombre tenía miedo y no lo ocultaba—. Quizás, no sé, quizás quería que yo fuera la cabeza de turco.

—Quizás es eso, o quizás te lo estás inventando todo, porque te hemos descubierto con las manos en la masa, echando burundanga en la bebida de una joven a la que pensabas matar —el inspector comenzó a tutear al detenido, por experiencia sabía que eso intimidaba más.

—No, en serio, no iba a matarla. Es verdad que quería acostarme con ella. Está muy buena —dijo intentando justificarse.

—Así que la pensabas violar.

—No he dicho eso.

—La drogas para poder acostarte con ella. Eso es una violación.

—No, no quería decir eso.

—Entonces, qué quería decir, señor Jiménez. —Dejó de tutearlo, dando un nuevo golpe de efecto, ya lo tenía donde quería. El hombre dejó caer la cabeza entre las manos, estaba hundido y a punto de echarse a llorar. Entonces, levantó la mirada, había recordado algo.

—Ambas le dijeron en diferentes conversaciones que habían dado en adopción a sus bebés. Me pareció chocante, tanto la casualidad de que hubieran pasado las dos por ese trance, como que a él ese tema le interesase tanto.

—¿Qué quiere decir?

—Que parecía intrigarle, les preguntaba cómo se encontraban, por qué lo habían hecho, y cosas por el estilo, parecía querer entender su comportamiento. Y ellas se desahogaban con él —hizo una pausa—. Cristina, la mujer con la que he cenado hoy, también me contó algo parecido, pensé en no seguir hablando con ella, me dio mal rollo, pero está tan buena... —lo dijo en un susurro, dejando inconclusa la frase, empezaba a hilar los acontecimientos—. Era una trampa, ¿verdad?

—Quiere contarnos algo más, señor Jiménez. —El hombre negó con la cabeza, derrotado.

—Háblenos de su padre.

—¿Mi padre? —Su cara reflejó el desconcierto que sentía—. ¿Qué quiere saber de mi padre?

—Empecemos por su nombre y dirección.

—Mi padre se llama Felipe Jiménez, él insistió en ponerme su nombre. Vive con mi madre en la sierra, en una casa en Manzanares el Real...

Daniel conocía el lugar, un precioso pueblo a pie de La Pedriza, en el Parque nacional de la Sierra de Guadarrama, a menos de una hora de la ciudad. Acostumbraba a hacer escapadas a la zona cuando empezaba el buen tiempo, como la mayoría de madrileños, que iban allí a practicar escalada, hacer rutas de senderismo o a darse unos refrescantes baños en las pozas del río Manzanares. Aunque en la actualidad, estos baños habían sido prohibidos por el trato irrespetuoso que se le daba a la naturaleza por parte de algunos visitantes. Como siempre, pagaban justos por pecadores, pensó. Sin olvidar, el Castillo de los Mendoza, situado a la entrada del municipio, una de las fortalezas medievales mejor conservadas de España. Hacía unos años había ido con Cruz a visitarlo,

allí, unos guías vestidos de época representaron una obra de teatro, al mismo tiempo que explicaban el contenido artístico de las estancias. Y para completar el día de turismo, acabaron deleitándose con la gastronomía en un asador cercano a la iglesia. Lo recordaba como una de las últimas ocasiones en las que habían disfrutado de su mutua compañía. Daniel eliminó esos recuerdos de su cabeza para volver a centrarse en el individuo que tenía delante.

—Muchas gracias. —Daniel lo interrumpió. Tendrían que contrastar la información que les acababa de dar, pero como se imaginaba, no era la persona que buscaban.

Los inspectores se levantaron despacio, dejando al abogado y a su cliente extrañados, mientras los observaban abandonar la sala. En cuanto salieron, le dijeron al policía que estaba apostado junto a la puerta, que se llevara al detenido al calabozo.

Daniel se encontró con un Cardenete muy concentrado en la tarea que le habrían asignado o Huertas o Candelas, aun así, se acercó para pedirle que localizara a las mujeres con las que Felipe Jiménez, había quedado en los últimos meses. Empezarían por un periodo cercano, para más tarde ampliar la búsqueda si lo consideraban necesario. Necesitaban confirmar si existían o no víctimas de violación. Como se imaginaba, él se mostró complacido por la labor asignada, quería sentirse útil.

—¿Crees que será capaz? —El inspector miró extrañado a Verónica. Sabía que tenía poca experiencia, pero estaba resultando de gran ayuda en el caso, estaba obteniendo información relevante en la investigación.

—Claro que sí. Se le da bien indagar. Seguro que localiza a las chicas. Luego, nos ocuparemos nosotros.

El inspector comprobó la hora en el reloj de pared, se había hecho tarde, pasaban de las dos de la madrugada, pero aun así, tal y como le había pedido el comisario, lo llamó para informarle de las últimas novedades.

—Así que no crees que él sea el asesino. —Cristina estaba sirviendo un par de copas, mientras Daniel la contemplaba sentado en el sofá. Había ido a su casa para asegurarse de que estuviera bien e informarle de lo acontecido en comisaría.

Justo al entrar en su coche, después de la conversación con el comisario Reyes, había recibido un mensaje de ella interesándose por el interrogatorio. Por lo que en vez de tratarlo por vía telefónica, prefirió acercarse a su piso, así mataba dos pájaros de un tiro, se había dicho, únicamente para convencerse a sí mismo de que esa visita tenía todo el sentido del mundo. De todas formas, cuando ella le abrió la puerta, no mostró sorpresa, lo estaba esperando.

En ese momento, ella estaba echando con sumo cuidado la tónica, apoyando el botellín en la parte más baja de la varilla de la cuchara mezcladora y dejándola caer muy despacio. Él sabía que lo hacía así para evitar que se perdiera el gas y sobre todo para que se mezclara bien, de esta forma no hacía falta ni mezclar ni remover. Se lo había explicado un camarero amigo suyo, y parecía que ella también conocía el secreto. Después, había echado una fina piel de naranja, con la que daba por finalizada la preparación.

—No. Volvemos a la casilla de salida.

—Y lo más probable es que ahora esté asesinando a otra chica.

—Correcto. —Ambos estaban desmoralizados.

—Toma. —Cristina le pasó una de las copas de ginebra con tónica que acababa de elaborar, a la que Daniel dio un gran sorbo—. Por lo menos, has detenido a un violador.

—No tengo pruebas, solo suposiciones. Aún tengo que buscar a sus víctimas y no tengo mucho tiempo de maniobra. Solo le puedo retener unas horas en comisaría. —Se quedaron callados, concentrados en sus pensamientos—. Y lo peor, es que creo que tengo el puzle casi completo, las piezas empiezan a encajar —dijo rompiendo el silencio.

—Ordénalas. —Daniel la miró, tenía razón, tenía que sentarse y organizar sus ideas.

—Está bien. Empecemos por el principio. El asesino es el hijo de Felipe Jiménez, tal y como confirma la prueba de ADN realizada. Se cría en un hogar roto, donde su padre es un maltratador que se dedica a moler a palos tanto a su madre como a él. Crece creyendo que su madre lo abandonó a su suerte, dejándole solo y desprotegido frente a su padre, quien seguramente incrementara las palizas que le propinaba por el hecho de que su mujer se largara. Acaba huyendo de su casa y creándose una nueva vida.

»En cuanto se ha enterado de que vivía en una mentira, que su madre no lo había abandonado tal y como le hicieron creer de pequeño, se ha vengado de la persona que implantó esos pensamientos en su cabeza, su padre. Lo más probable es que se sienta perdido, sin un objetivo, ya que se ha dado cuenta de que los asesinatos que ha cometido, todos ellos dirigidos a matar una y otra vez a su madre por lo que le hizo, no tienen sentido. Así que ha ido a por su padre y ha acabado con él, intentando que sufriera tanto como sufrió él. No ha querido darle una muerte rápida e indolora, como al resto de sus víctimas, con él se ha recreado en su dolor. Aun así, seguirá matando, como me has comentado en alguna ocasión, le gusta, le hace sentirse poderoso, como si fuera un Dios, capaz de decidir sobre una vida.

»Que sepamos ha asesinado a seis jóvenes de aspecto similar a su propia

madre, rubias y con ojos azules. Por lo menos, cuatro de ellas habían tenido un bebé al que habían dado en adopción, madres que abandonaron a sus hijos como le sucedió a él. Tres en Cataluña y tres en Madrid. Entre los asesinatos de Cataluña transcurrió un año, lo que implica que tuvo que pasar una larga temporada viviendo en la zona. Desde la última víctima hasta la primera de Madrid han pasado dos años. Dos años preparándose para continuar, creándose una nueva identidad, una nueva vida, supongo que es el tiempo que lleva viviendo en Madrid, inventándose a sí mismo. Es como un camaleón, solitario y capaz de pasar desapercibido, o como el ave Fénix, que resurge de sus cenizas. En cuanto ha vuelto a matar, ha recordado lo que le gustaba, lo que disfrutaba con ello, y ahora, entre las víctimas deja un corto espacio de tiempo, solo una semana. Una semana es muy poco para nosotros, apenas tenemos tiempo para actuar —recapituló.

»Quizás está pensando en abandonar la ciudad para crearse otra vida. En Cataluña ejecutó a tres víctimas, aquí lleva otras tres, aparte de su padre. Tal vez ya sea tarde y se haya marchado. —Daniel esperaba que no fuera así, tenían que atraparlo, aunque sabía que si seguía en Madrid, esa misma noche habría una nueva víctima.

»Su *modus operandi*: contacta con ellas por internet mediante la web conecta.com, ahí las halaga, engaña o engatusa, de forma que sienten la suficiente confianza para contarle su secreto más íntimo, el abandono de sus bebés. Concierta con ellas una cita, les echa burundanga en la bebida, de forma que las chicas se sienten indefensas y su libertad se ve mermada, hacen todo lo que les pide. Las lleva a sus casas, sin temor a ser pillado *in fraganti*. Tiene que haber estudiado sus hábitos para sentirse con tanta seguridad en terreno desconocido. Ya en sus casas, les inyecta aire en la arteria, lo que les provoca un infarto. Posteriormente, las convierte en protagonistas de un cuadro, una obra lasciva, en la que las víctimas aparecen desnudas y provocadoras, y sin embargo, no las agrede sexualmente. Y no creo que sea porque es impotente o no se siente atraído por ellas, creo que lo considera incesto.

»Tiene que ser una persona agradable, encantadora y con don de gentes para que las víctimas confíen con tanta facilidad en él, teniendo en cuenta que no lo conocen en persona y sabiendo que en internet todo el mundo miente. Nadie es quien dice ser. Es un lugar para dejarse llevar y ser quien se quiere ser y no quien se es en realidad.

—Bravo, creo que ya no me necesitas. —Cristina lo miró y se dio cuenta de que, de hecho, nunca la había necesitado—. De todas formas, hay algo que no me cuadra. Él tiene que saber que las mujeres con las que contacta han abandonado a sus bebés, no puede ir una por una a ver si suena la flauta por

casualidad.

—Estoy de acuerdo contigo. O tiene acceso a ese tipo de información o tiene suficientes conocimientos de informática como para entrar en bases de datos privadas. —Teniendo en cuenta lo que le había dicho esa noche su detenido, que había sido capaz de percatarse de la existencia de software espía en su equipo y de borrar conversaciones de una web.

»Es inteligente. Conoce la forma de actuar y de recopilar pruebas de la policía. El escenario del crimen siempre está limpio, no deja fibras, huellas, nada. Es demasiado organizado. Sabe de arte, de informática y de anatomía. Seguramente no trabaje en nada de ello, para que no podamos relacionarle.

»Envía a las víctimas su obra de arte, aunque estas ya están muertas. Creo que lo hace como un desafío para la policía, se siente por encima de nosotros, se cree superior y no cree que seamos capaces de apresarle. Además, tiene la arrogancia suficiente para enviar información a la prensa, pienso que con el mismo objetivo que las fotografías que envía a las víctimas. Se está riendo de nosotros.

»Como dijiste, la clave ha de estar en la primera víctima. Ella fue especial, no creó un desnudo obscuro o erótico como con el resto, su escenario representaba una historia mitológica, la historia de Danae, de una madre que hizo todo lo posible por salvar a su hijo Perseo, todo lo contrario a lo que creía que había hecho su madre por él. Lo que me lleva a pensar que a ella la conocía, quizás sentía algo especial por ella o quizás se había portado bien con él.

—Si fuera así, ¿por qué la mató? —preguntó Cristina con curiosidad, tras el análisis tan detallado del inspector.

—Porque no podía perdonarle que rechazara a su hijo como su madre lo rechazó a él.

Domingo, 19 de marzo

Daniel estaba en comisaría, apoyado sobre su mesa, contemplando la pizarra en la que estaban expuestas las fotografías y notas referentes al caso. Un resumen bastante completo de todo lo que habían averiguado hasta el momento. Apenas había ruido, por lo que estaba completamente concentrado, ajeno a lo que ocurría a su alrededor. Casi todo el mundo estaba disfrutando de la festividad del Día del Padre en compañía de la familia, aprovechando el soleado día con el que habían amanecido, aún no había llegado la primavera y parecía un día propio del verano. Aparte de él y Cardenete —que seguía buscando a las posibles víctimas de violación de Felipe Jiménez, quien aún seguía encerrado en el calabozo—, solo había unos pocos policías más vestidos de uniforme.

Miró el gran reloj colgado en la pared, que ya marcaba las diez de la mañana, y decidió intentar contactar de nuevo con el novio de Àngels Balaguer, la primera víctima. Llevaba llamándolo desde que la madre de la chica le diera su teléfono, pero en todo momento le saltaba el contestador, y aunque había dejado un par de mensajes para que le devolviera las llamadas, todavía no se había puesto en contacto con él.

Marcó el número y volvió a concentrarse en el tablero que tenía delante, mientras que de fondo sonaba la señal de llamada, parecía que hoy tampoco iba a poder comunicarse con él, pensó después de escuchar varios tonos. Estaba a punto de colgar, cuando en el otro lado se escuchó una voz con un fuerte acento catalán.

—Arnau Ripoll, digui?

—Buenos días, soy el inspector Suárez. Quería hablar con Arnau Ripoll.

—Soy yo. Esperaba su llamada, inspector, la madre de Àngels me dijo que se pondría en contacto conmigo.

—Sí, le he dejado varios mensajes en el contestador.

—Lo siento, están siendo unos días de locos. Como este fin de semana es puente, hemos tenido muchos accidentes de tráfico, y los pocos que nos hemos quedado en el hospital, hemos tenido que cubrir las guardias. —Al caer el festivo en domingo, había sido trasladado al lunes, convirtiendo el fin de semana en un puente en el que mucha gente había aprovechado para hacer una escapada fuera de sus ciudades.

—Me imagino. Quería saber si conoce o conoció a un tal Felipe Jiménez.

—A Ripoll ese nombre le sonaba mucho, se quedó pensando unos instantes de

qué, hasta que cayó en la cuenta.

—Sí, claro. Era un chico joven, de veintimuchos, un paciente de Ángels al que trató durante un par de años. —El inspector sonrió, por fin buenas noticias.

—Me puede contar lo que recuerde de él.

—Claro, fue un caso muy feo. Sufrió un accidente de moto, en el que se fracturó casi todos los huesos, tuvo que estar ingresado bastante tiempo, pero el resultado fue mejor de lo esperado, se le soldaron de forma adecuada. Recuerdo que todos los doctores estaban gratamente sorprendidos. Nosotros estábamos en prácticas por aquella época. —Volvió a quedar en silencio, pero esta vez fue al acordarse de Ángels sonriendo cuando le dio la noticia, estaba contenta por el logro en el que había participado. Intentó borrar esas imágenes de su cabeza, ahora no era el momento, se dijo. Todavía le dolía cuando pensaba en ella, estaban muy enamorados y su pérdida había resultado tremendamente dolorosa—. Lo peor de todo, fue el estado en el que quedó su cara, aparte de las múltiples fracturas, también sufrió quemaduras de segundo grado, aunque fueron quemaduras menores, es decir, inferiores a siete centímetros de ancho. Le dejaron la cara en muy mal estado. Tras varias cirugías de estética, la reconstrucción fue completa, él estaba muy satisfecho con el resultado. Recuerdo que no hacía más que darnos las gracias por nuestro gran trabajo. Era un chico simpático. Ángels fue la que trató más con él, se llevaban bien, ella tenía asignado el caso. Durante los dos años que tuvo que venir al hospital de forma regular, para las diferentes cirugías, era ella la que se ocupaba de él, le hacía las curas, lo lavaba con ayuda de alguna enfermera y ese tipo de tareas que conllevan contacto diario. ¿Por qué me hace estas preguntas, inspector? ¿Creen que es él el asesino *online*?

—¿Tendrían alguna fotografía de su nuevo aspecto? —le interrogó el inspector, ignorando la pregunta que le acababa de hacer. Ahora Daniel entendía por qué la fotografía que había obtenido el técnico informático, no les había llevado a ningún sitio. Había cambiado de cara.

—Claro, tiene que haber alguna en su informe médico.

—¿Podría enviárnoslas, doctor Ripoll?

—Oh, lo siento, inspector. Pero los casos médicos son confidenciales. Necesitaremos una orden. —«Mierda», se dijo a sí mismo Daniel. Sabía que tendría que seguir el circuito oficial, pero era un problema, los juzgados estarían cerrados hasta el martes, teniendo en cuenta el largo fin de semana que tenían por delante.

—De acuerdo, pediré la orden, pero quizás no la tenga hasta el martes.

—Lo siento, inspector, pero aquí se sigue un protocolo muy estricto que no podemos romper.

—Lo entiendo.

Después de su charla con el doctor Ripoll, Daniel colgó encantado y contrariado a la vez. Por un lado, en breve tendría una fotografía del actual Felipe Jiménez, esperaba que eso les ayudara en el caso, pero por otro lado, no podría hacer nada hasta el martes, lo que retrasaría un par de días la investigación. Se le ocurrió llamar al juez Cobo, quizás estuviera de guardia ese fin de semana, o al menos, le diría con quién podría contactar.

—Quería hablar con el juez Cobo.

—Sí, soy yo —la voz del juez sonó grave y potente.

El inspector lo conocía, había tenido que ir a testificar al juzgado en multitud de ocasiones, muchas veces ante él. Lo consideraba una persona eficiente e íntegra. Suárez le explicó lo que necesitaba, fue claro y conciso, mientras el juez escuchaba al otro lado de la línea sin interrumpirle.

—De acuerdo. Mañana me acercaré al juzgado y le tramitaré la orden. Hoy estoy fuera de Madrid, por lo que no puedo hacer nada. Acérquese a las nueve a mi despacho y tendrá los papeles.

—Muchas gracias, señoría.

—No hay problema, como sabrá estamos todos muy afectados por el caso que está llevando. Solo espero que detenga al culpable antes de que vuelva a actuar.

—Eso intentamos. —Se escuchó un click, el juez había colgado dando por finalizada la conversación.

Daniel se sentó en la silla de su mesa, estaba agotado, solo esperaba que esa pista les reportara algo, y que no fuera otro camino sin salida, no se lo podía permitir.

Se levantó y salió de comisaría, necesitaba tomarse un buen café para despejar su mente y pensar con claridad.

Estaba sentado en la barra del bar de Antonio, apurando el café con leche, cuando su teléfono comenzó a vibrar.

—Inspector Suárez.

—Jefe, han encontrado a otra chica. —Cardenete era el que le estaba dando la noticia, informándole de los pocos detalles que conocía.

—Llama a Huertas y a Candelas para que vayan hacia allí. Yo me ocupo de la subinspectora de la Vega. —Colgó, sin esperar más explicaciones por parte de Cardenete.

El inspector miró el reloj mientras dejaba unas monedas encima de la barra. «Poco más de las doce del mediodía, la han encontrado pronto», se dijo muy a su pesar. Había esperado que el asesino, después de conocer lo que en verdad le había ocurrido a su madre, dejara de asesinar. Pero estaba claro, que sus perfiles

de manual eran más efectivos que su optimismo.

Al llegar a la casa de la cuarta víctima, se encontró con el doctor Mena en la puerta, quien se estaba poniendo un buzo como los que llevaba la Científica.

—Buenos días, inspector. Parece que no nos da tregua.

—Sí, eso parece. —El médico le pasó otro buzo, por lo que él también se lo colocó sobre la ropa.

—La Científica ya está dentro haciendo su labor. —Daniel asintió.

Dentro del piso, los policías estaban muy ocupados, buscando huellas, fibras y cualquier otra cosa que les sirviera en la investigación. Recibieron algunos movimientos de cabeza a modo de saludo, pero nadie abrió la boca.

El inspector observó a la mujer, que como el resto se encontraba desnuda, en una posición antinatural. Su cabello era castaño claro, no tan rubia como las otras víctimas, y sus ojos, azules. Contempló su rostro, esa cara ya la había visto antes, le llevó unos segundos reconocerla.

—Yo la conozco. —Todos se giraron para mirar al inspector, sorprendidos por esa afirmación.

—¿Cómo dice, Suárez? ¿Está seguro? —Fue el doctor el que abrió la boca, tan asombrado como el resto de los presentes.

—Sí, es la señorita Martín, la abogada de Montes, el periodista. —Recordó su pose estirada en la sala de interrogatorios, y ahora, en el salón de su casa, tumbada en el sofá, le había desaparecido toda la arrogancia y engreimiento.

Uno de los policías de la Científica se acercó y le mostró el DNI de la víctima—. Beatriz Martín —le confirmó.

—Eso es, Beatriz Martín —recordó Daniel.

El doctor Mena se acercó a examinar a la víctima, mientras el inspector se mantenía a distancia, observando los detalles de su alrededor y haciendo alguna que otra fotografía con el móvil. Como en el resto de escenarios del crimen, estaba todo ordenado e impoluto. Se fijó en la posición del cuerpo, intentando reconocer el cuadro que el asesino quería mostrarles. La chica se encontraba tumbada sobre el sofá, en una pose muy parecida a la de la señorita Victoria Alonso, que representaba *La maja desnuda* de Goya. Había colocado una gran manta roja sobre el mueble, pero ella estaba colocada sobre una sábana blanca y acomodada sobre un cojín también blanco. Lo único que lucía era una gargantilla. Le llamó la atención que no estuviera depilada en las axilas, puesto que en la actualidad, todas las mujeres se depilaban esa zona. El doctor debía de haber pensado lo mismo, porque estaba observando esa parte.

—Es falso —dijo el forense.

—¿Perdón?

—El vello de las axilas no es de ella. El asesino debió de ponerlo ahí.

Entonces, Daniel lo comprendió. «¡Los desnudos en el escaparate de la galería mostraban pelos!», recordó esa frase en particular, esa frase que había leído en algún artículo de arte, en el que hablaban de una exposición organizada en la galería Berthe Weill en 1917, la cual fue cerrada por orden del gobierno, por ser demasiado indecente para la época. Debido a este escándalo, el pintor no vendió ni un solo cuadro. Era una pintura de Amedeo Modigliani.

Como otros muchos pintores, se había instalado en el barrio de Montmartre, en París. Su pintura estuvo influenciada por Toulouse-Lautrec y Picasso. Incluso recordó haber leído que para la realización de sus desnudos recostados, se había nutrido del arte del pasado, mencionaban el cuadro de Goya en particular, de ahí la similitud. Sus desnudos se fueron haciendo cada vez más sensuales y naturales, alejándose de cualquier contenido moralista, cargados de un fuerte carácter erótico. Mostraban la libertad de la que se hacía gala en el bohemio barrio francés, donde las modelos miraban sin ningún pudor al pintor, capaces de asumir su cuerpo y su sexualidad. Y eso era lo que quedaba plasmado en sus pinturas.

—Doctor Mena, la gargantilla que lleva, ¿es de coral?

—En efecto, inspector. —El forense lo miró sorprendido por la apreciación—. Lleva un collar de coral. ¿Le dice algo?

—*Desnudo con un collar* de Modigliani —dijo para sí.

Cristina acababa de dejar en casa a su padre. Habían ido a comer al Mercado de la Reina, un restaurante en la Gran Vía de Madrid, para celebrar el Día del Padre. A él le gustaba ir allí, como vivía a un par de manzanas, iba a menudo, por lo que lo conocían y lo trataban como si fuera de la familia. Habían comido demasiada cantidad, se sentía muy pesada e incómoda, en cuanto llegara a casa se tomaría algo que le aliviara el ardor de estómago. Para bajar la comida, había decidido volver a su casa dando un paseo, le encantaba deambular por la ciudad, disfrutando del arte que decoraba las fachadas y cornisas de los edificios, sobre todo, de los del centro.

Se encontraba en la Plaza de Cibeles, detenida en un semáforo, contemplando el Palacio de Comunicaciones, antiguo edificio de Correos y que en la actualidad albergaba el Ayuntamiento. Cada vez que lo miraba, le parecía más impresionante, con su torre central con reloj, y dos gemelas en los laterales. En medio de la plaza, la preciosa Fuente de Cibeles, diosa romana, símbolo de la tierra, la agricultura y la fecundidad. Sentada sobre un carro tirado por leones,

que representan a los personajes mitológicos Hipómenes y Atalanta. Transformados en fieras por la propia diosa cuando demostraron su amor en uno de sus santuarios. Recordaba que su padre le había contado que la fuente había sido construida con dos caños. Uno de ellos surtía a los aguadores que llevaban agua a las casas, y del otro caño se abastecían el resto de madrileños. También había habido un pilón, que se utilizaba para los caballos.

En cuanto el semáforo cambió a verde, cruzó el Paseo de Recoletos encontrándose de frente con el Palacio de Linares, en el que según se dice, se encuentran los fantasmas de los marqueses, así como el de su hija. Cristina recordaba la primera vez que su padre le había relatado la leyenda, se había asustado mucho al escucharla, de hecho, estuvo mucho tiempo sin atreverse a pasar por delante de la puerta. Aun recordaba su dulce voz mientras le detallaba la trágica historia: «El joven marqués, enamorado de la hija de una cigarrera de Lavapiés, Raimunda, le expresa su amor a su padre. Este, al enterarse, envía a su hijo a Londres para que olvide a la chica, puesto que Raimunda es su propia hija, nacida de un escarceo amoroso con la cigarrera. Tiempo después, el joven regresa y con su padre ya muerto, se casa con la muchacha, sin conocer que son medio hermanos, de lo que se entera más tarde, al encontrar una carta de su padre en la que le confiesa su desliz. Pero un día, Raimunda da a luz a una niña, Raimundita, a la que según cuenta la leyenda, matan y emparedan en el Palacio para evitar el escándalo. Dicen que su espíritu anda libre por las diferentes salas, cantando canciones infantiles y buscando a sus padres». Cristina sintió un escalofrío al recordar la historia, que le acompañó el resto del camino a casa.

Nada más atravesar la puerta, después de dejar el bolso y la chaqueta en el perchero de la entrada, se dirigió a la cocina a prepararse una infusión de menta, a ver si lograba aliviar la pesada digestión.

Se sentó con la taza delante del ordenador, comenzó a leer su correo pendiente y a responderlo. Cuando terminó la tarea, entró en el navegador, quería ojear los periódicos a ver si encontraba información de algún asesinato de última hora. Era domingo, y si el asesino había actuado de nuevo, tenía que haber sido la noche anterior. Al acceder, se encontró con un aviso, que se mostraba intermitente, y que le anunciaba mensajes sin leer en la página de conecta.com. Por curiosidad, pulsó el ratón sobre el icono y comprobó que, en efecto, tenía varias comunicaciones de otros usuarios, pero una en especial la dejó perpleja. Parpadeó delante de la pantalla en varias ocasiones, no se podía creer quién le había escrito, Felipe Jiménez. Si el violador estaba en la cárcel, este tenía que ser el asesino, pensó. Se tensó en el asiento y empezó a leer la nota que le había enviado, no sin cierta aprensión. En cuanto terminó, después de dudar unos segundos, se decidió a contestarle, y para su sorpresa, estaba

conectado, por lo que recibió respuesta al instante. Respiró hondo y empezó una conversación con el posible asesino *online*.

Los inspectores salían del bar de Antonio, se habían acercado a comer un bocadillo. No habían tenido oportunidad de bajar a degustar el menú especial que tenían hoy en la carta, aunque tampoco lo hubieran saboreado, todos se encontraban bastante afectados debido a los últimos acontecimientos. Iban en silencio, frustrados, cada uno concentrado en sus pensamientos, todos dándole vueltas a lo mismo, por dónde continuar, cómo encontrar al asesino. Él seguía matando y ellos parecían estar atados de pies y manos, no podían hacer nada.

En cuanto Daniel se acomodó delante de su ordenador, comprobó que tenía un correo electrónico del juez Cobo, en el que le adjuntaba la orden que estaba esperando. El juez también le comunicaba que se había puesto en contacto con el juez Millán, que era quien se encontraba en los juzgados de guardia, por ese motivo había conseguido la orden antes de lo previsto en un principio. El inspector se había alegrado con la noticia, esperaba encontrar algo en el Hospital de Barcelona que lo guiara, que le indicara qué paso había que seguir a continuación.

Llamó al doctor Ripoll, que, para su sorpresa, esta vez le cogió el teléfono en seguida. Le informó que ya tenía la orden en su poder, el médico, a su vez, le indicó cómo proceder, dónde tenía que enviar la orden judicial. Le pidió también, que le enviara una copia a él, para ver si podía acelerar el proceso. En Administración, con los festivos que había por delante, el inspector no localizaría a nadie, pero quizás él podría ir adelantando el trámite, le dijo.

La siguiente hora la pasó pendiente del correo electrónico, esperando que el doctor Ripoll le enviara una copia del informe médico de Felipe Jiménez. Confiaba en su buen hacer y que consiguiera avanzar con las gestiones. Estaba deseando ver una imagen con la cara actual del asesino, quizás lo habían tenido delante de las narices todo este tiempo.

Cristina continuaba chateando con el recién aparecido Felipe Jiménez, intentaba obtener similitudes entre la persona que estaba al otro lado de la línea y el perfil que habían creado ella y Daniel. Por ahora, había llegado a la conclusión de que era un hombre meticuloso, encantador y poco empático, lo que no era mucho. Como psicóloga, sabía hacer preguntas que le advirtieran cómo era el comportamiento de una persona, pero también se daba cuenta de que él cada vez era más escurridizo. Sabía salirse por la tangente y evitar contestaciones a

cuestiones que se le antojaran inadecuadas. No le sorprendía ni lo más mínimo, de hecho, no esperaba menos de él, se suponía que era una persona con un alto coeficiente intelectual, y no le estaba defraudando.

Mientras hablaban, había estado indagando en su perfil de la página web. En él, no indicaba interés por el arte, eso la había desilusionado al principio, aunque era posible que ocultara ese dato adrede. Justo esa falta de información era la que le había hecho decantarse por el Felipe Jiménez con el que había quedado a cenar la noche anterior. Hasta ahora, había mantenido contacto con hombres que declaraban abiertamente su pasión por la pintura, tal vez, había sido un craso error por su parte.

Se fijó en la fotografía que había colgado en el perfil. Lo habitual era que los hombres mostraran un primer plano, o el torso, en la mayoría de casos descubierto, enseñando sus pectorales bien formados y la tableta de chocolate de sus trabajados abdominales, muchas de esas imágenes modificadas con el Photoshop. Sin embargo, en este caso, el sujeto aparecía montando a caballo, y no se apreciaba su físico, se le veía a lo lejos, detrás de una valla. Aunque intentó agrandar la imagen en el ordenador para ver sus facciones, lo único que logró fue que la fotografía quedara pixelada y no se distinguiera nada en ella.

Miró la hora, preguntándose dónde estaría Daniel, llevaba llamándolo desde que se había puesto a chatear con Felipe Jiménez, pero no lograba localizarlo. Volvió a intentarlo, pero nada, al otro lado saltaba el contestador. Lo intentó con la subinspectora, pero ocurrió lo mismo.

Llevaba más de dos horas parlotando con el posible asesino, prolongando una conversación sin sustancia. Como si estuvieran manteniendo un ten con ten para ver cuál de los dos hablaba sobre temas menos relevantes. No podría alargarlo mucho más, habían comentado todo lo que se suele comentar en este tipo de chats, sin entrar en temas personales.

Justo cuando ya estaba pensando en dar por zanjada la conversación, él le propuso quedar a cenar esa misma noche. Un escalofrío le recorrió la espalda, se daba cuenta de que ese hombre podía ser el asesino que tan atemorizadas tenía a las jóvenes madrileñas. El asesino que había matado a su amiga Vicky. Sintió un sudor frío en las manos, no sabía qué hacer. Seguía sin localizar a Daniel, pero no podía perder esa oportunidad que se le había presentado.

Le sugirió ir a cenar al restaurante Florida Retiro, y aunque dudó, a ella le pareció un buen lugar. Había oído que lo habían vuelto a abrir y se había puesto muy de moda, por lo que habría mucha gente a su alrededor. Allí el asesino no podría actuar con facilidad, se sintió segura con esa idea, por lo que aceptó.

—En el restaurante hay un espectáculo, me han hablado muy bien de él —le escribía Felipe Jiménez—, llevaba tiempo queriendo ir. Yo me encargo de la

reserva, si no te importa. Después, si nos apetece tomar una copa, nos podemos quedar allí, puesto que el restaurante se convierte en discoteca.

Recordó a Vicky diciéndole algo muy parecido hacía un par de meses, aunque nunca llegaron a concretar esa salida, y ya era tarde, se dijo.

Al final, quedaron a las nueve, dentro de algo más de dos horas. Todavía tenía tiempo de dar con Daniel.

Cuando apagó el equipo, se dio cuenta de algo, no le había preguntado por embarazos, adopciones, ni nada por el estilo. El *modus operandi* del asesino *online* era matar a mujeres que se habían deshecho de su bebé, mujeres que habían rechazado a sus hijos por uno u otro motivo. Ella no cumplía ese perfil a ojos de este Felipe Jiménez. Como consecuencia, dedujo que tampoco era el asesino que buscaban, otro paso en falso.

Como ya habían quedado, pensó en cancelar la cita, no le apetecía cenar con otro desconocido que no aportara nada a la investigación. Volvió a encender el portátil e intentó contactar de nuevo con él, pero ya no estaba en línea, no había posibilidad de cancelación. «Bueno, una cena y ya está, parecía simpático, no será una cena desagradable», se dijo para convencerse.

Fue a llamar a Javi para que la acompañara, como en las anteriores ocasiones, pero recordó que no estaba. Se había ido a pasar un par de días fuera, con sus padres, para celebrar la festividad del Día del Padre. Habían pensado en ir a dar una vuelta por la sierra y hacer alguna visita turística. Recordaba que le había mencionado que lo más probable es que acabaran visitando el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Haciendo una de las visitas guiadas que ofrecían y que incluían los lugares más importantes del recinto, incluso le había mostrado varias fotografías en el móvil. Ella se había sorprendido por la espectacular Biblioteca, que según le contó Javi, contenía unos códices cedidos por Felipe II, además de las obras más importantes que habían pertenecido a otras bibliotecas de la época. Tendría que copiarle y realizar ella también esa visita que tanto interés le había causado. Además, le había comentado, que continuarían con una ruta gastronómica por la zona y una reserva en un bonito hotel rural con spa.

Como había resuelto que no era el asesino que buscaban, después de pensarlo y ordenar sus ideas, no le preocupó ir sola a la cena.

De todas formas, seguiría intentando contactar con Daniel.

El inspector se sobresaltó al escuchar el fuerte sonido del teléfono fijo, lo cogió de inmediato, era el doctor Mena. Se levantó de la silla y chascó los dedos para que su equipo le prestara atención, cosa que consiguió, porque todos ellos se giraron. Les indicó que cogieran sus teléfonos y les dio el número de línea, de

forma que todos pudieran escuchar lo que el forense tenía que decir.

—Dígame, doctor, ¿ha encontrado algo? —Sus compañeros ya estaban con los auriculares en la oreja, pendientes de la conversación, no querían perderse ningún detalle.

—He encontrado restos de burundanga y un pequeño orificio debajo de la axila, por donde le fue inyectado aire en la arteria subclavia, produciéndole un infarto.

—Por favor, doctor, dígame que hay algo nuevo. —Suárez sonó desesperado.

—Un par de cosas. Por un lado, esta chica no ha dado a luz. —El inspector se sorprendió al escuchar esa afirmación—. Y por otro lado, el vello pegado a la axila es del tipo que se utiliza para hacer cejas y bigotes falsos, pero de calidad, es pelo real. No hay muchos lugares en Madrid que ofrecen estas características de calidad en este tipo de producto. Estamos investigando el origen, pero el territorio se amplía si la compra fue realizada desde internet.

—Gracias, doctor. Avíseme si encuentran algo más.

—Por supuesto, inspector. —Daniel colgó y se quedó observando a sus compañeros, como él, estaban desconcertados.

—¿Por qué no ha asesinado a una mujer que abandonó a su hijo? A estas alturas, ¿ha cambiado su *modus operandi*? —Verónica fue la que hizo las preguntas en voz alta, estaba descolocada, creía que los asesinos no modificaban su conducta de un día para otro.

—Supongo que ahora que sabe que su madre no lo abandonó, le sirve cualquier mujer. Antes las asesinaba por venganza, ahora lo hace por placer. —Todos observaron al inspector consternados, si lo que acababa de decir era cierto, el abanico de posibles víctimas se había visto incrementado de forma exponencial.

—Esperemos que el pelo encontrado en la víctima nos lleve a alguna parte —dijo Candelas, aunque su voz no sonó nada optimista.

—Teniendo en cuenta que ha sido dejado a propósito ahí por el asesino, lo dudo mucho —le respondió Huertas, y todos asintieron, porque opinaban como él.

Cristina estaba a punto de salir de casa cuando intentó ponerse de nuevo en contacto con Daniel, aunque esta vez no fue diferente al resto, le volvió a saltar el contestador. Empezaba a preocuparse y a ponerse nerviosa. Lo intentó con el teléfono de la subinspectora, pero tampoco ella se lo cogió.

Salió de su casa procurando tranquilizarse. Estaba convencida de que no

había quedado con el asesino, no le había preguntado por hijos abandonados, y ella nunca había dado a luz, por lo que no cumplía el perfil. Además, el asesino únicamente mataba los sábados, y era domingo. Por lo que por más nerviosa que estuviera, sabía que la posibilidad de ser la siguiente víctima era ínfima. Pero esa lógica aplastante no la relajó.

Se dirigió con paso firme hacia El Retiro. Anduvo por Claudio Coello, hasta que llegó a la calle de Alcalá, donde giró para acceder al parque por la puerta de la Plaza de la Independencia. Cruzó por el semáforo, mientras observaba a diferentes turistas haciéndose fotos con la impresionante Puerta de Alcalá de fondo, una de las puertas que daban acceso a la ciudad en el pasado.

Como aún era temprano, y estaba haciendo un día soleado y caluroso —daba la impresión de que la primavera se había adelantado—, decidió no ir directa al restaurante, sino dar antes un paseo por el parque. Fue hacia el estanque donde se encontraba el imponente monumento a Alfonso XII. A menudo se sentaba en una de las terrazas a tomar un refresco o una cerveza. Allí se relajaba contemplando a la gente que remaba en las barcas o a los niños corriendo de un lado a otro para ver los diferentes espectáculos de marionetas o, simplemente, disfrutaba del momento en soledad, en esos casos, solía aprovechar para leer.

Continuó caminando hacia el Palacio de Cristal. Ese edificio siempre le había recordado a un lugar de cuento de hadas. Una preciosa estructura de metal y cristal que daba a un pequeño lago con una bonita cascada, un lugar precioso que en mayo se llenaba de niños que hacían la comunión e iban allí a fotografiarse. Cuando era pequeña, se preguntaba cómo la gente podía vivir en un palacio de ese tipo, transparente, en el que todo el interior era visible desde el exterior. Recordaba que una vez se lo había preguntado a su padre, quien no pudo dejar de reír durante un buen rato, en el cual ella se sintió bastante incómoda, no entendía qué le había hecho tanta gracia. Hasta que este le explicó, que en otra época había sido un invernadero de plantas tropicales, no una casa de reyes, aunque se llamara palacio. «Qué cosas se te ocurren», le había dicho entonces. Sonrió al recordarlo.

Miró el reloj, y consideró que ya era hora de dirigirse al restaurante, no le gustaba llegar con retraso.

Cardenete se acercó con un listado de nombres de mujeres que dejó encima de la mesa del inspector. Él levantó la mirada, orgulloso del joven policía.

—Jefe, aquí tiene el listado que me pidió. —Revisó los nombres, pero ninguno le dijo nada.

—¿Alguna ha denunciado una agresión sexual?

—No, jefe. No existe ninguna denuncia en el sistema.

—Buen trabajo, Cardenete. Contacta con ellas y entérate de si sufrieron algún tipo de abuso por parte de Felipe Jiménez. Huertas, con él. No lo hagáis por teléfono, tenéis que ganaros su confianza para poder abordar un tema tan delicado para ellas, teniendo en cuenta que creen que consintieron. Lo más seguro es que ni siquiera sepan que fueron drogadas.

—Por ese motivo ninguna habrá denunciado. —Cardenete lo dijo para sí, confirmando lo evidente.

Tanto Cardenete como Huertas salieron de comisaría con un listado de las posibles víctimas y sus direcciones. Por la hora que era, no les daría tiempo más que a hablar con una o quizás dos de ellas.

Daniel se quedó pensando en la combinación de circunstancias que se habían dado para detener a un violador, «es increíble las vueltas que da la vida». Sin la investigación del asesino en serie y sin la intromisión de Cristina en el caso, las probabilidades de haberlo pillado *in fraganti* hubieran sido mínimas, por no decir, nulas. Aunque aún tenían que verificarlo, necesitaban testigos si querían encerrarlo.

Pero ahora tenía que volver a concentrarse en otro Felipe Jiménez, su asesino.

Observó en la pantalla del ordenador, cómo en ese momento, le entraba un mensaje con un adjunto que parecía ser muy pesado, por el tiempo que estaba tardando en descargarse. En cuanto vio su contenido, avisó a Candelas y a de la Vega para que se acercaran. Ambos se colocaron detrás de su jefe, donde podían contemplar el monitor.

Era un email de Arnau Ripoll en el que iban varios ficheros adjuntos. Daniel abrió el informe médico, un documento en formato pdf, que revisaron por encima. No contenía ninguna información que no le hubiera contado esa misma mañana el doctor Ripoll. Abrió la primera fotografía enviada, en ella aparecía un primer plano de un joven, que le recordó a la imagen que había creado Miguel, el técnico informático, con su programa. Y por último, abrió otra fotografía con el retrato del actual Felipe Jiménez, o por lo menos, el de hacía unos pocos años. Los tres se quedaron observando el rostro que tenían delante, todos ellos boquiabiertos.

—¡No me jodas! —Candelas fue el único que acertó a decir algo.

Los tres habían salido disparados de comisaría en cuanto consiguieron la dirección a la que debían acudir.

Daniel había llamado de nuevo al juez Cobo para que les enviara una nueva orden judicial, esta vez necesitaban entrar en la vivienda del sospechoso. Este le dijo que el juez Millán se ocuparía de enviársela de inmediato. Parecía estar tan excitado como el propio inspector después de enterarse de las novedades. Por fin todo empezaba a encajar, por fin tenían un sospechoso.

En cuanto le hubo colgado, llamó al comisario Reyes para informarle de los últimos acontecimientos. El comisario se quedó tan estupefacto como ellos al conocer la noticia.

La imagen enviada por Arnau Ripoll mostraba el rostro de Ignacio Soler, el abogado del creador de conecta.com, Félix Santos. Eso explicaba muchas cosas, el acceso a las bases de datos y a cualquier otra información de la compañía y de las usuarias, sobre todo teniendo en cuenta que debía de ser un experto informático.

Aun lo recordaba de aquella vez que había estado con su cliente en la comisaría, ayudando, según les dijo. Era un hombre alto, con cuerpo fibroso, se notaba que pasaba mucho tiempo en el gimnasio, castaño, ojos verdes. Recordaba que Verónica le había puesto ojitos en el breve momento que se habían cruzado. Así que se imaginó lo sencillo que le resultaría que las mujeres quedaran embobadas por su atractivo físico. También recordó su voz y su forma de hablar, era una persona habituada a relacionarse con la gente, con confianza en sí mismo. Podía embaucar y engañar sin mucho esfuerzo a cualquiera que se le pusiera por delante, y a mujeres que tenían la esperanza de conocer a alguien interesante del que enamorarse, personas frágiles de las que aprovecharse, le resultaría todavía más sencillo.

—Trabajó en Barcelona, como abogado en una agencia de adopción. —Candelas rompió el silencio existente en el interior del vehículo con la información que estaba obteniendo en ese mismo momento en el móvil—. El muy cabrón tiene su currículum colgado en internet. Por lo que veo, esa agencia tiene su sede en Barcelona, pero además cuenta con sucursales en varias ciudades de España, entre ellas, Madrid. —Daniel asintió, otra pieza del puzle encajada.

En cuanto llegaron a la casa de Soler, Daniel comprobó su correo electrónico, confirmando que le había llegado una copia de la orden judicial. Llamaron a la puerta, esperando que el abogado estuviera allí, sin imaginarse lo que se le venía encima. Les abrió una mujer de unos cuarenta años, algo aturdida al ver a tres desconocidos en la puerta con caras de pocos amigos.

—Buenas noches —le dijo el inspector mientras los tres le mostraban sus identificaciones—, somos el inspector Suárez, la subinspectora de la Vega y el inspector Candelas. Queríamos hablar con el señor Felipe Jiménez. —La mujer

mostró desconcierto al oír ese nombre, aunque se relajó, comprendiendo que se habían confundido de casa. Pero antes de que pudiera decirles nada, el inspector volvió a hablar—. Perdón, con el señor Soler, Ignacio Soler.

—El señor Soler no se encuentra aquí en este momento. Ha salido. Supongo que no tardará en llegar.

—Tenemos una orden judicial para registrar la casa. —El inspector le mostró el móvil con el documento en la pantalla, aunque ella no fue capaz de distinguir nada de lo que allí ponía. De todas formas, se apartó de la puerta para dejarlos pasar.

Los tres inspectores, con grandes zancadas, se dirigieron hacia la primera puerta que encontraron a su paso. La mujer se apresuró a colocarse a su altura, sin entender por qué se dirigían derechos a la cocina.

—Pero, ¿no sería mejor que esperaran a que el señor Soler llegara? Seguro que está a punto de regresar.

—Por favor, ¿nos puede indicar dónde está el despacho? —le dijo el inspector, consciente de que no sabía a dónde dirigirse.

Aunque todos habían entrado muy decididos al interior de la casa, comprendían que hasta que no llegaran los refuerzos, no podrían registrar todo el lugar. El despacho solía ser la habitación donde se lograba encontrar más información de utilidad, y viendo las dimensiones de la casa, lo más lógico es que alguien les orientara. La mujer los guio, mientras ellos se ponían unos guantes de látex que acababan de sacar de los bolsillos de sus chaquetas.

En cuanto accedieron a la sala, la mujer se dirigió a un teléfono que había sobre el escritorio, con la intención de llamar a su jefe e informarle de la intrusión.

Daniel se fijó en una estantería llena de libros de arte, era una gran colección, de hecho, algunos de ellos los tenía él mismo en casa. Cogió uno que versaba sobre pinturas de desnudos, era el más manoseado y se veían sobresalir entre sus páginas varios marcadores. Lo abrió por el primero, y descubrió una imagen a todo color de *La gorda María* de Toulouse Lautrec. Pasó las páginas hasta el siguiente separador y aparecieron varias reproducciones de Degas, entre ellas los dibujos de la colección *Después del baño: Mujer secándose su pierna* y *Mujer secándose los pies*. Daniel dejó el libro sobre una mesa y siguió repasando los estantes. Le llamó la atención una balda repleta de libros de Mitología e Historia. Reparó que en uno de ellos emergía otro marcador, lo cogió y lo abrió donde estaba la señal, que cayó al suelo, pero Daniel en ese momento estaba concentrado en lo que allí había escrito, ya que se hablaba de la historia de Danae. Después de leerla por encima y observar las imágenes a color de diferentes escenas, se agachó a recoger el separador, que en realidad era una

postal. Cuando la levantó para dejarla en el interior del libro, pudo apreciar que mostraba el cuadro de Gustav Klimt.

—Jefe, venga. He encontrado algo. —Daniel se acercó a Candelas que se encontraba al lado de un mueble en cuyo interior había una gran televisión de pantalla plana—. Es más ancho que la profundidad del hueco de la televisión. —Daniel comprobó que tenía toda la razón, debía de haber un falso fondo. Candelas dio un par de golpes con los nudillos de la mano derecha, confirmando que estaba hueco. Entre ambos, comenzaron a buscar cómo acceder a esa parte del mueble—. Me he dado cuenta porque mi hermana tiene uno igual en casa, y ella tiene una televisión de tubo en ese hueco. Mi cuñado siempre está hablando de comprar una televisión de plasma, pero ella no le deja. Aquí, claramente, no cabría una que no fuera plana. —Cuando Candelas ya estaba pensando en romper el fino contrachapado, Daniel pasó el dedo por un pequeño botón que había bajo la balda que sostenía la televisión, oculto detrás de uno de los soportes. Entonces, la parte trasera comenzó a abrirse hacia los laterales, quedando recogida a modo de persiana en ambos lados.

Los dos hombres se quedaron pasmados con lo que allí se encontraron. Verónica, que se acababa de acercarse a ellos con curiosidad por el hallazgo, abrió la boca al ver lo que estaban contemplando.

La mujer, que había permanecido ese rato tras el escritorio de su jefe, sin lograr dar con él, se acercó a ver qué era lo que había sorprendido tanto a los inspectores. Al principio, le parecieron bonitos marcos con fotos en su interior de famosas pinturas. Ella no entendía de arte, pero uno le recordó a *La maja desnuda* de Goya, lo había visto en varias ocasiones en el museo del Prado. Tanto cuando era pequeña y el colegio la había llevado de excursión, como en los últimos años, que había llevado a su hijo de visita en varias ocasiones. Pero notó que había algo diferente, algo que le costó percibir durante unos segundos, lo que estaba viendo no eran pinturas como las que había visto en el museo, eran escenas reales, chicas jóvenes, desnudas, que aparentaban estar posando para ser retratadas. Cuando se dio cuenta de que sus ojos estaban apagados, sin brillo, se percató de que todas ellas estaban muertas. Su mirada pasó rápidamente de una imagen a otra, y sus manos subieron a toda velocidad a la boca para intentar frenar el grito que salió de su garganta y que no pudo evitar.

Los inspectores se giraron al oír el chillido. A la asustada mujer, parecía que se le iban a salir los ojos de sus órbitas mientras contemplaba la exposición que tenían ante ellos.

—Yo me ocupo —les dijo Verónica mientras que con suaves empujones la hacía salir de la habitación. Al principio no logró moverla, parecía encontrarse clavada al suelo, la pobre no era capaz de dejar de observar la espeluznante

visión que tenía delante. Pero, al final, reaccionó y se dejó llevar por la subinspectora.

—Su altar —dijo Daniel rompiendo el silencio que se había formado, y recordando las palabras de Cristina, cuando en comisaría había elaborado un perfil muy completo del asesino. «Estos homicidas son fetichistas, se llevan alguna prenda de la víctima para recordarla, una pulsera o un anillo es lo más habitual. Suelen tener un rincón, una especie de altar donde dejar estos trofeos o bienes de la víctima». Él guardaba su propia obra.

Daniel volvió a llamar al juez Cobo para informarle de lo que habían encontrado en la casa del sospechoso y solicitar una orden de busca y captura. Después de la conversación con el juez, llamó a comisaría para organizar a todo el equipo. Tenían que dar con él.

—Avisad al aeropuerto, las estaciones de tren y autobuses, que los controles policiales estén informados y atentos. Creo que sabe que lo hemos pillado y por eso no ha vuelto a su casa, lo más seguro es que intente salir de Madrid o incluso del país. —Huertas al otro lado de la línea asentía.

Estaba resultando un día muy productivo, por fin conocían la identidad del asesino, solo era cuestión de horas el atraparlo. Y por si eso fuera poco, además, Cardenete y él tenían a dos víctimas de violación que habían accedido a testificar.

Al regresar a comisaría para dar las buenas noticias, se habían encontrado con que Suárez y el resto se habían ido a casa del abogado de Félix Santos. Se habían quedado de piedra al enterarse de lo que habían encontrado sus compañeros. En ningún momento se les había pasado por la cabeza que el abogado de Santos tuviera algo que ver, aunque ahora muchas cosas empezaban a tener sentido. El acceso a los datos para poder borrar sus conversaciones con las víctimas, estar tan cerca de la investigación para poder seguirla desde un segundo plano y demás.

—Repartid fotografías entre la Policía Nacional y la Guardia Civil —continuaba organizando Suárez—. Quiero un coche de policía en la puerta de su casa las 24 horas del día por si apareciera, y otro en la casa del padre. No quiero que se nos escape. Este individuo es nuestra máxima prioridad.

—De acuerdo, jefe. Nos ponemos a ello. —Daniel sabía que podía confiar en el buen hacer de Huertas. Solo esperaba que lo encontraran en pocas horas, no podía haber huido ya de la ciudad, si fuera así, las probabilidades de localizarlo disminuían vertiginosamente.

—Le he preparado un té, parece que está más tranquila —dijo Verónica mientras entraba de nuevo en la habitación.

La subinspectora se acercó al escritorio, donde había estado apostada la

mujer que trabajaba para Soler. Se fijó en que el ordenador estaba encendido, así que encendió la pantalla, movió el ratón, y para su sorpresa, apareció la página web de conecta.com, con la última conversación mantenida por Soler con otra chica, otra posible víctima.

—Daniel, es mejor que vengas a ver esto.

El inspector anduvo el corto trayecto que los separaba, seguido de Candelas, ambos esperaban encontrar más pruebas incriminatorias. Sin embargo, lo que vieron, les dejó mudos. En el monitor aparecía una conversación mantenida por Soler con una mujer hacía escasas horas, en ella quedaban a cenar. Pero lo malo era, que la mujer, la posible nueva víctima del asesino, era Cristina.

—Tengo un par de llamadas perdidas de Cristina —le dijo Verónica que estaba comprobando sus mensajes.

Daniel sacó su móvil y se encontró con varias llamadas perdidas, además de un mensaje en el contestador. Había puesto el móvil a cargar y no le había prestado ninguna atención, ya que había estado utilizando el fijo de su mesa. Se maldijo por ello y por no comprobar que tuviera mensajes al recuperarlo. Activó el manos libres para que sus compañeros pudieran escuchar el mensaje que había dejado Cris.

«Daniel, te estoy llamando pero no te localizo. Quiero que sepas que he quedado a cenar con otro Felipe Jiménez, pero tranquilo, no es el asesino, no ha mostrado interés en saber si había dado en adopción a algún bebé, así que no cumplo el perfil. Hemos quedado en el restaurante Florida Retiro. Un beso».

Después de escuchar el mensaje de Cristina, los tres policías salieron corriendo de la casa. En cuanto Daniel arrancó, dejando la mitad de los neumáticos en el pavimento de la entrada, pidió a Verónica que llamara a Javier Núñez, esperaba que hubiera ido a cenar con Cristina como era su costumbre.

—Hola, Daniel. ¡Qué sorpresa! —El inspector interrumpió su saludo.

—¿Está contigo Cristina?

—No, estoy en un spa en Mataelpino, con mis padres, ¿sucede algo? —Javi había notado el tono apremiante y de angustia del inspector, le preocupó que Cristina hubiera cometido una locura.

—No, claro que no, no te preocupes. Tenía una cita esta noche, con otro tío de internet y yo llego tarde, quería saber si estaba contigo —mintió, quería tranquilizar a Javi, sabía que él poco podía hacer.

—¡Ah, vale! Me habías asustado.

—Ya voy yo. Disfruta en el spa. —Verónica colgó el teléfono del inspector.

Lunes, 20 de marzo

Daniel se encontraba en la sala de descanso de comisaría tomando otro café. Con una mano se frotaba las sienes mientras intentaba imaginar dónde podría haber llevado a Cristina, estaba perdido, no sabía por dónde continuar. Solo esperaba que ella supiera jugar bien sus cartas, le constaba que era capaz, guardaba un as en la manga. Un as por el que el asesino podría sentirse identificado con ella de forma que no la asesinara, el abandono de su madre.

Había sido una noche de locos. Habían ido al restaurante del Retiro, donde había quedado con su cita según el mensaje. Uno de los camareros la recordaba cenando con el hombre de la foto que le mostraron, Ignacio Soler, aunque les informó que la reserva estaba hecha a nombre de un tal Felipe Jiménez, tal y como pudieron corroborar en el libro de reservas de esa noche. El camarero les comentó que no había visto nada raro, nada en particular que le pudiera haber llamado la atención. Al principio, parecían un poco distantes, pero eso fue cambiando a lo largo de la noche, supuso que por la botella de vino que consumieron. También les contó, que se había fijado en ellos porque ella era una chica muy atractiva que toda la noche le había ofrecido una sonrisa encantadora, y le había dado las gracias al servirlos. Cosa que, según él, no era habitual entre los clientes. Cuando se fueron, no había notado ninguna diferencia en el estado de la chica, aunque eso no implicaba gran cosa, Daniel sabía perfectamente que el burundanga podía pasar desapercibido, nadie solía notar que la persona en cuestión había sido drogada. Se fueron sin ninguna información de interés para poder encontrar a Cristina, dejando trabajar a los camareros, que en ese momento se dedicaban a poner copas por doquier.

Había pasado las últimas horas organizando el trabajo de su equipo, ya no se le ocurría qué más hacer. Los tenía a todos investigando posibles lugares donde habría podido esconder a Cristina, las cuentas bancarias de Soler, todo lo que se le había ocurrido estaba siendo revisado. Su equipo, como él, llevaban toda la noche sin dormir. Todos ellos se daban cuenta de su preocupación por Cristina, aunque nadie lo había mencionado, se limitaban a hacer todo lo que estuviera en sus manos. Él se sentía muy agradecido por ello.

Escuchó unos pasos entrando en la sala, levantó la cabeza esperando que trajeran buenas noticias. Delante de él, se encontraban Huertas y Cardenete con unos papeles en la mano.

—Jefe, tenemos algo. Revisando los movimientos de Soler, hemos

encontrado una operación realizada hace un par de horas.

—¿Y?

—Un billete de avión a Londres —dijo Huertas.

—No solo eso. Hemos investigado su correo y hemos encontrado varios *emails* a un prestigioso bufete situado muy cerca de Trafalgar Square. Por lo visto, lo están esperando. Empieza a trabajar allí el mes que viene. —Cardenete le pasó unos papeles con varios correos electrónicos impresos, y un nombre subrayado.

—¿Sabemos qué vuelo ha reservado? —Daniel levantó la mirada de los papeles con una sonrisa en la cara, por fin empezaba a hacerse la luz. En ese momento, entró Candelas.

—Acabo de localizar el vuelo. Sale de Barajas en hora y media —les informó.

—Pues vámonos, no hay tiempo que perder. —Cardenete lo miró sin estar seguro de si podía ir con ellos—. Vamos, Cardenete, no te quedes ahí parado.

Salieron los cuatro de comisaría acompañados por la subinspectora. En cuanto subieron a los coches, Daniel encendió la sirena y arrancó en dirección al aeropuerto de Barajas, tal y como los madrileños seguían llamando al aeropuerto de la capital, aun cuando ya hacía algunos años que se le había cambiado el nombre a Adolfo Suárez Madrid-Barajas, como homenaje al antiguo presidente del gobierno tras su fallecimiento.

—¿Sabemos de qué terminal sale?

—De la T2, jefe. —Daniel suspiró aliviado al oír la respuesta de Cardenete. La T2 no era muy grande comparada con la enorme T4 que habían construido hacía unos pocos años. Miró por el retrovisor para comprobar que Huertas y Candelas les siguieran de cerca en el otro coche.

—Recordad que es un camaleón, un experto del disfraz. Hemos encontrado maquillaje, pelucas y demás en su casa. Y os recuerdo, que pasó por delante de las narices de Huertas y Candelas para ir a asesinar a su padre, y no se dieron cuenta. —Verónica y Cardenete asintieron. Sabían que el inspector no lo había dicho como un reproche, pero comprendían que había sido un deplorable error que podía haber evitado el asesinato de Felipe Jiménez padre, por muy mala persona que hubiera resultado en vida, y de la señorita Martín, la abogada de Montes. Algo así no podía volver a repetirse, no podían permitirse de nuevo un descuido de esas características.

Verónica, sentada en el asiento del copiloto, sacó una de las fotografías impresas que tenía de Soler y con un lápiz comenzó a dibujarle perilla, primero, luego continuó sombreándole el rostro hasta cubrirlo casi por completo con una densa barba, le pintó unas cejas más gruesas y el pelo más largo. Cardenete, que

estaba sentado detrás, observaba en silencio los diferentes dibujos, reteniéndolos en la memoria y haciéndose una idea de las diversas posibilidades existentes del nuevo Soler.

—Va a ser imposible de localizar —dijo Verónica ensimismada en los dibujos que estaba realizando.

—No del todo —dijo Daniel enigmático—, Cardenete, cuéntale.

—Soler ha sido contratado por un bufete de abogados en Londres, parece ser que tiene pensado reinventarse de nuevo. Y con lo que no creemos que cuente es, que sabemos cuál va a ser su nueva identidad. El billete de avión lo ha comprado a nombre de Fermín del Olmo. —Suárez sonreía orgulloso del chaval, si no hubiera sido por sus conocimientos de informática, no hubieran encontrado esa información con tanta celeridad. Las nuevas generaciones habían crecido entre dispositivos de todo tipo y se sabían manejar con ellos, aun así, estaba anonadado con todo lo que había descubierto en las últimas horas. También había encontrado que Soler antes de Derecho había estudiado Medicina, lo que explicaba sus conocimientos de anatomía, aunque lo dejó después de varios años. Desconocían el motivo, pero eso ahora, no importaba.

—Impresionante —dijo Verónica sorprendida con ese nuevo dato. Se había girado y lo observaba con mirada de aprobación.

—Y eso no es todo. Sabemos el número de vuelo en el que va a viajar. La policía del aeropuerto ya está informada y pendiente, lo van a retener hasta que llegemos —informó Daniel, que en cuanto se enteró, contactó con ellos.

—Pues entonces, lo tenemos —dijo Verónica, emocionada por primera vez desde que había empezado el caso.

—Al él sí, pero solo ha comprado un billete de avión. —Ambos observaron a su jefe sin nada qué decir, pensando lo mismo, la cosa no pintaba bien para la chica.

El móvil de Daniel empezó a sonar. Se encontraban en la A-2, a punto de tomar la desviación en dirección al aeropuerto.

—Jefe, acaba de llamar la policía del aeropuerto. Lo tienen.

—Gracias, Huertas.

Daniel colgó algo más aliviado, después de todo, habían cogido al asesino. Siempre iba unos pasos por delante de ellos, pero esta vez lo habían cazado. Ahora era a él al que le tocaba jugar bien sus cartas, si quería encontrar a Cristina con vida.

Tenían a Felipe Jiménez, alias Ignacio Soler, alias Fermín del Olmo, en la sala para ser interrogado. Todos lo observaban al otro lado del cristal.

Cuando llegaron al aeropuerto, se encontraron a Felipe Jiménez retenido por la policía. Había sido reconocido en el control de acceso a la zona de embarque, y alegando unas comprobaciones rutinarias, se lo habían llevado a una sala aparte, donde lo habían mantenido a la espera de que el inspector llegara con su equipo.

El asesino demostraba una entereza y una tranquilidad que sacaban a Daniel de quicio. Iba a ser un hueso difícil de roer, y no tenían mucho tiempo, habían pasado demasiadas horas desde su encuentro con Cristina, y sabía lo que eso significaba. Aunque todavía no estaba dispuesto a tirar la toalla. Se puso en camino hacia la sala de interrogatorios, pero Candelas lo detuvo cogiéndolo por el brazo.

—Jefe, es mejor que lo interroguemos Huertas y yo. —El inspector lo miró a los ojos, enfurecido por el atrevimiento de un subordinado. Pero Candelas no se amilanó y le mantuvo la mirada, aun sabiendo que le podía caer una buena reprimenda, era consciente de que tenía razón. Finalmente, Daniel asintió y se apartó, dejándolos pasar. Él estaba muy implicado con la posible víctima, y podía pasarle factura en el interrogatorio, lo mejor era que las preguntas las realizaran ellos, ahora no podía fallarle a Cristina. Él podía perder los estribos delante del señor Jiménez, y eso no la ayudaría en nada, al contrario. Sus hombres lo harían bien, los conocía, y sabía de lo que eran capaces, de sus habilidades, y en temas de obtener información de sospechosos, eran de lo mejor que había en comisaría.

Candelas y Huertas entraron a la sala contigua y se sentaron enfrente del sospechoso, quien no parecía ni sorprendido ni nervioso de encontrarse allí. Le habían ofrecido una llamada para que contactara con un abogado, pero había declinado el ofrecimiento. Por lo visto, seguía sintiéndose muy superior a ellos y con mucha confianza en sí mismo, como para tener la necesidad de ser defendido.

Los inspectores también se mostraban relajados, el sospechoso no les dejaba indiferente a ninguno, sabían de lo que era capaz, de las atrocidades que cometía, pero también había demostrado un alto grado de inteligencia que no pensaban menospreciar. De la información que allí obtuvieran, dependía la vida de la señorita del Saz, y ninguno de ellos estaba dispuesto a fallarle a su jefe, ni a ella.

Ambos inspectores lo miraban directamente a los ojos, tenían que dejar claro quién era el que controlaba la situación en esa habitación, no podían permitir que el sospechoso tomara el mando. Y así ocurrió, después de unos minutos sopesándose, Jiménez les sonrió, y bajó la cabeza evitando sus miradas.

Candelas abrió la carpeta que portaba en sus manos y que había dejado

encima de la mesa en cuanto se había acomodado en la silla. Lo hizo despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo, aunque era consciente de que no era así.

Jiménez siguió los movimientos del inspector, mientras este le mostraba fotografías que iba sacando poco a poco de la carpeta y dejando encima de la mesa, delante de él, imágenes de las víctimas e instantáneas de su propia casa. El detenido las observaba interesado, sin inmutarse, si estaba sorprendido, en ningún momento se lo hizo notar, ni a los presentes, ni a quienes lo observaban al otro lado del cristal. Al ver esas fotografías, supo que no tenía nada que hacer, tenían pruebas, habían encontrado su preciado altar, en el que se encontraban sus valiosas y amadas obras de arte. Ellos no eran capaces de apreciar el amor que había puesto en todas ellas, no lo entenderían nunca, no estaban preparados para entenderlo. Muchos artistas no habían sido reconocidos hasta después de su muerte, quizás a él le ocurriera lo mismo, nadie parecía comprender su genialidad. Siempre se había considerado un hombre adelantado a su época.

—Quiero que sepa que esta conversación está siendo grabada. —Candelas señaló con la cabeza una cámara situada en la esquina de la habitación—. Estas son todas las chicas a las que ha asesinado. Jóvenes que aún tenían toda una vida por delante para disfrutar, hasta que se encontraron con su peor pesadilla, Felipe Jiménez, usted —comenzó haciendo una exposición de lo que era evidente, mostrando algunas pruebas de las que disponían.

Jiménez levantó la mirada al oír un nombre que casi no reconocía, apenas lo había oído en los últimos años. Miró a Candelas que seguía sacando información de su carpeta.

Lo que ocurrió a continuación, no era lo que se esperaba ninguno de ellos. El acusado empezó a relatarles los asesinatos cometidos, sin remordimientos y sin ningún tipo de coacción. Les contó hasta el más ínfimo detalle. Les habló tanto de los que había cometido en Cataluña, como los que había perpetrado en Madrid.

—Quizás sepa que lo tenemos acorralado. Tenemos pruebas que demuestran su culpabilidad —comentó Verónica, aun cuando estaba extrañada por la confesión tan completa que estaba realizando el sospechoso.

Daniel asintió, aunque no muy convencido, pensaba que aún se guardaba un as bajo la manga y eso le preocupaba. Miró de nuevo el reloj de su muñeca, el tiempo seguía avanzando y seguían sin conocer el paradero de Cristina. Eso era lo que le inquietaba en realidad, con confesión o sin confesión sabía que lo tenían, había pruebas suficientes para que pasara el resto de su vida entre rejas, pero Cristina carecía de ese tiempo.

—Cuéntenos qué ha hecho con Cristina del Saz —preguntó Huertas al otro

lado del cristal. El cuerpo de Daniel se tensó esperando una respuesta.

—¿Cristina del Saz? —Jiménez se hizo el despistado por primera vez durante el interrogatorio. Levantó la mirada y mostró una sonrisa burlona a las personas que estaban al otro lado del espejo, su mueca iba dirigida al inspector Suárez.

—Sabemos que la pasada noche quedó con ella a cenar en el Florida Retiro, y aún no ha vuelto a su casa. Tenemos testigos. —El sospechoso miró de nuevo al espejo de la sala, buscando al inspector, aunque solo podía verse reflejado a sí mismo.

—Quiero hablar con Suárez —dijo, desconcertando a los inspectores.

Daniel, que observaba sin perder detalle tras el cristal, no se sorprendió por la petición. Para él solo era un juego en el que la policía eran meros peones y era su turno de mover ficha. Se encaminó a la sala contigua, dispuesto a hablar con el detenido.

—¿Sabes que está jugando contigo? —Verónica intentó detenerlo.

—Lo sé, pero no puedo poner en riesgo la vida de Cristina por mantenerme al margen. Tengo que continuar yo con el interrogatorio, tal y como ha solicitado.

Daniel entró en el pequeño cubículo, bajo la atenta mirada de sus hombres, y se recostó en la pared sin dejar de observar al sospechoso, quien hacía lo propio.

—Buenos días, inspector Suárez, me alegra volver a verlo, aunque hubiera preferido que fuera en otras circunstancias. —Sonrió, mientras que con un leve movimiento de cabeza señalaba las esposas que aprisionaban sus muñecas.

—Basta ya de juegos. Díganos que ha hecho con Cristina del Saz. —El inspector sonó tranquilo, aunque no era eso lo que sentía. Nadie se podía ni imaginar lo cerca que estaba de coger por el cuello al sospechoso para sacarle la verdad a puñetazos, sin embargo, supo mantener el dominio de sí mismo.

—Ah, la joven con la que cené anoche. Bonita chica, ¿verdad, inspector? —Estaba intentando sacarle de sus casillas, pero ahora no se podía permitir caer en su trampa.

—¿Y bien? ¿Qué ha hecho con ella? —repitió Daniel con toda la calma de la que fue capaz.

—Señores, ahora es mi turno. —Jiménez se relajó en la silla y se cruzó de brazos, quería dejarles claro que el que manejaba la situación en esos momentos, era él—. Yo les he contado todo lo que querían escuchar. He confesado los asesinatos que he cometido, pero ahora les toca a ustedes. Quiero un trato. Mi libertad a cambio de su vida.

Inconscientemente el inspector apretó los puños en un gesto que revelaba la

ira y la impotencia que sentía. Ese era el as que se guardaba bajo la manga, se dijo. Por lo menos, esa petición permitía entrever que Cristina todavía seguía con vida, lo que era una buena noticia.

—Y si decimos que no. —Suárez volvió a sonar más relajado de lo que se sentía en realidad.

—Entonces, morirá. Pero, esta vez, no seré yo su asesino.

—Quitadlo de mi vista. Lleváoslo al calabozo. —El inspector estaba muy cabreado, de ahí no iba a obtener ninguna información. Tendría que seguir su instinto, que casi nunca le fallaba.

Salió de la sala dando un fuerte portazo. A la par, salían de la sala de al lado, la subinspectora y Cardenete que en unos segundos estaban pegados a él.

—Cardenete, habías encontrado un par de pisos a nombre de Félix Santos, pisos que utiliza la empresa cuando reciben visitas de negocios. Quiero que alguien vaya a comprobarlos.

—De acuerdo, jefe. —Ambos asintieron y se dirigieron a organizar el encargo. Lo más probable es que hubiera coches patrulla cerca de ambos lugares, que pudieran hacer las comprobaciones pertinentes. De todas formas, ellos también irían.

Daniel se giró y se encontró con Candelas que se acercaba.

—Va de camino al calabozo.

—Dejémosle un rato allí, quizás cambie de opinión. —Daniel sabía que eso no iba a suceder, pero antes de volver a interrogarle quería confirmar que Cristina no estuviera en los apartamentos pertenecientes a la empresa conecta.com.

Unas horas más tarde, Daniel se encontraba en la sala de descanso de la comisaría, caminando de un lado a otro, concentrado, intentando introducirse en la mente del psicópata, preguntándose dónde podría haber escondido a Cristina. Sabía que tenía que estar viva, no se había permitido asesinarla puesto que era la única moneda de cambio que le quedaba, pero tendría que encontrarla sin su ayuda, no podía quedar impune de los asesinatos que había cometido. Eso era algo que no pasaba por la cabeza del inspector, además, nadie en el juzgado permitiría un trato de esas características. Lo único que le quedaba a Cristina para sobrevivir, era él, y no pensaba abandonarla.

—Jefe, en los pisos no había nada. —La voz de Cardenete sacó al inspector de sus reflexiones.

—¿Los han revisado a conciencia?

—Sí, jefe. La subinspectora de la Vega ha ido a uno y yo he ido al otro,

acompañados de varias patrullas y no hemos encontrado a la señorita del Saz. —Daniel asintió. Esas no eran las noticias que esperaba escuchar, confiaba en que estuviera allí. El tiempo continuaba avanzando, lo que iba en detrimento de encontrar a Cristina con vida. Intentó borrar la imagen que se le había formado de repente en la cabeza, con el cuerpo de Cristina apagado, marchito, representando una horrible pintura.

—Cardenete, que suban a la sala de interrogatorios a Jiménez. Quiero hablar con él de nuevo. —El joven asintió y se fue por donde había llegado.

Daniel sacó otro café de la máquina y se lo bebió de un trago, entre la adrenalina y la cafeína estaba despejado, aunque sabía que en cuanto parase, caería en un estado de agotamiento del que le costaría un par de días reponerse. Ahora solo podía pensar en que la única pista que tenían para lograr encontrar a Cristina con vida estaba en el calabozo. «Le haré hablar aunque sea lo último que haga».

Unos minutos después, Cardenete, acompañado por Huertas, entraban en la sala buscando al inspector. Ambos llegaban corriendo y con caras de haber visto un fantasma. El inspector saltó de la silla, alarmado, era evidente que algo había sucedido.

—Jefe, Jiménez se ha suicidado. —La incredulidad se reflejó en el rostro del inspector.

—¿Cómo? —Daniel sabía que eso era prácticamente imposible, el protocolo para ingresar a un detenido en la celda era muy exhaustivo. Implicaba una exploración corporal y de las prendas del sujeto, con el fin de requisarle todos los objetos que pudieran resultar peligrosos para su seguridad y la del personal que se encargaba de custodiarlo. Por este motivo, se le retiraban las cadenas, el cinturón, los cordones y el resto de elementos que pudieran ser utilizados para autolesionarse o lesionar a otro individuo, incluso que pudieran servir para causar daños materiales o facilitar su fuga.

—Se ha ahorcado —continuó Huertas—. Ha usado los hilos de la manta que uno de los agentes le dio para taparse. Los ha trenzado, creando un cordón con el que se ha colgado.

—¡Estás de coña! —Suárez no se podía creer lo que le estaban contando.

Salió de la habitación como un poseso y se dirigió a las celdas de comisaría, corriendo. Cardenete y Huertas le seguían los pasos de cerca. Como era festivo, había muy poca gente que pudiera interrumpirle la carrera, aun así, tropezó con una joven cargada de carpetas que subía en ese preciso instante por las escaleras, por donde el inspector bajaba a toda prisa. Todas las carpetas cayeron al suelo, y la chica se quedó recogiénolas y soltando improperios dirigidos a Suárez, quien continuó con su carrera sin apenas prestarle atención, lo mismo que los

inspectores que iban tras él.

Cuando Daniel llegó a la celda en la que habían dejado al detenido, se encontró con un gran revuelo de agentes. Se abrió paso entre la marabunta de policías, para descubrir el cuerpo de Felipe Jiménez, que seguía pendiendo de la soga de la que se había colgado, y que él mismo se había fabricado en el poco tiempo que llevaba encerrado.

—El doctor Mena ya viene en camino. —Huertas seguía pegado a la espalda de su jefe—. También hemos llamado al juez de guardia.

—De acuerdo. Y por Dios, que alguien lo descuelgue.

Daniel salió de allí sin entender el porqué de la reacción de Jiménez, no era habitual que los asesinos en serie tuvieran tendencias suicidas. De todas formas, eso ahora mismo era lo que menos le preocupaba, ya le prestaría atención más adelante. Ahora, su máxima prioridad era encontrar a Cristina, y se daba cuenta de que acababan de perder a la única persona que podía ayudarles a localizarla, la única pista que tenían de su paradero.

Cuando regresó a su puesto, se encontró a Candelas y a Verónica apoyados en su mesa con caras de circunstancias. Huertas y Cardenete se mantenían a su lado. Todos estaban tan agotados como él, las ojeras les delataban, las mismas manchas negras que tenía él bajo los ojos. Miró a todo su equipo, parecían haberse rendido, estaban hundidos. El novato era el único que mostraba algo de esperanza en el rostro, quizás era la positividad que daba la juventud, se dijo el inspector. Él también tenía que ser optimista, no podía derrumbarse, ella lo necesitaba, solo tenía que pensar en los movimientos más lógicos que habría dado el asesino. Todos lo observaban, esperando nuevas órdenes por parte de su jefe.

—Vámonos a casa de Jiménez. Esa casa es enorme, seguro que se nos ha pasado algo por alto. —El inspector sabía que la idea no era muy imaginativa, quizás demasiado cogida con alfileres, pero no tenía otra. Y su equipo estaba tan carente de nuevos planteamientos como él.

Todos asintieron y salieron detrás de Suárez, ninguno tenía expectativas de encontrar a Cristina allí, y menos con vida, pero todos callaron y se guardaron sus elucubraciones para sí. Si su jefe no se rendía, ellos no serían quienes lo hicieran.

Salieron de la comisaría y cogieron sendos coches, en uno montaron el inspector y la subinspectora, y el resto se subió al de Candelas. Encendieron la sirena y se dirigieron a la casa del abogado a toda velocidad. Daniel sabía que cuanto más tiempo pasara, menos probabilidades habría de encontrar a Cristina con vida, el tiempo jugaba en su contra.

Aunque mucha gente se había ido de Madrid aprovechando el fin de

semana largo que se había presentado, y el buen tiempo que lo acompañaba, la M-30 estaba atascada. Aun cuando los coches se apartaban a su paso, el avance se hacía más lento de lo que al inspector le hubiera gustado. Tomaron un desvío, accediendo a la M-40, en la que se circulaba con mayor fluidez. Ahí, Suárez pisó a fondo el acelerador, haciendo que la subinspectora se agarrara a su asiento intimidada por la conducción de su compañero.

Cuando llegaron a la casa de Jiménez, el sol ya se había ocultado hacía unos minutos. La residencia mostraba todas sus ventanas con una oscuridad inquietante, las luces estaban apagadas, confirmando que no había nadie en su interior.

—Revisad todas las habitaciones. Prestad atención a los muros huecos, o a los espacios que no cuadren y cosas por el estilo. —A Daniel se le había ocurrido que quizás existiera una habitación oculta en la casa, tal y como habían encontrado el recoveco tras la televisión. Era como agarrarse a un clavo ardiendo, pero era la única oportunidad que tenían, de lo contrario, no quedaban esperanzas para Cristina.

Se dispersaron para revisar la casa, cada uno de ellos comprobaba las diferentes habitaciones, golpeando con los nudillos las paredes, verificando que no sonaran a hueco. Iban con cuidado, no querían dejar ningún muro sin comprobar, sabían que si la corazonada de su jefe era cierta, la vida de Cristina dependía de ellos. Todos iban de habitación en habitación, Daniel estaba frenético, oía a todo su equipo golpear las paredes, sabiendo que no estaban encontrando nada fuera de lo normal, y pensando que lo que estaban haciendo era una locura.

—¿Qué opinas? —Huertas atravesaba la puerta de una de las habitaciones de la casa, un dormitorio de invitados que no se había utilizado últimamente, todos los muebles estaban completamente vacíos, cuando se encontró en el pasillo con Candelas.

—Lo mismo que tú. Aquí no vamos a encontrar a la señorita del Saz.

—Y si así fuera, lo más probable es que esté muerta. Jiménez sabía que a estas alturas no la hallaríamos viva. Ya no tenía nada con lo que hacer un trato y por ese motivo se ha suicidado. —Candelas miró a su compañero y asintió en silencio, ambos eran de la misma opinión.

Cuando hubieron revisado todas las habitaciones de la casa, se reunieron en el amplio salón. Daniel observaba, desde las puertas francesas, el exterior de la vivienda, donde se encontraban la piscina y el jardín, ambos ocultos por la oscuridad que les rodeaba.

—Nada, jefe. No hemos encontrado nada. —Daniel se dio la vuelta, sabía que todos ellos pensaban que no iban a encontrar allí a Cristina, pero él seguía

creyendo que era el sitio más lógico donde podría haberla ocultado, y esperaba tener razón. Los inspectores se sorprendieron cuando vieron que el rostro de su jefe no reflejaba decepción, ni un gesto derrotado, al contrario, parecía más confiado que antes.

—De acuerdo. Comprobemos el exterior. Tiene que estar aquí. —Su voz sonó autoritaria y segura.

Daniel, acompañado de Verónica y de Cardenete, atravesaron las puertas francesas, mientras Candelas y Huertas se dirigieron a por los coches para alumbrar la zona con las luces.

Durante el día se habían registrado altas temperaturas, casi veraniegas, pero se notaba su disminución por la noche, el termómetro debía de marcar quince o veinte grados menos. Verónica se subió el cuello de la chaqueta intentando resguardarse del frío que empezaba a notar en sus propios huesos. Daniel pensó en Cristina al notar el brusco cambio meteorológico y ver cómo su compañera temblaba, se preguntó en qué condiciones se encontraría.

Cuando Huertas y Candelas detuvieron los coches, dejando las luces largas encendidas, comprobaron que Suárez y el resto ya estaban inspeccionando el jardín con sus linternas. Se fijaron en que Daniel daba patadas al suelo, no tenían claro si por el frío o para constatar que no estuviera hueco, tal y como habían hecho unos minutos antes en el interior del domicilio. Los dos inspectores se pusieron manos a la obra, y se adentraron en el terreno, uniéndose a la búsqueda de la joven.

Suárez intuía que el único sitio a donde podía haber llevado a Cristina antes de su intento de huida, era a su propia casa. No había tenido tiempo de ir más lejos. Sobre todo, teniendo en cuenta que en el aeropuerto había sido detenido con equipaje. Solo esperaba no estar equivocado. También era consciente de que Jiménez les podía haber engañado y haberla asesinado, pero le parecía más coherente que la hubiera guardado como moneda de cambio, tal y como había intentado hacer. Lo que no se explicaba, era por qué se había suicidado. Daniel no se podía permitir pensar que no estaba viva si quería encontrarla, no podía derrumbarse. Cuanto más tiempo pasara, más difícil sería localizarla con vida, nadie se estaba encargando de alimentarla ni darle de beber, ¿cuánto podría sobrevivir en esas condiciones?, sin contar la bajada de temperatura tan brutal que se había producido en las últimas dos horas.

Miró en derredor y vio a sus compañeros revisando todos los rincones, prestando atención a lo que veían dentro del haz de luz de sus linternas.

—Jefe, aquí parece que hay algo. —Fue Cardenete el que llamó. Se encontraba a unos metros de él, al lado de una zona repleta de matorrales descuidados.

Cuando Daniel se situó a su lado, examinó la zona. Entre la maleza había un agujero formado por ramas rotas en un seto, pasaba desapercibido si no ibas buscando elementos que estuvieran fuera de lugar. Era de suficiente dimensión para que una persona de tamaño medio pudiera atravesarlo a gatas sin mayor dificultad. Ambos se agacharon para mirar en su interior, era un buen lugar para ocultar a alguien, pero con lo único que se toparon fue con un pequeño cubículo entre los arbustos, lleno de hojas y ramas, y sin nada más en su interior. Supusieron que algún animal se habría encargado de montarse su pequeño refugio. Al levantarse, el resto del equipo se encontraba tras ellos, expectantes a lo que hubieran encontrado.

—Nada, falsa alarma, solo es un hueco entre los arbustos. Quizás, la madriguera de algún conejo. —Todos asintieron descorazonados y continuaron la búsqueda.

Daniel se adentró en una zona arbolada donde apenas llegaba la luz que emitían los faros de los coches. La frondosidad de los árboles tampoco permitía que la luz de la luna se colara entre las ramas. Por lo que únicamente podía ver el lugar al que apuntaba con su linterna. El suelo estaba repleto de ramas y pequeñas piedras redondeadas, todas ellas de tamaño y color similar, de esas que se compraban en los viveros para completar el paisajismo de los jardines. Esa zona no estaba tan cuidada como la parte más cercana a la vivienda, que estaba impoluta, el jardinero no debía de acceder con frecuencia a esta franja del bosque. Se preguntó por qué sería, quizás porque Jiménez no se lo permitía, o por simple pereza por su parte. «Si tienes un escondite que no quieres que nadie conozca, no le permites al jardinero acercarse», pensó en silencio. Esperaba que su intuición no le fallara y fuera por el camino acertado.

Siguió examinando la zona, acercándose a cada uno de los árboles con los que se topaba, prestando especial atención al más leve movimiento de tierra, de ramas o de grava, pero no encontraba nada incoherente.

Su equipo debió de pensar lo mismo que él, porque en ese momento se encontraban todos ellos internados en el pequeño bosque de la propiedad, siguiendo sus pasos.

Daniel miró al frente y llevó el haz de luz de su linterna hacia donde le llevaba su mirada, no podía ver el final, era un espacio mucho más extenso de lo que parecía a simple vista. Con la oscuridad reinante no podía asegurar cuán grande era, pero empezaba a pensar que sin la luz del día, allí no iban a encontrar nada, nunca terminarían de revisar el lugar con unas simples linternas.

Al bajar la luz para continuar analizando el camino, creyó ver algo, así que movió el foco hacia diferentes lugares, intentando encontrar el motivo de su inquietud. No sabía qué era exactamente lo que había llamado su atención, qué

había visto por el rabillo del ojo, quizás habían sido imaginaciones o incluso una alucinación, pero estaba seguro de que había visto algo. Entonces, volvió a verlo, había algo entre las piedras del suelo, algo que había producido un leve reflejo al posarse el haz sobre él.

—Chicos, aquí. —Todos le rodearon en menos que canta un gallo.

—¿Qué has encontrado? —Verónica lo observaba, mientras él cogía algo del suelo, desde su posición era incapaz de ver qué era. Daniel abrió la mano, y les mostró lo que acababa de recoger.

—Es de Cristina. —Estaba seguro. Ese pendiente era el mismo que llevó el día que quedaron a cenar, aquella cita que mantuvieron sin saber ninguno de los dos quién era su acompañante. De esa noche, recordaba hasta el más nimio detalle, lo tenía grabado en la retina. De hecho, de vez en cuando, echaba mano de aquellos momentos para poder sobrellevar el caso. Su sonrisa, sus ojos brillando con picardía, sus respuestas rápidas e inesperadas, y cómo no, su precioso vestido negro que se ajustaba a su cuerpo como si de un guante se tratara.

Verónica se fijó en el pendiente, una lágrima formada por pequeñas piedras, quizás circonitas, con una perla engarzada, era de un gusto exquisito. También advirtió que estaban manchados por una sustancia reseca, parecía sangre.

—Continuemos. —Daniel se guardó el pendiente en el bolsillo de la chaqueta, dentro de una bolsa de pruebas.

Todos prosiguieron con la búsqueda, en silencio, más animados pensando que su jefe no estaba equivocado, la señorita del Saz debía de estar cerca.

Como se había imaginado Suárez, iban por el buen camino. Felipe Jiménez había llevado a Cristina a su casa, llevaba en el bolsillo una prueba que lo evidenciaba, y además, habían atravesado ese mismo lugar. Tenían que encontrarse cerca de un zulo, celda o cualquier otro tipo de habitáculo donde poder esconderla. Pero todos los inspectores seguían dando vueltas por la zona, recorriendo una y otra vez los mismos sitios, sin encontrar nada que los llevara a Cristina.

Llevaban horas reconociendo el lugar, y aunque tenían confirmación de que Cristina había estado allí, no eran capaces de encontrar un lugar en el que poder ocultar a una persona. Daniel estaba empezando a desesperarse, miraba a su equipo, y como él, sus rostros, además de cansancio, reflejaban impaciencia y pesimismo. Sabían que estaban cerca, pero no hallaban nada chocante o inapropiado, solo árboles, arbustos y pedruscos. El inspector, exasperado, dio una fuerte patada a uno de los cantos rodados que rebotó contra un tronco,

cayendo algo más allá de donde él se encontraba.

—¡Cristina! —La llamó a voz en grito, quizás pudiera oírle, y le contestara. Pero, como era de esperar, no hubo respuesta, la noche se presentaba tan silenciosa como unos segundos antes. Incluso más, porque ni siquiera se oía el ruido que producían las pisadas de sus compañeros, quienes al oírle gritar se habían quedado parados, percibiendo su angustia. Unos segundos después, todos reaccionaron, y como su jefe, comenzaron a gritar su nombre.

Después de un rato llamándola, se dieron por vencidos, de esa manera tampoco iban a dar con ella.

Continuaron rastreando la zona, fijándose en cualquier cosa extraña entre las piedras, cualquier cosa que les pareciera incongruente en ese entorno. El cansancio les atenazaba. Verónica había tropezado un par de veces con los cantos del camino, el sueño empezaba a poder con ella. Pero cada vez que pensaba en dejarse caer, apoyada en un árbol para descansar un rato, miraba a Daniel, y veía la decisión y la preocupación plasmada en su cara, por lo que ella se concentraba para poder seguir al pie del cañón, aguantando. Sabía lo que Cristina significaba para él, tenían que encontrarla.

—¡Aquí! —Candelas rompió el silencio.

Todos se dirigieron hacia él corriendo. A su lado, observaron el punto en el que tenía fijo su haz de luz y todas las linternas enfocaron hacia ese mismo punto. Las piedras estaban algo embarradas, no eran como las que había alrededor, limpias y pulidas, parecían haber sido removidas recientemente.

Se agacharon y empezaron a apartarlas, se temían lo peor, una tumba en la que encontrarían el cuerpo de Cristina del Saz. Daniel, debido a la desesperación que sentía, ni siquiera se había percatado de que se había cortado con una roca afilada, y el pulgar le sangraba de forma desproporcionada a la pequeña herida.

Cuando terminaron de apartar las piedras, todos se quedaron observando el suelo, no había nada.

—Perdona, jefe, creía... —Candelas no pudo terminar la frase.

—No te preocupes. Todos pensamos lo mismo. —Verónica le cogió la mano con suavidad, y con un pañuelo que llevaba al cuello le taponó la herida del dedo, todavía sangrando.

—Quizás por aquí arrastró algo, quizás haya algún rastro que nos lleve a alguna parte —dijo Cardenete con más optimismo del que sentía en realidad.

Todos se levantaron, enfocando las linternas a su alrededor. Como había predicho el novato, unos metros más allá, había otro montón de piedras removidas.

—Me pregunto qué arrastraría —dijo Cardenete. Había visto a la señorita del Saz en comisaría y no parecía que resultara muy pesada.

—No estaba arrastrando nada, si fuera así, las piedras estarían removidas de forma continua —dijo Suárez que empezaba a animarse.

—¿Entonces?

—Creo que llevaba algo muy pesado que le obligaba a detenerse a descansar. —Suárez enfocó su haz de luz hacia delante, buscando alguna otra zona con las piedras removidas, y para asombro de todos, unos metros más allá, había otro pequeño montículo—. Vamos.

Poco a poco, fueron encontrando diferentes lugares en los que se apreciaban ligeras variaciones en la colocación de las piedras, donde la tierra estaba revuelta.

Unos minutos después, no podían creerse lo que tenían delante, una pequeña estructura de madera, parecida a un típico granero de pueblo, había aparecido ante ellos.

Daniel comenzó a correr, esperando encontrar a Cristina en el interior. El resto fue tras él, pegados a su espalda, tan entusiasmados como su jefe, pensando que allí dentro estaría la señorita del Saz. Ninguno de ellos hubiera apostado por hallarla con vida, aunque esperaban estar equivocados.

Cuando llegaron a la puerta, se toparon con una gruesa cadena con candado, que proclamaba que el acceso al interior estaba vetado. Daniel sacó su arma reglamentaria de la funda, todos se apartaron de la puerta dejando un amplio espacio de seguridad, y disparó. El candado cayó al suelo, quedando destrozado por el impacto.

Huertas quitó la cadena que les entorpecía el paso, y abrió la puerta con sumo cuidado, sin saber lo que podían encontrar tras ella. Uno a uno fueron accediendo al interior de la cabaña, llevaban el arma en una mano, y la linterna en la otra, atentos. La oscuridad lo cubría todo, no se veía más que lo que mostraba la luz de sus linternas, tampoco se oía ningún sonido, aparte de sus fuertes respiraciones y sus pisadas.

Lo que allí descubrieron, no era lo que esperaban. Toda la estancia estaba llena de muebles, unos apilados sobre otros, algunos cubiertos por sábanas blancas que debido al polvo parecían grises, podían intuirse mesas, sillas, aparadores y mucha más variedad de enseres. Era un espacio destinado a guardar trastos, un lugar por el que nadie había pasado durante años. Las vigas del techo estaban envueltas en telas de araña, que continuaban abriéndose camino entre los cachivaches allí guardados. Era poco probable que alguien hubiera accedido al interior sin dejar marcado el recorrido por donde había pasado.

—Mirad. —Verónica señalaba con su linterna el lado derecho de la puerta. El polvo del suelo había desaparecido en una pequeña franja paralela a la pared. El inspector no podía estar seguro si era por arrastrar algo o por un continuo

trasiego en la zona.

Todos siguieron el estrecho pasillo creado en el polvo, que acababa donde empezaba una alfombra de diseño persa, como las que existían en todos los hogares en los setenta u ochenta, la cual, en su momento, debió de tener un intrincado dibujo con vivos colores, pero que ahora apenas era un enorme felpudo.

Candelas y Suárez levantaron ambas esquinas de la alfombra, comenzando a enroscarla despacio, con mucho cuidado, puesto que soltaba una polvareda que les producía accesos de tos. Cuando concluyeron la labor, se quedaron contemplando lo que se encargaba de ocultar, una trampilla cerrada por un oxidado cerrojo.

—No me lo puedo creer. Parece una película de terror —dijo Candelas tan sorprendido como el resto.

Daniel se agachó para abrir el cerrojo, y aunque este chirrió con el primer movimiento, luego se deslizó como si hubiera sido engrasado hacía poco. Huertas le ayudó a levantar la trampilla, por la que aparecieron unas viejas escaleras con peldaños de madera que parecían que iban a partirse de un momento a otro.

El primero en asomarse fue Suárez, aunque no logró ver mucho con la luz que generaba su linterna. El espacio que había debajo aparentaba ser de las mismas dimensiones que el granero en el que se encontraban. Pisó el primer escalón haciendo fuerza sobre él para asegurarse que aguantara su peso. Después de las comprobaciones pertinentes, comenzó a bajar con cuidado, no se fiaba de que los escalones no acabaran despedazados entre sus pies, mientras él caía rompiéndose la crisma. Caminaba enfocando el haz de luz hacia diferentes puntos, intentando ver qué había ahí abajo. Esperaba localizar a Cristina, pero la pregunta que no dejaba de rondarle por la cabeza, era si se la encontrarían viva o muerta.

Verónica fue la siguiente en bajar, siguiendo los pasos de su jefe. Como él, apuntaba su linterna en todas direcciones, intentando descubrir el lugar en el que se adentraban.

Daniel andaba hacia el centro de la nave, alejándose de la escalera y de Verónica. Lo único que distinguía a su alrededor era un suelo de cemento, en el que existían multitud de pequeñas grietas. Apuntó la linterna a la pared, formada por grandes ladrillos grises entre los que había huecos faltos de cemento. Notó un movimiento a su derecha, y aunque se giró rápidamente intentando apuntar con su linterna al origen del mismo, no vio nada.

—Creo que ha sido una rata —susurró Verónica que se encontraba a su lado.

Él asintió y continuó su camino, allí abajo no se veía nada, aparentemente era una planta diáfana. No se podía creer que Cristina no estuviera allí. Si no la encontraban en la finca de Jiménez, ya no la encontrarían en ninguna parte. Negó con la cabeza, intentando borrar esos pensamientos.

De repente, su linterna alumbró una vieja puerta, que en algún momento debió de haber sido blanca, ahora en muchas zonas no quedaba rastro de pintura. Se acercó a ella e intentó abrirla girando el pomo. Para su sorpresa, la manilla se movió, y la puerta cedió.

La habitación, como el resto del lugar, estaba a oscuras. Su linterna apuntó a la derecha, donde pudo ver un sucio lavabo con un espejo resquebrajado, a su lado, un retrete inmundos. En la habitación se respiraba olor a putrefacción. Notó cómo la subinspectora tuvo que controlar una arcada.

Siguió recorriendo la pared, pasando por un vetusto armario, con un color imposible de reconocer por la suciedad que lo cubría, con dos puertas descolgadas, llenas de desconchones. Y a continuación, un camastro, en el que había un bulto tapado por una deshilachada manta, de la que salía una madeja de pelo oscuro. Se dirigió hacia allí a toda prisa, esperando que fuera Cristina lo que ocultaba la vieja manta. Al llegar, echó el trapo a los pies de la cama, confirmando que ahí debajo estaba ella, inconsciente. De inmediato, le tocó el cuello, buscándole el pulso. El contacto le reveló que el cuerpo no estaba frío, y existía latido, aunque lento.

—Está viva. Llamad a una ambulancia —ordenó.

Los inspectores, que habían estado siempre detrás de ellos, sacaron sus móviles a la vez, pero ninguno tenía cobertura. Candelas, que era el que estaba más cerca de la salida, deshizo el camino andado hasta abandonar la cabaña, donde el teléfono mostraba un par de barritas, suficiente para poder realizar la llamada.

—Es increíble que siga con vida —constató Verónica lo que todos pensaban.

—Creo que nunca tuvo intención de matarla —dijo el inspector mientras le daba la vuelta—, se sentía identificado con ella. Ambos se pasaron la vida creyendo que su madre les había abandonado.

Daniel cogió a Cristina por los hombros y con cuidado la sentó en la cama, estaba deshidratada, y era evidente que había sido drogada, no parecía despertar de su letargo. La cogió en brazos, y la sacó de esa habitación en la que había estado encerrada las últimas veinticuatro horas, esperaba que todas ellas las pasara durmiendo. Pero justo en el momento en que ese pensamiento cruzó por su cabeza, se dio cuenta de que tenía los nudillos de ambas manos pelados y rodeados de sangre seca, revelando que no había sido así, que había estado

intentando salir de algún sitio. Lo más probable es que fuera de esa misma habitación o de ese sótano. No se iba a detener a comprobar que hubiera sangre en la puerta o en la trampilla, demostrando su intento de escapar, ya lo harían los de la Científica cuando llegaran. Solo quería sacarla de allí y llevarla a un hospital.

—No te me mueras ahora —le susurró al oído. Y aunque no había pensado que ella pudiera oírle, Cristina mostró una suave sonrisa.

Nota de la autora

Me gusta incluir en mis novelas algunos detalles en los que me he basado al escribirlas, creo que hay lectores que lo aprecian.

Cuando estuve investigando sobre la droga burundanga que utiliza el asesino en este libro, me llevé una sorpresa por su uso tan extendido y por lo fácil que es conseguirla, tal y como comenta el inspector Suárez. Es una droga muy utilizada en Sudamérica, sobre todo para robar a las víctimas, pero empieza a ser bastante conocida en España. Las recomendaciones son claras, hay que estar pendiente de la copa en todo momento. Aunque esta droga no solo se administra echándola en la bebida, sí es la forma más habitual. No solo han de tener cuidado las mujeres por las ya conocidas agresiones sexuales que se producen, sino todo el mundo, porque el estado de sumisión y el hacer todo lo que el agresor quiera va también asociado a robos. Es bastante habitual su uso en ancianos, para luego sacarles grandes cantidades de dinero en cajeros.

Justo, mientras escribía este libro, apareció una noticia en la que un camarero dejaba un comentario en una red social, Whisper, creada para contar historias de forma anónima. En su mensaje revelaba cómo había evitado que una mujer fuera drogada, al percatarse que su compañero le había echado algo en la bebida. Este es el comentario que dejó en la red: «Soy un camarero, anoche vi a un hombre echando droga en la bebida de una chica, por lo que cuando no estaba mirando, cambié las bebidas», según el diario británico The Sun. Yo no voy a entrar en si la actuación del camarero fue la mejor, dando de tomar su propia medicina al individuo, lo único que podemos hacer por nuestra parte, es prestar más atención.

Como os habréis imaginado, la página web conecta.com, que utiliza el asesino en serie de mi historia para ponerse en contacto con las futuras víctimas, ha sido producto de mi imaginación. Si existe o llega a existir, no tiene nada que ver con lo que relato en esta novela.

Sobre el perfil del asesino en serie que crean los protagonistas, Cristina del Saz y el inspector Daniel Suárez, he de decir, que tuve que leer mucha información sobre este tipo de psicópatas, documentación que te pone los pelos de punta. Y sobre todo, reconocer que me han resultado de gran ayuda los apuntes de la Licenciatura en Criminología de la Universidad de Murcia, *Criminología III. Psicópatas y asesinos en serie*.

Cuando en la historia es detenido Felipe Jiménez, llegué a la conclusión, que el único final plausible para este personaje, era el suicidio, pero ¿cómo se puede suicidar alguien que ha sido detenido y se encuentra en las dependencias

de comisaría, cuando está todo sometido a controles exhaustivos para que este tipo de incidentes no se produzcan? Investigando por la red, me topé con la solución, encontré una noticia en la que un detenido se había suicidado en una celda de una comisaría del sur de España. El método utilizado es el mismo que utilizo yo en mi relato, es decir, creó un cordón que él mismo trenzó con los hilos de la manta que los agentes le dieron para taparse. Pero es curioso cuando decimos que la realidad supera la ficción, porque si no llego a leer esta noticia, no me puedo creer que alguien pueda suicidarse de esta forma.

La documentación sobre los cuadros, que conforman los diferentes escenarios del crimen, la he obtenido también en internet, de diferentes páginas de Arte e Historia. He de reconocer, que han sido muchas y variadas, mencionaré algunas de ellas: culturiplan.com, artehistoria.com, wahooart.com, entre otras. Con internet, el duro trabajo de investigación, resulta mucho más sencillo.

En esta oportunidad, mis lectores beta, en este caso amigas que leen mi novela antes de ser publicada para que me den su opinión, me han ofrecido ideas contradictorias. Por un lado, hay quien me ha indicado que en ciertos pasajes doy exceso de información, por ejemplo, sobre mitología y sobre Madrid. Por otro lado, hay quien me ha manifestado justo lo contrario, lo que ha disfrutado de esos mismos pasajes. Al final, he decidido mantener esa información por dos razones, para mí, de peso. La primera, mantengo los temas mitológicos porque ofrecen al lector una aclaración de lo importante que es en realidad la primera víctima para el psicópata que he creado. Y la segunda, porque he de reconocer que Madrid es una ciudad que me encanta, he nacido, he crecido y vivo en esta urbe, así que espero que quien no la conozca, se sienta atraído a visitarla gracias a alguna de mis descripciones. Y para quien ya la conozca, espero que esos datos le resulten atractivos. Como es lógico, no he podido hablar más que de unos pocos lugares, algunos de mis sitios favoritos, ya que como a mi protagonista, adoro callejear por algunos rincones de mi ciudad.

Y para terminar, agradecerte a ti, lector, que has leído esta novela, el haberla tenido en cuenta entre tus lecturas, espero que la hayas disfrutado y te haya hecho pasar un buen rato.

Otras novelas de Conchi Aragón:

La casa del arroyo

«Una familia asesinada diez años atrás. Una escritora en busca de la verdad. Un thriller cuyas claves se encuentran en los secretos que esconden los vecinos de un pequeño pueblo»

Anya, escritora de libros de misterio, va a escribir su siguiente novela sobre un asesinato múltiple, que tuvo lugar diez años atrás en la vieja casa del arroyo, la cual acaba de heredar de su abuela. Para ello, decide trasladarse al pueblo y a la casa que tantos recuerdos le trae.

Ayudada en su investigación por el ya jubilado inspector Navarro, quien se encargó del caso, y por Mateo, el nieto de su vecina, irá descubriendo los secretos que se ocultan a su alrededor. Pero alguien no quiere que la verdad salga a la luz, y para evitarlo, hará todo lo necesario.

relinks.me/B06XDRXG16

Círculo cerrado

«Un asesino que regresa del pasado. Una restauradora que tendrá que darle caza para salvar su propia vida»

Hace quince años, cuando Laura cursaba sus estudios universitarios, se vio envuelta en el mundo de la droga para salvar a su mejor amigo y ayudar a la policía.

En la actualidad, ha comenzado una nueva etapa en su vida como restauradora de muebles, pero inesperadamente, aparece asesinado uno de sus viejos amigos. Laura tendrá que descubrir qué está ocurriendo si no quiere ser la siguiente.

relinks.me/B019U3JC9C

Asesinato en antena

Laura comienza a trabajar en un canal de televisión privada, en su propia sección de restauración. Fascinada con esta nueva aventura en la que se ha embarcado, empieza a labrar amistad con algunos de sus compañeros. Pero cuando uno de

los altos cargos de la cadena aparece asesinado y una de sus amigas es la única sospechosa del asesinato, no cejará hasta demostrar su inocencia.

relinks.me/B01JWMAKEC

Table of Contents

OCULTO TRAS EL CUADRO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

Nota de la autora